
ISABELLA ABAD
El Highlander y la Espina Rebelde
SERIE ESCOCIA VICTORIANA

El Highlander y

la Espina Rebelde

Escocia Victoriana



ISABELLA ABAD

©Todos los derechos reservados

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Te cuento más de la serie:

Capítulo 1



—¡Ay! —se quejó Isabella, tambaleándose hacia un costado como resultado del empellón.

El pastel voló de su mano y aterrizó con un *plaf* sobre la tierra reseca. Parpadeó, sin entender qué había pasado.

—¿Es que no ve adelante?—gritó Heather. .

El hombre corpulento que la embistió en su carrera hacia el campo de competencia no se detuvo. Solo giró un poco el cuello para lanzar un:

—¡Mil disculpas, miladi!

—¡Por amor al buen juicio!—exclamó Isabella, sacudiéndose la falda—. ¡Ni un pastel tiene garantizada su sobrevivencia en este tumulto!

Miró al bocado en el suelo con nostalgia. Apenas estaba empezando a comerlo, qué injusto.

—¿Estás bien? —preguntó su prima, acercándose con una expresión entre divertida y preocupada.

La miró con una ceja levantada, pero no tuvo otra que sonreír ante los intentos de Heather de esconder su diversión.

—¡Deja de mirar ese pastel como si fuese un familiar que perdiste!

Isabella suspiró, con pretendido drama.

—¡Estaba delicioso! ¡Qué hombre tan rudo! ¿Qué puede ser tan importante como para perder así las maneras, de todos modos?—

Colocó sus brazos en jarra y giró alrededor, mirando a la multitud—. Estoy empezando a sospechar que estos juegos consisten en derribar inglesas una a una hasta que solo quede la más resistente —dijo Isabella, mientras se sacudía las migas con fastidio elegante.

—¡Estás encantada, no lo niegues!

—¿Puedes culparme? Es increíble lo entusiastas e inquietos que se ponen estos escoceses con sus juegos—dijo, mirando alrededor.

Heather asintió. El festival se desplegaba como un tapiz multicolor en movimiento: tartanes diversos ondeando al viento, gaitas sonando aquí y allá, niños correteando con dulces pegados a las mejillas y el humo de la turba mezclándose con el aroma de pan de avena y cerveza especiada.

Había una vitalidad en el aire, un latido antiguo que parecía emanar de la tierra misma. Isabella respiró hondo. Era bárbaro, desordenado, imposible de controlar.

Y absolutamente embriagador. Esto, esto era lo que hacía vibrar a su alma y lo que había soñado con presenciar cuando leía historia tras historia de las Highlands.

—¡No puedo creer que estoy aquí! Hace poco más de un año estábamos en Surrey, sumergidas en deudas y emergencias diarias...

—Lo sé, lo sé…—susurró Heather, sonriendo, mirando hacia donde estaba su esposo.

A esto, entre otras cosas, se refería Isabella. ¡Su prima había heredado una propiedad en el corazón highlander, y había conquistado a un laird! ¡Vivía en un castillo!

E Isabella tenía acceso a dicho reducto, así como a las tierras, que recorría cuando quería. ¿Montar a caballo en prados y entre

montañas? ¿Contemplar el paisaje sentada en la orilla de un Loch? ¿Tomar té en un paisaje de riscos y brezo? Lo había hecho.

Bien, esto último *todavía* no había pasado, pero estaba en sus planes. Que Penny, esa porfiada criada, no le dejase llevar vajilla en un bolso, lo había impedido, pero vería de torcer su brazo.

—No hay fiesta como esta en Inglaterra—determinó—. Todo aquí es distinto, y me hace sentir tan viva—susurró.

Era como si perteneciera aquí. Como si este sitio la hubiese estado esperando. Su corazón lo sentía. Vivía en armonía y con alegría. Se despertaba y sonreía, y no importaba si tenía que acompañar a Rory a chequear la majada bajo llovizna.

Y no era que fuese infeliz per se allá en Surrey. No había fingido su buen humor y su aceptación de las cosas como venían en Inglaterra, pero… No sabía cómo explicarlo.

Esta región de las Highlands, cercana a Aberdeen, hogar del clan MacLaren, se sentía su lugar en el mundo.

—Heather, Isabella…—la voz grave del laird MacLaren la trajo a la realidad.

Sonrió a Callum. El hombretón no parecía poder evitar el abrazar o tocar a su prima con cariño, y más. Sus ojos no eran tímidos al posarse en Heather. La trataba como si fuese la joya más valiosa.

Y hacía bien. Su queridísima prima era una mujer maravillosa, e Isabella no lo creía solo porque la adoraba. Era tan encantador que Heather hubiera logrado conquistar a este hombre.

O al revés, no importaba. Eran felices, se les notaba, y esto, además, aseguraba la vida de las Carlisle aquí.

No lo pensaba con egoísmo, y sí con profundo alivio. No había nada ni nadie por lo que volver en Inglaterra. Y sí mucho por lo que quedarse aquí.

Heather vivía en el castillo, era la señora de la comarca, respetada y cada vez más apreciada. E Isabella y la tía Margaret —por fortuna recuperada de su enfermedad—tenían su hogar en la propiedad que George Carlisle había legado a su prima.

—Está por comenzar el Cáber toss, la competencia de lanzamiento del tronco—dijo Callum—. No se la querrán perder. Es de las más esperadas.

—Eso explica el apuro. La actividad que da sentido a esta locura—ironizó Isabella, aunque ya sonreía con excitado interés—. Ilumínanos, Callum.

—Oh, ¿hay algo de nuestras costumbres que la lectora más voraz de las Highlands no sabe? Eso sí que es una sorpresa—dijo el laird, sonriendo, bromista.

Isabella rodó sus ojos. Aunque Callum tenía un punto. Sí había leído mucho, todo lo que llegó a sus manos. Allá en Inglaterra, acá en las Highlands. Y también había asolado a preguntas a quienes la rodeaban.

Pero su curiosidad parecía reproducirse con cada nuevo dato, hecho, o festividad, como era el caso de la presente.

—Sé sobre la larga tradición de estos juegos. Lo importante que son como muestra de su cultura, de su comida—Miró el pastel en el piso, y suspiró—. Estoy bien enterada de lo competitivos que son los clanes…

—Resabios de un pasado de reales confrontaciones—indicó Callum, asintiendo.

—Pero considérame una letrada sin experiencia práctica, primo —le guiñó un ojo, y miró a Heather, que sonrió.

Mm, otra vez estaba pálida, notó Isabella. Se apuntó inquirirle más tarde, con detalle, qué le estaba pasando. No se le había pasado que no había comido mucho y parecía esquivar los olores fuertes.

—Muy bien.

Callum ofreció su brazo a Heather y le hizo un gesto a Isabella para que avanzara a su lado, y comenzaron a caminar en la dirección en que el hombrón que la empujó se había perdido. Hacia donde iba el grueso de los asistentes.

—Dicen que el *Caber toss* surgió entre los leñadores, y como una necesidad —explicó Callum—. En los días en que se abrían camino por los bosques a fuerza de hacha, debían mover troncos pesados, cruzar ríos, formar puentes improvisados. No bastaba con ser fuerte: hacía falta precisión para lanzarlos de modo que cayeran rectos, bien alineados. Por eso, en los juegos, se trata de mostrar no solo fuerza, sino también habilidad.

—Uhh, y esos hombrones sí que se ven fuertes—dijo Heather, mirando hacia el sitio donde se aglomeraban los participantes.

La respuesta y la expresión de Callum fueron muestra perfecta de lo poco que le gustó el comentario, lo que divirtió a Isabella.

—Conozco a muchos. Músculos y poca cabeza.

Probablemente, pero el conjunto de torsos y brazos poderosos en exposición eran agradables de apreciar. Y como ella no tenía nadie a quien rendir cuentas, demoró su vista en el espectáculo masculino.

La muchedumbre rodeaba la pista donde se realizaba la competencia, y si bien llegaban un poco tarde, el prestigio de Callum les abrió paso. Muchos le saludaron con respeto y le cedieron paso, y por ello lograron un sitial privilegiado para mirar.

Heather había tenido mucha razón: el grupo de competidores vistiendo los kilts en el tartán del clan se veían poderosos, y más de cerca.

—Eso que ven ahí, al centro de la arena, es el cáber—dijo Callum, e Isabella se adelantó para apreciar mejor el tronco largo que yacía sobre el pasto—. Es pesado, varias decenas de kilos.

—¿Y qué se hace con él?

—Se debe correr con él y lanzarlo de manera precisa. La clave de esto es la resistencia y la habilidad. Se puede ser fuerte, pero si falta agilidad…

—Varios de esos pavos reales carecen de eso, lo aseguro—dijo una voz masculina conocida detrás.

Isabella rodó los ojos e hizo un gesto de sufrimiento que provocó la sonrisa contenida de Heather. ¡Hurra, había llegado el insufrible de Ewan MacLaren! La tarde estaba completa.

No se dio la vuelta, no tenía deseos de ver el rostro del vanidoso que por norma tenía algún comentario supuestamente brillante sobre… Ah, sí, sobre *todo*. Caso presente.

No importaba cuántas veces Heather hablara a su favor, intentando convencerla de que no era un idiota y que, en realidad, era muy agradable y gentil. Isabella no lo creía ni un poquito. No había visto esa cara agradable del mediano de los MacLaren, y ya había pasado más de un año.

Eso es estirar las cosas, pensó. Siendo justa, había tratado *directamente* con él contadas veces, cuando la situación había sido de peligro para Heather. Ewan había custodiado la propiedad Carlisle contra los ataques de aquel inglés espantoso, Granville.

Entonces se había comportado como un mandón poco dado a responder preguntas, y había usado la ironía con ella demasiadas veces como para que creyese en ese lado más gentil.

Isabella estaba convencida de que la despreciaba, y no solo por su condición de inglesa. Era evidente que él podía superar que Heather, y también su tía Margaret, fuesen sassenach. No con ella.

La mirada de superioridad que recibió cada vez que, en su presencia, su curiosidad la llevó a inquirir por algún lugar, costumbre o palabra había sido ilustrativa. La conversación más larga que habían sostenido había sido un monólogo despectivo, y todavía le hacía hervir la sangre.

<<¿Todo le parece interesante, miladi? Tal parece que ha vivido debajo de una piedra, o nos considera insectos que debe diseccionar para entender.>>

No pediría disculpas por ser una entusiasta de estas tierras escocesas, o por querer saborear la vida a su alrededor con alegría. Que Ewan fuese un amargado pretencioso no era su problema.

Isabella cargaba las memorias de una niñez muy dura, plagada de miedo y desazón, de abuso, y se había hecho la promesa muy firme de que no dejaría que esto la afectase.

—Ewan, ¿qué haces aquí? ¿No es pasada la hora de la reunión? —dijo el laird, frunciendo el entrecejo.

Isabella se corrió un poco para alejarse del grupo, quedando al lado de su tía Margaret, a la que abrazó por los hombros y besó en

la mejilla. Su movimiento no evitó que escuchara la conversación, pero no miró ni una vez.

—Malcolm aún no llega—dijo Ewan—. Algo debe haber ocurrido en el camino desde Edimburgo aquí, es la única explicación. No es propio de nuestro primo el hacernos esperar.

—Mmm—asintió Callum, e Isabella aprovechó que ambos estaban concentrados en la charla, que bajó de volumen, para observar a Ewan de soslayo.

Con los brazos cruzados y el ceño ligeramente fruncido, el segundo de los MacLaren destacaba no por su atuendo—el festival era un mar de tartanes—, sino por esa expresión que lograba irritarla a distancia.

Era alto, aunque no más que sus hermanos, y fornido. Sus brazos se adivinaban tan fuertes como los de los competidores en la pista. Sus manos grandes y curtidas llamaron a sus ojos. Isabella frunció un poco el ceño, molesta. No podía entender esa estúpida obsesión suya con ellas.

El cabello oscuro estaba más corto que antes, notó, y había una sombra de barba en su mandíbula obstinada. Cuando sus ojos se toparon con los almendrados y la bocas ancha dibujó una sonrisa sardónica al notar su mirada, Isabella la quitó veloz, reprendiéndose por su inspección.

Ese tonto se equivoca si cree que le miro con otro interés que el científico. Es como un ejemplo viviente de cavernícola, pensó, sintiendo el calor en sus mejillas. Era su natural curiosidad y propensión por estudiar a las personas.

Defecto de escritor, por supuesto. El mundo y las personas eran su fuente de inspiración.

Capítulo 2



—Imagino que ha de estar disfrutando esto con locura. Y habrá preguntas sin fin en esa cabeza.

El murmullo en su oreja la hizo respingar. Ewan se había movido a su lado sin que se percatara. Ella se había distraído con el comienzo de la competencia y se olvidó de su entorno.

Parpadeó y se vistió de paciencia para escuchar lo que sin duda sería alguna valoración negativa sobre ella y su interés *morboso* por los escoceses. El recuerdo de cómo le había dolido ese comentario volvió, pero lo espantó.

No le cambiaría el ánimo, estaba en el lugar que quería y era libre. No le hacía mal a nadie. Miró a su costado y luego arriba. Él era demasiado alto.

—Por supuesto, y no soy la única. Cada alma aquí disfruta del ruido, los olores y colores. ¿Usted no?

Le miró, directo a los ojos, y se esforzó por no perderse en esos pozos miel rodeados por detalles en verde y amarillo. No había derecho a tener unos ojos tan hermosos, pintados con los colores de un bosque caledonio.

—Sí, claro. Pero la gente lo vive, lo saborea, y lo olvida, hasta la próxima vez. Usted se empeña en disecar la belleza que encuentra a su paso.

Ella se ruborizó, muy molesta… Tocada, también. No hacía eso. No disecaba, solo… Prolongaba el disfrute conociendo más. ¿Por qué

tenía que hacer de su curiosidad algo… Sucio.

—¿Qué hay de malo en eso?—susurró—. Usted parece ser el único al que le molesta mi devoción por lo escocés.

Él se encogió de hombros y la miró con superioridad. No había otro modo de interpretar ese gesto suyo.

¿Qué le pasa, señor mío? ¿Por qué le molesto tanto? Ah, con qué gusto le gritaría esto y más a la cara. Se lo merecía. Pero no, no le dejaría saber cómo la afectaba.

—Es agotador, creo yo. ¿No se cansa?—preguntó Ewan, e Isabella achicó sus ojos y apretó sus puños.

Su paciencia se colmaba, y una sensación poco agradable estaba agrandándose en su pecho. Parpadeó, y se ordenó no demostrar que la hería el desdén con que la miraba.

Giró para quedar de espaldas y se abocó a observar el espectáculo. Estaba aquí para esto. Ewan MacLaren no era nadie.

Uno de los hombres se dirigía al centro, hacia el caber. Su paso era pausado, seguro, hasta elegante, y su sonrisa era infecciosa. Esto era lo que quería ver.

—Ewan, este comportamiento es impropio de ti—escuchó que Gwen decía detrás, pero no se volvió ni se dio por enterada de que la menor de los MacLaren probablemente estaba dando un rapapolvo al gilipollas.

Encantadora y gentil, así era la buena de Gwen, que se había convertido en una querida amiga. Buena parte de su tarea diaria era contener a sus hermanos, ponerlos en su sitio. Estos la respetaban.

—No confío en una mujer que no tiene más que sonrisas para brindar. Nadie puede ser tan feliz todo el tiempo.

Isabella apretó sus dientes para frenar el grito indignado que le surgió de las entrañas. *No des trascendencia a nada de lo que este bruto diga. No te conoce, no sabe quién eres ni lo que te trajo aquí.*

—Oh, caramba—dijo en voz alta, como si no estuviese furiosa. Ese hombre no merecía más que indiferencia de su parte—. Miren que fuerte se ve ese hombre. Imagino que todos esos músculos son necesarios para la tarea.

El competidor elevaba sus brazos y arengaba a la multitud, que respondió con bullicio. *Fraser, Fraser, Fraser*, gritaban.

—Es Lachland Fraser—dijo Gwen, que vino a su lado y la tomó del brazo, apretando ligeramente el mismo en lo que Isabella interpretó como una muda disculpa por la grosería de su hermano.

Le sonrió y ambas volvieron la mirada a la pista. Esto era perfecto, no lo arruinaría un troglodita, se prometió.

—Es guapo.

El aire estaba impregnado con el sonido estridente de las gaitas, que resonaban en el valle como un llamado ancestral. La brisa soplaba gentil, cargada de aromas. Inverness vibraba con vida. Isabella lo viviría con gozo y alegría.

—Es el hijo mayor del laird Fraser de Glenmoriston. El año pasado se llevó el premio al mejor lanzador.

—Debería haberse llevado el que premiaba al mayor ego de la competencia—añadió Hamish, el hermano menor, con una carcajada franca.

—Ah, echaba de menos tus comentarios—dijo Gwen—. No, no lo hacía. ¿Dónde estabas?

—Observando el ambiente.

—¿O a la sobrina del herrero? Corren rumores…

Hamish bufó y se hizo el distraído. Isabella sonrió, y se hizo adelante para mirar. El llamado Fraser estaba tomando el peso del cáber. La melena caoba, algo revuelta por el viento, le daba un aire salvaje.

Era evidente que sabía que lo miraban. Y lo disfrutaba. Hamish debía tener razón. Pero estaba bien, era un hombre muy atractivo.

—Por los cielos—susurró, con una risita ahogada—. Es como un guerrero salido de una balada.

Gwen rio, y dijo:

—O de una novela de esas que me has prestado.

Ambas se miraron, divertidas, justo cuando el tronco se elevó en el aire con una fuerza brutal. La multitud contuvo la respiración. El pesado madero giró en el aire y aterrizó con un sonido seco. Recto, perfecto.

La ovación fue inmediata. Isabella y Gwen aplaudieron, dando saltitos y sonriendo. Disfrutando del momento, unas con la multitud. Era hermoso, sentirse liviana y solo dejarse llevar por las emociones conjuntas.

—Ese fue un lanzamiento excelente—comentó Callum—. Mucha técnica. Digan lo que digan de Lachland, tiene la fuerza de un toro. Ewan, tienes que reconocerlo.

Isabella sintió que su cuerpo se tensaba antes de oírlo. ¿Quién era, el juez de la competencia?

—¿Reconocer *qué* exactamente? ¿La habilidad de posar mientras lanza un trozo de árbol?—dijo con voz cortante.

Se obligó a mantener la calma mientras reprimía el impulso de gritarle que era un envidioso. Sí, eso sentía Ewan MacLaren. *Envidia*.

Que feo sentimiento, pero ¿qué esperar de un burro más que una patada?

—Solo un ciego no vería que fue un lanzamiento perfecto—masculló, y se mordió el labio después, molesta por no haber mantenido el silencio.

La respuesta no se hizo esperar.

—¿Cómo podrías saberlo? Has vivido aquí por dos minutos y crees ser buen juez del Caber toss?

—Ewan, es suficiente—dijo Callum con voz muy grave.

—Tengo ojos, como los demás—dijo Isabella, sin arredrarse. ¡Oh, no la callaría!—. Y que todos ovacionen es muestra de que lo hizo bien. Solo alguien pobre de espíritu, envidioso o ciego no lo percibiría. ¿Cuál de esos es usted?

Hubo risas, y el mismo Ewan hizo una mueca, elevando la ceja derecha.

—Bueno, bueno, esas son muchas palabras juntas, pero supongo que quien solo hace de su oficio el leer se puede dar ese lujo.

—Isabella hace mucho más que eso—intervino Heather, molesta—. Las cuentas de la propiedad Carlisle son perfectas, y además escribe.

Se removió incómoda. No quería que ese idiota se burlara de ella por su intento de ser escritora. Era algo que adoraba, y poco a poco se había convertido en una afición en la que drenaba sus emociones, sus ideas, lo que descubría.

Los diarios de George Carlisle habían sido el puntapié para pasar de ser una lectora voraz a una autora. No tenía ambiciones de que sus letras se publicaran, no era ese su objetivo.

—Si escribe tanto como habla le irá bien, supongo—murmuró Ewan, e Isabella volvió a sentir esa molestia tonta en su pecho.

Desazón, tal vez. La viejísima convicción de que no era suficiente. El abrazo de su tía Margaret, silenciosa aliada que reconfortaba y calmaba, la envolvió, y sonrió.

No volverían a robarle la sonrisa. Era una promesa que mantendría.

—Ewan, si te incomoda tanto la conversación femenina, quizá deberías buscar tu cerveza más lejos—le dijo Heather con tono gélido—. Estás logrando aguar nuestra diversión.

Su prima no era sino su aliada más incondicional, fiera protectora. ¡Qué suerte tenía de tenerla! Pero no quería generar problemas. Después de todo, Ewan era su cuñado, y …

—Sí, es mejor que vayas en busca de Malcolm—dijo Gwen, instándolo a retirarse, y Ewan soltó un leve resoplido y se encogió de hombros.

—Ve, Ewan—ordenó Callum.

Bueno, esto era agradable. Parece que el clan se ponía de su lado. Miró de reojo a Ewan, que se encogió de hombros, nada afectado.

—Lo haré. No quiero interrumpir la admiración colectiva por Fraser y su... tronco.

Sin más, se alejó.

—Discúlpalo, Isabella. No entiendo que le pasa. ¿Siempre es así contigo?—preguntó Gwen, entre confusa y desconcertada.

—No—respondió Isabella—. A veces es peor.

—Hablaré con él—dijo, decidida.

—No lo hagas, no es necesario—dijo Isabella, negando, y sonriendo—. No hay nadie que me importe menos.

—Isabella…

Le sonrió y meneó la cabeza, procurando animar a Gwen, que se veía avergonzada en nombre de su hermano. No tenía por qué. Tomó la mano de Gwen y la apretó.

—Hay mucho por ver todavía, querida, y no quiero perderme nada. ¿Qué dices si vamos por un trozo de pastel?

Sí, eso sonaba como perfección. Lo cuidaría con celo esta vez para poder disfrutarlo.

Capítulo 3



Un rato más tarde el grupo disfrutaba de refrigerios, las mujeres sentadas en bancos de piedra y los hombres tendidos o sentados sobre la hierba.

Harriet, la cocinera de las Carlisle, había preparado los bocadillos a instancias de la tía Margaret, y estaban siendo degustados con placer.

Era lo menos que podían hacer, considerando que el laird Callum les había invitado especialmente, y les había provisto de un carruaje muy cómodo. De nuevo, que fueran la familia de la mujer que el laird MacLaren adoraba era una ventaja.

Heather lo había hecho bien, y las había bendecido en el proceso. No estaban solas, sino amparadas por un clan importante. La amistad de Gwen, la amabilidad de Hamish, a pesar de su humor cambiante, así como la de Malcolm y Alec, los primos MacLaren, eran invalorables.

La única espina en el jardín que era Escocia era ese gilipollas grandilocuente y desdeñoso de Ewan.

—¡Laird MacLaren!

La voz jovial cortó la conversación y anticipó la llegada del ganador del Caber toss, que se acercó con paso firme.

Callum se levantó con una sonrisa amplia y extendió la mano para estrechársela, e Isabella miró a placer. Había mucha superficie para admirar, realmente.

El codazo leve de Gwen hizo que se cubriera la boca, porque la sonrisa fue inmediata.

—Sí que es guapo, ¿no es verdad?—susurró Gwen, inclinándose hacia Isabella, que asintió.

—Fraser, buena forma de empezar el día. Ese lanzamiento fue impecable. Mis felicitaciones—dijo Callum, y Lachland sonrió con amplitud.

Su mirada se deslizó por todo el grupo e hizo una inclinación galante a las damas.

—Gracias. Ha sido una competencia reñida, mucho. O supongo que los años pesan—dijo, pero luego hizo un guiño, y las mujeres lanzaron risitas.

Nadie creía eso, por supuesto. El highlander no podía tener más de treinta años. Lachlan tenía el tipo de risa que atraía la atención y convocaba a unírsele.

Su físico rotundo parecía más impactante de cerca. Los mata rizada castaña aparecía humedecida, y los brazos—expuestos por la fina camisa, además arremangada— estaban marcados como esculpidos a cincel.

El tartán de su kilt combinaba verde bosque, negro y blanco: los colores tradicionales del clan Fraser, eso lo sabía Isabella, que había hecho su tarea el aprenderse los clanes y sus distintivos.

Pero lo que más llamaba la atención eran sus ojos: un verde tan claro que parecía transparente bajo la luz filtrada del cielo nublado. Cuando sus pupilas se posaron en Isabella, ella sintió un leve escalofrío.

—Permítame presentarle a mi esposa—dijo Callum, haciendo un gesto—. Heather Carlisle.

—Es un placer—dijo, y se adelantó para tomar la mano de Heather y besarla, lo que ganó un fugaz gesto tormentoso en Callum —. Había escuchado sobre su feliz compromiso.

Su mirada fue a Gwen, a la que saludó con una sonrisa, y lo mismo hizo con Hamish, que le miraba en silencio. Luego, clavó su vista en ella, otra vez.

—No tengo el placer de conocer a esta señorita, y tampoco a su chaperona.

Margaret rio, y negó, mientras Hamish se envaraba, al parecer afectado por la idea de que creyeran que cortejaba a Isabella. Sí, eso alteraría su fama de soltero entre las féminas.

No pocas le hacían ojitos desde distintos puntos, Isabella ya lo había notado. Había mucha descarada acá, pero claro, esto no era Londres con su moral apretada y agobiante.

—Estas son mi tía Margaret y mi prima, Isabella Carlisle. Mi familia—dijo Heather.

—Señora, encantado—Lachland hizo una reverencia a Margaret —. Isabella, ¡qué nombre tan apropiado!—dijo Lachlan, inclinando la cabeza con elegancia. Era encantador, y estaba acostumbrado a moverse entre damas, era obvio—. Un honor. No esperaba encontrar gracia inglesa entre tanto músculo escocés.

Lachland Fraser era una sorpresa. Nadie creería, a priori, que un caballero galante vivía bajo la piel del lanzador de troncos. La sonrisa que le ofreció, sin dobleces, limpia, directa, hizo que, por un instante, Isabella olvidara qué decir.

—Encantada. Mis felicitaciones, fue una competencia soberbia —replicó, recobrando el habla con dignidad.

Aunque el leve rubor que subía por su cuello era traicionero.

—Tiene buena vista desde aquí. Si quiere anotar detalles, puedo repetir el lanzamiento más tarde—dijo Lachlan, y le guiñó un ojo.

—No será necesario, lo hiciste bastante memorable—dijo Gwen, divertida.

Lachlan soltó una carcajada, y fue en ese preciso instante que una sombra se impuso junto a ellos.

Isabella resopló bajito al comprobar que Ewan MacLaren estaba entre ellos, otra vez. ¿Qué no tenía una reunión?

—¿Memorable?—repitió Ewan—. No es como si hayas roto algún récord. ¿O me perdí de algo?

—Ewan, te echamos de menos este año. Y el anterior, y el previo a este—contestó Lachland, su sonrisa más amplia, divertida. Nada en él mostró que el desdén de Ewan le afectara. Por el contrario, sus ojos desprendían desafío—. Entiendo que hayas preferido dejar esto a los más fuertes y jóvenes.

—Mmm. Algunos decidimos hacer más por nuestra vida que solo vivir del clan—dijo, soberbio, e Isabella apretó sus labios, molesta por ese hombretón cáustico que parecía decidido a incordiar.

—Oh, no lo sé. Se me da bien esto, y también trabajar con mi gente. No es necesario irse lejos para darse lugar.

El tono tenía más filo y las implicancias eran claras. Isabella sonrió, encantada de ver que el mensaje impactaba en Ewan MacLaren, que se removió y apretó sus labios.

Toma eso, cateto, al fin alguien que no es Gwen o Callum te ponen en tu lugar.

Un breve silencio se instaló, tenso como cuerda de arco. Hamish carraspeó, como buscando algo para decir, pero fue Callum el que impidió que el momento fuese más raro al incorporarse y palmear a Fraser, instándolo a seguirlo al puesto donde se vendía cerveza.

Lachland se inclinó en un saludo rápido, y sus ojos se desviaron hacia ella.

—Ha sido un placer, Isabella. Nos veremos—dijo, y sonrió, siguiendo a Callum y Hamish.

Isabella le vio marchar, y cuando volvió la vista, encontró a Ewan observándola. Ella le sostuvo el gesto apenas un segundo antes de alzar la barbilla, fruncir los labios y girar hacia Gwen.

—¿Qué fue ese duelo verbal, Ewan? Estás tenso como nunca—dijo Gwen, molesta, y su hermano se encogió de hombros.

—Alguien tiene que poner a ese capullo en su lugar. Su figura crece en estas competencias, pero es espuma que baja rápido—respondió—. Los Fraser están en problemas, y él no es el líder que los suyos necesitan.

—Una conclusión apresurada de un hombre que se apura a juzgar a los demás—dijo Isabella, que no se amilanó ante la mirada entornada de Ewan.

—Tal vez no soy yo el que se apura a hacer juicios—dijo—. No voy por la vida pretendiendo que los demás encajen en moldes novelescos ridículos o arcaicos.

Parpadeó, azorada. ¿Cómo es que sabía que ella tenía fichas escritas y creaba personajes mezclando las personalidades y rasgos físicos de quienes conocía? Porque tenía que ser eso de lo que hablaba.

—La falta de imaginación no mata, pero es defecto de carácter —dijo, y elevó su barbilla.

Ahí tienes, tonto. Si crees que me avergüenzo de vivir en mi cabeza parte del día, te equivocas. Es un mundo amable y cómodo el de mis fantasías.

Él resopló y se mesó la cabeza, volviéndose hacia Heather y Gwen.

—Digan a Callum que fui en busca de Malcolm. Ya no puede demorar mucho. Le hará saber lo que pase en la reunión. Nos vemos en el castillo.

++++

—Otra vuelta más y empiezo a caminar en círculos como una gallina sin cabeza —gruñó Ewan entre dientes, abriéndose paso entre los cuerpos, los olores mezclados, los acentos, los tartanes.

Su humor era pésimo, y empeoraba a medida que el tiempo transcurría y no encontraba a su primo. Y la charla con ese idiota de Lachland Fraser no había ayudado.

¿Qué creía que era, a ver? Ewan había ganado el Caber toss innumerables veces cuando más joven, y a sus treinta y dos, no se sentía interesado en seguir mostrándose.

El primogénito de los Fraser, empero, era un pavo real por definición. Era desagradable ver cómo posaba, cómo arreglaba sus plumas para beneficio de las damas, y estas lo fomentaban con sus miradas y halagos.

Las reacciones de su hermana y de esa mujercita Carlisle lo mostraron. Era ridículo que no lo vieran por el hombre de pocas

luces que era.

—¡MacLaren! ¡Ey, Ewan!—una voz le llamó desde algún punto a su izquierda—. ¡Ven a beber con nosotros, hombre!

No se molestó en girar, aunque hizo un gesto de saludo. No reconoció la voz, pero seguro era algún conocido que quería recordarle cuánto bebían juntos cuando eran jóvenes y él aún no tenía idea de la vida. ¡Qué útil!

Alguien palmeó su espalda al pasar. Otro le ofreció cerveza en un cuerno tallado. Una mujer le sonrió, labios pintados y dientes manchados, y le preguntó si quería diversión.

No. No tenía tiempo que perder. Ni ganas de explicar por qué estaba en Inverness sin competir, sin brindar, sin festejar.

Lo único que necesitaba ahora era encontrar a Malcolm. Que su compuesto y puntual primo no hubiese llegado era testimonio del pandemonio que era este sitio, y probablemente las rutas que accedían a Aberdeen.

No había escocés que no quisiese estar aquí hoy, disfrutando de una fiesta que era identidad de las Tierras Altas.

Dio una vuelta completa sobre sí mismo, y lanzó un soplido de alivio al distinguir a Alec, que caminaba enérgico hacia él, seguido por un Malcolm muy serio.

—Por fin llegan—dijo, abrazando al mayor primero, y luego a Malcolm.

—No me digas nada, no es nuestra responsabilidad—rezongó este—. Un par de idiotas hicieron trizas un carro a pocos kilómetros de aquí. Estaban como cubas, y heridos. Tuve que vendar a uno mientras Alec sacrificaba a uno de los caballos.

Este adelantó su oído bueno para no perderse el diálogo.

—Una pena. El pobre bruto valía mucho más que el bastardo que lo conducía—rezongó Alec.

Ewan asintió, sabedor de que el ex soldado valoraba más a los animales que a la mayoría de las personas.

—No sabía qué hacer. Callum está nervioso. Dudé entre esperarte o ir directo a la posada a ver si la comitiva de Londres había llegado. Pero tú eres la cara y voz visible que los MacLaren necesitamos—dijo Ewan.

Malcolm meneó su cabeza, negando.

—Callum te dio el rol de negociador principal porque confía en ti y sabe de tu capacidad, Ewan. Confía en ti, como yo. Anda, vamos.

La citada posada no estaba lejos del campo donde se celebraban los juegos anuales, y recorrieron la distancia en pocos minutos. Ewan sentía un peso en el estómago, y la responsabilidad era la causa.

Su hermano había determinado que él debía acompañar a Malcolm en las reuniones donde se trazarían los acuerdos de la compañía ferrocarrilera con los propietarios de tierras.

Por qué el laird delegaría una tarea tan importante y vital para el clan en su hermano era una pregunta que algunos podían hacerse, pero no Ewan. Sabía que contaba con la confianza ciega de Callum, y correspondería a ella.

Máxime cuando aquel quería dedicarse a Heather, a la gente que dependía de él, básicamente arrendatarios y sus familias. Había muchas incógnitas y miedos en estos tiempos de cambio y ¿quién mejor que el laird para calmar y explicar lo que pasaría?

El progreso golpeaba a su puerta con toques urgentes. *Con pitido de locomotora*. Sacarían provecho de él si tomaban buenas decisiones y actuaban a tiempo. Eso fue lo que hizo Callum al viajar a Londres el pasado año y tomar el toro por las astas.

Cuando el bastardo de Granville quiso esquilmar a los propietarios de la zona y engañarlos con unas pocas monedas, el laird reaccionó y obtuvo apoyos beneficiosos en Inglaterra. El duque de Elywood y el barón de Rothschild los más fuertes.

No fue menor que el jodido inglés había hostigado a Heather, chantajeándola para casarse, por supuesto. Callum se adelantó y le robó a la novia, desposándola él. Una movida brillante de su astuto y fiero hermano mayor.

Ahora, era el tiempo de que los acuerdos generales y promesas se plasmaran en contratos concretos. Eso debían pelear él y Malcolm con la comitiva de ingleses enviada por la compañía de trenes.

Al llegar a la posada donde se hospedarían los ejecutivos que llegaban, comprobaron que aún no arribaban. Alec resopló, y gruñó que iría a dar una vuelta por la ciudad. Le miraron marchar, y sonrieron.

El estoico hombre no toleraría más de cinco minutos la cháchara que implicaba el acordar y negociar asuntos económicos, de trazado de líneas férreas y más. *Aunque escuche la mitad de ella*, pensó con sorna, pero sin maledicencia.

Ewan no era tan idiota como para pensar que una dificultad adquirida molestaría o detendría a Alec, que solía hacer burla de su sordera*. ¿Saben la cantidad de mierda que evito escuchar?*

—No sé si es peor que se retrasen o que aparezcan a tiempo con sonrisas en la boca y dagas en los maletines—dijo Ewan,

apoyado contra una columna.

—Es la misma cosa—respondió Malcolm, cerrando la carpeta de cuero que miraba con un clic seco—. Prepárate para escuchar sandeces. A estos no les va a importar que figuras importantes nos apoyan. Pensemos que esta gente no viene a negociar, como no sea para ofrecer lo justo para que parezca que transan, y lo bastante ambiguo para terminar con más de lo que vinieron a buscar.

—Oh, pero para evitar eso es que estamos aquí. No les dejaremos salirse con la suya.

Estaban en una sala alta, sobria pero elegante, en una casa noble de Inverness reacondicionada para servir de hospedaje a los visitantes de paso. Largos minutos pasaron, y Ewan agradeció estar a cubierto, porque la lluvia comenzó a caer en llovizna fina, inofensiva pero constante.

En el salón, las llamas del hogar crepitaban. Había una caldera con agua caliente, vajilla, té, azúcar. Todo lo necesario para servir el té apenas los forasteros llegaran.

Seguro que Isabella Carlisle encontraría esto muy apropiado y excitante, pensó, sardónico. Esa mujercita, no conocía otra tan… efervescente. Fácil de impresionar, por supuesto. La manera como miraba a Lachland era muestra de eso.

—Necesitamos ver el trazado completo—dijo, volviendo a situarse en la posada—. No basta con que digan que *bordeará* las tierras de los MacLaren. ¿Bordear qué? ¿El bosque? ¿La zona de siembra? ¿Los campos de crianza? Porque si esa línea corta entre las tierras de los Ferguson y los nuestros, hay al menos nueve familias que van a quedarse sin acceso directo al agua.

Malcolm asintió.

—Y otros que ni siquiera sabrán qué firmaron hasta que el metal ya esté sobre el pasto.

—Callum confía en que con tu presencia se sentirán menos intimidados—añadió Ewan, mirándolo de reojo—. Concuerdo, y no te podría necesitar más… Pero te pido que no me detengas si me pongo demasiado enfático en algún momento. No estará de más mostrar la fuerza del tartán, además de modales.

—Dejaré que hagas tu labor, primo—dijo Malcolm con media sonrisa—. Gruñe en gaélico si hace falta.

Ewan se cruzó de brazos. Su chaqueta oscura, sin ornamentos ni pretensiones, contrastaba con el aire sofisticado del entorno. Pero se había asegurado de que los colores de los suyos estuviesen bien presentes. Se acomodó el plaid plegado sobre el hombro.

Malcolm, atildado y compuesto con su traje sobrio, estaría perfecto en una reunión legal en Londres, en una posada escocesa de las Highlands profundas, y en un festival al aire libre.

—¿Sabemos quién viene?

—Sí. El vocero es Thomas Renfield, vizconde. Su padre, un burgués muy acaudalado, fue ennoblecido por Guillermo IV, que favoreció a aquellos que lo apoyaron durante la reforma parlamentaria. El dinero les viene de la metalurgia, así que imagina sus intereses en el ferrocarril. Por lo que me dijeron, no solo presume de su dinero, sino de mujer bella y joven. No tiene la simpatía del resto de los inversionistas, pero Rothschild no desconfía en él. Si mencionó su tozudez.

Ewan resopló.

—Perfecto. Un hombre de cabeza burgués con un título adquirido por política. Ínfulas y codicia unidos.

Justo entonces escucharon voces y por la puerta principal ingresó un grupo de hombres muy elegantes en sus trajes y bombines, aunque estos y las chaquetas ya estaban agitándose, mojados, y se entregaban a los solícitos criados de la posada.

Detrás, ingresaron lacayos empapados con baúles y bolsos de viajes.

—Aquí están. Probablemente ya odiando nuestro clima, para comenzar—murmuró Ewan, despegándose de la pared y preparándose para ir al encuentro de la comitiva.

Mas el sonido de una voz femenina, alta y melódica, lo detuvo en seco. La delicada y curva figura de una mujer que provenía del pasado le llenó la retina.

No podía ser… No, era imposible…

Pero sí, era ella. ¿Cómo confundir ese rostro, ese andar, esa desinhibida manera de avanzar como si el aire le perteneciera?

Un mar de imágenes lo inundó y amenazó hundirlo, el peso de la memoria arrastrándolo sin remedio.

Capítulo 4



Ewan encajó la mandíbula, clavado en su sitio y sin acreditar lo que sus sentidos le decían. Maggie estaba aquí, en las Tierras Altas, en Aberdeen, a metros suyo.

Luego de años de silencio y ausencia, aquí estaba, espléndida en su vestido de terciopelo color óxido y adornada con perlas y jade.

El recuerdo lo golpeó con la fuerza de una ola en la costa de Bombay.

Calcuta, 1853

La residencia se alzaba en el centro exacto de los enormes jardines iluminados, majestuosa entre palmeras recortadas y estatuas de mármol que brillaban bajo la luz cálida de las lámparas de aceite.

Ubicada en la capital de Bengala, el corazón palpitante del Raj británico, era hogar del gobernador general, Lord Harding, quien había convocado esta noche a lo más granado de la élite hindú y británica residente.

¿El motivo? Celebrar con pompa la firma de un acuerdo comercial con un rajá local. También —aunque eso no se decía en voz alta— para calmar a la élite colonial, sacudida por rumores de motines entre los cipayos.

Ewan había llegado desde Bombay hacía poco, con su bien ganado cargo de teniente. Esta noche observaba el ir y venir de los invitados desde la sombra de una columna.

Su uniforme le oprimía el cuello y sentía la tela húmeda pegada a la piel. El calor era insoportable, y no lograba acostumbrarse. A su alrededor, oficiales y damas vestidas con sedas y adornadas con profusión bailaban y giraban, inmunes a amenazas veladas de locales irritados o sufridos.

Reían, brindaban, disfrutaban, creyéndose invulnerables. El mundo, para ellos, era un tablero de ajedrez donde las piezas se movían al ritmo de Londres.

No para Ewan, no. Le era tan difícil sentirse parte de todo esto. Su condición de escocés, por empezar, se lo impedía. Aunque llevaba el mismo uniforme que el resto de oficiales y soldados, el grueso de sus compañeros de armas, incluso subalternos, lo veían con desconfianza.

Su acento, su apellido, su mirada más sombría lo delataban. No compartía ni la altanería ni la ceguera de los hijos del imperio. Desde su rincón, veía las grietas bajo el esplendor.

Afuera, en las calles sofocadas de polvo y calor, los bengalíes murmuraban en dialectos que los oficiales no se molestaban en aprender. Los templos estaban más llenos que nunca. Había cánticos en la noche, reuniones que no figuraban en ningún informe.

En el cuartel, hablaban de cipayos que ya no obedecían con el mismo fervor. Y sin embargo, aquí estaban los ingleses, riendo bajo candelabros de cristal, como si el mundo no estuviera a punto de arder.

Ewan sí sabía, y luchaba, a veces a su pesar. Él y los hombres de su regimiento patrullaban barrios que olían a hambre y resentimiento. Había visto los cuerpos —carbonizados, degollados— cuando el pueblo se atrevía a alzarse.

Condecorado y desplazado a la vez, se encontró bebiendo sin encontrar gusto a la copa, preguntándose cuánta sangre más costaría sostener este imperio construido sobre cenizas ajenas. Las rebeliones aquí tenían similitudes a las añejas de su patria.

No deseaba seguir en tierra, no realmente. Era marino, lo suyo era el océano. Se sentía más a gusto en un barco que en esta profusión de cristales y telas. Solo la insistencia de su jefe de que la oficialidad debía mostrarse y proteger lo trajo esta velada. Pero había guardias suficientes.

Estaba a punto de desaparecer en las sombras cuando la vio. La mujer que bailaba y parecía dominar la pista solo con girar y mirar alrededor, cual Medusa, convirtiendo en piedra lujuriosa a quienes recibían el calor de sus ojos.

En brazos de un hombre mayor, robusto, de rostro rubicundo y bigote pulcro, que giraba con torpeza, ella flotaba. Cada vuelta la acercaba al resplandor de los candelabros, donde su vestido de marfil bordado en hilo dorado atrapaba la luz como si estuviera encendida por dentro.

El cabello, recogido en un moño que dejaba escapar mechones indisciplinados, le suavizaba la mandíbula afilada y la piel que no parecía de porcelana inglesa, sino algo más cálido, más real.

Ojos como té recién servido, oscuros y brillantes, enmarcados por pestañas que no necesitaban carbón. La boca era curva, burlona, como si guardase una sonrisa a punto de estallar.

Ewan no lograba apartar la vista. Se inclinó ligeramente hacia el soldado a su lado, un capitán de artillería con años en Bengala, y de lengua suelta.

—¿Quién es ella?

El capitán entrecerró los ojos, siguiendo la línea del dedo extendido de Ewan.

—Ah. La señorita Ashford. Margaret, creo que es el nombre completo. Llegó hace unos meses con el séquito de Lady Cornwallis, pero ya no vive con ella. Se dice que es... —sonrió, afilado, con un gesto que no agradó a Ewan—, una protegida del coronel Fairburn.

Ewan volvió a mirar. Ella ahora conversaba con otro oficial, copa en mano, indiferente a la mirada del mencionado coronel, pero este seguía cada paso, aun cuando su esposa —una dama flaca y tiesa— le hablaba al oído. El coronel no respondía.

—Así que Calcuta no es muy distinta de Londres, entonces. Los chismes dominan los salones y mansiones—dijo Ewan.

—Oh, pero esta no es más que una corte satélite de la de Londres. La nobleza enviada aquí no deja de suspirar con la vuelta triunfante, munida de título y dinero. ¿Y el hastío? Mucho mayor, por lo que el cotilleo es una forma de supervivencia.

Era como si sus ojos tuviesen voluntad propia, no podían dejar de seguirla. Ella se deslizaba de grupo en grupo: una palabra a un comerciante, una risa a un oficial joven, un saludo leve a un clérigo.

Iba sembrando rumores con solo existir. Las damas la observaban con labios fruncidos, los hombres con los ojos demasiado abiertos o semi cerrados. Margaret era imposible de resistir, o ignorar.

Ewan sacudió su cabeza y dejó la copa sobre una bandeja que pasaba en el hombro de un local engalanado en blanco. Cruzó el salón, resistiendo el impulso de mirar otra vez.

Bajó por una escalera secundaria hacia los jardines, donde la humedad se sentía densa, tropical, y el perfume del jazmín se mezclaba con el del incienso de algún templo cercano.

Se apoyó en la baranda de piedra, buscando aire. Echaba de menos a los suyos, y se preguntaba qué sentido tenía estar aquí. Se había enlistado buscando aventuras, conocer el mundo, hacer la diferencia, pero el cansancio comenzaba a permear sus huesos.

—No parece disfrutar del baile—dijo una voz suave y melódica detrás de él.

Ewan se volvió, sorprendido. Joder, era más hermosa de cerca, si cabía. Su rostro tenía un gesto de diversión, y le picó el orgullo. Seguramente la miraba como un púber exaltado a la primer mujer bonita que se le aproximaba.

—¿Y usted sí?—preguntó, con más sequedad de la que pretendía.

—No especialmente. Pero hay peores formas de pasar una noche calurosa.

Ella se acercó, sin prisa, con cadencia en su andar. Se detuvo a un paso de él, contra la barandilla, y luego le miró de refilón.

—Es el teniente MacLaren, según me enteré por los comentarios—Él asintió, y ella sonrió—. Hay algunas damas allá que suspiraron con pena al notar que se marchaba.

—No creo que eso sea verdad, señorita…

Ella le interrumpió para introducirse.

—Margaret…—Se corrigió, sonriente—. Maggie Ashford.

—Ya lo había oído—dijo él.

—Mmm, eso supuse. ¿Y qué le contaron?

—Poco, pero lo suficiente para saber que los rumores la rodean. Y que gusta de bailar con coroneles.

Ella hizo una mueca desdeñosa, como si no le sorprendiera el comentario.

—Bailo con quien me invita—replicó—. Algunos coroneles tienen mejor oído que los jóvenes. Y muchos de estos no bailan, y parecen más interesados en el whiskey y el opio.

Ewan no respondió. Ella se acercó un poco más.

—¿Suele creerse todo lo que le dicen?

—Eso depende de quién lo diga—respondió, cáustico.

No quería caer bajo su influjo, pero su aroma, sus labios dibujados con exquisitez, las curvas invitantes de su figura… Era difícil resistirse, y Ewan no era tan fuerte. No tenía que serlo, se dijo. Podía permitirse el dejarse llevar.

—No soy lo que dicen. Soy mucho más—susurró ella.

Hubo un silencio breve. No incómodo, pero sí cargado. Como si los dos estuvieran midiendo el terreno. Ella desvió la mirada hacia el jardín.

—Me gusta que usted no calla lo que piensa, y parece más despierto que muchos ahí adentro. Esta ciudad se ha vuelto un polvorín, y nadie parece verlo bien. Nos sostenemos con cuerdas finas al control.

—Son los que patrullan sus calles a diario los que lo logran.

Ella lo miró entonces, con algo más cercano a la curiosidad que al coqueteo.

—¿Usted es uno de esos?

Asintió.

—Así es.

—Un escocés en India, y al servicio del Imperio. Sus ancestros han de estar revolviéndose—le dijo, sardónica, y Ewan se encogió de hombros.

Había hecho las paces con el pasado y su clan sobrevivía orgulloso por la mano firme de su hermano.

—Prefiero pensar que entienden que el mundo ha cambiado. Y que las batallas hoy son otras y se libran en otros escenarios.

—Me alegra que haya sobrevivido para llegar a este baile. Y a mí.

El fuego de ese mirar era abrasador, y Ewan se dejó envolver. El perfume que emanaba era a flores dulces, y algo más... cardamomo, tal vez. Picante, inesperado.

Ella hablaba con frases breves, medidas, tan agudas como su sonrisa. Caminaron en silencio por el jardín.

Los faroles de aceite temblaban con la brisa tibia, proyectando sombras largas sobre los arbustos recortados y las fuentes que murmuraban un ritmo pausado, hipnótico.

La fragancia del jazmín flotaba entre las ramas, denso como una tela invisible. A cada paso, el aire parecía cambiar: menos europeo, más real.

Ewan notaba su cercanía, el leve crujido de su vestido al moverse, el calor que se colaba por el breve espacio entre ambos. Ella caminaba como si conociera el terreno, como si los jardines del gobernador le pertenecieran.

—No me gustan estos encuentros —dijo ella, finalmente—. Todos fingen no mirar mientras se matan por ser vistos.

—No es muy diferente al ejército.

—¿Ah, no?

—Mucho esfuerzo para conseguir galones. Poca voluntad real de defender a la patria.

Ella rio suavemente. Luego se detuvo frente a una puerta lateral entreabierta.

—¿Quiere ver algo fuera del protocolo, teniente?

Ewan la miró, dudó un instante... y asintió.

Cruzaron la verja sin ser detenidos. Más allá del muro, la ciudad los recibió con un zumbido constante de vida nocturna: ruedas de carro, pasos descalzos, ladridos lejanos, algún instrumento de cuerda rasgado sin método.

La tierra era roja, el aire olía a curry, madera quemada e incienso. Pasaron junto a un grupo de niños sentados en la vereda, que los miraron sin decir palabra. Maggie saludó con un gesto breve, y ellos sonrieron, como si la conocieran.

—¿Hace esto a menudo? —preguntó Ewan.

—Lo suficiente como para que dejen de sorprenderse.

—¿No le da miedo?

—¿Miedo? No. Solo curiosidad. ¿A usted le da miedo?

—Depende de a dónde vamos.

Ella no contestó.

Doblaron una esquina y la calle se abrió a un claro donde se alzaba un templo dorado que reflejaba la luz de cientos de velas. Las columnas estaban talladas con figuras de brazos múltiples, rostros en calma, flores en espiral. Un olor a sándalo y a algo más fuerte, metálico, llenaba el aire.

Maggie se detuvo. Observó en silencio. Los devotos —hombres y mujeres— colocaban ofrendas, se inclinaban, murmuraban palabras antiguas que Ewan no comprendía. El humo del incienso subía recto, sin temblar.

—Este lugar me recuerda que esto no es nuestro—dijo ella, sin mirarlo—. Podemos tomar sus tierras, sus impuestos, su silencio. Pero no esto. No su fe. No su alma.

Ewan no respondió, pero estaba sorprendido y atraído. Esta mujer no era la dama típica de salón. Inteligente, plena de vida, decidida y bella, le envolvía segundo a segundo en su tela, y le gustaba.

—La India cambia a los hombres—murmuró Maggie, más para ella que para él—. ¿Lo ha cambiado, teniente?

Él giró la cabeza.

—Claro que sí—dijo, al fin.

Había salido de las Highlands creyendo que podía con todo, que vería el mundo y lo haría suyo. Idiota que había sido.

Una bengala estalló a lo lejos, coloreando el cielo con chispas rojas. En el silencio posterior, solo se oyó el canto de los grillos y el murmullo de las plegarias.

—¿Puedo verla otra vez?—dijo, sin pensarlo.

Este encuentro lo había hecho sentir vivo, quería más.

—Por supuesto. No estaría con usted si no me interesara conocerlo más.

Ese había sido el inicio del año más caótico, hermoso y trágico de su existencia.

Capítulo 5



—¿Ewan? Despierta, joder. ¿Qué te pasa?

La voz de Malcolm, urgida, desconcertada, le trajo de vuelta al Inverness de 1857, y el impacto fue seco.

Maggie. Caminando del brazo de un vizconde, hacia él, con la misma gracia de antaño. La misma sonrisa.

O no. La observó venir, y se le antojó vacía, y deslucida. Aunque, tal vez la que adjetivaba era su rabia, colándose por resquicios y haciendo que sus ojos mirasen con rencor.

Se removió en el lugar, incómodo, alerta, instándose a retomar el control de su cabeza y de su memoria. No dijo nada, pero Malcolm, que lo conocía desde niño, sabía que algo le había impactado hondo.

—¿Qué te está pasando, Ewan? Parece que viste un fantasma —murmuró.

Ewan tragó saliva. Así exactamente era.

—Sí—Luego, más bajo, musitó—. Sí. De otro tiempo y otro mundo.

—Tienes que recomponerte, ahora—le dijo Malcolm, y asintió.

No sería la primera vez que debía mostrarse impávido mientras su corazón se rompía. Ewan deseaba no sentir, pero el leve ardor en el centro del pecho desnudaba que la herida antigua no había cicatrizado bien.

La observó avanzar. El vizconde… Ese tenía que ser el que llevaría la voz cantante de las negociaciones del lado inglés, reconoció. Le murmuró algo y ella inclinó apenas la cabeza, asintiendo, elegante.

Cuando llegaron al centro de la sala, el noble le apoyó la mano en la parte baja de la espalda, con gesto de propiedad.

Ewan sintió una oleada de algo oscuro. No eran celos. Era furor. Había pasado el tiempo, el desengaño fue durísimo, y era un adulto sazonado. Pero no inmune. Su mente tenía dificultades para interpretar que ocurría, y reacomodarse.

El moderador de la reunión, un miembro del consejo local, apareció rápido, y se colocó en el centro de los dos grupitos. Carraspeó, y con aire grandilocuente, habló:

—Señores, permítanme hacer las presentaciones—. Este es el señor Malcolm MacLaren, abogado. El teniente Ewan MacLaren, hermano del laird Callum y representante del clan y del consejo regional.

Hubo gestos de saludo con la cabeza, miradas apreciativas, de esas que medían y buscaban debilidades. Ewan las ignoró. Sentía los ojos de Maggie sobre él, pero se obligó a no mirarla.

—Les agradezco el recibimiento en nombre de mi comitiva. El viaje se retrasó, pero aquí estamos. Soy Israel Penhouse. Presento primero a la dama—dijo el más joven de los ingleses, claramente el vocero de los recién llegados—. La señorita Margaret Ashford, enviada especial de la compañía ferroviaria y asesora. El vizconde de Ravenshire. El señor Wainwright, ingeniero…

No prestó mucha atención al resto de las presentaciones, su atención en el vizconde.

—Milord, sean usted y sus colaboradores bienvenidos—dijo, cuando la perorata de introducciones terminó, y el noble hizo un saludo silencioso.

Margaret seguía a su lado. La sonrisa no la perdió, a pesar de que sus ojos desnudaron que la había sorprendido.

—Es nuestro placer recibirlos, caballeros—dijo Ewan, con la voz perfectamente controlada—. Espero que podamos trabajar juntos con cordialidad.

—No veo por qué no sería así—dijo el vizconde, con cadencia —. Traemos buenas nuevas, porque de nuestra mano viene el progreso para su región. Son buenas noticias.

Oh, no, no esa mierda salvadora en la boca, pensó, airado. Era la típica bosta colonizadora que había escuchado año tras año. La condescendencia era perturbadora, y no auguraba una negociación entre pares. Ojalá se equivocara.

Miró a Callum al pasar, y notó el leve apretar de sus labios y el tic en su ojo, rasgos que denunciaban su molestia. Pensaba como él, lo supo claro.

—¡Adelante, adelante!—dijo el moderador, y los recién llegados fueron acomodados en sillas y en cuestión de minutos estuvieron dispuestos refrigerios, limonada, té.

Ewan y Malcolm sonrieron, asintieron, guardaron las formas y respondieron a las preguntas de los recién llegados. El clima inclemente dominó los comentarios, además de las novedades de Londres y Edimburgo.

Ewan obligó a su cuerpo a funcionar, y a su mente a trabajar. Pero por dentro, ardía. *Maggie*. Otra vez. En el lugar exacto donde no debería estar. Del lado equivocado del mapa.

Justo frente a él, que tenía la misión de negociar con inteligencia, defender las tierras escocesas, pelear por precios justos y evitar que los ingleses compraran la dignidad de los suyos al valor del hierro por metro de vía.

No podía permitirse sentir. No ahora. Pero su cuerpo lo traicionaba. El leve zumbido en el pecho. El nudo en la garganta que no era ira ni deseo. Era historia. Era pesar.

++++

El calor de la cocina era reconfortante, y comenzó a eliminar el frío que había perseguido a Isabella desde que se descolgó el aguacero en Aberdeen. Pero no se arrepentía de haber ido, lejos de eso.

Había sido un día hermoso, pleno de sensaciones y color escocés. Esto era lo que había imaginado cuando soñaba con las Tierras Altas.

Dejó la capa empapada por la niebla sobre una silla, se quitó los guantes con dedos entumecidos y se dejó caer en el banco largo junto al hoja.

Penny se apuró a deslizar una taza de caldo humeante enfrente suyo, acompañando el gesto con un sermón, que no ocultaba su preocupada ternura.

—Si sigue mirando sin ver, va a terminar con la cabeza tan dura como una piedra del río Ness, niña—gruñó en gaélico, la trenza gris colgando como una soga sobre su hombro—. *Dè bha thu a' smaoineachadh?* ¿En qué demonios estabas pensando?

—Solo es un poco de agua, Penny, esta comida hará maravillas —suspiró Isabella, con las mejillas aún encendidas—. ¡Fue

maravilloso! Tanta gente de diversos clanes, la música, troncos volando por el aire...

—Ay, niña, pareciera que hubieras visto a San Columba flotar sobre el lago —murmuró Harriet desde la alacena, sacando un pan de avena dorado y crujiente—. Come algo sólido antes de que te nos deshagas en pura palabrería.

La tía Margaret rio suavemente desde su sillón junto al fuego, envuelta en una manta tejida y con una taza entre las manos.

—Déjenla hablar—dijo—. Nunca la vi volver tan animada de un lugar. Ni siquiera de aquella velada literaria en Fortrose donde todos leían en voz baja como si estuvieran rezando por sus pecados.

Isabella tomó con gratitud el pan caliente que Harriet le pasó y mojó una esquina en el guiso espeso de carne, cebada y nabo. El olor le llenó el pecho de hogar.

—Es que esto no fue una velada, fue una celebración de vida —dijo, con la voz aún vibrante—. ¡Y Lachlan Fraser! Qué manera de lanzar ese tronco, qué presencia… Hasta Callum pareció impresionado.

Penny chasqueó la lengua con escepticismo.

—Claro que te fijaste en el presumido hijo del laird Fraser. Es una pena que los MacLaren ya no participen. Es la única razón por la que ese hombrecito pudo ganar.

—No lo llamaría hombrecito—dijo Isabella, y tres pares de ojos se fijaron en ella. Se sonrojó.

—Ewan era el orgullo del clan antes de marcharse a la India— dijo Penny, e Isabella entrecerró sus ojos.

No sabía que ese cateto había viajado. ¿La India? Caray, sí que le gustaría preguntarle sobre esa región. Había leído tanto sobre

ella.

—No era el mismo cuando volvió, ese hombre—gruñó Harriet —. Avinagrado, le llamaría yo. En especial contigo, niña—dijo a Isabella, y esta asintió.

—Tal vez algo allá le cambió. Es insoportable—se quejó Isabella —. Sabe todo, juzga todo. Hoy me trató como si yo fuese una tonta, solo porque estaba aplaudiendo y admirando lo que veía.

—Clásico entre ustedes dos—dijo Harriet, sirviéndose más guiso—. Si no discuten, no están respirando.

—¡Yo solo admiraba la destreza de Lachland Fraser! Que Ewan se moleste no es mi culpa.

Penny soltó un "hm" cargado de sabiduría.

—A veces, lo que más molesta es lo que más atrae.

Isabella alzó una ceja. Margaret le tocó la mano, suave.

—No le des más vueltas. Mañana revisamos el inventario con Rory, y Finn dijo que necesitas verlo por las cuentas del granero.

—No, no—suspiró Isabella—. No digan más. Me voy a dormir antes de que me encarguen ordeñar a las vacas del vecino. Heather no me advirtió que encargarme de esta propiedad sería tan cansino.

Rieron todas. Se despidió con un beso en la frente de su tía y esquivó la bufanda que Penny intentó ponerle a la fuerza.

—Vas a cantar como una gaita rota, niña!

Rio mientras subía por la escalera crujiente hacia su cuarto, con el corazón tibio. Su ventana daba al campo abierto. El cielo estaba despejado, y la luna teñía de plata los contornos de los montes y el bosque. El viento parecía hablar en la lengua antigua de estas tierras.

Desde que había llegado, esa casa, esas gentes, ese paisaje, la habían envuelto con un manto de pertenencia inesperada. Heather le había confiado la administración de la finca, y ella se había enamorado de esa tarea como si siempre la hubiera estado esperando.

Puso a hervir agua en la tetera de hierro, sirvió el té en su taza favorita —una de loza escocesa rajada en un borde— y se sentó en su rincón, donde la lámpara de aceite iluminaba una libreta encuadernada en cuero.

Junto a ella, las memorias de George Carlisle, el antiguo propietario de la finca y tío de Heather, estaban abiertas por una página señalada con un pétalo seco. Desde que las había descubierto, se había propuesto escribir las suyas.

Historias entrelazadas. Recuerdos que abrían puertas.

Sumergida en ese ritual nocturno —té, paisaje, palabras—, Isabella se sintió completa. Y escribió y escribió.

Luego, fue tiempo de intentar dormir. La oscuridad le sentó bien. Se acurrucó entre las mantas con el cuerpo aun vibrando por la jornada. La mente tardó en aflojar. Los recuerdos de lo vivido se negaban a aplacarse.

Tanto tartán, tanta gente. Competencias por doquier. Algarabía. Olores y sabores. El Caber Toss. Lachlan y su mirada apreciativa. Las palabras de Ewan, con esa sorna suya. Penny defendiendo a los MacLaren con más ternura de la que admitía.

Cerró los ojos, y dejó que muy lento, el sueño la atrapara.

Capítulo 6



Estaba en una habitación cerrada. Las paredes eran de piedra, húmedas. Había libros en el suelo, abiertos. Rotos, con las páginas arrancadas.

Alguien se había ensañado con lo que le hacía feliz. Arrugó el entrecejo. Reconoció los dibujos, que venían de su pasado, de su niñez.

Una ventana entornada se movía empujada por la brisa, pero no parecía que hubiese aire. La luz era gris, sucia, no dejaba ver bien, pero… Ella sabía que había alguien en las sombras. Y quien era.

La angustia le cerró la garganta, y su cuerpo de niña se estremeció. Sus piernas no se movían. Sus manos estaban pegadas al cuerpo. Quería levantar los brazos, ponerlos delante suyo, pero parecían de granito. Pesaban. Dolían.

Abrió la boca para gritar y llamar, pero… No tenía voz. Y no había a quien acudir. La humedad en su rostro se colaba por sus labios. Sintió la humedad caliente del orín que no pudo contener deslizándose por su entrepierna.

<<Eres asquerosa. Una niña mala. ¿Por qué me haces esto? Solo quiero hacerte feliz.>>

<<No, no, no. No quiero, no, no>>, gritaba su mente, desesperada, mientras su corazón parecía montado en un corcel.

Las palabras dolían, anunciaban. El hombre no tenía rostro, pero la voz era clara. Demasiado clara.

<<Eres tan bonita. Es tu culpa, no puedo evitarlo.>>

<< No es nada, es necesidad de los hombres.

<<No llores. No debes llorar. Y no debes contarle a nadie. No te creerán. Y tu padre no va a volver si sabe que eres mala.>>

La voz no gritaba, pero lastimaba. Y su cuerpo se tensaba, y las sensaciones eran terribles, y quería morir, morir…

El miedo no era nuevo. Era conocido. Reconocido. Un visitante antiguo que volvía con los mismos pasos.

Intentó retroceder. Pero el cuerpo no obedecía. Estaba clavada al suelo. Los pies como raíces, las manos como muñecas rotas.

El pecho ardía. Pesaba, oprimía. Como si alguien estuviera sentado encima. La respiración no salía. Solo el temblor interno, el calor en la garganta. Y la vergüenza. Esa que no tenía forma pero se pegaba como aceite sucio.

Quería gritar. Quería dejar de mirar. Pero la sombra no lo permitía. El aliento. La amenaza sin palabras. Un adulto. Un hombre. Cerca. Demasiado cerca.

Ella era una niña. Sabía que era una niña. Y no podía escapar.

Despertó de golpe, aterrorizada, agitadísima, el sudor pegando su camisa de dormir a su cuerpo, de inmediato frío al contacto con el aire gélido de la noche.

El cuarto estaba oscuro. El fuego se había apagado, y la lámpara de aceite se había consumido. *Pero es seguro*, se dijo, apremiada. *Estoy bien. Estoy en Escocia. Las tierras Carlisle.*

Se sentó en la cama, se llevó una mano a la boca. No quería hacer ruido. No quería que nadie oyera. Si la tía Margaret la oía se iba a preocupar. Sabría que le pasaba. Había sido testigo y consuelo por años.

Sollozó en silencio, drenando la agitación y el miedo que a pesar de lo viejo olía a podredumbre. El odioso recuerdo había vuelto a respirar dentro de ella, a ensuciar su noche.

Aferró la manta. Cerró los ojos y los apretó con furia. El pasado estaba enterrado. No estaba inerme ni solitaria. No estaba sola. Este era otro tiempo, otra vida, otra oportunidad.

—No tiene poder. El monstruo fue derrotado y ya no existe. No le des poder sobre ti, no es más que ceniza que el viento se llevó hace mucho, mucho tiempo.

Las palabras furibundas que llamaban a conjurarlo, los años de purgarlo, las memorias bonitas del presente la inundaron, convocadas por su determinación a ser feliz, y se prometió —otra vez— que al amanecer volvería a sonreír, y así viviría el día siguiente, y los que vinieran.

Isabella Carlisle no era sino una sobreviviente del horror que elegía vivir en la luz y vibrar con cada precioso minuto.

++++

En Aberdeen…

Las discusiones habían comenzado a poco de comenzar a andar. Las posiciones, al comienzo aparentemente alineadas, se alejaban con cada participación inglesa o escocesa. Era como si los acuerdos previos entre los altos mandos no hubiesen existido, tal era la indiferencia que el vizconde y su gente le prestaban.

¡Qué hombre tan pedante era el vizconde de Ravenshire! Incluso Malcolm se impacientaba con él, así que Ewan estaba tranquilo de que su percepción no estaba teñida de malestar porque Maggie estuviese sentada a su lado con expresión calculadora.

Una que cada tanto se fijaba en él, además, dejándole con una desagradable sensación. Ewan había pasado la instancia de estupor y quiebre.

Al recuerdo inicial le habían seguido otros, menos luminosos, que él había pisoteado para aferrarse a su papel, a su responsabilidad. No le fallaría a los suyos, ni a sí mismo.

Se había perdido allá en la India. ¡Hizo y sintió tanto por ella! Lo pagó caro, y no lo lamentaba. Ya no. Ella no era más que un amargo recordatorio de su poca lucidez.

Pero había madurado desde entonces, y era más que capaz de sostener el compromiso que Callum le confió.

La presencia de Margaret Ashford era una prueba, y el crudo recordatorio de que la negociación que comenzaban era difícil, y no solo trataba sobre tierras, sino también sobre influencias y ambiciones ocultas.

En un momento de tensión, cuando uno de los presentes presionó demasiado, Ewan se inclinó sobre la mesa, su voz firme.

—Si quieren estas tierras, tendrán que pagar mucho más de lo que ofrecen —dijo con tono cortante—. No estamos aquí para ser explotados.

Los representantes ingleses hablaban de progreso, conectividad, comercio, usando palabras como *modernización*, *beneficio mutuo, futuro compartido*. No obstante, lo que ofrecían no traería eso.

Malcolm, con la astucia, pero también la calma del abogado que ha leído demasiados contratos tramposos, pedía garantías por escrito.

—No basta con palabras, señores. Estas no alimentan a nadie —dijo, firme—. Queremos analizar los contratos que utilizarán con los propietarios de tierras. El precedente de lo que intentó Granville aún es recordado con amargura.

El vizconde de Ravenshire, elegante en su levita azul noche, sonrió con condescendencia, algo que sus ojos grises no repicaban.

—Naturalmente. Pactaremos caso por caso. No somos conquistadores, caballeros. Somos comerciantes. Respetamos la propiedad privada. Y la iniciativa individual. Es época de libre mercado. Los señores afectados por el trazado pueden hablar caso a caso y nosotros consideraremos…

Ewan se inclinó hacia la mesa, su mente entendiendo lo que el noble sugería. Su tono fue claro, pero contundente.

—Las tierras que les interesan pertenecen a mi clan, y así ha sido por siglos— *A diferencia de su título*, tuvo ganas de agregar, pero se contuvo—. Mi hermano Callum es el laird, la voz que representa a los propietarios en este tramo. No lo dicta solo la tradición. Se hicieron asambleas, se habló caso a caso. Así valora el laird a su gente. Y nos designó a ambos—señaló a Malcolm y a mí mismo—. Eso nos da genuina representatividad.

Tocó con su índice sobre el mapa, llevando la atención al mismo. Un leve murmullo recorrió la sala.

—¿Y confían en él porque es su laird? No es el primero con el que trataremos, y algunos olvidaron sus principios más temprano

que tarde—preguntó Margaret con calma, sin apartar la vista de Ewan.

Él la miró, con brevedad, y volvió sus ojos hacia el vizconde. Él era la autoridad aquí. Ella… probablemente su querida, con un cargo que le daba una pátina de honorabilidad.

Ella ya había usado esa estrategia varias veces, y para él era vieja.

—Callum tiene sus principios bien claros. Todos los tenemos. No negamos el progreso, ¿cómo podríamos? Yo mismo he visto lo útil que puede ser—Paseó su vista por sus interlocutores—. Pero será con nosotros, no a nuestra costa. Por ello Callum y su esposa trataron directamente con el duque de Elywood. Con el barón de Rothschild. Imagino que conocen la situación. Él y sus buenos amigos lo son también de mi laird.

Malcolm lo miró de reojo. No era habitual que Ewan fuese tan cortante, tan amenazante, y debió ver que evitaba mirar a la mujer tanto como era posible. La expresión de su primo no cambió, pero una línea de preocupación le surcó la frente.

Empero, no lo desautorizó ni se arredró, lejos de ello. Malcolm podía ser atildado, concienzudo y perderse en verborragia legal, pero era un escocés de pura cepa, y un MacLaren.

—Así es, el duque de Elywood nos respalda—dijo Malcolm—. Quisiéramos su confirmación directa de que estos acuerdos no implicarán ventaja ilegítima para la compañía.

El nombre de su Gracia, el duque de Elywood, imponía respeto. El vizconde asintió, y la tensión bajó un poco después de esta intervención. Se negoció una pausa en las discusiones, y cuando

estas se reanudaron, a la tarde, la comitiva inglesa determinó que querían conocer las tierras del trazado.

Así que el próximo encuentro se pautó en tierras MacLaren, en el pueblo a corta distancia del castillo. Supuso que era una maniobra para extender las cosas y permear ánimos al llevar inquietud, pero cómo estarían en su hogar, eso jugaría a su favor y no al de ellos.

—Los recibiremos con gusto.

Cuando la sala empezó a vaciarse, Malcolm lo tomó del brazo, discretamente.

—Tienes que decirme qué más está pasando, Ewan. Has estado tenso y en guardia desde el comienzo.

Él respiró hondo. Miró hacia las ventanas. El cielo comenzaba a cubrirse de nubes.

—Esa mujer, su llegada… Me sorprendió, y me trajo malos recuerdos.

—¿Recuerdos?

—Sí. Ella… Fue importante para mí.

—Del tiempo en que estuviste radicado en la India, presumo— Ewan asintió, y Malcolm suspiró—. Es una casualidad complicada. Dime, ¿tendrás problema con esto? Porque…

Ewan negó con la cabeza, sin responder de inmediato. Luego murmuró:

—Solo me trae recuerdos, pero puedo con ellos.

—No puedes permitirte otra cosa. Las memorias no te pueden nublar. Esta negociación es vital para nuestras tierras.

Ewan se volvió hacia él. Su mirada era sombría, como su ánimo. Necesitaba volver a su casa, con los suyos. Reagruparse,

pensar, y dejar que el whiskey fuese compañero mientras depuraba su cabeza del veneno.

—No lo haré.

—Bien—Carraspeó y se removió en el lugar—. Es más que vital. Yo he de volver a Edimburgo.

Ewan frunció el ceño. ¿Volver a la ciudad? Los tiempos no daban para eso. No parecía lógico, y su primo no era sino eso.

—¿De verdad? Creí que retornarías al castillo conmigo. Te evitarías muchas millas, y sabes que te echan de menos allá.

—Tengo… asuntos pendientes—dijo, y carraspeó, quitando su mirada de Ewan.

Este arrugó el entrecejo. Malcolm se denunciaba cuando mentía u ocultaba cosas. Solía ser lo que lo perdía en juegos de niños o de cartas con Callum, Ewan y Hamish.

La curiosidad le picó, pero Ewan tenía demasiado en su plato como para ahondar en los asuntos de su primo.

—Descansa, Ewan. Toma respiro y prepárate. Esto fue apenas un aperitivo. La verdadera lucha vendrá en territorio, cuando las negociaciones individuales comiencen.

Ewan palmeó a Malcolm y salieron juntos, cada uno de ellos a tomar distintas direcciones.

Capítulo 7



Margaret Ashford no se movió cuando el grueso de los hombres que hacían el trabajo administrativo del vizconde se dispersó. Envarada en su silla con el porte de una dama bien educada y la mirada de una estratega, pensaba.

En retrospectiva, su previsión del impacto que su presencia generaría fue apresurada. Inmadura. No debería haber menoscabado el dolor que había causado a Ewan en el pasado. *Dolores*, pensó.

Tal vez era su vanidad la que la había hecho pensar con ligereza. Cuando el vizconde le habló de su viaje a Escocia y su misión en estas tierras olvidadas, acompañarlo le había parecido una posibilidad exótica. Y la mención del apellido MacLaren pudo ayudar a convencerla.

Londres la aburría, y sus abotargados nobles más aún. Los buenos partidos estaban tomados y solo ofrecían limosnas por noches de placer, y ella… No, ella no era una cualquiera. Tenía ambiciones, y estándares.

Casi se rio en alta voz al pensarlo. El honorable vizconde de Ravenshire no era el cuchillo más afilado del cajón. Ni el más rico, poderoso o guapo. Pero estaba disponible, y era… maleable.

La moral encorsetada de la madre patria la había ahogado desde que llegó de Oriente, pero había sido un mal necesario. No era posible *cazar* a alguien de dinero y prestigio sin flotar por los

salones y fiestas de la clase alta. Así había envuelto sus brazos en el cuello del vizconde.

Pero su cuerpo, sus fantasías y deseos… Existían, y no siempre se avenían a lo que su mente exigía. Cada tanto, gritaban en rebelión, y se lanzaban a la conquista de las drogas que hacían la vida más vivible.

Ewan MacLaren había sido eso. *Y lo será otra vez*, se prometió. No sería fácil, atendiendo a su hosca expresión y al desprecio en su mirada, pero ella no era mujer de amilanarse.

Aspiró, y arrugó la nariz con desagrado. La sala olía a humo de turba, a lana mojada y a guisado. Estaban rodeados de retratos que probablemente no tenían sentido en una posada. Sus descendientes no habían sentido interés en llevarlos al vender.

Mesas robustas, alfombras de trama basta, hombres burdos. La Escocia profunda. La que resistía sin entender que el mundo giraba más rápido que ellos.

Había visto ese mismo orgullo en otras tierras: en los oficiales coloniales que creían que el calor no los derretiría, en las damas que pensaban que la moral era una armadura.

Aquí, en estas Tierras Altas, el orgullo se vestía de tartán y hablaba en tonos altos, y defendía clanes y heráldicas que no tenían sentido. Eran rémoras de un pasado que moría. Frágil.

Despreciaba a esta gente. A los que no veían más allá de sus colinas, a los que soñaban con conservar lo que no podían hacer crecer. Sin visión. Sin dinero. Sin futuro.

Los highlanders son como piedras antiguas, pensó, mientras tomaba un sorbo de té que ya estaba frío. Firmes. Orgullosas. Inútiles.

Y sin embargo… Esa resistencia, el honor obstinado que buscaba torcer el inexorable devenir, era lo que volvía excitante a Ewan. Otra vez.

Su cuerpo tenía buenos recuerdos del highlander. El gesto endurecido y la espalda recta no parecían corresponder con el joven ardiente que se derretía con una caricia en Calcuta.

No. Una parte de ese Ewan se había ido con el polvo de la India. El que había visto hoy pretendía ser un hombre de piedra. Uno que no perdonaba.

E*s… comprensible. El abandono y la humillación marcan a un hombre. Pero son tan fáciles de remendar*. La verdad era maleable, y en sus manos y de su boca, se bebía sencilla. Los hombres no eran sino básicos.

Margaret Ashford no buscaba ternura. Nunca la había necesitado. Ella entendía otras cosas: la tensión en la mandíbula de un hombre, el modo en que miraban cuando deseaban y no se permitían sentir. Su especialidad era leer esos matices. Alimentarlos. Usarlos.

No era tonta. El tiempo le jugaba en contra. La juventud ya no era escudo ni pasaporte. Su belleza tenía fecha de vencimiento, y su posición dependía de lograr mucho de los hombres antes de que miraran en otra dirección.

Este pensamiento la instó a la acción. Se inclinó levemente hacia el vizconde, que hablaba en voz baja con uno de sus asesores. Su tono era plano, pero lleno de autocomplacencia.

—Milord—murmuró, tocándole apenas la manga con las yemas de los dedos—. Tal vez deberíamos presentar algo más concreto la próxima vez. Estos escoceses desconfían. Necesitan cifras. .

El vizconde sonrió, complacido por su buen juicio.

—No esperaba menos que obcecación—respondió él—. Tienen miedo de lo nuevo.

Ella bajó la mirada, fingiendo modestia. Un gesto sumiso, aprendido, eficaz.

—Tienen miedo de perder lo poco que conocen.

El vizconde le acarició la mano. Ella sonrió. Su piel no sintió nada. No lo amaba. Esas eran sandeces. Lo necesitaba. Era útil. Y el poder era atractivo, aunque el cuerpo del vizconde no tanto.

A Maggie la movía el dinero. Y la pasión. Pero no la pasión romántica, sino la física. El deseo que se siente en la piel, en la entrepierna, en las madrugadas húmedas donde no hay espacio para los remordimientos.

Había perseguido amor alguna vez, cuando muy joven, y lo perdió por casquivana. Por no saber esperar. Por no cuidar lo que importaba. Ewan era parte de ese pasado.

Parte de lo que rompió, a sabiendas. Margaret asumía las consecuencias de sus actos. Había ganado y perdido. Pero no se arrepentía. Nunca. Los hombres se encariñaban. Ella no.

El juego era claro. Ewan MacLaren era un hueso duro. Pero no imposible. Había fuego allí. Silenciado, enterrado. Pero vivo. Y Maggie Ashford no pensaba irse de las Tierras Altas sin ver si aún podía encenderlo.

Porque podía, quería, y le sería útil. Al vizconde se le iba la reputación en esta negociación, y de contactos y negociados estaba hecho el camino a la tranquilidad económica.

++++

El comedor del castillo refulgía iluminado por docenas de velas y antorchas murales. El fuego ardía con brío en la gran chimenea de piedra, y había aromas a carne asada, pan caliente y cebada recién hervida en la sala.

La mesa larga de roble estaba repleta de platos rebosantes y copas de vino espeso. Isabella, sentada entre la tía Margaret y Gwen, sonreía y observaba la escena con animación.

Los MacLaren hablaban al mismo tiempo, interrumpiéndose con risas, codazos y exclamaciones.

—¡Si vuelves a decirle a la hija del carpintero que estoy loco por ella, te daré la tunda de tu vida, Alec! Me persiguió por todo el poblado, mostrándome sus muselinas nuevas—dijo Hamish con gesto ofendido.

Hubo carcajadas, y Alec se atragantó con su cerveza, lo que incitó a Callum a golpear su espalda.

—¿Y qué hay del mayordomo ese que llegó a inspeccionar la posada porque su señor está preocupado por la humedad? Esos ingleses son más tensos que cuerda de arcos.

—¡Ingleses, qué más decir!—rugió Hamish, chocando su copa con la de su primo—. ¡Salud!

Isabella se dejó llevar por el momento. La mesa era un hervidero de bromas, vino, pan pasándose de mano en mano, carcajadas. La familia que le había hecho un lugarcito.

No lo eran por sangre, pero la conexión de Heather y Callum imbricó ambas ramas, y ella no podía estar más fascinada.

Miró a Heather, y la notó más callada que de costumbre. Un poco pálida, incluso. Su prima sonreía, sí, pero había una emoción

contenida, vibrando por debajo. Una especie de luz en los ojos que Isabella no había visto antes.

Cruzó la mirada con Gwen, que asintió, como si adivinase sus pensamientos. Masticó la carne, pensando cómo encarar la pregunta que se le antojaba inevitable. Ella y su prima no tenían secretos. Al menos antes. El matrimonio cambiaba las cosas, claro.

Lo que siguió le evitó el continuar las consideraciones. Heather se levantó, copa en mano, su esposo a su lado. Callum la miraba como si fuera el Santo Grial, y él, el más fiel de los templarios. Era perfecto de ver, entibiaba el corazón de Isabella, que era romántico sin remedio.

—Hermanos, familia, amigos… Tenemos algo que decirles—dijo Callum, su voz grave inundando la sala, que enmudeció poco a poco, y la curiosidad pintó los rostros.

—¿Qué es?—inquirió Hamish, impaciente—. Menos pompa, Callum.

—Es importante—dijo Heather, con voz serena—. Y lindo. Estoy embarazada.

El silencio duró menos de un parpadeo.

—¡Jodido laird! ¡Bien que te lo guardaste! Así que esa visita del doctor no era porque te dolía la herida de la pierna—rugió Hamish.

—No. Queríamos estar seguros, y confirmar…

—¡Tenemos al sucesor de Callum! ¡Roguemos que herede la inteligencia de la madre!—dijo Ewan, sardónico, e Isabella rodó los ojos.

Tan idiota, arruinando un momento precioso con chistes sin gracia.

Capítulo 8



—¡Ojalá sea una mujercita que logre lo que yo no! Enseñarles a todos buenos modales—agregó Gwen, riendo y aplaudiendo.

—¡Qué noticia tan perfecta! ¡Mi niña querida, Callum! ¡Felicitaciones!—exclamó Margaret, dejando su copa para unirse al aplauso, sus ojos húmedos, y las manos en el pecho.

Isabella no perdió tiempo de ir a Heather y abrazarla fuerte. Estaba emocionada, feliz a rabiar. Por Heather, porque su prima merecía toda la felicidad que la rodeaba. Y porque tendrían un pequeñajo al que mimar y adorar pronto.

—¡Es la mejor noticia del año!—le dijo al oído.

—Estoy tan feliz—susurró Heather—. Tenías razón… Venir aquí era lo indicado.

—Muy bien, muy bien, ahora, lo otro—interrumpió Callum—. Heather debe hacer reposo. El médico fue claro. Me aseguraré de que lo cumpla, así tenga que recostarme con ella por siete meses y llevarla en andas a todos lados. Mi prioridad es ella, y mi hijo. Deberán ayudarme. Delegaré la mayor parte de mi trabajo.

Se giró hacia sus hermanos y primo Alec.

—Ewan, tú estarás a cargo de las reuniones y negociaciones con la comitiva inglesa. Hamish, acompañarás a los técnicos y ejecutivos al terreno. Alec, te pido que apoyes a Hamish. Malcolm, los contratos…

Malcolm, que había estado muy callado, bebió un sorbo de vino, luego habló:

—Yo no puedo quedarme más de dos o tres días. Debo regresar a Edimburgo. Mi cliente principal me espera.

Alec frunció el ceño y lanzó una mirada incisiva a su hermano que Isabella notó. Los primos MacLaren eran distintos, pero complementarios. Alec era la perfecta figura del guerrero escocés, cazador, parco. Aparecía y desaparecía.

Malcolm era todo lo contrario: afilado, educado, eficaz. Pero algo lo corroía, lo tenía en alerta, y hasta distraído.

Callum asintió.

—Lo entiendo. Veremos cómo nos organizamos.

Entonces, Heather miró a Isabella.

—Tengo una sugerencia. Isabella podría ser nuestra secretaria. O asistente. Conoce las cuentas. Tiene excelente letra. Y nadie mejor para redactar informes o transcribir reuniones. Confío en ella completamente.

Isabella sintió que la atención de toda la mesa se volcaba hacia ella. Se irguió con una mezcla de sorpresa y orgullo. Pero Ewan habló antes que nadie.

—¿Ella?

Su tono no fue burlón. Fue algo peor: displicente. Como si la idea no mereciera análisis.

—Pasa más tiempo en las nubes que en la tierra. Esto es serio. Esos ingleses no dan puntada sin hilo, hay que estar atento.

La mesa quedó en silencio. Isabella se levantó lentamente y apoyó sus puños en la madera, su mirada fuego líquido sobre el desgraciado.

¿Cómo se atrevía? ¡No conocía más que su exterior, y este de verla en forma cortada y esporádica. Su voz sonó alta y clara,

bañada de determinación y furia.

—Usted, señor Ewan MacLaren, no es más que un escocés desagradable. De esos que según las leyendas hacen llorar a las piedras y asustan a las vacas con solo fruncir el ceño. ¡Gruñón de las Highlands!

Un murmullo recorrió la mesa. Alec resopló, y lanzó una carcajada. Gwen escondió su boca detrás de una copa. Isabella no vio más, porque sus ojos estaban clavados en el cateto.

Ewan se puso de pie también. Ahora estaban frente a frente, como dos corzos que se estudian antes de embestirse.

—Este no es un juego—dijo él—. Esto es política, tierra, dinero. Requiere disciplina, concentración. No caprichos poéticos ni dramatismos de salón.

—Entonces será un placer mostrarle que conocer de poesía no está reñido con la matemáticas—dijo Isabella—. Y que las mujeres podemos hacer muchas cosas, entre ellas, negociar, escuchar, escribir, pensar. ¿Puede usted hacer todo eso? Lo dudo—dijo, y se sentó con tanta dignidad como pudo.

El laird Callum, que había observado la escena con una mezcla de resignación y fascinación, se incorporó con un suspiro.

—Ewan, siéntate. No voy a pedirte que te disculpes, porque descuento que lo harás, como el hombre sensato que eres. Y está decidido. Isabella asistirá en las negociaciones.

Nadie habló por un instante. Isabella bebió el agua de su copa, deseando que fuese algo más fuerte. Qué había hecho que reaccionara así, no sabía. O sí. Ese hombre la tenía cansada con su menosprecio.

Cuando alzó la vista, se topó con la de él, que la miraba, retador, pero a la vez, elevó su copa en saludo.

Pff, resopló. Como si fuese a dar entidad a lo que hiciera o dijera.

++++

—Si este niño hereda la terquedad de su padre, necesitaré reposo por largo tiempo—La frase de Heather provocó risas, y ella suspiró—. Lo digo en serio. Callum está empeñado en mantenerme entre almohadones y no permitirme siquiera bajar escaleras.

Gwen suspiró largo, y asintió, tomado la taza de té que Isabella le extendía.

—Nunca había visto a mi hermano tan aterrado, y lo entiendo. Es su primogénito, y tú la mujer que ama. Los dos seres más preciados. El impacto que debió sentir al verte inconsciente ha de haber sido tremendo.

—El doctor le explicó con paciencia y detalle qué pasó, y le aseguró que estaría bien. Pero no se fía.

—No va a dejar de observarte y cuidarte hasta que tengan a su hijo en brazos. Le va a quedar el ceño fruncido de por vida, pobre Callum.

—Se va a parecer a tu otro hermano, que ya lo tiene tatuado—dijo Isabella, y bebió su té, mientras Gwen sonreía.

—Más respeto con mi cuñado—bromeó Heather—. Es un hombre gentil, salvo contigo—agregó.

—Coincido. No me gusta, pero… Ewan no ha sido él mismo desde… India—dijo Gwen.

—Es una pena. Ambos tendrían mucho por decirse. Bueno, supongo que Isabella por preguntar y él por contar. Tantos destinos exóticos recorridos—dijo Margaret desde el sillón junto a la estufa—. Pero con lo hosco que se pone con ella… Imposible.

—Necesita más dulce en su vida. Hasta al té se niega. Demasiado inglés para mí—dijo Gwen, imitando la voz grave de su hermano.

—¡Horror! Todo es mejor con una taza de té en la mano—dijo Heather.

Gwen rio y meneó la cabeza.

—La ceremonia del té. Es que la han impuesto, señoras—comentó—. Jamás pensé que una tradición inglesa sería tan celebrada en tierras escocesas. Pero aquí estamos. Faltan los bollos con mermelada y ya podemos fingir que estamos de visita en Bath.

Heather rio, acariciando distraídamente su vientre bajo la manta de lino.

Estaban reunidas en la sala privada del ala sur, donde los ventanales daban al jardín. El sol de la tarde se filtraba entre las cortinas bordadas, y era un momento precioso con tazas delicadas, galleta de avena y conversación liviana.

—¿Cómo te sientes hoy?—preguntó Isabella en voz baja, mientras le pasaba otra almohada para el respaldo.

Heather tardó un segundo en responder.

—Mejor. Cansada, pero mejor. El médico fue claro: reposo. Nada de escaleras. Nada de emociones fuertes. Nada de ir a conversar con la gente en los establos, ni montar, por supuesto—suspiró, e Isabella lo atribuyó a decepción.

Su prima adoraba los paseos en su caballo.

—El tiempo pasará pronto—dijo Gwen—. Cuando te des cuenta, estarás paseando a tu pequeñín por las tierras, ya verás.

Heather asintió.

—Lo sé, me quejo sin calor. Esto es lo más importante que me ha pasado. Bueno, Callum, el embarazo, los MacLaren… Nuestra familia de tres—tomó la mano de Isabella y de su tía, y miró a Gwen —. No puedo dejar de agradecer a mi tío George por legarme su propiedad.

Gwen dejó su taza y se acercó al diván. Se agachó para acomodar la manta sobre los pies de Heather con un gesto suave.

—Vas a estar bien. Y tú… Ustedes. Son la parte de la familia que no sabíamos nos faltaba.

Heather le apretó la mano, y Gwen parpadeó con fuerza.

—Oh, querida, no te mortifiques…

—No estoy llorando—dijo, limpiándose la nariz con el dorso—. Ha de haber algo en el aire, de seguro.

—Por supuesto—dijo Isabella, risueña, y guiñó un ojo—. Polvillo molesto.

Todas rieron.

—¿Y tú, Isabella?—preguntó Heather, volviéndose hacia ella—. ¿Cómo te sientes con la gran responsabilidad que Malcolm ha puesto sobre tus hombros? Sí que es un cambio para tu rutina. Reuniones largas, papeleo sin fin, y hombres fatuos o porfiados que no se escuchan.

Isabella respiró hondo. Luego, sonrió de lado.

—Digamos que me siento… Movilizada, pero en el buen sentido. Me hace sentir más útil.

—No eres sino útil a diario, mi querida niña—dijo Margaret, mirándola con cariño.

—Me gusta que mi voz… La voz de una mujer, esté presente. Espero que no sea para mero adorno—se encogió de hombros—. Es posible que Ewan prefiera un martillo en la cabeza que una opinión mía.

—Que su gruñido no te avasalle. Lo que dice, sus reacciones. No es personal contigo, lo sé, conozco a mi hermano—dijo Gwen—. Él… está distinto. Desde que volvió de Oriente. Esos años lo volvieron… Taciturno, desilusionado. Vaya a saber lo que vio, lo que debió hacer allá.

—Si atendemos a lo que los periódicos publican, mucho pasó, y feo. Esas rebeliones, el estar en constante alerta en lugares exóticos, peligrosos…—dijo Heather.

—Se volvió más cínico, menos flexible. Pero conmigo sigue siendo ese hermano que me envolvía en brazos y me hacía carentoñas cuando lloraba.

—Bueno, ¿quién podría ser áspero o incisivo contigo, Gwen?—dijo Isabella—. Eres encantadora, y tener tu amistad es invaluable.

—Oh, dejen de intentar que rompa en llanto—gruñó Gwen, y se cruzó de brazos, provocando hilaridad general—. Pero escucha esto, Isabella. Si a Ewan no le importase tu opinión o le resultases molesta en verdad, no se acercaría a ti o retrucaría tus comentarios.

Isabella rodó sus ojos. No se lo creía, pero en fin.

—Pues bien que podría vivir sin estos.

—¿Y qué hay de ese hombre, Lachland Fraser?—preguntó Heather, con una sonrisa pícara—. ¿Qué opinión te merece? Pareció muy fijado en ti.

Isabella se sonrojó un poco, y las miradas no le dieron tregua.

—Es un hombre… interesante. Muy atlético. Su actuación en los juegos fue fantástica, no importa lo que Ewan diga.

Ahí estaba, otra vez hablando de él. Pff. Qué lata, ¿por qué no lo soltaba? A ver si creían que no dejaba de pensar en él.

—Ewan y Lachland tienen historia. Rivalidad. Siempre compitieron, desde jóvenes. Fraser es amable y contenido, además de guapo.

—Gwen, ¿detecto interés ahí?—bromeó Isabella, y esta negó.

—Para nada. No es mi tipo, francamente.

—Oh, ¿y es que tienes uno?

Gwen quedó del color de la grana en un instante, y tanto Heather como Isabella lanzaron unos *Ohhhhh* largos e interesados.

—¡Cuéntanos, Gwen!

—Oh, por favor, no es nadie.

—Definitivamente es alguien—susurró la tía Margaret, sacudiendo su cabeza, sabedora.

Isabella achinó los ojos, pensando, pero sin una pista de quién podía ser. Fue Heather, atenta y protectora de su cuñada, que desvió la atención con elegancia.

—Por cierto, ¿han notado lo agitado que está Malcolm? Impaciente.

—Sí—respondió Gwen—. Hamish dice que algo se trae entre manos, pero no suelta prenda. Yo le noto muy distraído. Callum y Ewan le esperaban antes, y demoró en llegar desde Edimburgo.

—Hoy mismo le vi hablando solo por los pasillos—dijo Margaret.

—Ese no parece mi primo, para nada. Desde niño fue serio, circunspecto, la imagen de la corrección.

—¿Crees que tiene un secreto?—sugirió Isabella, y luego abrió sus ojos—. ¡Tal vez un romance! Oh, ¿no sería eso perfecto?

—Si es así, la agraciada ha de estar viviendo el cortejo menos romántico de Escocia—dijo Heather—. Transcurre entre reuniones, cláusulas legales y negociaciones.

Justo entonces, la puerta crujió, y Alec apareció con su abrigo colgando del brazo y una sonrisa.

—Voy hacia el valle. Si necesitan volver a la finca, puedo llevarlas.

—Sería encantador—dijo Margaret, incorporándose, e Isabella se apuró a alcanzarle su chaqueta.

—Siempre tan oportuno—dijo Gwen, y elevó su voz—. Estábamos tratando de adivinar qué está ocurriendo con tu hermano. ¿Qué son todas esas misteriosas idas y venidas?

Alec parpadeó, claramente atrapado sin palabras, lo que hizo que todas sospecharan que estaba enterado de lo que querían saber. La curiosidad no atemperó las risitas que surgieron al ver al hombrón abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua.

—¿Eh? ¿Misteriosas? Jejeje, vamos, Gwen… Malcolm y el misterio viven en puntas lejanas.

—Alec—la voz de Gwen ganó en comando, y sus manos en jarra complementaron bien la imagen de mujer en control.

Alec levantó sus manos en postura de rendirse.

—Solo sé que hay una clienta, una inglesa que llegó a su estudio en Edimburgo, y le preocupa su caso.

—Ajá —dijeron las cuatro al unísono.

—¿Y es joven?—preguntó Isabella.

Alec retrocedió medio paso.

—No me pregunten más, no lo sé. Isabella, puedes hablar con Malcolm tú misma. Te espera en el despacho. Estaré esperando junto a la caballeriza.

Escapó veloz.

Capítulo 9



Isabella se despidió de Heather y Gwen, y dejó atrás a su tía para ir al encuentro del abogado. Tocó a la puerta e ingresó al escuchar la autorización.

El hombre estaba junto a la ventana, parado muy recto, mirando afuera, sus piernas abiertas y sus manos anudadas detrás de la espalda. Imponía.

Como todos estos hombres MacLaren, era atractivo y desprendía magnetismo, pero de un modo… diferente. Donde Ewan era energía caótica, expresividad en rostro y manos, Malcolm era quieta autoridad, energía contenida en miembros controlados.

Isabella espero unos segundos a que le hiciera saber qué necesitaba, y él se movió hacia el escritorio, de donde tomó una abultada cartera de cuero.

—Son los documentos de las negociaciones. Todo está aquí —le dijo, sin preámbulos—. Revísalo, entérate de cada detalle. Es vital que sepas los nombres de cada propietario que será tocado por el ferrocarril, y sus demandas. Es la manera en que podrás apoyar a Ewan mientras no estoy.

—¿Te vas?—dijo, con desmayo, tomando la cartera que él le tendía.

Apenas había llegado. ¿Qué quería decir *mientras no estoy*? Sopesó la cartera en brazos. No era liviana, o tal vez lo que pesaba era la responsabilidad que estaba asumiendo.

Le aterraba la posibilidad de equivocarse, de echar a perder algo tan importante para los escoceses de la región.

—Asuntos de suma urgencia me convocan. Créeme, es crucial que parta otra vez—dijo Malcolm con gravedad.

No dudaba de su palabra pero, ¿qué podía ser más importante que negociaciones que definirían la bonanza o pobreza de su familia, por décadas en el futuro?

Él pareció leer su rostro, porque apretó sus labios y meneó su cabeza.

—Créeme, Isabella, no puedo abandonar… Hay una persona que me necesita, y no la puedo dejar librada a su suerte. Sé que harás tu mejor esfuerzo, y eres muy capaz. Confío en ti y en Ewan. Volveré apenas pueda resolver la situación.

Ella suspiró largo.

—¿Y si Ewan se niega a que lo ayude? Sabes que no le simpatizo.

—No pasará. Ewan es temperamental, pero no tonto. Te necesita ahí, apoyando su discurso con datos, con hechos.

Isabella asintió.

—Leeré cada detalle con atención, lo prometo.

Malcolm movió su cabeza con lentitud, y aclaró su garganta.

—Como muchos ingleses, y discúlpame de antemano por mi generalización, el vizconde y sus acólitos son prepotentes y buscarán vacíos o dudas para ganar terreno. Y hay una mujer entre ellos. Hermosa, muy persuasiva cuando habla. La presentaron como asistente del vizconde, aunque creo que es mucho más que eso. Margaret Ashford. Cuídate de ella, y cuida a Ewan.

Isabella parpadeó.

—¿A Ewan? ¿Por qué?

Su curiosidad se desplegó como una fuerza imposible de domar. ¿Por qué le decía esto Malcolm?

La expresión del abogado era seria, medida.

—No te diría esto si no estuviese… inquieto por el asunto. No sé mucho, pero al parecer tienen… historia. La única razón por la que te lo comento es porque me da muy mala espina, y te reconozco centrada. Eres parte de nuestra familia, además.

Wow. Esto era… Esas palabras eran potentes. Pero no tanto como la información que le acababa de dar, que la dejó…

Sorprendida, e inquieta. Mucho. ¿Qué papel jugaba esa mujer con el gruñón cínico de Ewan MacLaren? ¿Qué historia les conectaba? De pronto estaba urgida por conocer a esa mujer, y saberlo todo.

No le gustaba entrar en contiendas en las que no conocía reglas o donde las alianzas eran difusas. *No lo son, Malcolm te está advirtiendo que tal vez Ewan las confunda impelido por esa mujer.*

Pero Isabella estaba segura de que Ewan no pondría nada por encima de los MacLaren. Eran una familia unida, y el mediano era feroz protector de su clan, de sus tierras.

Isabella le había visto muchas veces en íntima comunión con arrendatarios, escuchándoles, riendo, bebiendo con ellos, siempre una presencia fuerte sobre su caballo o caminando por el poblado, deteniéndose en los puestos de venta, o a saludar a los grupos que cotilleaban.

Sí, tal vez le había observado bastante de cerca, pero era porque no podía desentrañar por qué se comportaba distinto con

ella. Isabella parecía la única excepción que Ewan hacía en su forma de vincularse con la gente.

Con su gente, se corrigió. *No me incluye en ellos, como sí hacen sus hermanos y primos*. Él veía algo en ella que le disgustaba. Le molestaba su constante preguntar y entusiasmo, eso se lo había dicho, repetidas veces, y de forma despectiva.

Se obligó a responder a Malcolm, que estudiaba su rostro, expectante.

—Lo tendré en cuenta—dijo, conteniendo el impulso de preguntar más.

Vaya si lo haría. Se despidió, decidida, el plan en su cabeza tomando forma. Iba a estudiar estos documentos de cabo a rabo, y estaría expectante en las reuniones, aportando lo mejor de sí.

Si no por Ewan, por Heather y el futuro que crecía en su vientre. Por Gwen, Callum, e incluso Hamish, a pesar de sus tonterías. Y por los demás en la región.

Por mí, también. Vivo aquí, soy una escocesa por adopción. Sonrió. Eso sí que sonaba bien.

++++

Ewan bajaba las escaleras para tomar el pasillo hacia el patio cuando la vio pasar. Desaceleró, permitiéndole que avanzara sin verlo, y se paró en el escalón final por unos segundos, pensativo.

No tiene sentido que la evites, se dijo. *Malcolm no te ha dejado otro camino*.

Su primo sí que lo había sorprendido con su irrevocable determinación de irse en mitad de las negociaciones más

importantes del clan en décadas.

Pero Ewan no era de juzgar a la ligera, y el profundo conocimiento que tenía de Malcolm le decía que algo muy importante pasaba en Edimburgo.

Callum lo entendió igual, y si ambos se habían mirado con la mayor alarma y estaban muy interesados en saber qué cojones tenía a Malcolm tan enredado, no lo detendrían.

Alec, que probablemente tuviera más datos, les diría si les necesitaba.

El caso era que ahora el peso de las negociaciones con esa comitiva inglesa, Maggie incluida, y las esperanzas de que el trazado ferroviario beneficiara a los suyos caía en sus hombros. Y en los de la enérgica mujercita que avanzaba hacia la salida.

Decidido, se apuró a ir tras ella.

—Isabella, espera, debo hablar contigo.

Ella se dio la vuelta, sobresaltada, sus ojos enormes denotando el sobresalto que le provocó su grito. O el hecho de que la había llamado por su nombre de pila, por vez primera.

Sí, Ewan se había empecinado en marcar distancias y solía usar su apellido. Como un escudo, una protección contra la curiosidad y la energía vital de esta Carlisle.

Había visto a Callum y a Hamish siendo acosados a preguntas por esta entusiasta y curiosa mujercita. Ella podía ser ciertamente… Incapaz de frenar su sed de saberlo todo.

La cartera de cuero que abrazaba contra su pecho era demasiado grande para su figura, y era una de esas que Malcolm usaba cuando pensaba quedarse días encerrado leyendo cláusulas.

Así que ya lo sabe, pensó Ewan. *Sabe que no contará con él.* Eso le quitaba argumento, no tenía que decir nada y…

Anda, discúlpate. Es lo que ella merece, fuiste grosero. El peso que tienes será menor si lo compartes. Ni Callum ni Malcolm son tontos, no cedieron a la presión de Heather para que Isabella estuviese en esas negociaciones solo por condescendencia.

Isabella puede hacerlo, eso había dicho Heather, y la mujer del laird, su cuñada, era decidida, inteligente, y estaba comprometida con Callum y el clan.

Así que Ewan tenía que soltar su actitud para con Isabella y confiar en que podía ayudarle. Y necesitaba ese apoyo, porque largas horas dando vueltas en la cama sin dormir le decían de sus encontradas emociones.

El pasado no cejaba en su empeño por aparecer en su cabeza, con memorias agridulces que dolían, y otras más pesadas que eran heridas abiertas. Había creído que lo había superado, que era inmune a los recuerdos.

Entonces la que le había partido al medio volvía a aparecer en su camino. En el lugar y momento menos esperado. Pero no era amor o nostalgia lo que le tenía así, cuestionándose.

No. Era indignación y rabia consigo mismo más que con Maggie. No porque aquella no hubiese estado en falta, y mucha, con él. No, era porque él lo permitió, como un pelele.

El orgullo bramaba, herido, en su pecho. Todo esto lo tenía… En desasosiego. Distraído. Y no debía ser así. La revelación fue como un rayo, y volvió a hacer sus pasos lentos.

Si se dejaba enredar por sus emociones y por Margaret, haría mal su trabajo. Y esto caería sobre su familia, sus amigos, su gente.

Ewan sabía lo positivo del progreso, y que no podían quedar al margen de este, que venía a las Highlands en forma de rieles.

El tren unió regiones enteras en la India, recordó. *Acortó distancias, trajo comercio, nuevas rutas, esperanzas… Pero también desplazó aldeas. Rompió economías locales.*

Eso no podía pasar aquí, y menos cuando él estaba en la primera línea para ponerle freno*. No dejaré que ocurra lo mismo.* Por eso la necesitaba.

Necesitaba de Isabella Carlisle. La que hacía de sonreír una tarea constante. La que se embargaba de gozo con cada situación o hecho que descubría en Escocia. La que lo impacientaba y era receptora de sus ironías.

—Señor MacLaren.

Él bajó el tono.

—Ewan. Solo Ewan. Vamos a pasar muchas horas juntos.

—Así parece. Ya Malcolm me lo dijo, y me dio información para que lea y me empape a fondo.

Él asintió.

—Quería pedirte disculpas. Por lo de la cena.

Isabella no respondió al instante. Lo miró seria, valorando su sinceridad, probablemente. Luego, asintió.

—Las acepto. Aunque creo que merecí estas en otras ocasiones, antes. No fueron los primeros comentarios que dolieron.

Ella levantó la barbilla mientras lo decía. Ewan sabía que merecía sus palabras, y admiró su postura. El mentón tenso, los ojos marrones con motas verdosas que parecían chispear, los mechones castaños escapando rebeldes del recogido.

Por qué solía pensarla como frágil, liviana, desplazable, se le hizo un misterio aquí y ahora. Porque en este instante, parecía todo lo contrario. Tenaz. Desafiante. Decidida.

—No tengo excusa por todas esas veces, lo sé—murmuró—. He sido injusto. Me dejé llevar por mi impaciencia, mis prejuicios, supongo.

—Sin duda.

Joder, no le daba tregua. Llevó la mano a su cabeza y se rascó la coronilla, y carraspeó.

—Me comprometo a actuar con respeto y dejar atrás mis…

—Infantiles actitudes—agregó ella, y sus labios se extendieron.

Ella… ¿se divertía a su costa? Mm. Mujercita irreverente. Aunque suponía que lo merecía. Y más que eso.

—Estas reuniones… El clan confía en nosotros. Si me equivoco, si dejo que tonterías como prejuicios o emociones me cieguen, afectaré a los que quiero. Caerá sobre mí. Sobre mi apellido. Sobre las tierras del clan. No puedo fallarles.

Ella no bajó la mirada. Ni se suavizó.

—No lo tomo a la ligera. Entiendo lo que está en juego. Estoy para ayudar.

Lo dijo sin énfasis, sin necesidad de adornos. Pero con firmeza.

Él asintió.

—No dudo eso.

—No hoy, al menos—replicó ella, con una sonrisa torcida.

Y Ewan sonrió también. Breve. Torpe. Pero honesto. Hubo un silencio. Esta vez no incómodo. Solo… suspendido. Entonces Ewan carraspeó.

—Una advertencia. Ya que vamos a trabajar juntos… Hay una mujer entre los ejecutivos. Margaret Ashford.

Isabella parpadeó. No se mostró sorprendida. Ya lo sabía, entendió Ewan. Joder, era… Le avergonzaba. Pero había empezado a decirle, así que no se echó atrás.

—Influye en el noble, y me conoce.

—Malcolm me lo dijo.

—¿Qué te dijo exactamente?

—Que tuviera cuidado.

Ewan asintió, pero la tensión le volvió al cuerpo.

—Sí. A eso me refería. Maggie tiene mucha habilidad para envolver a los demás en sus enredos. Sabe cuándo sonreír, cuándo callar, y cuándo clavar el cuchillo sin que se note. Es lista. Persuasiva. Le gusta jugar. Y no mide consecuencias si eso la lleva a lograr lo que busca.

Isabella lo miró con mayor atención.

—¿Persuasiva cómo?

Hubo una pausa. Él dudó. Luego habló, más bajo.

—Del tipo que logra que un hombre inteligente haga cosas estúpidas.

Ella arqueó una ceja, sin perder la compostura.

—Oh. Pero como no es tu caso, no debemos preocuparnos.

Ewan entrecerró los ojos, tomado por sorpresa. ¡Tan atrevida! Su boca se distendió, divertido sin querer. Asintió.

—Mi caso fue el de un tonto haciendo tonterías aún mayores. Fue hace años. En otro mundo. Pero las marcas viejas… arden.

Isabella no respondió enseguida. Bajó un poco la mirada. Asintió.

—Eso lo sé bien. Y tomo nota.

Vulnerabilidad por un brevísimo instante, se percató Ewan, pero ella se rehízo al instante.

—Gracias, Isabella.

—¿Entonces...?—preguntó ella, con voz más suave.

—¿Entonces qué?

—¿Estamos en tregua?

Él la miró, de verdad esta vez. Pasando de los prejuicios con los que la había tenido a raya. Decisión e inteligencia lo miraron de vuelta.

—Tregua—repitió.

Ella extendió la mano, y Ewan la estrechó. Un gesto firme. Un pacto de respeto.

Capítulo 10



El edificio en el que se llevarían a cabo las reuniones estaba en el centro del pueblo, junto a la antigua iglesia de piedra. Solía usarse para las audiencias locales, registros civiles y asambleas comunales.

Era un sitio sin grandes pretensiones, espartano, pero robusto. Las paredes gruesas, el techo a dos aguas y los ventanales altos le daban un aire de solemnidad rural que parecía necesario, a juicio de Isabella, para darle realce al encuentro.

En una primera instancia se había propuesto el castillo MacLaren, pero el laird se negó. En sus palabras, esta era una oportunidad que competía a la comunidad, y la idea era que no hubiese secretismo en los acuerdos.

Heather había dicho que la transparencia era vital para Callum, y no quería que sus esfuerzos, que los hubo para llegar a esta instancia, se perdiesen en mareas de cotilleos y sospechas.

El dinero y las urgencias económicas eran malos consejeros, y algunos ya veían a los ingleses y su tren como el origen de todos los males.

Los ingleses habían llegado el día anterior en dos carruajes cubiertos de polvo del camino, pero lujosos y confortables por dentro, si atendía a lo que Penny, siempre cotilla, le dejó saber a Isabella:

<<Glenn, el de la posada, dice que han dado vuelta todo con sus demandas. Que si las camas esto, la comida lo otro, el agua del

baño ha de tener fragancias. Mucho ruido, veremos si traen pocas nueces>> había dicho con ceño fruncido.

Isabella había escuchado a medias, y aunque sonrió, acostumbrada al refunfuñar de Penny, su cabeza había estado en otro lado. En este momento y lugar, precisamente.

Se pasó la mano por la cabellera atada, ordenando el inefable mechón suelto, enderezó el lazo de su blusa y apretó la cartera de Malcolm contra su costado. Se sentía prolija en su vestido de lana azul oscuro, discreto pero bien cortado, de los que solía usar en Surrey cuando acudía a una reunión elegante.

Se había peinado con esmero hasta que su melena brilló, y abrigó sus hombros y espalda con un plaid con los colores del clan que Gwen le había obsequiado.

Avanzando por la calle, saludó con un gesto al panadero y a la modista, y luego al herrero. Entró a la posada y su empuje sufrió un pequeño traspié, viendo a los caballeros que ingresaban con ruido al salón.

—Señorita Isabella, bienvenida. El señor Ewan me pidió que la lleve con él apenas llegara. Venga, venga—la instó una de las criadas, y ella suspiró en su fuero interno, aliviada.

Cuando entró al salón, todos estaban ya de adentro, conversando en pequeños grupos. Los bancos estaban alineados como si fuera una audiencia, con una mesa larga al frente donde se sentarían los principales representantes.

Ewan estaba hablando con el sheriff del condado adyacente, con influencia aquí, así como el Inspector de pobreza y dos terratenientes locales, pero cuando la vio aparecer fue hasta ella, y

le apoyó la mano en el bajo de la espalda para conducirla con los demás.

La realidad es que estaba con los nervios de punta y ya lamentando haber aceptado. ¿Qué hacía aquí, entre tantos hombres con intereses diversos y contrapuestos? Era ridículo, no tenía sentido.

—Permítanme presentarles a la señorita Isabella Carlisle—dijo Ewan, alzando la voz, ajeno a su dilema—. Trabaja con Malcolm, nuestro abogado, que debió partir de manera urgente. Ella será responsable de asistirnos con la parte documental en estas negociaciones.

—Claro que conocemos a la encantadora señorita Carlisle. Hemos charlado mucho—dijo el Inspector de pobreza con una sonrisa.

Isabella correspondió al gesto. El hombre había sido muy amable cada vez que le preguntaba por su labor en la comunidad y sus experiencias.

—Bien, eso eleva la presencia femenina en la sala—señaló uno de los ingleses, un hombre que debían estar en la cuarentena larga.

Nariz aguileña, ojos penetrantes, bigote bien recortado salpicado de gris, como su cabello. Vestía impecable: levita de faldones azul oscuro, chaleco de paño borgoña, pantalones de lana de rayas finas, botas de tipo Derby bien lustradas y cravat de seda anudado con simpleza.

—El vizconde de Ravenshire—anunció uno de la comitiva, e Isabella hizo un saludo con una reverencia pequeña.

Sí, el aristócrata tenía el porte y la actitud, eso estaba claro. A su lado, vio a la mujer de la que Malcolm y Ewan le habían hablado.

—La señorita Margaret Ashford—presentó el que parecía tener el rol de etiqueta a la mujer, que sonrió con frialdad a Isabella, apartando su mirada de inmediato, para fijarla en Ewan. Isabella parpadeó, y volvió a atender a las presentaciones—. Este es el señor Wainwright, ingeniero ferroviario, una eminencia en la materia.

El resto de los nombres se le perdieron, demasiado interesada en observar con discreción a la mujer. Margaret. Su rostro era delicado, algo afilado, evidentemente maquillado para destacar sus facciones.

El vestido de muselina le sentaba a la perfección. Sin ser excesivo para el lugar, habría estado perfecto para una recepción elegante en alguna mansión londinense.

En un malva grisáceo, con falda amplia, amplias mangas pagoda con encaje de Bruselas en los puños y con escote alto. Un camafeo como adorno, guantes de encaje y un sombrero de seda adornado con una cinta satinada.

Su inspección no pasó desapercibida, e Isabella se sintió mortificada cuando sus ojos chocaron con los de la dama, que le hizo una rápida inspección visual que culminó con un ligero subir de una comisura.

La encontró en falta, probablemente, y era un hecho objetivo que Isabella no podía contrastar. Ni le interesaba. Ella nunca había sido una de esas damas obsesionadas con el atuendo perfecto para cada ocasión.

De hecho, había escapado cuanto podía de los eventos sociales. Los eventos en los que la pequeña sociedad de Surrey socializaba, allá en Inglaterra, eran esporádicos, y más aún las ocasiones en las que Heather y ella iban a Londres.

Así que su vestimenta de inglesa pueblerina no podía impresionar a la mujer que se floreaba al lado del vizconde. Porque esa era la impresión que de inmediato le dio la señorita Ashford.

Era una flor bonita que gustaba de la admiración y atenciones masculinas.

—Es grato encontrar a una compatriota aquí—La voz de Margaret tenía un tono seductor, o tal vez era que de verdad modulaba lento y su voz rasposa contribuían a tal impresión—. Aunque veo que su corazón está en Escocia—señaló el plaid.

—Una inglesa es siempre una inglesa—intervino el que fue presentado como el ingeniero, con petulancia, e Isabella forzó una sonrisa.

No antagonizar, se dijo, aunque el comentario de la mujer había sido innecesario. *No te adelantes, ni saques conclusiones. Después de todo, es normal que tu amor por Escocia cause curiosidad.*

—Soy, como todos, una habitante del Reino de la Gran Bretaña.

—Muy bien dicho, señorita. Es una excelente manera de comenzar a charlar—dijo el vizconde con un gesto de aprecio—. Estamos todos en lo mismo, ¿no es así? Procurando engrandecer a nuestra nación, y a nuestra gente.

—Por supuesto—dijo Ewan—. Y lo haremos, desde el rol que nos toca. Quiero darles la más cordial bienvenida a estas tierras, de parte de mi laird, que ha confiado en nosotros para llevar adelante tan delicada tarea.

—Es una pena no contar con su presencia—dijo el vizconde, con algo de filo.

No sería raro que el noble se sintiese bastardeado por la ausencia de Callum, tal vez creyendo que era un gesto de soberbia de parte de aquel. Isabella rogó que Ewan procediese con calma, y la respuesta la tranquilizó.

—Él siente igual, pero créame que es un asunto de salud el que se interpuso y evitó que mi hermano estuviese con ustedes hoy. Mas confía en quienes estamos aquí, no solo como familia, sino como vecinos de la región con conocimiento de causa e intereses en la materia. De ahí que tengamos con nosotros al señor Nash, Inspector de pobreza, a los señores Prudish y Smithen—introdujo, y hubo interjecciones de saludo y gestos, tras los cuales se invitó a todos a sentarse.

Isabella se sentó a la derecha de Ewan, y esto le permitió tener en diagonal a la mujer Ashford, y percatarse del modo en que la mirada de esta se paseaba por encima de todos, pero varaba insistente en Ewan.

Algo que incomodó a este, y se evidenció en la tensión de su cuello y hombros.

Isabella abrió el maletín de documentos y se aprestó a trabajar, porque las conversaciones comenzaron de inmediato. El vizconde tomó la palabra.

—La Corona está interesada en acelerar los procesos. Sé que esto será algo nuevo para ustedes, aunque han estado en conversación con algunos parlamentarios de renombre. Atendiendo a los dictámenes de Lord Palmerston es que hemos convocado no solo a los MacLaren, sino también a los Fraser. El trazado de las vías afectará parte de sus territorios en una fase posterior.

Ewan parpadeó y lo mismo hizo Isabella. Bueno, ese era un agregado interesante. Pero, ¿cómo pretendían proceder en relación con un clan que no estaba y…?

Como si hubiese extendido la respuesta al aire y este convocase la respuesta, en ese instante se abrió la puerta y una figura enorme se perfiló en ella.

—Espero no llegar muy tarde. Odiaría que ya hubiesen acordado cuánto pagarán a mi gente por su tierra.

La voz masculina sonó clara y con un tono de chacota, y Lachlan Fraser entró con seguridad y sin empacho por estar interrumpiendo a un vizconde inglés.

Tan alto y ancho como Isabella recordaba de la instancia de los Juegos, y con una amplia sonrisa confiada.

—Usted es…—inquirió el envarado hombre de las presentaciones, su ceño fruncido, e Isabella se mordió el labio para no lanzar una risita.

—Lachlan Fraser. Represento a los míos. Encantado.

Se acercó a la mesa y saludó con un gesto rápido a Ewan y los demás, y se inclinó ante Isabella, que quedó roja ante la distinción y la arrebatadora sonrisa que le dirigió.

—Un gran placer encontrarla otra vez, señorita Carlisle, y en tan importante ocasión—dijo, sonriendo con descaro amable.

—Gracias, señor Fraser. Bienvenido—dijo Isabella, firme, sin bajar la mirada, y le señaló una de las sillas que habían quedado vacías entre la comitiva inglesa y la de los locales.

—Su llegada ha sido providencial—dijo la mujer Ashford, y su voz atrajo la mirada asombrada de Lachland, que al parecer no había reparado aún en ella.

Su reacción, empero, fue de cordial y formal interés.

—Mis disculpas, señora…

—Es la señorita Margaret Ashford—interrumpió el hombre de las introducciones.

—Señorita Ashford, encantado. ¡Qué fortuna tener a dos rosas entre tantas espinas!

El carraspeo fastidiado de Ewan se elevó, e Isabella reconoció el gesto de impaciencia sin mayor problema. No pocas veces había sido el origen de esta.

—Lachland, sé que no has terminado de pavonearte, pero algunos estamos interesados en esta reunión—dijo, seco, ganándose un gesto molesto de Lachland.

—Oh, Ewan, ¡es tan extraño verte de pésimo humor! ¡Qué variación a tu habitual talante gentil!—se burló, y le quitó la mirada, dirigiéndola a la otra cabecera de la mesa—. El vizconde de Ravenshire, presumo. Me disculpo por la tardanza. Uno de los pasos estaba inundado, y tuve que acceder a la región por otro camino.

—Bienvenido, señor Fraser. Estábamos comenzando justo ahora. Haciendo saber a los MacLaren que negociaremos en conjunto con ellos y los Fraser. Es nuestro interés extender la mayor cantidad de kilómetros de vías férreas a la brevedad. Una nación conectada por los rieles es igual a comercio fluido, integración política y avance de la cultura y las oportunidades.

—Sin dudas, sin dudas. Pero no nos adelantemos—dijo Ewan —. Para garantizar esas oportunidades que menciona, los afectados por el trazado deben tener claro qué recibirán a cambio, cómo será afectada la producción en sus tierras, si implicará desplazamientos de la gente, y cómo se resolverá esto.

Capítulo 11



Isabella desplegó sus elementos de escritura y se apresuró a tomar notas de lo que se decía, y esto era… mucho e intenso.

Las siguientes horas fue testigo de animadas, en ocasiones acaloradas, intervenciones, en las que los ingleses explicaron con detalles el trayecto elegido y las tierras que tocaría, además de las postas que se ubicarían.

Si Lachland se mostró interesado y atento, las preguntas sagaces y la exigencia de claridad en los conceptos vino de Ewan, e Isabella no pudo evitar sentirse orgullosa de él. Lo que a su vez le hizo cuestionar la facilidad con la que perdonaba a Ewan por sus desplantes.

Este sí se parece al hombre que Gwen describe y en el que Callum confía, se dijo. *Hábil, astuto, determinado, que no acepta tonterías ni medias tintas*.

Hubo dos cortes durante las cuales se sirvió el té y masas, y no se dejó de conversar con pasión en el ínterin.

Al final de cuatro horas, se había avanzado en informar con detalle sobre el proyecto, su extensión total y sus proyecciones de impacto por parte de los ingleses, y los escoceses habían planteado sus reivindicaciones.

Había algunos puntos de encuentro, pero varios desacuerdos, en particular en aspectos financieros.

Isabella sentía los músculos de su cuello y espalda tiesos, y ante ella tenía una serie de notas que Ewan necesitaría para mostrar a Callum. Cuando el vizconde solicitó una interrupción para ir a su habitación a refrescarse, hubo gestos de alivio y varios caballeros se retiraron a beber a la sala principal o a fumar.

Isabella se dirigió al baño anexo, y se lavó las manos y el rostro. Estaba cansada, también satisfecha por sus aportes silenciosos pero efectivos. Ewan había tenido sustento para varias de sus intervenciones en virtud de que le fue entregando referencias legales y notas de Malcolm en el momento apropiado.

Más segura de sí misma y convencida de que hacían buen equipo, se aprestó a volver al ruedo. Esperaba que al menos hoy se pudiera realizar algún acuerdo concreto, pero de no ser así, tendrían la agenda del siguiente encuentro cubierta.

++++

La tal Isabella Carlisle tenía más espina de lo que creyó al verla por vez primera. Margaret la había medido y sacó conclusiones equivocadas, se percató con el paso de las horas. Se dejó llevar por sus prejuicios, probablemente.

Buen cutis. Piel clara —demasiado clara—, como la de alguien que no ha sentido el sol más allá de su jardín o se ha aventurado más lejos que la campiña de su infancia. No como Margaret, que había recibido el intenso sol hindú, y bañado su piel en él.

El cabello, una aceptable mata castaña, iba recogido sin extravagancias ni joyas de sociedad, pero dispuesto con corrección, sino estilo. El vestido, modesto, con ribetes discretos, era la típica

elección de una inglesa de nobleza menor o burguesa, ansiosa por parecer adecuada.

Pero lo que realmente la irritó fue el plaid. Un plaid escocés, cruzado sobre el hombro con aire casi ceremonioso. ¿Era una declaración? ¿Una torpe provocación? ¿O apenas ignorancia envuelta en buena voluntad?

Se notaba que era nueva en todo. Los papeles temblaban apenas al posarse sobre la mesa, y aunque su voz era clara, y lo fue más a medida que se serenó, su acento revelaba falta de mundo.

La hubiese dejado por un tímido conejito, de no ser por la inquietante forma en que sostenía la mirada. Esa ojos no miraban con la docilidad esperada. No era tímida, ni mucho menos dispuesta a convertirse en mero adorno de aquella negociación.

Esa combinación —inexperiencia y firmeza— era, cuanto menos, peligrosa. Algunas mujeres, sabía Margaret, habían comenzado a creer que podían pisar el mundo con la misma soltura que un hombre.

Ella no lo creía. No por falta de capacidad o agudeza, sino por estrategia. Prefería ser el poder detrás del trono, la mano que movía los hilos desde las sombras. Mucho más efectivo. Mucho más seguro.

Pero aquella joven... tenía fuego. Y eso la irritaba.

La envidiosa mirada de la que no tiene clase ni mundo, había pensado cuando atrapó a Isabella con los ojos en su vestido. La interpretó como envidia, sin detenerse a considerar otras lecturas.

Con el correr de las horas, encontró matices en ese mirar. La observaba como si poseyese una lupa, estudiosa de su comportamiento. Era… desagradable. La ponía en alerta. Incrédula,

se encontró molesta, y petulante. ¿Qué creía esta inglesita rural devenida en habitante de una comarca perdida que era?

La sonrisa breve que Ewan le dirigía no hizo más que enervarla. Ese leve giro de cabeza, esa proximidad de confidencia no se regalaba a cualquiera. No había nada abierto, no era intimidad, pero Margaret leía conexión ahí.

Ewan, tan contenido, tan hosco. Había cambiado un poco, pero no lo suficiente. Margaret lo conocía bien. Sabía cómo apretaba la mandíbula cuando luchaba contra un pensamiento impropio.

Sabía cómo lo molestaba que otro hombre mirara a la mujer que él aún no admitía desear. Y supo de inmediato que esto pasaba cuando su actitud con Lachlan Fraser pareció desubicada, confrontativa.

Lachlan no era sutil, y sí era encantador, y no había duda: le interesaba la mujercita esta. No había que ser muy brillante para verlo, dada la atención que le prodigaba y el descaro elegante con que le hablaba.

¿Era la muchacha consciente de ello? ¿O simplemente estaba demasiado verde para advertirlo? Bah, ¿qué importaba? A Margaret le golpeó la clara molestia de Ewan. Su respuesta no dejó dudas: tono seco, réplicas cortantes. *Celos*.

Lo cierto es que la incordiaba, para su asombro. Porque no debía. Ella ya tenía a un vizconde que la sostenía, y con lujos. Vivía bien, cómoda y sin privaciones en Londres.

Su reputación no era buena, labrada a fuego lento en decisiones de momento, estratégicas, pero que la mantuvieron en la cresa de la ola. Eso no importaba; la buena vida se lograba con acciones concretas y tácticas femeninas tan básicas como respirar.

No debía cometer errores aquí. El vizconde comía de su mano, pero no era tonto. O sí, uno enamorado. Pero celoso, y para el que primero estaba el apellido y el orgullo.

Podía ignorar la reprobación de las matronas de sus amistades, y casi vivir con Margaret, pero esta sabía que no se arriesgaría al escarnio público. *Cuidado, Maggie. Ewan es una tentación innecesaria*.

Pero, ¿no eran las tentaciones la sal de la vida?

—¿Maggie?—la voz de su amante, un susurro inquieto, se filtró en su oreja, y sus labios esbozaron automática sonrisa.

—No se deje impresionar por palurdos rurales, milord—susurró con voz melosa al vizconde a su lado, sintiendo la urgencia de evitar que Ewan obtuviera lo que claramente deseaba—. El poder se mide por quién lleva el compás, no por quién baila mejor. Lo está haciendo muy bien.

El vizconde asintió, satisfecho, y solicitó una pausa para refrescarse. Margaret sabía que eso era código para tomar un poco de láudano. Su pierna debía estar molestándole.

Margaret volvió la vista hacia Ewan, pero este la retiró apenas conectaron sus ojos, para su decepción airada. Había esperado un gesto, un saludo, un destello de… algo. No llegó. Y eso, por dentro, ardió como un hierro al rojo.

++++

Ewan permanecía de pie junto a la mesa central, con las manos en la tensa espalda. Eran demasiadas horas oyendo a los

ingleses repetir las mismas frases vacías sobre progreso compartido y beneficios regionales.

Sabía lo que significaban esas palabras cuando no se trasuntaban en acuerdos legales: promesas huecas envueltas en papel dorado, mientras el cuchillo se afilaba tras bambalinas. No eran propuestas, eran tentaciones disfrazadas de política.

Su papel era claro: mantener la línea. Proteger los intereses del clan. No ceder. No permitir que lo descolocaran. Que iba a haber un distractor, lo sabía, pero había ido dispuesto a ignorarlo.

Pero entonces le habían sorprendido con la novedad de que los Fraser estaban invitados, y apareció Lachlan. Y con él inquietudes que Ewan no esperaba. El jodido hijo del laird, pavoneándose confiado, con ese andar como si el suelo que pisaba le perteneciera.

Saludo amplio. Sonrisa fácil. Interrumpió sin arrepentimiento, detuvo intercambios importantes, y no dejó de halagar y distraer a Isabella con sus manierismos, ignorando que ella tenía un rol capital aquí. *Idiota*, farfulló.

Ella lo miraba con admiración, como había pasado en los Juegos. No era como si ella olvidara su lugar, no. Isabella había sido muy útil. El problema acá era Lachland. Cateto imbécil, se jugaba el destino de sus tierras y él se concentraba en flexionar músculos y mostrar dientes.

Ewan sintió el fastidio crecer en él. No era que tuviera celos, lejos de eso. Era que estos ingleses no eran de fiar, y si los Fraser aflojaban, o iban por negociaciones menos dramáticas, eso sentaría el precedente.

Ese maldito vizconde había hecho una jugada política al invitar al otro clan. Su laird era pro—inglés, menos conectado a la tradición,

y Lachland… Solo apreciaba las tradiciones que le hacían quedar bien con las damas.

Si los MacLaren no ceden, los Fraser tal vez sí lo hagan, fue lo que debió pensar ese noble que parecía un muñeco estilizado, pero que Ewan no subestimaba ni un pelín.

El perfume que golpeó su nariz precedió el acercamiento de Maggie, apenas el vizconde subió a su habitación. Jazmín y bergamota. Como un fantasma que no sabía quedarse en el pasado.

Ella pasó junto a él con una seguridad sin fisuras, la cabeza erguida, los labios apenas curvados en lo que podía pasar por una cortesía. Sin detenerse, le rozó el antebrazo con sus dedos enguantados.

Fue leve, casi imperceptible, pero tan preciso como una firma escrita sobre su piel. El mismo toque que usaba para guiarlo en la penumbra de la residencia del oficial en Calcuta con el que vivía.

Por unos segundos, lo tragó una imagen del ayer. El cielo rojo, el olor a incienso, los techos bajos de la residencia colonial. La humedad en las paredes, la seda de su vestido cayendo con un susurro sobre el suelo encerado.

Sus labios salados de sudor, y la necesidad de estos sobre su boca. Su risa ronca de deseo. Margaret lo había desarmado con la delicadeza de una hoja afilada. Su voz en su oído:

<<Podríamos huir y tener esto para siempre. Solo tú y yo, y la eternidad>>.

Y él, pobre idiota inmaduro, henchido de deseo y pretensiones, había creído que era cierto. Que las noche de pasión eran el inicio del futuro juntos. Pero una mañana, ella ya no estaba.

No hubo ningún aviso, ni palabras de adiós. Solo una carta—dirigida a ese coronel que fue su sustento y real razón para permanecer en India—, de la que Ewan escuchó comentarios burlones entre los soldados, fascinados por el tumulto que provocó la partida de la descarada.

Y el rumor de que había huido con un burócrata joven y ambicioso. Alguien de la Compañía. Un hombre más joven. Más útil.

Ewan se había sentido usado. Como un paréntesis en la escalada social de una mujer que sabía exactamente a quién debía amar para prosperar.

Desde entonces, no volvió a creer en palabras dulces. Ni en promesas suaves. Ni en bocas que decían *te quiero* entre jadeos.

Apretó los dientes, molesto con su memoria, furioso con su rabia. ¿Qué sentido tenía revivir y sentir ira por el pasado? El presente, eso era lo único que importaba. Y la convicción de que había un mundo de distancia entre él y Margaret Ashford.

Nada quería ni tenía que ver con ella. Era tan absurdo el haberse dejado afectar por esa mujer. Ewan había vuelto como una cáscara del hombre que partió, y sus hermanos se lo habían marcado, con insistencia.

Nunca contó nada de su affaire. No era momento ahora, tampoco. El caso era que este reencuentro daba un cierre con sentido a su experiencia. Verla aquí, usando a otro, le daba perspectiva. Tardía pero necesaria.

En esta misma sala había dos mujeres que representaban polos opuestos. Isabella era la antítesis de Margaret. La Carlisle era eficiencia, con la espalda recta, tomando notas con compostura, enfocada. Una dama honesta y vital a la que importaban los demás.

Verla escribir era intrigante, y Ewan se había perdido en su contemplación cuando la perorata económica se volvió repetida y densa. Ella fruncía el ceño levemente, con la pluma suspendida entre los dedos como si analizara cada frase y decidiera cuál merecía ser escrita.

Sus labios se movían al compás de las ideas, tal vez murmurando alguna conclusión, algún juicio sobre lo que escuchaba. Isabella Carlisle tenía bastantes opiniones, había sido testigo de ello.

Su cabello recogido sin pretensión, su vestido sin adornos, su voz suave la despojaban de cualquier afectación. Más no era un adorno en la sala. Había fuego en esa mirada, y no pocas veces antes había sido el blanco de este.

La otra noche, en la cena, por ejemplo, cuando lo enfrentó con dignidad. Poseía algo que Margaret jamás tuvo: candor. Honestidad. Calidez sin trampas.

Existían personas que no jugaban con los demás, que no ocultaban sus intenciones, que no hacían de cada paso un enredo. No podía haber dos mujeres más distintas que estas dos.

Se incorporó y decidió ir por algo de comer a la sala donde estaba la comida. No se podía discutir con el estómago vacío, y él apenas había tragado bocado, nervioso como había estado.

Capítulo 12



El retraso del vizconde dio tiempo a Isabella para ir por una taza de té, que sorbió en soledad en una habitación que había sido dispuesta con ese fin, a pedido de los ingleses. Aunque poco uso habían hecho de esta, eligiendo ser servidos por el ajetreado personal de la posada.

Revisó las notas que había ido tomando mientras los dos grupos contrastaban sus posturas y demandas, esperando que Ewan apreciara la información ordenada y detallada de forma exhaustiva.

A su juicio, los intereses de los escoceses de la región habían quedado bien marcados y defendidos por Ewan y los otros terratenientes, y con más tibieza por Lachland Fraser, lo que le azoraba un poco, porque creía que la resignación desde el inicio no era buena estrategia para negociar.

Ya deseaba escuchar la opinión de Ewan al respecto, aunque estuviera teñida de lo áspero de su relación con Lachland. Ha sido bastante cáustico con él. Es entendible que Fraser no se atreva a tener una posición firme cuando recién se incorpora a la negociación.

Los MacLaren tenían meses de idas y vueltas, de reuniones, la principal de las cuales se había dado en Londres con un grupo de nobles que sostenían una visión abierta y progresiva del progreso para la Gran Bretaña toda, y no solo los ingleses.

Se disponía a terminar su té y regresar cuando le pareció escuchar voces y se apuró a dejar la taza en su sitio, avanzando por el pasillo. Se paró en seco al reconocer la de Ewan, grave y contenida, y la de la mujer Ashford, afilada.

Estaban adentro de la habitación, una de las que había sido ofrecida a la comitiva para el caso de tener que deliberar de forma privada. Isabella tenía una brevísima visión por la puerta semi abierta.

Dudó, instándose a marchar, a seguir su camino y llegar al salón principal, pero una curiosidad corrosiva, difícil de controlar, la hizo permanecer.

Ewan estaba de pie, en la cabecera de la mesa, sus manos tomadas de los bordes. Su expresión era de agitación, y la tensión lo envolvía: miembros duros, las manos cerradas y el cuello rígido.

La *señorita* Ashford, calificativo que Isabella ya comenzaba a retacear para ella, estaba cerca, más de lo que la decencia y las buenas costumbres imponían, e intentó tocar el brazo de Ewan, pero este lo retiró con violencia.

—No te acerques, no me toques. No puede haber cercanía entre nosotros, y ese roce al pasar, intentando convocar recuerdos y acciones de las que me arrepiento, fue deleznable. ¿No tienes un mínimo de control y de respeto?

La voz ronca denunciaba ira contenida a duras penas, e Isabella parpadeó ante el agravio y el veneno que las palabras trasuntaban. *Moriría si se dirigiera a mí con esa rabia, con ese desdén*, se dijo.

Ashford, empero, no retrocedió ni se mostró dolida o avergonzada. Margaret ladeó la cabeza, sonriendo como si no

entendiera el problema.

—Oh, Ewan. Tan dramático. ¿Desde cuándo te importan los títulos? ¿El vizconde? Una formalidad. Como mis guantes. Se usan porque toca.

Isabella sintió cómo se le revolvía el estómago. La indiferencia, prescindencia y desprecio con los que Margaret Ashford hablaba del que no le cabía duda era su amante la repugnó.

No había siquiera la intención de esconder el hecho de que no era su esposa y estaba aquí por beneficio y para usarlo. ¡Cuánta frialdad y manipulación!

¿Qué quería esta bruja con Ewan? Había historia entre ambos, ya lo sabía, pero esto que escuchaba era… sucio. *Se usa porque* toca. ¿No tenía un gramo de dignidad en su cuerpo?

—Que hables así, de manera tan descarnada… Supongo que no sientes la necesidad de fingir ante mi… Tu número quedó al descubierto conmigo el día en que te marchaste con otro más rico, más ambicioso. No quise ser uno más de tu lista—dijo él.

Ella avanzó, desafiante, con sus manos en las caderas, y adelantó su cabeza. Muestra sus atributos, la descarada, pensó Isabella, que se desesperaba por no poder ver la escena completa.

—No creas que me afectas, y no te atrevas a rechazarme. ¿Qué crees que pasaría si grito ahora mismo? Serías arrestado y juzgado sin dudar. El vizconde no puede vivir sin mí.

—Peor para él, pero no es mi tema. La casualidad nos volvió a acercar, pero no quiero nada contigo. ¡Cómo me equivoqué contigo! ¡Qué idiota fui!

Isabella no había escuchado ese tono bajo y melancólico en Ewan MacLaren, y las frases eran contundentes. Había un

desengaño feroz bajo su piel, e Isabella sufrió por él, como la tonta sentimental que era. No podía evitarlo.

—¿Crees que tienes argumentos para sermonearme? No puedes tirar piedras a mi tejado, porque estuviste allá, conmigo. No te importó cuando el afectado era otro… Y no dudaste en dejar tu deber de lado allá en aquella ciudad calurosa del este para amarme bajo mosquiteros. ¿Cómo crees que reaccionará tu familia, los que te admiran, al saberlo? Te creen el gran marino, ¿no es así? El admirable escocés que fue a la India, disciplinado y dispuesto a llevar la civilización inglesa.

Esa mujer era una serpiente, una cobra.

—No te atrevas a meterte con los míos. Olvida que estuvimos unidos, que hubo algo entre…

—Imposible—contestó, y su decidida expresión habló de testarudez y de empeño—. Si deseas que estas negociaciones sean fructíferas, no me desdeñes. O haré que el vizconde sea persistente e inexpugnable en su postura.

Ella no fue inmune a Ewan, pensó Isabella. Tal vez le engañó y le dejó, pero siente algo por él, y no duda en usar cualquier argumento para tenerlo de vuelta.

Era desagradable percatarse, con honestidad. ¿Cuánto demoraría él en caer en sus brazos, otra vez? Probablemente poco, a pesar de su encono y aparente decisión.

Él la miraba y le hablaba con herida determinación, y eso no podía ser más que la muestra de un amor no extinguido. *Era… Estúpido*, lanzó su mente, que no podía conectar al hombre mordaz, cínico e impaciente con ella con esta versión más pusilánime, casi indefensa.

—Estás fuera de tu elemento y no tienes el poder que crees. No te me acerques, te lo vuelvo a decir.

Isabella no respiró, esperando la respuesta, pero satisfecha de que Ewan no cediera.

Margaret bajó el tono, pero su voz era un veneno que se filtraba.

—Olvidas que te conozco, que sé de ti y las decisiones que tomaste. Bastaría con insinuar que ese error tuyo en Bengala… Esa ausencia en el momento equivocado fue por estar entre mis piernas.

Ewan cerró los ojos. El gesto no era de rabia. Era de algo peor. Dolor**.**

Isabella sintió cómo el corazón se le aceleraba. Jamás lo había visto así. Golpeado por un pasado que volvía y se mostraba sin las luces del ayer, descarnado. Amenazante.

Le provocó abrir la puerta de un golpe y tirarle verdades a esa mujer sin corazón ni consciencia. Pero Ewan no le perdonaría que interviniese. El que estuviese escuchando era ya un acto reprochable.

—No me provoques—dijo él, bajo—. Lo que pasó… No es mi responsabilidad, ni aceptaré tus amenazas con eso. Magnificas lo que desconoces, y crees que puede ser argumento de chantaje. No te me acerques, no me toques, no …

Margaret sonrió, artificial, medida, y se apartó como si nada. Como si la jodida mujer no hubiese sacudido al orgulloso Ewan.

—Ay, Ewan. Qué tierno sigues siendo cuando finges dureza. Recupérate, que las negociaciones siguen. No me gustaría pensar que no pudiste sostener tu parte porque te afectó mi presencia.

Isabella se movió adelante, veloz, dispuesta a llegar al salón. No podían verla, ni saber que lo había escuchado todo. Le temblaban las manos, de indignación y preocupación.

¿Cómo reaccionaría Ewan? ¿Podría continuar discutiendo y mirando a los ojos a ese inglés noble, sabiendo que su querida lo buscaba?

El murmullo de conversaciones flotaba en el aire. Al fondo, el ingeniero y los terratenientes discutían sobre mapas y escalas de trazado.

—Ah, ahí está mi musa de los documentos—dijo una voz masculina y cálida.

Lachlan Fraser vino a ella como si la conociera de toda la vida. Sonrisa franca. Postura relajada. Parecía el único en calma aquí, al que no tocaban los sucesos.

—Estás haciendo un gran trabajo. ¿Puedo llamarte Isabella?—Sonrió otra vez—. Es muy impresionante que Malcolm MacLaren confíe en ti. Ese hombre es la definición de estirado y meticuloso con su labor.

Oh, él usaba bien los halagos, pero Isabella no era de las que caían por ellos.

—Solo trato de ayudar. Escocia me recibió bien, y los MacLaren son como mi familia, considerando que mi prima se casó con el laird.

—¿Cómo no recibiría mi tierra bien a tan encantadora rosa?

—Me imagino que su clan le envió para velar por sus intereses. Han de confiar muchísimo en su conocimiento y capacidad—dijo Isabella, alzando una ceja con una sonrisa medida, cortando los halagos y yendo al asunto que los traía aquí.

—Confían, aunque no sé demasiado de argumentos legales— respondió él, riendo—. Pero puedo mantener distraído al abogado contrario mientras tú haces el trabajo de verdad.

Ella soltó una risa, breve. Entonces una figura se interpuso entre ambos.

—Fraser—gruñó Ewan—. Veo que ahora también haces de cómico.

Lachlan se encogió de hombros.

—Solo conversaba.

—La señorita Carlisle no necesita que la distraigan —dijo Ewan, con tono seco—. Malcolm confió en ella. Le dejó tareas. Debería ocuparse.

Isabella se irguió, molesta.

—Es lo que he hecho, Ewan. Cada minuto aquí.

Él la miró, ceño fruncido. Pero no replicó. Solo se volvió a Lachlan.

—Busca tu asiento. Y espabílate, porque hasta ahora no has hecho más que trabajar para el enemigo.

—Desvarías. No hay enemigos aquí, sino negociantes. Sé a qué te refieres, no te inquietes.

Lachlan alzó las manos y se alejó, silbando por lo bajo. Isabella se sentó y ordenó los papeles, intentando calmarse. Este tonto al que acababa de ver pasar un momento feo y doloroso descargaba su malhumor en ella.

Vería de ponerle en su sitio, se prometió. Ella no estaba aquí para ser su paño de lágrimas… Sí, eso no iba a pasar pronto, reconoció. Ella no iba a confrontarlo, no realmente.

Pero tampoco recibiría sus comentarios agresivos sin reaccionar. Aunque lo dejaría estar por hoy. No quería golpear a un caído.

Subió su vista y vio que Margaret Ashford se sentaba, y detrás venía el vizconde. Mientras los demás tomaban sus lugares, ella susurró en el oído del noble, y este frunció el ceño y la miró con preocupación, y a Ewan, y su faz y actitud cambiaron.

Las intervenciones, que antes del corte habían sido mesuradas, aunque polarizadas, se tornaron más intensas y menos dispuestas a acercarse, e Isabella no tuvo duda de que esa mujer había vertido veneno en la oreja del vizconde.

Chequeó la postura de Ewan, y le vio más pálido y con los puños apretados, escuchando con atención los argumentos. Lachland se había hecho atrás en su silla y miraba a todos con confusión, ajeno a las corrientes que subyacían al que debía ser un asunto de negocios.

¿Qué le había dicho esa mujer al vizconde, que parecía encendido y decidido a poner palos en la rueda? Menos de una hora atrás había cedido en puntos, y volvía sobre ellos. Sus técnicos le miraban y estaban en desventaja de información también.

Ewan intervino para rebatir lo que el hombre decía, y esto fue motivo de agria interpelación por parte del vizconde. Los ánimos comenzaron a virar y la incertidumbre fue el resultado.

Isabella no lo resistió, y se puso de pie de manera espontánea para frenar la escalada de gritos.

—Permítanme un momento.

Capítulo 13



Todos la miraron, pero ella no se fijó en nadie en particular, y en todos a la vez. Miradas de sorpresa de Ewan, de desdén en el vizconde y la cobra a su lado, de satisfacción en Lachland.

—No soy miembro original de ningún clan, aunque los MacLaren me han dado sitio en su familia. Y aunque me siento feliz aquí, creo que hay lugar para progresar. Soy inglesa de nacimiento y escocesa por adopción.

—Señorita Carlisle…—comenzó a decir el vizconde, con evidente frustración, pero ella no le dejó seguir.

—He leído cada cláusula, cada propuesta, cada inciso. Y puedo decir con claridad que algunos términos aquí presentados—señaló los papeles en la mesa— pretenden disfrazar beneficio unilateral como acuerdo equitativo.

—Eso es, no podría decirlo mejor—intervino Ewan, y su intensa mirada la atravesó, pero no la frenó.

La instó a seguir, e Isabella lo hizo, más calma. Margaret bebió de su copa, sin apartar la vista de ella.

—Como inglesa—continuó Isabella, con la voz firme— creo en el progreso. Pero también en la dignidad. En una civilización que no aplasta a quien la recibe. Y en que ningún contrato que pase por encima de quienes trabajan la tierra puede considerarse justo.

Ewan la observaba sin pestañear. Las manos aún sobre la mesa. Pero había algo nuevo en su expresión: admiración. Y alivio.

—Es insultante que…

—Lo que propone aquí no es colaboración —dijo Isabella al vizconde—. Es ocupación disfrazada de mapa ferroviario. Y esto no funcionó con quienes lo intentaron. Creímos que la lección se había entendido.

—No nos rebaje al confundirnos con Granville, ese mequetrefe que vino aquí a hacer su pequeña fortuna. Somos una empresa seria, grande, y…

—Sin duda pueden ceder para dar lo justo a quienes deberán entregar sus tierras o verán su producción afectada.

Margaret se inclinó, sonriendo.

—¿Y cuál sería su sugerencia, señorita?

Isabella se giró hacia ella.

—Empezar con honestidad. Reconociendo que el avance no puede hacerse sin los habitantes de la región. Que ustedes no están aquí para imponer, sino para negociar con equidad.

Hubo murmullos, asentimientos y carraspeos.

Fue entonces que Margaret volvió a hablar, pero esta vez mirando a Ewan. Desafiante. Tratando de mostrarle que con un chasquido de dedos y dos frases rompía el equilibrio. *Jodida mujer*, pensó Isabella.

—Si no ceden los márgenes de estas tierras—dijo— el trazado pasará por donde se lo permita la ley. Y eso no garantiza compensación alguna.

La víbora intervenía con presión, buscando contrarrestar las palabras de Isabella. Era una experta en la manipulación con guante blanco, se le notaba. Ella se divertía.

Ewan se inclinó adelante, pero antes de que pudiera hablar, Lachlan Fraser se puso de pie.

—Los Fraser estamos con los MacLaren—dijo, sin levantar la voz, pero con autoridad—. Si alguien quiere cruzar nuestras tierras, será con las condiciones que decidamos nosotros. No con amenazas.

La mirada de Margaret pasó de él a Isabella. Breve. Helada.

Isabella miró a Lachland, agradecida por la intervención, necesaria, y justo en el momento clave. Al parecer el tibio Fraser comenzaba a despertar y entender que esta no era una cabalgata al campo.

++++

—¿Contenta con tu aliado de sonrisa encantadora? —dijo Ewan, acercándose mientras Isabella guardaba los papeles.

Ella alzó la vista.

—¿De qué hablas?

—De Fraser. Y de ti… ¿Era necesario intervenir, y con ese dramatismo?

—¿Drama?—dijo, alzando la voz—. ¡Acabo de hablar para salvar una situación que se complicaba! Dramática era la manera en que ese vizconde y sus acólitos te estaban arrinconando. ¿No logras ver que no tuve más objetivo que…?

—No necesito que me lo enrostres—dijo él, más bajo—. Sé que era así, pero… La única razón por la que este idiota Fraser se dignó a mostrar un poco de espina fue porque tú…

Ella resopló, y se dio vuelta con brasas en los ojos, y sus dientes se clavaron con saña en su labio inferior, como si quisiera

contenerse de decirle algo. No duró nada que las palabras rompieron esa barrera.

—¡Eres un cateto desagradecido! Y atribuyes malas intenciones o intereses a otros cuando tú… Tú…

—¿Yo que?—la desafió, aunque con menos brío.

Su rabia comenzó a perder fuerza. Había nacido de la convicción de que su presencia complicaba todo, porque Maggie… Esa mujer no dejaría de presionar, de usar su influencia en el vizconde para incordiar y complicar las reuniones.

Solo para que cediera y volviera a ser un perrito faldero que ladraba y meneaba la cola cuando ella lo pedía. No había sido más que eso, y dolía percatarse. La veía con sus verdaderos colores, y la vergüenza lo envolvía, y le hacía rebelarse y gritar contra quien no debía.

Isabella, el blanco más cercano. Pero ella no se lo permitió. Se le acercó, los ojos en llamas.

—¿Tú hablas de moral? ¿Con qué credenciales, Ewan? Después de lo que escuché, no deberías siquiera abrir tu bocota—dijo, aunque bajó la voz.

Él se congeló.

—¿Qué dijiste?

—Lo oí todo, Ewan. A ella. A ti. Lo que ocurrió allá. Cómo te... usó. Cómo la dejaste hacerlo.

El color se le fue del rostro. La furia se transformó en algo hueco. Más hondo.

—No sabes nada—murmuró.

—Entonces dímelo—susurró ella—. O a alguien de tu familia. A Callum, Hamish, Gwen, a quien sea, pero hazlo rápido, porque esa

víbora no va a detenerse. Unas pocas palabras en el oído del vizconde fueron como veneno en la negociación. Lo viste, y fue por ti, aunque no lo reconozcas ante mí.

Apretó sus manos y miró a otro lado, sin responder. Ella tenía razón, por supuesto. Tenía que pensar, hablar con Callum.

Lo mejor sería dar un paso al costado y dejar que Hamish tomara su lugar. *Sí, como no*, pensó, comenzando a caminar hacia la salida. Como si Hamish fuese a aceptar meterse en este asunto de manera directa.

Su hermano menor era versado y listo, pero odiaba los convencionalismos, las reglas, y a los hombres como el vizconde. Y era rápido para irse a los puños.

No, esto tenía que hacerlo él. El taconeo ágil detrás le recordó que Isabella estaba de su lado, aunque él se empeñase en chocar con ella vez tras vez. Tal parecía que no podía dejar de arruinar las cosas con ella.

++++

—¿Estás bien, Ewan? —preguntó Hamish desde un rincón, mientras se servía un trago.

—¿Por qué no lo estaría?

—Malcolm te dejó solo para lidiar con cuervos en medio de una negociación compleja, en la que además han metido a los Fraser. ¡Ese jodido Lachland con su sonrisa blanca y su lengua sobada es un grano en el culo!—rezongó.

Era bueno recordar que Lachland tenía la hostilidad de todos los MacLaren.

—No estoy solo, Isabella ha sido muy útil. Y convincente. Deberías haberla escuchado hablar como si fuese Malcolm.

—¿De verdad? Mm—Hamish meneó su cabeza—. Confieso que creí que la idea de que participara no tenía mucho sentido.

—De no ser por ella… La reunión de hoy hubiese finalizado muy mal para nuestros intereses.

—No entiendo—Hamish arrugó el entrecejo, y le miró muy serio—. ¿No habían quedado establecidos los puntos esenciales con el duque de Elywood y los suyos en el viaje de Callum?

—Los puntos grandes sí. Pero estos que llegaron… Son directos representantes de la compañía del ferrocarril. Deciden sobre el trazado, delimitando el recorrido y las tierras afectadas. La ubicación de las postas, los precios que ofrecen por acre… Es terreno de negociación. Tienen costos que cubrir, inversiones que amortizar, y eso hace que peleen por cada libra. Y cada una hace la diferencia para nosotros.

—Eso lo sé. Pero con tu personalidad y conocimiento, diría que sabes qué hacer con ojos cerrados.

Si eso fuese cierto, pensó, sabiéndose observado con curiosidad por Hamish, que no entendía su actitud de desaliento. Ewan no estaba haciendo mucho por esconderla.

Cada hora que pasaba su ánimo se ennegrecía. ¿Cómo detener a Maggie, cuando esta no tenía otro límite que sus deseos? A ella no le importaba Escocia, los escoceses, lo que pasara con las familias. Ni tampoco el vizconde y sus intereses, al parecer.

—Eso parecería… Pero surgió una situación… Y no sé bien cómo proceder…

Lo dijo bajo, y con resignada cortedad. No se sentía en control de nada, y le avergonzaba que su pasado le hubiese seguido para arruinarlo todo. Para joder a su familia.

Callum entró entonces, serio, pero más sereno que en días previos. Heather estaba bien, descansando, sin inconvenientes, y la tensión brutal del laird, que no era más que miedo por su esposa, se diluía.

Ewan odiaba traer peso extra sobre los hombros de su hermano mayor.

—Cuéntame—dijo aquel—. ¿Cómo estuvo la reunión?

—Complicada. Estamos en un cuarto intermedio. Presionan por maximizar sus ganancias.

Callum asintió.

—Era de esperar.

—Los Fraser están adentro—dijo Ewan, y Callum elevó una ceja—. Sí, fue una jugada para quitarnos peso. Se negociará en conjunto, para acelerar, dicen. Supongo que debemos agradecer que no están también los Grant. Su laird entregaría las tierras por whiskey.

Hamish rio alto, y Callum sacudió su cabeza.

—Lachland no es tonto.

—No, pero se distrae fácil. No dejó de sonreír a Isabella y galantear—dijo Ewan, con un gesto de fastidio al recordarlo—. Al menos eso hizo que diera un discurso pro escocés cuando ella defendió un punto con entusiasmo.

—Al parecer la idea de Heather de que su prima estuviera allí está funcionando.

Ewan asintió, y tragó saliva. Tenía que hablar, tenía que decirles a sus hermanos.

—Lo fue. Máxime cuando…—se cortó, y los dos lo miraron.

—¿Qué te está pasando, Ewan?—inquirió Hamish—. Has estado grave y contenido desde que llegaste. Este no eres tú.

—Nunca les conté sobre la India—comenzó.

Hamish y Callum se miraron, el primero rascándose la cabeza, sin entender que este no era un tema distinto. ¿Cómo iban a saber, si Ewan se había negado, terco, a decirles sobre lo que había apagado parte de él allá, en Bengala, en Calcuta?

—Sabemos que volviste distinto de tus viajes, pero supusimos que era natural—dijo Callum—. Lo que se lee de lo que pasa allá es ya bastante malo, que no imagino lo que será vivirlo.

—Cuando me fui, quería ver el mundo… Me llamaba el mar, ir a sitios de los que solo podíamos soñar. Y lo hice—caminó hacia una ventana y miró afuera—. Vaya si lo hice. No dejé de echar de menos esto, a ustedes—Se dio la vuelta y vino al centro, tomando valor para relatar lo básico del problema que tenía hoy entre manos—. Conocí a una mujer allá… Me enamoré de ella, duro. Y me partió el corazón, aunque suene sentimental.

—¡Lo sabía!—Hamish lanzó un puño al aire, y luego lo bajó, arrepentido—. Lo siento, lo siento, pero Gwen y yo… Lo sospechábamos.

—Eso es… Debió doler, y más estando solo allá—murmuró Callum, que carraspeó—. Y no es como si no quiera saber más, pero… No nos estarías diciendo esto si…

—Esa mujer está hoy entre la comitiva que llegó a negociar. Es la querida del vizconde, y me amenazó con contar sobre asuntos en

la India, alguno de los cuales no estoy orgulloso, pero porque me pintan como un idiota redomado. Y me mostró con hechos que puede boicotear la negociación que llevamos adelante. Le bastó una frase para cambiar la postura del vizconde. Fue… increíble—masculló.

—¡Qué! Pero eso… ¡Joder, ni siquiera puedo pensar que…! ¿Cómo es posible?—dijo Hamish.

—¿Cómo estás tú?—inquirió Callum, tomando su hombro y mirándolo a los ojos, dando muestras del especial talante que lo hacía el mesurado líder del clan. Y el hermano que cuidaba.

Ewan suspiró largo, y les miró.

—Avergonzado. No puede creer… No logro entender cómo no vi… Como no me percaté de su verdadera personalidad.

—Vemos caras, actitudes, fachadas. Solo si somos afortunados y tenemos tiempo y disposición, leemos el corazón de los demás. Intuyo que fue un romance… Apresurado—dijo Callum.

—Clandestino.

—Pero, ¿cómo es que…?

—Ella se mueve de región a región con su amante de turno, supongo. Es una mujer que solo busca lujos, riqueza, protección. Y ahora que me vio…

—Encuentra que es una magnífica oportunidad para volver a probar tus talentos—dijo Hamish, irónico, aunque el salseo se diluyó al ver lo derrotado que se veía su hermano.

—Ewan, ¿tú…?

—No podría estar menos interesado, y asqueado. Isabella… Ella escuchó cómo me hablaba, sus amenazas, su propuesta. Fue luego de eso que me paralicé un poco, y ella salvó la situación. Y si

detesto a Lachland, debo admitir que su actitud terminó jugando a nuestro favor.

—Hay que desenmascarar a esa mujer—dijo Hamish.

—No es tan fácil. Deberían ver la manera en que el vizconde depende de ella, cómo la escucha. Ella puede ser… magnética. No sé cómo explicarlo.

—Ewan, nosotros confiamos en ti.

—Tal vez deberías nombrar a Hamish, Callum.

—No. Ahora más que nunca te quiero allí. No osaría quitarte del medio sin que te demuestres a ti mismo lo honorable, lo inteligente y capaz que eres, hermano. Sé que harás lo necesario y posible para que esto salga bien para los nuestros. Y no estás solo.

—Claro que superarás a esa perra, y harás lo que debes. Y ni sueñes con verme entre esos tarugos—gruñó Hamish.

Ewan se quedó sin palabras, azorado por el incondicional apoyo de Callum y de Hamish. No es que no supiera que lo querían, pero esto…

Sopló, conteniendo el deseo infantil de quebrarse y hacer de sí mismo el objeto de burla de Hamish por décadas. Este dibujó una sonrisa, claramente esperándolo.

—Maggie… Ella cree tener información delicada sobre mi actuación como soldado. Hubo algunos días o noches en que mi fijación con ella me hizo un poco irresponsable. Pero ella cree que abandoné mi posición en Bengala durante un ataque en la que hubo muchas bajas. No fue así. Idiota que fui, había solicitado traslado a Calcuta por ella, y me lo concedieron. Ya no era soldado de esa división cuando hubo aquel ataque.

—Así que no hay nada que temer.

—Una mentirosa seductora puede hacer mucho daño con medias verdades y más si puede provocar celos y enredar hilos. Y parece que este es el caso—dijo Callum.

—Sí.

—Queridos, la cena está a punto de ser servida—Gwen irrumpió en la sala con una sonrisa, que se convirtió en gesto de curiosidad al ver a sus hermanos tan serios—. ¿Qué es lo que pasa?

—Nada, nada—se apuró a decir Ewan, pero Hamish no le hizo caso.

—Ewan tiene una situación, y hemos de lidiar con ella. Como la familia que somos—miró a los otros dos—. Gwen es la más astuta de nosotros, no podemos dejarla afuera de la verdad.

Ella parpadeó, mirando a Ewan de hito en hito, y este claudicó. Gwen podría parecer una mujer frágil, endeble, pero eso distaba de la realidad. Su hermana era tanto o más fuerte que ellos, y tenía una claridad de mente y calma envidiables.

—Díganme qué pasa.

Capítulo 14



El dormitorio olía a lino limpio, a lavanda y al té de menta que Heather prefería, y la atmósfera cálida invitaba al descanso. Isabella esperaba que este no estuviese convirtiéndose en un suplicio para su prima.

Heather tenía las piernas elevadas sobre un par de cojines y una manta tejida la cubría hasta el vientre. Le habían trenzado el cabello más temprano, y ahora las hebras castañas caían a un lado de su cuello como un lazo suelto.

Isabella se sentó a su lado en la silla baja, con una taza de porcelana entre las manos. Una del juego que Heather adoraba y había viajado con ellas desde Surrey. Sorbió el té con parsimonia, preguntándose si convenía decir a Heather lo que había acontecido ayer en la reunión.

Se había hecho el propósito de no preocuparla, pero a Heather no le gustaba estar por fuera de los sucesos, más cuando la involucraban, como señora del castillo y esposa del laird. E Isabella no sabía bien qué hacer.

La tía Margaret le había aconsejado cautela, pero era firme en su creencia de que Isabella podría lidiar con su papel como ayudante y consejera de Ewan. La noche había sido corta, porque la pasó dando vueltas en el lecho, considerando situaciones.

Deseaba que Malcolm retornara, pero esto no sería en menos de tres o cuatro días, al decir de Alec, que estaba tan a oscuras

como los demás con relación a lo que sucedía a su hermano.

¿Cómo hacer para frenar a Margaret Ashford? Esta quería a Ewan, con intenciones carnales obvias que hacían hervir la sangre de Isabella. No se podía ser tan atrevida, tan descarada, tan cínica.

Había creído que las urgencias carnales despojadas de emociones eran cosa de hombres, pero la vida no dejaba de sorprenderla. En un tema que le tocaba hondo, además. Se estremeció.

—¿Tienes frío? —preguntó Heather, observándola con una sonrisa.

—No, no. ¿Cómo estás? ¿Necesitas algo?

—Nada. O sí, que este pequeñito no nos dé más sustos, y pueda ponerme sobre mis piernas sin temores

Heather posó una mano sobre su vientre. El gesto fue tan suave, tan cuidadoso, demostrando con él la maravilla que sentía por su embarazo. A Isabella le ardieron los ojos.

Estaba feliz, tan feliz por ella, por su familia, por todos. Un niño era esperanza, alegría, nuevos comienzos.

—¿Se movió hoy?

Heather asintió, y sonrió como si confesara un milagro.

—Hace unas horas. Fue como… No sé cómo explicarlo. ¿Un aleteo? ¿Un pellizco? Al principio pensé que era mi imaginación. Pero no. Callum puso la mano y también lo sintió.

Suspiró, y la sonrisa que trató de abrir tembló en sus labios.

Isabella le tomó la mano y la apretó entre las suyas, inclinándose para estar más cerca. Así solían hablar cuando más jovencitas, susurrando y creando historias, cotilleando y planeando travesuras a espaldas de la tía Margaret.

—¿Tienes miedo?

—Claro. ¿Cómo no? Y me preocupa Callum. Él está… Aterrado.

—Ha hecho de cuidarte su principal rol, y me alegro infinitamente.

—Si algo me pasara…

—¡Nada va a pasarte, Heather!—dijo, llevándose las manos a la cadera e imprimiendo gravedad a su voz.

No permitiría que la mera idea de una desgracia hiciera nido en la mente de su prima.

—Tengo esperanza, mucha. Eso… eso no me lo roba nadie. Pero tanto tiempo tendida, sin algo práctico que hacer… Es inevitable que las malas ideas aparezcan—suspiró largo—. Mi pobre esposo debería estar en esas reuniones, pero no se atreve a alejarse.

—Esto importante, y él quiere estar para ti… Para ustedes. Todo irá bien.

Hubo un silencio mullido. De los que solo existen entre personas que se han sostenido mutuamente. Heather giró un poco la cabeza.

—¿Y tú? ¿Cómo te estás sintiendo?

Isabella sopló sobre el té.

—Presionada. Que Malcolm se fuera no estaba en el esquema cuando acepté llevar registros. La comitiva de la empresa es… variopinta. El vizconde es el típico aristócrata con aire burgués que cree ha llegado a un mundo incivilizado y trae la luz del progreso. Y quiere cobrar el máximo posible por eso.

—Por supuesto, no podríamos esperar menos—dijo Heather, rodando los ojos.

—Estoy un poco orgullosa también. No pensé que podría estar a la altura… Sin embargo, ayer intervine y senté nuestra posición. Ewan aprobó, a regañadientes, y Lachland Fraser parece coincidir con la línea de los MacLaren.

—Así que los tienes donde quieres—rio Heather, e Isabella negó.

—Hay un serio problema, Heather. La mujer que vino con ellos…

—Escuché de ella. Una de las muchachas de la cocina vino maravillada con su atuendo.

—Es amante del vizconde, aunque le han dado el nombre de asesora. Y fue amante de Ewan en la India.

—¡¿Qué?!—gritó Heather, incorporándose de golpe, y con ello tirando la taza al piso.

Isabella se apuró a recolectar los trozos con cuidado, mientras Heather gemía.

—Oh, no, esa era mi preferida. Esas mariposas las pintó mi madre.

—Lo lamento, querida—le dijo, sintiéndose culpable, y vino a ella—. No debí darte la novedad así.

—Deja, no importa la taza, hay más—Le hizo gestos para que se sentara—. Dime todo, Isa. Me he quedado de piedra.

—También yo. Malcolm me advirtió de ella, me pidió que cuidara a Ewan. Este… también me hizo saber que la conocía de antes. Pero escuché una conversación entre ambos… Fue casual. Ella es una víbora, una mujer sin moral. Quiere estar con Ewan otra vez, a escondidas, supongo.

—¡¿Qué?! ¡El descaro! Ewan, ¿qué hizo?

—Le dijo que no, y fue muy honorable y claro, Heather. Se escuchaba lo roto que estuvo por ella, por la traición que sufrió. El caso es que ella fue directo a llenar el oído del vizconde y este de inmediato cambió, y las conversaciones se tornaron espesas. No sé qué hacer, porque no dudo que ella no va a desistir.

Respiró luego de la catarata de frases. Las había tenido atracadas.

—Callum debe saberlo.

—Eso le dije a Ewan. Le noté afectado, furioso, pero a la vez confundido. Tal vez aún la ame, no lo sé.

La idea le provocaba náuseas. ¿Cómo alguien como Ewan, honrado, honorable, podía caer por esa mujer? Sí, él era también irónico, gruñón, molesto, pero no quería decir que Isabella no le apreciase.

Era un hombre atractivo, por supuesto, muy deseable. Eso explicaba que Margaret lo quisiese en sus brazos.

La imagen que su mente le ofreció de ambos enredados y él cayendo a sus pies le provocó malestar.

—¿Isabella? Ey, Isa, ¿qué pasa?

—Estoy preocupada—murmuró Isabella.

—Todo va a estar bien. Ewan es astuto y ama al clan. No va a dejar que alguien así prime sobre su familia. Ten fe en él.

Isabella enfocó a su prima, que le acarició la mejilla. Fuerte Heather, postrada en reposo y trayéndole calma. Dándole respiro.

De pronto recordó su llegada a la vida de Heather, quince años atrás. La misma mirada dulce y comprensiva que le daba aire ahora, la había acogido cuando la tía Margaret la llevó a la casa de los Carlisle en Surrey.

Isabella estiró una mano y la apoyó sobre la de Heather. La presión fue leve, firme, familiar. Por un breve momento, el silencio se cargó con imágenes tristes: el padre ausente, el administrador de la propiedad que la había mancillado, los susurros detrás de puertas cerradas. Le pasaba a veces, cuando se sentía sobrepasada.

—¿Isa? No te atribules por nada. Lo que esté pasando, lo vamos a solucionar.

Sacudió su cabeza y volvió al presente. Este era seguro, estaba en un lugar y con la gente que la protegería siempre.

Lo que estaba ocurriendo tenía arreglo. Además de que no era su situación, sino la de Ewan. Alzó la vista.

—A veces me cuesta pensar que todo quedó atrás.

—Es así. Era pasado pisado en Surrey, y más aún aquí. Escocia, el castillo, la propiedad que administras… Estamos a salvo, cuidadas, sin urgencias. Esto que pasa…—sacudió su cabeza—. Son situaciones económicas, y afectan, pero van a pasar. Nos acomodaremos. No implica que no daremos pelea para que los efectos sean más favorables que adversos, y ahí entras tú, con tu energía, tu entusiasmo, e inteligencia. Si alguien puede ayudar a Ewan, esa eres tú.

—Tal vez. Se enfurruñó conmigo luego de la reunión, pero porque cree que Lachland Fraser molesta y distorsiona. Creo que la rivalidad entre ambos va a ser un problema.

—Mm, tal vez. Pero son adultos y ambos quieren lo mejor para sus clanes. Lo tendrán que resolver y posponer.

Isabella se quedó callada. Miró la llama de la lámpara. El reflejo oscilante sobre la tetera de cobre.

—Ewan no es fácil.

—No sé. No le conocemos bien. Gwen dice que no era así.

—Lo sé. Pero hay algo… roto en él. Y cuando lo escuché con Margaret…—Se interrumpió. Heather esperó—. Él pareció tan desengañado, incrédulo por lo que escuchaba.

—Es difícil entender a esas personas que se llevan el mundo por delante con sus deseos como única bandera. Callum, como Gwen, dicen que la India lo había cambiado. Lo atribuía a la violencia, las rebeliones, pero… Ahora sabemos.

—Fue ella. Margaret Ashford le pasó. Y pretende usarlo otra vez.

—No debemos permitirlo—susurró Heather, e Isabella asintió.

—Haré lo que esté en mis manos.

—Tu corazón, como siempre, está en el lugar correcto.

¿Lo estaba? Isabella no estaba segura, y a la vez temía que fuese así.

Capítulo 15



Las últimas nubes del mediodía se deshacían lentamente sobre la silueta azul de las colinas, mientras el Loch cercano parpadeaba con reflejos de cobre. Un grupo de ciervos se alejaba al trote lento, hundiéndose entre los árboles más densos.

Isabella estaba sentada sobre una manta vieja, la espalda apoyada contra un tronco, un cuaderno abierto sobre los muslos. Tenía el pequeño bolso de cuero a su lado, donde llevaba un frasco con tinta y una pluma de mango oscuro. Se había quitado los guantes. Las yemas de sus dedos estaban manchadas de azul.

El viento levantaba mechones de su cabello y los lanzaba hacia su mejilla, pero no se los apartaba. Escribía lento, en pausas largas.

Desde una elevación cercana, Ewan la observaba. Había salido a cabalgar temprano, en procura de claridad y cansancio que le permitiera caer rendido en la noche.

Mañana debían reunirse, otra vez, y no sabía con qué patrañas habría llenado Maggie la cabeza del vizconde. No le cabía duda de que iba a intentar continuar enlodando el proceso en procura de lograr su objetivo. Él. Flaco favor a su vanidad era ese.

El regreso bordeando el arroyo había sido al trote, y así se había topado con la presencia de Isabella. Estaban en la zona fronteriza entre las tierras del castillo MacLaren y las que George Carlisle había legado a Heather.

Ewan supo que Isabella había estado en el castillo el día anterior, pero la había evitado. En parte porque le quedaban

resabios de la bronca que Maggie y Lachland Fraser le habían provocado, por distintas razones.

El segundo sin pretenderlo. No podía culpar al hombretón por querer encandilar a esta mujercita que escribía. Tenía que actuar con más adultez al respecto, no sabía por qué no podía. Lachland era aliado, y debía verlo como tal.

Inclinó la cabeza, pero no quitó sus ojos de Isabella. Veía lo que Fraser apreciaba. Isabella era encantadora. ¿Por qué había hecho de incordiarla y tomarle el pelo la forma de relacionarse con ella? Tonto que era. Hasta la había pensado como un complemento de Heather.

Uh. Ojalá su bocota no dejase salir esta estupidez en algún instante en que su humor se ennegreciera, porque era denigrante.

La risa alta y de deleite que ella lanzó al observar el aleteo de dos pájaros enredados en una pelea aérea lo hizo sonreír.

¡Cómo disfrutaba ella de las cosas más triviales! Los maravillosos ojos se tornaban pura luz.

Su vista siguió la curva de su cuello y se desplazó por la extensión de piel crema del escote. No había impostura en ella, ni afeites, ni dobleces.

No supo en qué momento decidió desmontar, pero lo hizo con agilidad, y la tierra crujió bajo sus botas cuando se acercó. Ella no se sobresaltó. Solo levantó la vista, serena.

—¿Esperabas a alguien? —dijo él, con tono neutro.

—No. Pero es normal que Finn o Rory traigan las majadas por este sendero. Y he visto a tus hermanos ir y venir por aquí. ¿A quién esperaría?

Ewan asintió, y se sentó en una roca cercana, grande y tibia por el sol de la tarde. Se quitó los guantes y apoyó los antebrazos sobre las rodillas.

—¿Qué escribes? No parece que puedas despegarte de tus hojas y pluma.

Ella sonrió, breve.

—Nada importante. O sí, cosas que me impresionan. Ideas, pensamientos. Es solo… la forma que tengo de quedarme con lo que me importa.

—Gwen dice que escribes muy bien, y que no le extrañaría que publicaras un libro algún día.

Ella se ruborizó, y parpadeó. Avergonzada, tal vez. No debía. Tener sueños y metas era importante, y los de ella tenían sentido.

¿Quién mejor para escribir que alguien como Isabella, que daba importancia y color a lo que la rodeaba? De pronto quiso saber más.

—¿Puedes leer algo de eso para mí?

Isabella dudó por un momento, y luego se encogió de hombros y asintió, como si su mente concediera que Ewan era merecedor de esa gracia. Le gustó la idea. Pasó las páginas con dedos lentos, y eligió una. Su voz fue pausada, suave:

—Llegué a estas tierras con la ilusión de quien ha esperado mucho por conocerla. Las Tierras Altas palpitaban en los relatos y vivencias que solía leer desde muy joven. De algún modo, sentía que mi destino esperaba aquí.

Ella parpadeó y le miró, y Ewan asintió, instándola a seguir.

—Pero nada de eso me había preparado para la cerril belleza de sus montañas o la quietud de sus Loch. Los valles, mares verdes

salpicados de lila, se inclinan en dramáticas barrancas. Me quedo sin aliento, y mi mirada vuela en las alas de los frailecillos.

Ewan la había escuchado sin moverse, sin parpadear. Mirando cómo su boca dibujaba las palabras, cómo los dedos acariciaban el papel, cómo la sombra de las ramas temblaba sobre sus mejillas.

—Amas este lugar—dijo él al fin.

—Sí, lo hago—dijo—. Lo siento cada vez más como mi hogar, el lugar en el mundo que me pertenece. Al que pertenezco.

—¿No sentías así en…?

—Surrey—completó, bajando la vista—. Sí, me gustaba. No crecí allí, pero llegué cuando niña. Fui feliz allá, porque Heather y la tía estaban conmigo.

—¿Y tu familia? Además de Heather y Margaret, digo. No naciste en Surrey.

La pregunta, inocua, que buscaba escuchar más, oír su voz suave desplegando detalles que desconocía, cambió el clima.

Isabella se tensó. El cuerpo, los hombros, el gesto. Como si le hubieran tirado del hilo exacto que lograba desestructurar su calma.

—No hay mucho que contar. Nada agradable viene a mi memoria.

No, claramente era lo contrario, porque los magníficos ojos se habían nublado, y eso le puso en alerta. No debía insistir, por más que sintiera el ferviente deseo de hacerlo.

Había viejas heridas al acecho, de esas que dolían mucho. Bueno, tenían algo en común, entonces.

Ella levantó la mirada, con suavidad.

—Cuéntame algo bonito de la India. Dicen que es un lugar increíble.

Ewan asintió. Podía hacerlo. Su sed de aventuras y el deseo de conocer tierras y gente le habían empujado a viajar, y de eso no se arrepentía.

Entrecerró los ojos, y trajo recuerdos de otro tiempo. Los bonitos.

—La India no despierta, Isabella—dijo Ewan, con la voz más baja—. La India se enciende.

Ella lo miró en silencio, atenta.

—El cielo no se aclara: arde, como si alguien lo hubiese pintado con cúrcuma y azafrán—continuó—. El sol sube rápido, sin pedir permiso, y todo —las palmas, los templos, los rostros— se baña en oro líquido.

—Eso es impresionante.

La sed de saber se había encendido en ella, y su rostro atento y el sacudir de su cabeza instando a seguir lo estimularon.

—El aire está plagado de olores. No es solo el mar. Es el cardamomo del té, el carbón ardiendo, vegetación. Y los sonidos… Los pájaros… —sonrió, como si pudiera oírlos— gritan y pían. Cuervos, loros, garzas que cruzan el cielo. Elefantes, monos…— sacudió su cabeza—. Excesos para los sentidos.

Se detuvo un momento.

—Y la gente... —agregó más despacio—. Oscura de piel, orgullosa en la mirada. Caminan distinto. Como si bailaran.

—Tienes pasión y tus descripciones son magníficas—dijo ella.

—Supongo que ambos nos apasionamos con lo que nos convoca.

Hubo un silencio cómodo, y fue ella quien lo quebró, suspirando, y volviendo la mirada a él.

—Ewan… Tenemos que hablar de esa mujer, de cómo enfrentarla. O de si te sientes con fuerzas para hacerlo.

—Claro que sí—dijo, rápido.

Resopló. ¿Era demasiado pedir un poco más de paz? Sí, lo era. Tenían que hablar y determinar qué postura adoptar y cómo proceder.

Callum había decidido que enviaría por Malcolm y le traerían maniatado si era necesario, lo que provocó la risa de Hamish y Alec, que se ofrecieron para la tarea. Pero mañana serían él e Isabella… Sí, también Fraser, contra un vizconde que habría tenido a Maggie llenando su oreja por muchas horas.

—No te inquietes, Isabella. A pesar de lo que escuchaste, y de su actitud, que influyó en su amante, dejamos nuestra postura bien clara el otro día. No pueden volver a discutir lo que quedó sellado. Avanzaremos. Gwen sugirió, además, que escribamos al duque de Elywood y le invitemos a venir. Si la discusión se pospone y alarga, podría ser bueno. Ese hombre es muy recto e importante, y de seguro tendrá mucho por decir al vizconde.

—Eso sería muy bueno. ¿Gwen, eh?—dijo Isabella, sonriendo, y Ewan asintió.

Su hermana tenía buenas ideas. Miró a Isabella y le sonrió.

—Gracias por compartir tus escritos conmigo.

—Gracias por hacerme sentir en la India.

Sí, era definitivo, esos ojos eran de un color muy peculiar. Iban muy bien con su tono de piel lechoso salpicado de pequeñas pecas. Nunca las había visto tan de cerca. Era bonita Isabella Carlisle.

Capítulo 16



—¿Es verdad que la mujer que vino con la comitiva inglesa dijo que los escoceses no deberían tener participación económica en las postas del ferrocarril?—preguntó Gwen.

Tenía las manos en jarra y las mejillas rojas de indignación, y Ewan asintió con gravedad, aprestándose para escuchar un discurso encendido. Él mismo estaba lívido ante el descaro de Margaret, como había comenzado a llamarla en su mente.

Esa arpía frívola y cruel que manipulaba a los hombres de su entorno y buscaba hacer lo mismo con él no era la Maggie que él había querido.

No existió; esa mujer no estuvo más que en mi mente. *Mis manos acariciaron un cuerpo dúctil y apasionado que era dirigido por una mente caprichosa.*

—Eso escuchó la posadera y me lo hizo saber apenas me vio. Nuestra gente está preocupada y cualquier comentario se convierte en pólvora—Procuró imprimir determinación a su voz—. Pero no lo permitiremos.

—¿Qué papel juega esa señorita en esto? No es parte de la compañía de ferrocarril, y el cotilleo sobre la relación que mantiene con el vizconde es intenso. No es una dama tímida, eso murmuran, a pesar de su vestimenta.

Apretó sus labios y se encogió de hombros. No tenía deseos de blanquear su pasado con Margaret ante su hermana. Cuando habló

con Hamish y Callum, fue la última vez que lo mencionó, y a Gwen no se lo compartieron.

Lo avergonzaba tanto como le había dolido, esa era su realidad. Era triste pensarse como el monigote que fue allá en Oriente, y ya era suficiente que lo supiera Isabella.

¿Qué pensaría ella de él? *Que soy un cabrón engreído ya lo sabía, pero que además me comporté como un redomado gilipollas y un cateto… Si fuese rencorosa y guardase resentimiento por todas las veces que me las di de listo con ella, gritaría mis miserias a viva voz.*

Era una suerte que esos rasgos no la describían.

—¿Qué argumentos utilizan para negarse a aceptar nuestras aspiraciones?

—Es pura codicia. Insisten en la necesidad de garantizar el retorno de inversión para quienes arriesgan el dinero y que no estamos preparados para gestionar actividades económicas que desconocemos.

—¡Claro! Para ellos somos gente con tierra bajo las uñas, que pisa bosta de vaca y pastorea ovejas. Sin mente para los números ni capacidad de cambio. ¡Jodidos ingleses!—Gwen chasqueó la lengua —. Isabella dice que ella maneja al vizconde como si fuese un títere. ¿Qué hay de los que vinieron con ellos?.

—El ingeniero es un buen hombre, y sabe de lo suyo. Los otros son lacayos sin espina, corren detrás de lo que el noble les dice. Y sí, ella azuza al vizconde con sonrisas y susurros. Es su juego, y lo juega con pericia.

Gwen parpadeó, y luego arrugó el entrecejo. ¡Maldición! Su bocota le había traicionado, y su hermana olía la sangre en el agua,

como un tiburón. Así había sido desde pequeña, sabía cómo sacarles verdad de mentira, o como se dijera.

—La conoces—Ella asintió—. Mm. Sabía que algo no andaba bien. Se te veía tenso, nervioso. Lo adjudiqué a la ida de Malcolm, pero… Hay más.

Solo asintió.

—Por tu silencio interpreto que no me dirás más de ella.

Gwen achinó los ojos, y Ewan entendió la determinación en su mirar. No pararía hasta averiguar, pero ella era inteligente y no insistiría con él.

—Si esa mujer tuvo que ver con tu cambio, no dudo que puede manipular a cualquiera, porque ustedes… No hay uno de mis hermanos que no sea un hombre íntegro y honorable, y que no se rinda ante la miseria o candidez ajena. Incluso cuando esta es falsa.

—Tú, Gwen…—tragó saliva, y fue hasta ella, abrazándola con calidez, para luego susurrarle—. Eres tan parecida a nuestra madre. Una dragona feroz que defiende a los suyos.

Ella asintió vehemente, y se separó, mirándolo con firmeza.

—Mi hogar, mi familia… Ustedes son mi tesoro, y los protegeré siempre. Dime lo mínimo, y estaré en esa sala a tu lado, confrontando a esos idiotas.

Sonrió, y sacudió su cabeza.

—La dama Carlisle hace esa tarea con gracia.

—Bendita sea. Es…—Sus ojos verdosos lo perforaron—. Es mucho más de lo que muestra la vista, Ewan, y he tratado de que te percataras de ello. Ahora la ves.

—Ahora la veo—respondió, asintiendo—. La tenía por una entusiasta atropellada a la que todo asombra, pero me equivoqué.

Tiene temple. Durante estas reuniones ha sido un baluarte. No solo por lo que aportó con los documentos, que estudió al dedillo, sino por la forma en que mantuvo la tranquilidad. Cada vez que me sentí al borde de perder la compostura y estallar, su sonrisa confiada me ayudó a recuperar la calma.

Gwen lo miró en silencio, largo, con una expresión que no necesitaba palabras. Lo conocía desde niño. Sabía cuándo estaba abriendo una puerta sin querer.

Él carraspeó. Se enderezó en el sillón. Cambió el tema.

—Espero en que el duque de Elywood deje Londres y decida venir aquí al leer la misiva que le enviamos. Es un hombre muy respetado, y con conexiones y poder económico. Y su apoyo a nuestra causa se demostró con creces. Es la única razón para que estos enviados estén fingiendo querer negociar.

—Confío en que la carta le conmoverá.

Ewan creía que sería así, porque Gwen era hábil y directa, y no escatimaba palabras. El duque probablemente tendría un discurso entre manos. Mas no quería que su hermana tuviera más expectativas de las lógicas.

Solo se podía confiar en la familia, eso creía Ewan, y el tiempo le demostraba que así era.

Pero confías en Isabella Carlisle. Sí, eso hacía, tan contradictorio como sonara.

—No olvides que es mitad inglés. Es un aliado, pero tiene compromisos con su círculo social—le recordó.

—Y mitad escocés —replicó Gwen—. Y su mitad escocesa tiene espina dorsal. Ha votado contra su propio partido para defender a las Highlands.

Ewan elevó una ceja. Gwen sabía más de lo esperado acerca del duque de Elywood. Intercambiaron una mirada grave, y ella elevó la barbilla, como cada vez que daba un tema por cerrado.

—Esta noche jugaremos una baza importante. Tal vez el vizconde ceda si le damos la mejor cerveza y whiskey de nuestras reservas.

—Pff. Callum está haciendo un esfuerzo al traer aquí a media comitiva inglesa cuando solo quiere estar con Heather. Y esta hará lo mismo, por supuesto, cuando preferiría yacer en su cama o jugar charadas.

—Sí. Callum quiere tenerlo en el castillo, verlo moverse fuera del escenario. Decidir si está dispuesto a torcer su juego o si solo baila al ritmo de Margaret. Ya le aseguré que esto es lo que hace. Si no la conociera, no entendería a ese pobre bastardo. El vizconde está condenado a repetir mis errores.

Joder, otra vez. La lengua se le soltaba. Aunque… No dolía tanto como temió. Hablar parecía ayudar. ¿Quién lo diría?

Gwen había abierto sus ojos un poco más ante la filtración, pero no presionó.

—Ser noble no implica estar por encima de las emociones y problemas que acucian a todos—susurró, y luego sonrió—. También vendrá Lachlan. Seguro que está feliz anticipando el ver a Isabella.

—Ese jodido Fraser es como las polillas, le atraen la luz y la atención.

Ewan hizo un gesto con su boca, denotando su molestia con el gigantón Fraser, pero no dijo más. Aquel había demostrado que no era ningún tonto y le preocupaban los suyos, y por ello lo había tenido de su lado en las últimas reuniones.

Como debía ser, aunque los dos se mirasen de reojo.

++++

Callum MacLaren presidía la mesa con expresión serena, aunque sus ojos serios estaban pendientes de cada gesto de sus invitados.

A su derecha, Heather, envuelta en un vestido de muselina celeste que realzaba el resplandor suave de su piel y la curva incipiente de su vientre. Pálida, pero su belleza no pasaba desapercibida: irradiaba una dulzura que imponía respeto y ternura.

A la izquierda del laird se acababa de sentar el vizconde, impecable en su atuendo —más propio de una gala londinense— con un pañuelo marfil doblado en el bolsillo del frac.

—Lady MacLaren, es un placer cenar en su mesa—dijo, galante, inclinando su cabeza—. Gracias por su hospitalidad.

Heather respondió con una sonrisa discreta y un asentimiento cálido.

Isabella se sentó entre Gwen y Lachlan, nerviosa y todavía insegura sobre su vestimenta. Tenía pocas opciones sofisticadas o apropiadas, y el vestido en verde y ocres ceñía su figura con lo que Gwen definió como *sobria elegancia*.

Parecía poco dadas las circunstancias. Ella no tenía la belleza de su prima o la seguridad a prueba de todo que ostentaba Gwen.

Observó alrededor con disimulo. Sus ojos encontraron su blanco de inmediato. Ewan estaba sentado al lado de Hamish, casi en el otro extremo, como si hubiera sido empujado hacia los márgenes.

Supuso que era una elección lógica, alejarse del vizconde, de la dama Ashford y de Lachland.

Estaba muy guapo con su chaqueta oscura con el cuello ligeramente desarreglado. Su rostro, anguloso y serio, no dejaba entrever nada.

Si le impactó la entrada teatral de Margaret del brazo del vizconde, envuelta en un vestido que parecía diseñado por ángeles y cargada de joyas nada discretas y por supuesto costosas, no fue harto evidente.

Salvo para ella, que vio el leve endurecimiento de su mandíbula. El movimiento casi imperceptible de su cuello al tragar. Su incomodidad. Y cuando Isabella chocó su mirada con la de Gwen, se percató de que esta también lo notó.

Margaret era como una mariposa exótica a la que no se podía dejar de mirar, había que concederle eso. Su gracia ensayada, su belleza potenciada por textiles lujosos, los diamantes y perlas, y el aroma a gardenias eran el perfecto paquete.

¿Cómo no caer a los pies de una mujer así? Era magnética. Excitaba los sentidos, traía belleza adonde iba.

No por dentro, se recordó Isabella, y casi sonrió ante su ingenuo pensamiento. *A muchos hombres esto no les importa.*

Margaret había saludado a los presentes con una inclinación de cabeza medida, y se acomodó en su lugar con la seguridad de quien sabía bien como ocupar espacios ajenos como si le pertenecieran.

Isabella ignoró los comentarios intrascendentes, vacíos, de etiqueta, y su mirada recaló en Lachland. Este parecía en su elemento, con el cabello algo revuelto, sobrio embutido en el color de su clan, y con la sonrisa intacta.

Él se inclinó hacia adelante y habló, mirando a todas las damas presentes, pero recalando finalmente en Gwen e Isabella.

—No he sabido de una mesa adornada por damas tan encantadoras desde los días dorados de la corte de Edimburgo.

La frase, festejada por sonrisas y agradecimientos, y acompañada por gestos más serios de los caballeros, distendió el ambiente. La voz y la actitud de Lachlan tenían la capacidad de arrancar simpatías, eso no podía negársele.

Ewan no habló, y se sirvió vino en silencio, los ojos clavados en la copa. No parecía dispuesto a sobresalir ni a dar mucho de sí, pensó Isabella.

Estaba bien; era el momento de que Callum mostrase de qué estaba hecho su liderazgo. Ewan era un buen hermano, y que siguiese presente en las reuniones a pesar de Margaret Ashford era la muestra prístina de su compromiso familiar y con el clan. Era algo que admiraba de él.

Capítulo 17



La conversación se alzó y la comida llegó, distendiendo a todos. Entonces se habló de la región, de su economía, y luego sobre cómo el ferrocarril podría potenciar las rutas comerciales y dinamizar las conexiones entre los poblados.

El vizconde tomó la palabra en varias ocasiones, como si declamara. *Denso*, pensó Isabella, destacando los beneficios de establecer postas adecuadas y depósitos bien ubicados.

Pero sonaba artificioso, e innecesario. *Los escoceses no necesitan ser convencidos, milord, y si respetados y vistos como negociadores con capacidad,* estuvo tentada de decirle.

Callum asintió algunas veces, discrepó otras, aportando datos sobre el clima, las tierras y la ganadería. Hamish, con voz pausada, no dejó oportunidad de señalar las necesidades de los highlanders locales y sus temores.

Gwen intervino con firmeza y sus hermanos la apoyaron cada vez, con lo que la visión de los MacLaren de que querían un progreso que no borrara las raíces quedó clarísima.

Dos de los empleados de la compañía parecieron atragantarse de deseos de discrepar, e Isabella solo valoró los dichos del ingeniero Wainwright. El hombre era irlandés, claro, y eso implicaba que podía comprender las aspiraciones escocesas como reivindicaciones justas.

Lachlan participó con chispa y elegancia, hilando ideas con humor y picardía, ganándose miradas de complicidad. Era buena cosa que se le hubiese invitado.

Margaret... Isabella contuvo la respiración o se mordió el carrillo interno cada vez que la escuchó. Hablaba con tono suave, pero cada palabra era una cuña disfrazada de alabanza.

Incluso cuando se mencionó el estado de gravidez de Heather y hubo felicitaciones, el *Felicidades* de la Ashford estuvo unido a un gesto que no podía ser más que desdén.

¿Quién arrugaba la nariz como si oliera algo feo cuando se congratulaba a una mujer embarazada? Margaret Ashford.

Isabella se enojó, y quedó roja, porque Heather la miró y negó suavecito, apenas un gesto, quitando drama al asunto. Pero Isabella no podía creer que alguien pudiera ser tan fría, tan deliberadamente hiriente, y todo con una sonrisa en los labios.

La necesidad de proteger se sintió como una ola de amor y alegría por su prima, que le envió con su mirada y la sonrisa. Heather le sonrió de vuelta, serena, con una mano reposando sobre su vientre, indiferente a la inglesa.

Pero su falta de tacto no le pasó inadvertida a nadie, el vizconde incluido, que levantó una ceja y miró a Margaret con una expresión que bien podía ser de advertencia.

Esta, imperturbable, levantó su copa y la inclinó levemente, como si brindara consigo misma, ignorando el mensaje con estudiado desdén. El vizconde carraspeó, y se abocó a hablar sobre su experiencia en el asunto ferroviario.

La mención de su tiempo de trabajo en la India derivó el tema hacia ese lado, e Isabella vio que Ewan se tensaba. ¿Es que

Margaret había sido tan cínica como para hablar al vizconde de su vida en aquella colonia. La siguiente frase lo hizo ver así

—La India es un buen ejemplo de los tiempos que vivimos y de que los avances tecnológicos lo cambian todo.

—No sé si lo llamaría un ejemplo bueno—intercedió Callum—. Los relatos de la colonización y sus efectos allá…

—Es obvio que los locales no aprecian nuestra intervención, pero ¿qué cultura inferior lo hace? Es tarea de los pueblos avanzados llevar la civilización.

Isabella se mordió para no contestar lo que se le venía a la mente. ¡Qué arrogancia, por favor! Los abusos políticos y económicos eran demenciales, lo había leído una y otra vez, y de voces que eran leales a Inglaterra, pero no ciegos al dolor ajeno.

—Es real que el tren conectó a la India, y que eso mejoró el comercio. Pero no todo lo que brilla es oro—dijo Ewan—. En mi tiempo de servicio…

—Oh, sí, tengo entendido que sirvió en la región de Bengala. Vivió allí durante la revuelta.

—Sí, mas…

—Su batallón fue casi aniquilado por completo. Solo aquellos que huyeron a tiempo sobrevivieron. La deserción pagó sus frutos.

El vizconde miraba y hablaba a Ewan con una intensidad que no había tenido en los pasados encuentros, e Isabella no tuvo dudas de que la cizaña de Margaret había encontrado terreno fértil en la mente del noble.

—¿¡Cómo se atreve!?—dijo Callum, sin gritar, mostrando una contención admirable.

—Me disculpo, pero el tema me golpea, como patriota—dijo el vizconde.

Isabella cruzó su mirada incrédula con la de Gwen y fue hacia Ewan, pero este no había bajado la vista, y la mueca que portaba como sonrisa era de desafío.

No iba a dejar que le humillaran, comprendió, ni a retroceder. No era el estilo MacLaren.

—Como a todo inglés, o escocés al servicio de la Corona—dijo Ewan, calmo—. Me alegra que trajera el asunto a colación, porque está equivocado. Y ese error de información debe ser corregido, porque me ensucia. Ha puesto en duda mi honor y mi servicio—agregó, glacial.

Isabella no despegó la vista de Ewan y su orgullosa réplica, salvo para ver el impacto de esta en el vizconde. El noble parpadeaba, y miró a Margaret con fugacidad. Esta tenía una expresión de plácida contemplación, como si gozara de provocar el caos.

Hamish habló enseguida:

—Solo la hospitalidad y la necesidad de velar por nuestra gente puede justificar que un comentario así no termine en un duelo al amanecer.

—Estoy seguro de que el vizconde no quiso…—intercedió el ingeniero, muy nervioso y procurando bajar los decibeles a la conversación.

—Adhiero a las palabras de mi hermano. Considero que debe haber una retractación inmediata, seguida de una disculpa—dijo Callum, su voz helada.

—Dije que aclararía, así que si me permiten, lo haré—intervino Ewan, que se hizo adelante, sus ojos fijos en el vizconde—. La información que maneja es errónea, y hay pruebas varias. Debería haber chequeado antes de arrojar al aire una acusación así. No ha de ser difícil para alguien con influencia. Los despachos oficiales de abril del año 54 comprueban que fui trasladado a Calcuta tres semanas antes de ese ataque al que hacía referencia. El coronel Pembroke lo sabe, lo aprobó. Mis superiores pueden dar fe de eso también.

Margaret dejó su copa en el aire, sin beber, su ceño fruncido, claramente sorprendida por esto, y palideció. El vizconde entrecerró los ojos y la miró de reojo.

No se podía ser más obvio, pensó Isabella, enardecida por dentro por la jugarreta que intentaron hacer en un lugar donde habían llegado invitados.

Ewan no terminó ahí, sino que se giró hacia Margaret con una expresión de falso desconcierto, y apostó a exponerla, para regocijo de Isabella.

—Señorita Ashford, usted estuvo allá. Ahora la recuerdo. Me pareció reconocerla, aunque claro...—Ewan asintió, con una sonrisa falsa, como si lo siguiente fuese un pequeño detalle que recordó apenas en ese momento—. La última vez que la vi, estaba usted con el coronel Fairburn.

Hubo algunas exclamaciones en la sala, aunque contenidas, e Isabella sintió su corazón subiendo a la garganta. Había sido un comentario tal vez innecesario, pero Ewan había sido empujado a sus límites, ella lo sabía.

Esa mujer no había dejado de hostigarlo, de rodearlo como una cobra a su presa, jugueteando con él, y un MacLaren no era un ratón. No, no había nada de cobarde o indigno en Ewan.

Era un hombre íntegro que había sido herido y que no cometería el error de dejarse manipular otra vez.

Claro que su comentario no pasó desapercibido por el vizconde. Tuvo el efecto deseado, pues este dejó caer el cuchillo con un sonido seco. Margaret apretó los labios, que se hicieron una línea fina, y palideció.

El odio en sus ojos era palpable cuando los clavó en Ewan, como estiletes. Mas sabía que tenía una emergencia que atender, y lo intentó, la astuta serpiente. Su expresión cambió, se tornó dolida, y se llevó una mano al pecho, que masajeó, mientras la otra tomaba la del vizconde y trataba de enredar sus dedos con los nudosos del noble.

Esto llevaba la pelea al bando inglés, pensó Isabella, y aplaudió la acción de Ewan, porque Margaret Ashford tenía mucho que explicar a su amante, que probablemente tenía ideas muy erradas sobre ella y su pasado.

—Lady Heather, esta carne está de maravilla—dijo Lachland, con una sonrisa, trayendo aire a la sala, e Isabella aplaudió al escocés, que no tenía un pelo de tonto—. El festín entero es digno de nobles, y mi tosco paladar lo advierte.

—La cocinera agradecerá sus amables comentarios, Lachland. Hay mucha gente talentosa en nuestras tierras, y harán bien su labor cuando deban trabajar en las postas del nuevo ferrocarril—dijo Heather.

—Ya veremos, miladi, ya veremos—dijo el vizconde, con un cabeceo gentil, recuperándose, y retrocediendo en su intento de dejar en falta a algún MacLaren—. Las conversaciones avanzan en el mejor sentido para ambos pueblos.

—Dos que somos uno, desde hace mucho, y a pesar de nuestras diferencias históricas—se animó a intervenir Isabella—. Mi prima y yo damos fe de que este pueblo es generoso. Nos acogieron y hemos progresado aquí. Hay talento y habilidad en Escocia.

—Brindemos por la comunión entre escoceses e ingleses—sugirió Lachland, y hubo acuerdo, algo reticente en algunos.

Margaret no elevó su copa, aunque nadie se sorprendió o mostró interés, el vizconde incluido.

Esa mujer debería cuidar sus pasos. El noble no es tonto, aunque esté obnubilado por sus encantos. Hombres como este eran criados para anteponer sus obligaciones e intereses por encima de todo.

Margaret era hermosa y astuta, pero eso no le garantizaba inmunidad. Máxime si se continuaba equivocando y forzando la mano de Ewan.

Merece que le ocurra lo que a Ewan, pensó Isabella, con más acritud de la habitual, y parpadeó, alelada por su frialdad. Detestaba a la Ashford tanto como le molestaba que Ewan hubiese estado enredado con ella.

Le… enojaba eso, admitió, su tenedor empujando la comida de un lado al otro del plato, reconcentrada en aclarar sus emociones.

Cuando levantó la cabeza, atraída por la voz de Gwen, que hablaba sobre la región y sus puntos fuertes con la pasión que la

caracterizaba, encontró los ojos de Heather sobre ella, y su sonrisa calma.

Su prima la conocía bien, y sabía que en su cabeza había varias ideas en batalla.

La velada no se extendió mucho más, y cuando el vizconde se despidió y la comitiva se marchó con él, Isabella se sentía más cansada de lo pensado.

Trató de esconder el bostezo, pero Gwen la vio, y de inmediato extendió órdenes para que le prepararan una de las habitaciones.

—No tienes que irte, querida. Me encantará que hablemos de lo que pasó esta noche, con detalles—le dijo, haciendo un gesto con sus cejas que provocó la risa de Isabella.

—Sí, fue muy interesante. Y traerá cola—respondió.

—Eso espero, y que sea la correcta—Gwen suspiró—. Los hombres pueden ser tan, tan tontos. Es una pena que tengan tanto poder. Debería haber más mujeres al mando.

—Mm, podría ser. Al menos más asesoras. Pero distintas a la señorita Ashford.

—¡Esa mujer es tan desagradable! La salva su belleza.

—¿Cuánto puede durar?—murmuró Isabella, y volvió a bostezar—. Disculpa, Gwen, han sido días agotadores.

—Anda, a dormir. Mañana hablaremos.

Capítulo 18



Ewan apuró a su caballo con un tironeo suave de las riendas. Había salido a cabalgar al amanecer. No había sido una noche de descanso. Dormitó y dio vueltas en su cama luego de la tensa cena de la noche anterior.

Había traspasado un límite, con su comentario a Margaret, que fue más una defensa que un impulso. Por fortuna, el traspié del vizconde fue mayor, y la inglesa se lo tenía merecido. Le empujó a eso.

No fue que le molestase que el vizconde le pensase un desertor cobarde… *Sí, te molestó eso, no lo disfraces*.

Bien, lo había enfurecido. ¿Cómo no? ¿Qué hombre que se preciase, un soldado además, podía tolerar tamaña ofensa a su honor? Él había sido un soldado esforzado, valiente.

Que se le acusase de escapar mientras el grupo de hombres con los que había luchado y sangrado por años era masacrado… Le había hecho ver rojo. Ewan había reído, sufrido, sangrado con aquellos. Solo el deseo de estar cerca de Margaret le había empujado a cambiar de batallón.

El viejo dolor de no haber podido hacer nada por ellos, de enterarse tarde de la cruel suerte que habían sufrido, le acosó anoche, y no se apagó cuando devolvió el golpe en forma de comentario casual. Así lo lanzó, y dio en el blanco.

De nuevo: no estaba orgulloso de eso, no era su estilo. Pero uno no podía luchar con las mismas armas con enemigos dignos que con reptiles traicioneras.

Eso era la señorita Margaret Ashford. La mujer que había follado con asombro y placer, con fijación, con entrega.

—Dale un baño y bastante pienso, Sam—indicó al muchacho en la caballeriza, entregándole las riendas—. Le forcé un poco en la ladera.

—Por supuesto, milord.

—Solo Ewan, te lo he dicho—respondió.

Sabía que era tiempo perdido. El joven era nieto del viejo palafrenero del castillo y, como aquel, parco y respetuoso.

Sus padres tenían una de las propiedades por las cuáles atravesaría el ferrocarril. Por gente como ellos era que Ewan debía detener a Margaret y sus patrañas. Callum estaba con él, no le había reprochado nada.

Lo mismo Hamish y Gwen. Su hermana había sido muy enfática anoche, llevando la atención de los asistentes a la gente, hablando de ellos, poniéndole nombres a lo que para el ingeniero y el vizconde eran números. Joder, hasta el jodido Fraser había estado bien anoche, aflojando lo que Ewan tensó.

Tomó las escaleras hacia el interior del castillo, pensando. Si la información que proporcionó al vizconde fue considerada o no, estaría por verse.

Por lo pronto, Margaret debería andarse con cuidado y tal vez frenaría su plan de dar malas ideas al noble. Era imperioso completar las negociaciones y obtener beneficios para los que vivían aquí.

Cruzó el pasillo principal en silencio. El eco de sus pasos se apagó al oír un sonido. Frunció el ceño, y se detuvo por completo, escuchando. Venía de la sala contigua a la biblioteca.

Volvió a escucharlo. Era una voz. Fue hasta la puerta, que abrió con cuidado. Su mirada barrió el lugar y encontró una pequeña silueta tendida sobre la chaise longue, encogida sobre sí misma y envuelta por la luz pálida que entraba por las ventanas altas.

Isabella dormía. Un libro abierto yacía en el suelo, boca abajo, con las páginas dobladas por el peso. Ewan avanzó, sigiloso, y se inclinó para recogerlo. Leyó el título: Dombey e hijo, de Charles Dickens.

La página que estaba abierta contenía un largo diálogo subrayado:

—¡Papá! ¿Qué es el dinero?

Mr. Dombey se encontró en un aprieto.

—Oro, plata y cobre. Guineas, chelines, peniques. ¿Sabes qué son?

—Oh sí, sé lo que son —dijo Paul—. No me refiero a eso, papá. Quiero decir: ¿qué es el dinero en realidad? Quiero decir, papá, ¿qué puede hacer? —insistió Paul, cruzando los brazos (aunque apenas le alcanzaban) y mirando al fuego, luego a su padre, luego al fuego otra vez.

Mr. Dombey acercó la silla a su lugar anterior y le dio una palmada en la cabeza.

—Lo entenderás mejor con el tiempo, hijo. El dinero, Paul, puede hacerlo todo.

—¿Todo, papá?

—Sí. Todo… casi —dijo Mr. Dombey.

—Todo quiere decir todo, ¿verdad, papá? —preguntó el niño, sin notar o sin comprender la salvedad.

—Lo incluye, sí —dijo Mr. Dombey.

—Entonces, ¿por qué el dinero no me salvó a mi mamá? —dijo el niño—. ¿No es cruel, verdad?

—¿Cruel? —repitió Mr. Dombey, ajustándose el cuello de la camisa, como molesto con la idea—. No. Una buena cosa no puede ser cruel.

—Si es una buena cosa, y puede hacerlo todo —dijo el pequeño, pensativo, mientras miraba de nuevo el fuego—, me pregunto por qué no me salvó a mi mamá.

Ewan frunció el ceño. Él no era de los que leían, como Hamish, pero la aspereza del diálogo era obvia. Un padre que no podía ver a su hijo sufriendo, y que ponía al dinero como medio y fin para todo.

Volvió su mirada a Isabella. No tenía duda de que debió ser ella la que subrayara esto, porque la pluma y tinta estaban en la mesita, al lado de la pequeña cartera de cuero que portaba siempre.

Justo entonces ella comenzó a removerse, el rostro crispado por un sueño inquieto. Gimió. Sí, ese era el sonido que le había atraído aquí. Ewan parpadeó. ¿Qué mal sueño la atribulaba?

Ella se hizo una pequeña bola, encogiéndose, como atrapada en algún lugar oscuro de su mente. Ewan se acercó sin pensar.

Le tomó la mano con cuidado, le apartó un mechón de cabello pegado a la frente y acarició su mejilla con la yema de los dedos. Isabella volvió a moverse, agitada.

—Isabella... Ey, despierta. Estás…—susurró.

Ella se estremeció. Luego gritó:

—¡No!

Sus ojos se abrieron y se incorporó de golpe, y Ewan se movió atrás, sobresaltado. Isabella miraba a su alrededor, su mirada frenética barriendo la sala, el pecho subiendo y bajando con fuerza.

Tardó unos segundos en mirarlo otra vez.

—Tranquila…—susurró, y ella parpadeó—. Shh. Estás bien. Solo fue un mal sueño.

Su mirada parecía perdida, pero luego bajó la vista, mientras se apuraba a bajar sus piernas de la chaise longue, y se acomodaba el cabello.

Él se sentó a su lado. No dijo nada. Solo esperó. Isabella suspiró largo.

—Sueño…—murmuró ella.

Él asintió. No le era desconocido el impacto que un recuerdo malo del pasado volvía a incordiarlo transformado por el poder de los sueños, potenciándolo.

—Entiendo. ¿Quieres contarme?

La curiosidad le ganó. ¿Qué podía provocar malos sueños a una mujer tan alegre como esta? Él había visto mucho, y terrible.

Pobreza, decadencia, opresión, muertes, traiciones. Isabella Carlisle era una joven criada en un pequeño condado inglés, y su mayor aventura había sido venir aquí.

Ella carraspeó, y de pronto pareció encogerse más sobre sí misma. Estaba más pálida de lo habitual, parecía tan frágil.

Le molestó la idea de que estuviese sufriendo, mucho. Odiaba este gesto desahuciado en su bonita faz. Le iban infinitamente mejor las sonrisas.

—No es… ¡No quiero!—tragó saliva—. Malo. Feo—susurró, su voz un hilito tembloroso, y él tuvo la convicción de que estaba muy

errado con ella.

Él asintió, con una calma que le costó contener.

—No tienes que decirme si no quieres.

Isabella cerró los ojos un momento. Luego lo miró, con los labios temblorosos, pero su mirada parecía ida.

—Una buena niña...

Él arrugó el entrecejo. No en vano ese pasaje estaba marcado en la página. Había traído memorias y eso jugó en su cabeza, azotándola al dormir, bajas sus defensas.

—Lo lamento.

—Mi madre… No está. Padre tampoco. Nunca está… Viaja…

¿Por qué habla en presente? Hay algo mal aquí.

—Malo, es malo. ¡No, nana, no me dejes con él!

Se estremeció, y Ewan entrecerró sus ojos. ¿Qué quería decir eso?

Ella estaba embargada de recuerdos, y no agradables. Se sintió incómodo, como si estuviese escuchando una confesión que Isabella no hacía con conciencia clara, porque…

¿Cómo le diría a él algo tan íntimo a sabiendas? Debía estar todavía semi dormida. Eso pasaba, había escuchado de gente que se despertaba, caminaba, hablaba y todo, sin estar realmente despierto.

Él era un bruto que la había destratado no pocas veces, para su vergüenza. Y ella era una damita valiente, inteligente y sonriente, que no merecía sufrir.

Sus manos fueron a las de Isabella, y las tomaron con delicadeza. Ella no reaccionó, envarada.

—No… Nooo—sollozó, y se hizo atrás— ¡Déjame! No me toques, no quiero que me toques… Le diré a mi padre… Lo sabrá… Sí me creerá…

El sollozo, lo quebrado de su rostro… Le partió el corazón como no lo había hecho nadie antes.

Había creído pasarla mal cuando comprendió que Margaret lo había dejado, pero esto… Era otro nivel. ¿Qué le habían hecho?

Su desolación fue tan poderosa como la ira que le nació en el pecho y le cerró la quijada. La humedad le cubrió los ojos, porque lo que esas terribles frases denunciaron era… Desolador.

La damita alegre había sido violentada, abusada. Y el trauma yacía escondido en su mente ágil y tras sus sonrisas brillantes.

Ewan cerró sus ojos y se ordenó reaccionar. Ya habría tiempo para perderse en su furia y desear volver en el tiempo y matar a alguien.

Ahora… Isabella le necesitaba. Continuó tomado de su mano, y tarareó una melodía que recordaba, una que su madre solía entonar para Gwen.

Ella pareció calmarse, y de a poco, se fue aflojando, y sus ojos se cerraron. Con extrema delicadeza, la tomó por la cintura y de sus piernas, y la tendió en el sofá.

Le acomodó la falda, y se aseguró de que estuviese bien tendida y cómoda. Fue hasta la estufa, y atizó el fuego.

La miró otra vez, desde la puerta. Se veía tan hermosa, ahora en calma. Pensó en lo delicada que era, pero también en lo fuerza de su resistencia.

Tragó saliva. Tenía que irse. Ella se sentiría muy avergonzada si le veía y tal vez comprendía que había presenciado su quiebre.

¿Recordaría algo? No creía, pero si así fuera, cuidaría su confesión como un tesoro.

Le diría a Gwen que viniera a despertarla más tarde. Isabella necesitaba descansar. Sin poderlo evitar, fue a la mesita y tomó el libro, y lo llevó con él. No quería esa novela cerca de Isabella otra vez.

Salió de la salita y avanzó, y al alcanzar su habitación se topó con Callum.

—Hermano, ¿buena cabalgata?

Asintió.

—Tienes que alistarte, porque, no vas a creerlo… Las reuniones se trasladan a Perth.

—¿Perth? Pero, ¿qué diantres…?

Quedó de piedra. No entendía la razón, o el para qué. Otra treta, presumiblemente.

—No lo sé, Ewan. Tal vez apuesten a quebrarnos por aburrimiento. No sabe que un buen escocés es terco como una mula cuando defiende su verdad.

—Joder…—suspiró.

—Enviaré a Alec para que busque a Malcolm y le lleve allá, aunque sea dando golpes. Lo necesitamos.

—Así es.

Perth. Detestaba la idea, pero allá iría.

Capítulo 19



El cielo nublado y el aire espeso presagiaban lluvia. No era el mejor tiempo para viajar, pero estaban urgidos.

—Si mi hermano hubiese cedido ante la presión cuando Granville vino, estaríamos viajando a Perth en tren—dijo, irónico—. Henos aquí, en su lugar, saltando en cada pozo del camino.

—Mm, sí, podríamos estar brindando por el progreso... si hubiesen estado dispuestos a vender el alma del clan por un asiento acolchonado—respondió Isabella, mirando el paisaje desplazarse moroso por la ventanilla.

El viaje estaba cobrando su peaje en cansancio y molestias, pero bien valía la pena.

Colinas verdes salpicadas de ovejas y arbustos de brezo eran continuados por bosques de abedules y robles jóvenes, lochs encajonados entre colinas suaves o dramáticas alturas.

La primavera comenzaba a asomarse entre los troncos húmedos y las ramas con brotes. A medida que descendían hacia el sur, los caminos se volvían más transitados y los acentos menos guturales.

Cuando por un rato el camino los emparejó con el mar, Ewan se asomó y suspiró.

—Ah, echaba de menos el ruido de las olas y el escándalo de pájaros. Y la fragancia salobre que impregna el aire.

—Es extraño que te inclinaras por navegar cuando tu clan es de tierra adentro.

—Mm. Siempre me gustó el agua. Nadar era mi actividad favorita, y mi padre solía llevarnos a la costa y a las islas. Tenía amigos, familia en ellas.

—No puedo decir lo mismo. Le temo al agua, pero el verde del campo, la fragancia de las flores, el color del paisaje en general, es… perfecto—Sonrió—. En Surrey solíamos recolectar moras, ir por leña, cabalgar…—dijo, mirando por la ventanilla del carruaje—. Mi madre me decía que la primera fruta que picaba en la lengua era la que predecía el resto del día. Hace tanto de eso…—susurró.

Se dijo que no podía dejar que la nostalgia la carcomiera, porque eso condicionaba su sueño más tarde, y las pesadillas… Habían estado más activas, molestándola.

Unos días antes había sufrido una en el castillo MacLaren, en plena mañana. Por fortuna en una de las salitas que nadie usaba, o casi.

La lectura las potenciaba. Los tópicos que elegía para leer. Todavía era un misterio qué había ocurrido con el ejemplar de Dickens que había extraído de la biblioteca del castillo, lugar en el que Hamish parecía vivir parte de su día.

La tormenta los sorprendió a medio camino de Perth. Truenos rodaron sobre las montañas cercanas, y una lluvia persistente les obligó a detenerse en una posada de piedra oscura junto al camino.

La dueña, una mujer de voz ronca y manos curtidas les recibió con amabilidad. Para desmayo de Isabella, les explicó que no quedaban más que una habitación libre.

—El tiempo no favorece a los viajeros, y este es un camino muy transitado—indicó, como disculpándose por la situación.

—Eso es bueno para usted—dijo Ewan, asintiendo, sin parecer afectado por la novedad.

—Lo es, buen señor. Aunque con los cambios del tren, no sé qué pasará con nosotros.

—Los líderes de los clanes negocian, señora. Tenga fe.

Ella asintió.

—Su cochero puede dormir en el establo, hay una cama allí. Y el lecho de la habitación es grande y cómoda, se los aseguro.

Ella creía que eran un matrimonio, claro. Isabella anudó sus manos y se removió en el lugar, nerviosa.

—La tomaremos. ¿Sería posible que nos prepare un baño?

—Por supuesto, en un momento tendremos el agua caliente.

Les guio escaleras arriba y Ewan la siguió, haciendo un gesto para que Isabella viniera tras él. Ella no sabía qué hacer. Cuando estuvieron adentro, la mujer se apresuró a encender velas y hablar sobre la comida que sería servida más tarde.

Al salir la matrona, Ewan habló con calma:

—Yo dormiré en el suelo. Estoy acostumbrado, y hay abrigo suficiente.

Ella no dijo nada, solo asintió, y se dirigió a la palangana, en la que vertió agua y se lavó las manos y el rostro. Él hizo lo mismo, y en minutos estuvieron otra vez en la sala común.

El olor a estofado y pan recién horneado se extendía por el ambiente. Una música suave flotaba desde una esquina, donde un joven tocaba un violín con dedos rápidos.

Fueron servidos en cuestión de minutos, e Isabella dejó su preocupación atrás, disfrutando de la deliciosa comida casera. Ewan comió por dos, y pronto ambos sonreían, sus mejillas cálidas y estómagos llenos.

Fue natural conversar con otra gente en la sala. Lamentó no tener a mano su libreta, pero instó a su memoria a retener los detalles que estos viajeros de los cuatro puntos cardinales del país les contaban.

Solo cuando subieron y la posadera les dijo que el baño estaba listo, recordó que ella y Ewan tenían que dormir juntos.

Él volvió sobre sus pasos tras decirle que tomara el tiempo que quisiera. Isabella se sumergió en la gran tina de madera con agua caliente y fragante, y se frotó con el jabón que olía a hierbabuena y flores.

Luego, salió y se secó, y vistió un camisón blanco de algodón, sencillo. Se metió en la cama y se tapó hasta el cuello, y luego pensó que él también querría bañarse.

Debería dejarle la habitación. ¡Era una tonta! Iba a levantarse para vestirse y salir, cuando sonó el golpe en la puerta.

—Isabella, ¿puedo pasar?

—Mm, sí, sí.

Ewan ingresó y miró alrededor, y le sonrió.

—Yo… No me di cuenta de que querrías bañarte y…

—No te inquietes. No tengo tanto prurito con la intimidad. Años de barracones compartidos con hombres curtidos.

Ella se sonrojó.

—Me daré la vuelta. Tú has como si no estuviera.

Él asintió, y llevó su mano al broche que sostenía su plaid, señal que Isabella tomó para girar en el lecho y mirar al otro lado. Lo que siguieron fueron sonidos, y cada uno le permitió hacerse una imagen clara… y un pelín abrumadora.

Escuchó el tintinear metálico del broche al caer sobre la cómoda. Luego, el roce áspero de la lana cuando el plaid resbaló por sus brazos y aterrizó en una silla cercana.

El crujido del cuero del cinturón, seguido por un *clac* apagado al tocar el suelo, le hizo cerrar los ojos con fuerza. Luego, el leve bufido de Ewan al desatar las botas, y su voz, baja, casi un murmullo para sí mismo:

—Malditos cordones mojados…

El sonido de la camisa al deslizarse por su espalda fue como un suspiro de tela. Isabella apretó la manta contra su pecho y respiró hondo por la nariz, como si así pudiera controlar el calor que le subía por el cuello.

Entonces, oyó el chapoteo. Ewan se hundió en la tina con un gruñido satisfecho y un sonoro chapuzón que salpicó sobre el suelo de madera. Luego, un suspiro largo y rendido.

—Ah… Esto es gloria. Sagrada gloria.

Isabella se mordió el labio para no reír.

El agua se movía rítmicamente mientras él se frotaba con el jabón y se enjuagaba, y por un momento no hubo más sonido que el eco de su respiración y el leve chirrido de la madera húmeda.

Un rato después, el crujido de la tina y el goteo anunciaron que Ewan había salido. Ella lo escuchó secarse con movimientos vigorosos, toalla contra piel, su cuerpo desplazándose por la estancia con pasos cuidadosos.

Un golpe sordo contra la madera fue seguido de una maldición leve:

—Por todos los diablos, ¿quién deja una banqueta ahí?

Ella se cubrió la boca con la mano para no reír en voz alta.

Luego, el sonido de ropa limpia: el roce de una camisa de dormir de lino, tal vez una prenda de abrigo encima. Pisadas que cruzaban hacia el rincón junto a la chimenea.

Ewan movió lo que Isabella supuso eran almohadones y mantas, extendiéndolas en el suelo de madera, y se arrodilló para preparar su improvisado lecho.

Sopló una de las velas. Luego la otra. El cuarto quedó envuelto en sombras temblorosas, iluminado por el resplandor de las brasas moribundas.

Desde abajo llegaban voces apagadas de la taberna de la posada: una risa gruesa, el entrechocar de vasos, pasos que crujían por la escalera lejana. Luego, el silencio.

Isabella escuchó el sonido de Ewan dándose vuelta sobre el piso, intentando encontrar una posición cómoda.

—Ese suelo debe ser insoportablemente duro—murmuró ella al fin, con la voz suave, como si temiera romper el hechizo de la noche.

Él no respondió.

—Ewan… —insistió ella.

—¿Sí?

—El lecho es enorme. Y no pasará nada si lo compartimos. No tendría sentido que pases penurias cuando aquí hay lugar de sobra.

Un momento de silencio. Podía oírlo respirar. Luego, sus pasos suaves sobre la madera, el leve susurro de la manta al levantarse mientras él se deslizaba con cuidado.

—Gracias…—susurró él—. No te molestaré. A menos que ronque, que podría pasar.

—Viviré—dijo ella, y sonrió.

El colchón apenas se hundió bajo su peso, y Ewan se acomodó, dejando una distancia prudente, a la que sumó una almohada.

—Esto evitará que ruede durante la noche e invada tu espacio.

Ella no dijo nada. Cerró sus ojos y conjuró el sueño, pero este demoró. Tenía… ideas. Pensamientos que no deberían estar en su cabeza. Lo cierto es que él junto a ella… Se sentía bien. Natural.

¡¿Qué tonterías pensaba?!

La respiración rítmica se hizo audible, cada vez más lenta. Isabella suspiró muy bajito, segura de que él ya dormía.

Ewan MacLaren estaba en una cama con ella. Parecía un sueño loco.

Capítulo 20



Lo cierto es que durmió bien, de corrido, sin asedio de malos sueños. Cuando despertó, Ewan ya no estaba, y ella se apresuró a vestirse y bajar.

Ewan lle sonrió desde su puesto en el comedor, y le hizo una seña para que viniera a sentarse a su lado. Así lo hizo, y le sirvieron el desayuno de inmediato. Comieron conversando con naturalidad.

Era… raro. Le gustaba esta versión de Ewan. Este hombre atento y gentil que la escuchaba con aprecio estaba lejos del insoportable irónico que se impacientaba con ella.

Reanudaron el viaje una hora más tarde. La lluvia había cesado y el aire tenía el frescor limpio de lo lavado. El trayecto fue más sencillo, sin tantos saltos, y al llegar a Perth, la ciudad los recibió con calles adoquinadas húmedas, toldos color burdeos sobre comercios que anunciaban jabones, tabacos y periódicos.

La posada que había sido elegida para hospedar a aquellos que participaban en las negociaciones era un lugar de lo más elegante. No podía ser de otro modo; solo lo mejor para el vizconde y los suyos.

Lachland salió a recibirles, risueño, con un ramo de flores y apenas lo vio, Ewan resopló y refunfuñó. El hombrón Fraser lo ignoró, y le entregó el ramo a Isabella.

—¿Cómo es posible que una mujer brille más después de un viaje?—le dijo, y ella se sonrojó, pero aceptó las flores.

La incomodaba un poco la atención de Lachland, en verdad, porque el cortejo era obvio, y ella… No estaba interesada. Era un hombre muy interesante, además de guapo, pero… No le atraía como hombre.

La suya tal vez era una visión demasiado romántica e idealizada, probablemente, pero Isabella… Necesitaba sentir que sus entrañas se conmovían, que su corazón se aceleraba y sus emociones flotaban.

No le pasaba con Lachland Fraser.

Es muy bonito, pensó, apoyando su mano en el marco de la ventana para mirar el paisaje. El perfil de Perth se apreciaba recortado contra el cielo que comenzaba a tornarse rosado. Los tejados inclinados brillaban y más lejos, el río Tay destellaba como una cinta líquida.

Suspiró. Estaba viviendo una aventura, tal y como lo soñó. Su tiempo con Ewan estaba dándole más y más motivos de alegría. Le conocía un poco a cada paso que daban, y este viaje agotador había sido también muy agradable, matizado por la intimidad cómoda que crecía entre ambos.

Los temas de conversación no se agotaban, eran interesantes —en especial los relatos sobre sus viajes—, y tampoco eran extraños los silencios. Se complementaban en frases, sus miradas ya podían enviar mensajes que el otro comprendía.

Era… Parpadeó. Le gustaba demasiado, y eso podía… Podía ser un problema para su corazón.

No pienses en eso. Están aquí para concretar negocios, y tu mente debe estar afilada y calma. Se juega el futuro de

generaciones de escoceses, entre ellos la familia que quieres, y tus amigos.

Miró alrededor, valorando la habitación. Estaba decorada con gusto, y los muebles eran de madera clara con detalles de tallados. Destacaba la cama perfectamente tendida con una colcha de lino bordada a mano. Pasó la mano por esta, apreciando su suavidad.

El golpe en la puerta sonó breve y firme, pero no se sobresaltó, porque vino acompañado por la voz grave y clara al otro lado.

—Isabella, ¿puedo pasar?

Corrió hasta el tocador con espejo ovalado y patas curvas, y se arregló unos mechones sueltos antes de ir a abrir. Una concesión a la coquetería. Una dama siempre va arreglada.

Dudó por un instante, con la mano en el picaporte. Su mente le advertía de proceder con cuidado. La noche anterior habían compartido una habitación —aunque nada indebido hubiera sucedido — y eso ya era una transgresión peligrosa para cualquier dama en su sano juicio.

Abrirle la puerta a un hombre, sola, en una posada... Bastaba con que alguien lo supiera para que su reputación quedara manchada de modo irreversible. Había mucha gente aquí, no pocos de ellos ingleses. El vizconde, la misma Margaret, que no dudaría en usarlo a su favor, víbora que era.

Una dama decente no hace estas cosas. Este pensamiento era el eco de una moral que no la había salvado nunca. Entonces alzó la barbilla, y una chispa seca cruzó por su mente: *¿Y qué puede importarme? Nadie vino a proteger mi virtud cuando me ocurrió lo más terrible, siendo apenas una niña. Esta es otra vida* —se dijo—, *y la viviré como pueda. Como quiera.*

Con ese pensamiento desafiante, giró el picaporte y abrió la puerta. Ewan estaba apoyado contra el marco, con expresión seria.

No parecía molesto, pero algo en sus expresión delataba que no portaba buenas nuevas.

—Me crucé con el ingeniero hace un momento—dijo sin rodeos —. Me anticipó que habrá cambios importantes. Será mejor que bajes. Vamos a cenar, pero antes el vizconde quiere hablar con todos. Tengo un mal presentimiento.

¿Ahora qué? ¿Qué nueva pieza sumarían a un tablero ya complicado? Alisó su falda, nerviosa, y se adelantó obedeciendo a la muda galantería de la mano extendida que le cedía el paso.

¿Qué se traía ese maldito noble entre manos?, pensó con creciente frustración. No podía ser bueno. El que hubiese movido la locación de las reuniones ya era muestra de un cambio de estrategia. Suspiró largo y sin ruido.

Desembocaron en el salón principal de la posada donde estaban reunidos más de una quincena de personas, el vizconde y su gente entre ellos. Pero había miembros de otros clanes, además del de Fraser, lo que hizo que arrugara su nariz. Había hombres con otros tres tartanes además de los Fraser.

La conversación fluía, y había copas en las manos de varios. Margaret Ashford tenía una, sentada cerca de la chimenea de manera perfecta, su mirada displicente tocándolo todo.

Cuando la tuvo sobre ella, Isabella se irguió más, y no le fue ajeno el desprecio de la otra, así como el calor con el que abrasó a Ewan, que no la miró ni un momento.

Esa mujer tenía sentimientos muy fuertes por él, determinó. Su enojo creció, bravo y explosivo, y la sorprendió.

Es por Ewan, se dijo. Porque ella había hecho sufrir, y no le bastaba. Quería joderle la vida, otra vez. No tenía límites; jugaba con lo que fuera para satisfacer sus deseos.

Es una Helena moderna, sin patria ni lealtades, a la que Troya no importa. Capaz de incendiar reinos por capricho y seguir andando con los labios rojos. Mm. Tal vez sus metáforas se salían de cauce.

Su mente lectora adjudicaba demasiado poder a esta mujer*. No es más que una dama que usa sus atributos a su favor, y que no tiene más frontera que su interés.*

El vizconde, de pie cerca de la chimenea, erguido y pomposo, elevó la voz para llamar la atención de los presentes.

—Señores, sean bienvenidos. Gracias por acudir a mi llamado con tanta premura. El tiempo es tirano, y he sido advertido desde Londres de la necesidad de usarlo con sabiduría para garantizar el proceso de extensión del ferrocarril— anunció con voz eficiente y tono *casi* cordial—. Los clanes aquí presentes serán afectados por el proceso, y la negociación será conjunta, desde hoy.

—No era lo que se había acordado—intervino Ewan, muy serio, mirando alrededor—. No sé si los demás están enterados, pero los MacLaren hemos estado en tratativas desde el año pasado. Y hasta ayer, teníamos entendido que se trabajaría con la gente de cada clan para…

—Sí, eso cambió—El vizconde interrumpió, seco—. El Parlamento espera que puedan saltar sus intereses personales y apostar al bien general.

¿General? Sonaba más a que pretendía diluir y empantanar los diálogos, pensó Isabella. Estos habían sido dificultosos solo con los

MacLaren y los Fraser, y no por ellos, sino por la postura del vizconde. Tres clanes más en danza… Esto iba a ser una pesadilla.

—Habrá dos miembros por clan permitidos—continuó Ravenshire—. Y para evitar filtraciones inconvenientes, porque por desgracia, mi empresa tiene rivales sin moral, se prescindirá de asesores. Esto incluye a las damas presentes, me temo.

Isabella acusó la información con sorpresa, que de inmediato se tornó enojo. ¿Había viajado horas y horas para que este…? Oh, ¡qué injusto! Además, dijo dos representantes, y Ewan estaba solo. Si hubiesen determinado esto con tiempo, Hamish podría haber venido.

Margaret dejó escapar una risa breve y seca.

—Suena derogatorio del género femenino, y presupone a los hombres como tumbas. En mi experiencia, no lo son tanto, *milord*—dijo, alzando la copa, y ganándose una mirada de reconvención del vizconde.

Tanto como la detestaba, Isabella tenía que concederle razón, aunque debió decirlo porque no le gustaba ser dejada a un lado. El noble hablaba como si los hombres no fuesen capaces de filtrar información.

Por otro lado, ¿qué otra compañía tendría tanto interés como para espiar? Ya hubiesen hecho ofertas, de existir.

Ravenshire hablaba de saltar lo personal y pensar en el bien común, como si él fuese capaz de hacerlo. Esto no era más que una estrategia burda para poner a todos contra todos y alentar divisiones que irían en favor de la compañía que representaba.

Desde su asiento, Lachlan se inclinó hacia Isabella, el rostro serio.

—Lamento esto. No estoy de acuerdo, por supuesto. Has hecho una tarea impecable, y Ewan sentirá tu ausencia en el proceso—dijo en voz baja, lo justo para que ella lo oyera.

Ewan, de pie, a su lado, asintió, milagrosamente en acuerdo con Lachland. Se tomó un momento antes de hablar, como sopesando cada palabra. Luego avanzó un paso, sin levantar la voz, pero con claridad.

—Esto es un cambio que debió anunciarse de antemano. Modifica nuestra representación, y me quita la ayuda invalorable de mi asesora. La necesito en esta mesa.

—¿No crees poder funcionar sin la dama, Ewan?—dijo un hombre de barba muy roja y con un tartán en verdes, rojos y azules —. ¿Es que los MacLaren han cambiado tanto?

—Lester Grant—masculló Lachland, ilustrándola—. Un imbécil que va a darnos dolores de cabeza y traerá caos a la discusión.

Fraser estaba frustrado, y su información alertó a Isabella. Quiso intervenir, pero su lógica lo impidió. Ewan podía desenvolverse con solvencia, y la frase que siguió lo demostró.

—No voy a discutir tonterías contigo, Lester. Lo que hemos de acordar es demasiado importante para nuestra gente, para los escoceses, como para que muerda el anzuelo que me colocas enfrente. Milord—se dirigió al vizconde—. Espero que esto no vaya en desmedro de lo que ya está comprometido en las reuniones previas…

El noble lo miró, y hubo una ligera expresión de deleite en su faz. *Goza con esto*, pensó Isabella, y su alarma creció. El personalismo del noble iba a complicarlo todo. Leyó la postura y la expresión en el rostro de Ewan y comprendió que pensaba igual.

Justo entonces hubo voces, y en la sala ingresó Malcolm, para alegría de Isabella. Por fin aparecía, y a tiempo.

Él traía equipaje en una mano, y con la otra guiaba a una mujer con aspecto cansado y enmarcado por una mata de cabello rojo magnífica.

Ambos se frenaron al ver la improvisada reunión, pero el abogado se recuperó de inmediato y se adelantó.

—Buenas noches, caballeros. Veo que la ansiedad les ha ganado, y comenzaron sin mí.

—Malcolm, bienvenido—dijo Ewan, con alivio, y fue hasta su primo para darle la mano y palmear su espalda, y saludó con un gesto breve a su acompañante.

—Le damos la bienvenida, Malcolm. Y no se inquiete, no hemos comenzado—dijo el vizconde—. Estaba anunciando algunos cambios en la dinámica. Acomódense, descansen. Nos esperan días ajetreados, pero descuento que fructíferos. Si nos disculpan, cenaremos en nuestros aposentos.

Hubo saludos y murmullos. Detrás del noble fue Margaret, previa mirada a Ewan, y luego a Isabella, con gesto cínico. Una parte del grupo les siguió, como majada al pastor. Excepto el ingeniero, al que Isabella vio conversando con Lachland. Los gestos no eran promisorios.

Ewan murmuraba con Malcolm, ambos poniéndose al día. La mujer pelirroja parecía tan incómoda como ella en la sala. Le sonrió. Necesitaría alguien con quien hablar, suponía, ya que no tendría qué hacer.

Capítulo 21



—Hola, bienvenida a Perth—le dijo, acercándose más, y sonriendo. Obtuvo un gesto similar de vuelta—. Soy Isabella Carlisle.

—Oh, encantada, he escuchado de ti. Soy Eleanor Hawthorne.

—Espero que los detalles que hayas escuchado sobre mi persona hayan sido agradables—agregó, sonriendo.

—Claro que sí. Malcolm tuvo muy buenos comentarios sobre tus habilidades con las letras.

—De seguro exageró. ¿Él y tú…?—Dejó la sugerencia abierta, y Eleanor se apresuró a contestar.

—Él me está asistiendo con unos asuntos notariales. Ha sido de enorme ayuda y generosidad.

Sí, entendía, aunque no explicaba por qué la había traído con él a Perth. Esto agregaba misterio a la situación, y Gwen estaría más que intrigada cuando le contara.

—Tal parece que estaré sin mucho que hacer. No era lo que tenía en mente.

—Malcolm me contó algunos detalles de lo que le traía aquí. Partimos con urgencia, porque su hermano fue por él.

Interesante, pensó. El cerrado primo MacLaren, siempre parco en los temas legales, tenía a esta bella dama al tanto de la situación de su familia. No podía ser una cliente común.

—Isabella, muchas gracias por tu trabajo—intervino Malcolm, que tenía algo de rojo en sus mejillas, lo que azoró a Isabella. ¿Qué

pasaba con él?—. Cumpliste con creces con el rol que te dejé de manera tan apresurada. Vuelvo a pedirte disculpas.

—No habría podido sobrevivir al pomposo asno de Ravenshire y sus lacayos de no ser por ella—agregó Ewan, mirándola con suavidad.

Isabella parpadeó, tocada por sus palabras, y una tibieza agradable le subió por la garganta y hasta las mejillas. Se sentía bien ser considerada y apreciada.

—Algo que no pasará más, por decreto del vizconde. Tu llegada ha sido más que a tiempo. Esta gente se trae algo entre manos.

—Y el idiota de Grant no hará las cosas sencillas—gruñó Ewan —. Está con ánimo de confrontación.

—Habrá que anticiparse y hablar con él y los otros, y con urgencia—dijo Malcolm, mirando en derredor—. ¡Lachland!—llamó, y Ewan resopló, lo que le ganó la mirada impaciente de su primo—. Necesitamos a nuestra gente unida, Ewan. No es lo que esperan, y por eso urge más. Ven, debemos ir con ellos. Isabella, ¿podrías ayudar a Eleanor?

—Encantada—sonrió—. Me encargaré de que esté instalada y nos pondremos al día.

—Gracias. Eleanor, debo…

—Por supuesto, ve—le indicó ella, con suavidad, sin apremios ni gestos hoscos, haciendo gala de un temperamento calmo.

Isabella tenía muchas, muchas preguntas.

—Supongo que un té sería bienvenido—le ofreció.

Ella estaba necesitando uno, dulce y cargado.

—No tienes idea—suspiró Eleanor.

—Ven, vamos a aquella mesa del extremo, junto a la ventana.

Eso las alejaría de los grupitos que se estaban reuniendo. Habría discusiones e intercambios de ideas, mucho por acordar. Esperaba que Ewan y Malcolm pudiesen cuajar con los recién llegados, y explicarles lo que se había hecho.

Fue hasta el mostrador y charló con la ajetreada dueña, que le aseguró que el equipaje de Eleanor y Malcolm sería llevado a habitaciones contiguas. Además, comisionó a una de las criadas para que les llevase una bandeja con té y pastas.

Con sendas tazas de infusión en sus manos, la conversación brotó despacio.

—Es inesperado encontrar una compatriota. Una que no venga con la comitiva del vizconde, que ha traído un séquito. ¿De dónde eres? —preguntó.

—Nací y viví en Londres hasta el pasado año—respondió Eleanor—. ¿Y tú?

—Viví la mayor parte de mi vida en Surrey, antes de llegar a las tierras de los MacLaren. También el pasado año.

—No conozco Surrey. De hecho, no había salido de Londres hasta que me decidí viajar a Edimburgo.

—¿Tienes familia allí?

—No, no es el caso—dijo, y no explicó más.

Un tema sobre el que no insistiría, por cierto.

—¿Y cuál es tu impresión sobre estas tierras?

—Confieso que estuve sobrepasada los primeros días. Es decir, Edimburgo es muy bonito, más calmo que Londres, pero tiene su propia dinámica de ciudad comercial. Mas el viaje aquí…—sacudió su cabeza—. Es como intocado, tan agreste.

—Comparto tu asombro. A mí me causó mucho impacto, aunque por años leí sobre Escocia y sus clanes, las costumbres… Novelas, diarios de viaje, todo lo que caía en mis manos.

—Sí, Malcolm me dijo que te encanta leer. Yo lo hago muy poco.

—También escribo…—se encogió de hombros—. O lo intento, nada serio. Vivo con mi tía Margaret, y hasta el pasado año, con mi prima Heather. Ella es la esposa de Callum, el laird. La herencia de una propiedad la trajo a las Tierras Altas, y…

Se detuvo, tomó aire e hizo un mohín. Ahí estaba, monopolizando la conversación con su entusiasmo.

—Lo lamento, hablo demasiado.

Eleanor bajó la taza de té, y negó, con una sonrisa cordial.

—Nada de eso, es encantador escucharte. Soy una escucha profesional, diríamos. Mi madre me adiestró para ser la esposa abnegada perfecta y sumisa. Upss, eso sonó… Amargo—hizo un mohín, y enrojeció.

Isabella decidió que esta mujercita sería su amiga, porque destilaba vulnerabilidad, y a la vez, no tenía pelos en la lengua.

—Amargo está bien, a veces. Puedes confiar en mí. Soy una bocazas con detalles de paisajes, pregunto mucho y quiero saberlo todo, pero puedo guardarme lo esencial y sensible.

—Sé que sí. Malcolm dice que eres brillante.

Parpadeó. ¿De verdad? Oh, eso era tan agradable.

—No imaginé… Es lindo saber que piensan bonito de mí—se sonrojó, pero se encogió de hombros—. En general me ven como una metomentodo curiosa y demasiado entusiasta.

—No veo problema con el entusiasmo. A mucha gente le falta, y eso los hace sosos. Además, esas son cualidades de una escritora, ¿no es así?

Eleanor la entendía. Tenía además gentileza de esas que no se fingía. Asintió.

—Eso creo yo. Nunca pregunto para cotillear.

—Está bien. Y puedo ver que mueres por interrogarme—sonrió, e Isabella le devolvió el gesto.

—Digamos que estoy curiosa. Malcolm ha estado ausente y su familia… Se pregunta qué ocurre.

Ella asintió, y su expresión mutó, volviéndose grave.

—Es un hombre increíble, que apareció en un momento muy complicado para mí. Me ha estado ayudando, y no puedo decirte cuánto lo necesito. Mi situación en Londres se complicó, y por eso debí marcharme. Creí que Edimburgo sería un nuevo comienzo, pero… Hay problemas que nos siguen…

Hubo silencio por unos segundos, y Eleanor pareció cerrarse. Isabella supo que esto era lo que obtendría, y estaba bien.

—Malcolm tiene el honor de los MacLaren y el instinto de protección del clan. Estás a salvo con él—suspiró—. Esperemos que él y Ewan puedan avanzar. Esto se ha vuelto… Complejo.

Su mirada se clavó en las anchas espaldas de Ewan, y trató de leer su faz mientras hablaba con un hombre enjuto de tartán con predominancia de amarillos y negro.

—Negociar con los nuestros es arduo, en especial cuando son nobles acostumbrados a obtener lo que desean por su rango—murmuró Eleanor—. Solía pensar que eso era muestra de carácter y

superioridad civilizatoria inglesa, tonta que era. Hoy creo que es pura prepotencia.

—Concuerdo. Es bueno que estés aquí. Creo que seremos buenas amigas.

—Malcolm me convenció de que debía venir con él, y no me sentía a salvo en Edimburgo. Me alegro de haberlo hecho.

Ambas sonrieron. La charla derivó en comentarios triviales sobre el clima, las costumbres escocesas, las mujeres que se cruzaron por la posada.

La voz de Eleanor era firme pero templada, y sus gestos transmitían una clase de fortaleza serena que a Isabella le resultó reconfortante.

—Y dime —preguntó Eleanor, ya con tono más atento—. ¿Escocia es lo que esperabas? Apartando los paisajes y la maravilla de lo nuevo y exótico.

Isabella asintió.

—Es más. La gente, las costumbres, el idioma… Me gusta, me siento parte. A mi familia le ha hecho bien. Mi prima encontró al hombre que no sabía que necesitaba, y está embarazada.

Una gran sonrisa iluminó el rostro de Eleanor, y luego un gesto de extrema vulnerabilidad l cruzó.

—Un hijo es… Esperanza. Renovación. Hubo un tiempo en que era todo en lo que podía pensar. No pudo ser.

—Lo lamento—la mano de Isabella apretó la de Eleanor.

Esta negó.

—Fue lo mejor. Traer vida a un infierno hubiese sido inmoral—sacudió sus manos y forzó una sonrisa. Isabella se compadeció.

Había mucha tristeza en esa faz—. No hablemos de cosas grises. Mira, ahí vuelven los hombres.

Sí, Ewan y Malcolm venían, y hablando con vehemencia. Cuando estuvieron con ellas, empero, frenaron la charla, y se afanaron en hacerlas sentir cómodas y en comer. La curiosidad mataba a Isabella, pero no quiso preguntar.

Ella había quedado oficialmente por fuera de las reuniones, y Malcolm estaba de regreso. Su misión había sido temporal. Ewan le diría qué pasaba, si así lo decidía.

++++

Ewan se secó el rostro y torció su cabeza a los costados, buscando aflojar la tensión que sentía sobre sus hombros y espalda. El cansancio que arrastraba era el fruto de dos jornadas interminables.

Había escuchado tonterías y tolerado debates absurdos durante horas. Discusiones bizantinas sobre límites de tierras, compensaciones, derechos de paso, nombres en los mapas.

Grant, con su testarudez legendaria, había transformado cada intento de avance en una batalla campal. Era frustrante en extremo.

Malcolm había sido su ancla, y el mismísimo Lachland colaboró como pudo para convencer a sus compatriotas, pero parecían remar en lodo.

Su primo era sagaz, brillante, y había encontrado situaciones que le permitieron avanzar un poco, pero no lo que necesitaban. Suspiró. Tenía que relajarse. Estaba a poco de estallar.

Todavía estaba frotándose el cuello cuando oyó la puerta abrirse, sin aviso, y cuando giró, quedó estupefacto.

Margaret cerraba tras de sí, vestida con una bata de seda que dejaba poco a la imaginación. Avanzó a él con una sonrisa ladeada, sin el menor recato.

Antes de que pudiera decir algo, ella le rodeó el torso desnudo con los brazos, y apoyó los labios en su torso.

La separó, sin brutalidad, pero con firmeza, reaccionando como si le hubiese picado un áspid. Hubo años en que habría hecho demasiado por sentir su boca en él, pero hoy… Se sintió asqueado.

—Siempre he adorado tu cuerpo, Ewan. Tan fuerte, marcado… Te eché de menos. ¡Bésame!—urgió, con la voz empapada en deseo.

Él se apartó más.

—¡Por Dios, Margaret! ¿Has perdido la cordura, además de la decencia?

Ella rio. Fue una risa baja, cargada de arrogancia.

—Oh, vamos. No me digas que te has vuelto puritano. Creí que te gustaban las mujeres con experiencia.

—Esto no es experiencia. Es... es una emboscada. ¡Sal de mi habitación!

Margaret entrecerró los ojos.

—Tarde o temprano, vas a claudicar, lo sé. Insistes en jugar al caballero con esa... damita. Quieres darme celos, lo entiendo, pero… —Vino a él—. Querido, podríamos pasarla tan bien…

—Vete ahora, o no seré gentil, te lo advierto. Tienes más que perder que yo, y lo harías por nada. No me interesas, no eres nadie para mí. O sí. Un recuerdo ingrato y triste.

Se sentía bien desahogarse así, se percató, pero no perdió tiempo en congratularse en la evidencia de que había conjurado su pasado.

No necesitaba que el vizconde confundiera la situación. Si la escuchaban aquí, con él, no habría manera de explicarlo. ¿Cómo se atrevía a ponerlo en esta posición? El egoísmo era desolador.

—¿Es por esa deslucida mujer?—La furia la ganó—. ¡No lo puedo creer! ¡Tú no puedes pensar que ella...

Ewan entrecerró sus ojos. ¿A cuento de qué metía a Isabella en esto? La ofendía con solo nombrarla con esa boca mentirosa.

—Isabella no tiene nada que ver con esto. Y si vuelves a insultarla, te arrepentirás. Tiene más dignidad en un dedo que tú en tu cuerpo entero.

—¿Más dignidad? —escupió ella, la voz hecha veneno—. Esa mujer tiene los muslos ligeros y la pluma cargada de sueños. Estuve averiguando. Es una tonta con ínfulas. Dicen que es tu amante, pero yo sé que es tu manera de enrostrarme tu rencor. Alguien así no podría satisfacerte.

—¿Eso es todo lo que crees que una mujer puede brindar?—Sacudió su cabeza—. ¿Pasión física? Es triste, y habla de tu vida, de ti.

—¡No te atrevas a juzgarme, Ewan!

—Margaret, ¡basta! No quiero volver a hablar contigo, no tenemos qué decirnos. Podría gritar que me traicionaste, pero no tiene sentido, porque no podría importarme menos. Tú y yo no existimos. No desde que te vendiste por lujos y una posición.

Ella lo miró con una furia que apenas contenía, su boca apretada, sus ojos chispeando.

—¡Te arruinaré! A ti y a ella. ¡Lo juro! ¿Crees conocerme?

—Sé que no lo hago. Y no tienes con qué arruinarme—dijo él, la voz grave, firme—. ¿Crees que entibiar la cama de un noble te garantiza poder? Te equivocas.

El silencio que siguió fue denso. Margaret retrocedió, roja, mordiéndose, y luego se marchó con un portazo, envuelta en furia y perfume.

Ewan, pálido y aturdido, se puso una camisa al azar, salió del cuarto y bajó las escaleras hacia el exterior. Necesitaba aire fresco. El enfrentamiento lo dejó sacudido.

Caminó sin rumbo fijo, respirando, entendiendo que lo que dijo fue verdad. Margaret era un fantasma que no le asustaba ni entristecía. No merecía que su cabeza perdiera el tiempo.

Al llegar al puente sobre el río Tay, le sorprendió ver la figura conocida. Isabella estaba allí, observando el paisaje, acodada sobre el cemento. Se detuvo para apreciarla, y sintió la calma volver a él.

Era justo lo que precisaba: escucharla, tenerla al lado. A su lado, el mundo parecía más tranquilo, menos cruel. ¡Cuánto había cambiado su visión de la hermosa inglesita!

—¡Hola! —le dijo ella, que lo vio cuando él se acercó con un poco de ruido—. ¿Te escapaste del tumulto? Apuesto a que las conversaciones están bien enredadas.

Él sonrió, y le ofreció el brazo.

—Ven, dame una excusa para no volver adentro.

Caminaron por la ribera en silencio hasta que ella señaló una iglesia de piedra.

—¿Ves esa iglesia? Es St. John. Allí está enterrado el corazón del rey Alejandro III. Murió despeñado. Me parece tan... escocés.

Tan lleno de sentimentalismo.

Ewan se rio bajo.

—Murió despeñado por accidente. Dudo que haya tenido algo de romántico, pero admito que suena trágicamente noble.

Ella lo miró, los ojos chispeantes. Él se sintió invadido por un calor distinto al del sol.

—Nunca imaginé que llegaríamos a esto —dijo ella.

—¿A qué?

—A caminar así, tú y yo, tan compuestos y sin discutir.

—Fui maleducado y muy poco caballero por meses. Y lo lamento, de verdad.

Vaya que lo hacía.

—Eso ya pasó.

Capítulo 22



Ewan se sentó en un banco y palmeó el lado contiguo, invitándola a acompañarlo.

El rumor del agua corriendo bajo el puente y el perfume leve de glicinas que flotaba en el aire era un marco perfecto para disfrutar en silencio. Por unos minutos solo hubo acompañarse y disfrutar.

Luego, sopló con fuerza y decidió sincerarse.

—Hace un rato... Margaret entró en mi habitación. Sin golpear. Me tomó por sorpresa. Me besó, intentó seducirme.

Ella giró el rostro y le miró con estupefacción. El tinte rojo que el pasea había puesto en sus mejillas se deslució, y su boquita breve y acorazonada se abrió y cerró.

—¡Está loca! Si el vizconde la ve…—meneó su cabeza—. ¿Y tú...? Debe haber sido un momento… distorsivo, removedor. Con la historia que tienen…—bajó su voz.

—No, por el contrario—Negó, con vehemencia—. Fue un momento horrendo. Me sentí en una celada. La rechacé, por supuesto. Le dije varias verdades que tenía atracadas. La posibilidad de que la descubriesen en mi habitación me hizo sentir náuseas… Porque el efecto de eso…—sacudió su cabeza, y se estremeció.

—Sí, el vizconde… Probablemente enloquecería de furia, y estallaría la negociación.

—Sí… Me sentí... violentado, Isabella. Por el atrevimiento. Ella cree que todavía pienso en ella. ¡El nervio!—bufó, y se hizo atrás en el banco—. ¿Cuán ridícula y desdeñosa del otro se puede ser?—suspiró.

—No le importa el otro, es obvio. Mira como si estuviese por encima del resto.

—No permitas que te confronte, o que te haga sentir mal. Habló… Dijo mentiras, sobre ti… Cree que somos...

—¿Amantes?—él asintió, torciendo la boca a un lado, molesto, pero Isabella no se amilanó—. ¡Ella piensa que los demás son de su calaña!— Isabella permaneció callada unos segundos. Luego, susurró—. ¡Qué retorcida es! Ojalá que el vizconde no haga caso a futuras idioteces suyas.

Ewan volvió a mirar el río.

—Un hombre embelesado es… Un tonto. Te lo aseguro. Lo viví. En mi cabeza… Era simple.

Cerró los ojos y se permitió ser vulnerable. Isabella no lo decepcionaría, estaba tan seguro de eso como de que su pretendido amor por Margaret solo fue… Encandilamiento.

—Cuando uno confía, baja la guardia. Y no podemos culparnos por creer.

Si, tal vez. Pero él no había sido un púber, ni un hombre con los ojos vendados.

—Creí cada palabra, cada promesa. No entendí que usaba mi afecto como moneda. Hace igual con cada uno que llega a su vida. Me rompió, y no había podido volver a confiar desde entonces.

—Te agradezco que lo hagas conmigo.

Le sonrió.

—Es sencillo. Lo haces sencillo. No hay dobleces en ti.

Isabella bajó la mirada. Sus labios temblaron apenas.

—Es… justo que te devuelva la confianza—Tomó aire, y Ewan se hizo adelante, dispuesto a contenerla.

—No tienes que decirme nada, esto no es así.

—Si tú, irritante y parco como puedes ser, te animas…

—¡Oye, eso no es amable!—fingió molestarse, pero sonrió, y ella también.

Volvió a bajar la mirada.

—Hablar parece sanar las cosas. Contigo se nota. Cambiaste desde que ella apareció, como si confrontarla, decirle lo que piensas te ayudara.

—Lo ha hecho—confirmó.

—Bien, aquí voy. Necesito dormir mejor, y las pesadillas que tengo… Son por no hablar. Mi padre… Viajaba mucho, luego de que mi madre murió. Supongo que yo le traía malos recuerdos…

—Eso no debía ser así.

—Decían que me parecía a ella, y él la adoraba. El caso es… Me dejaba con la servidumbre, por semanas. Mi tía Margaret venía de vez en cuando, pero no sabía… Nadie sabía.

Ella miraba hacia adelante, y la vio tragar saliva. No la apuró, ni demandó respuestas. Ella hablaría a su ritmo, lo que quisiera decir.

—Había un administrador. Un hombre gentil, servicial, eso decían…—Perlas comenzaron a brotar de sus ojos y se desplazaron formando surcos, pero no la interrumpió, aunque le apretaron la garganta. No le gustaba verla sufrir—. Mi hogar se hizo infierno. Nadie me salvó. Era pequeña, con una imaginación prodigiosa, eso

decían. En casa no había lugar seguro. Aquel hombre… Un monstruo disfrazado de sonrisas… Me quebró. Solo cuando mi padre murió y mi tía vino por mí estuve a salvo.

Ewan sintió cómo algo se le quebraba en el pecho. La recordaba, dormida en la chaise longue, gimiendo en sueños, y un deseo homicida se apoderó de él.

—Debe ser horrible escuchar que digo que la muerte de mi padre me liberó.

—¡De ningún modo! Entiendo lo que quieres decir. Cada palabra. Lo lamento, Isabella, tanto. Y quiero que sepas que…— Respiró—. Te oí. Aquella mañana, en el castillo, en la salita de lectura… Hablabas en sueños, y había un libro en el piso. No entendí todo, pero supe que había un dolor profundo. Tomé el libro...

—¡Fuiste tú! No podía entender qué había ocurrido con él.

Ella hablaba mirando abajo.

—No quería que lo leyeras otra vez y sufrieras. Vi el párrafo que habías subrayado…

Isabella se mordió el labio, y asintió.

—Gracias. Esto… Agobia mis sueños. No sé por qué te lo estoy diciendo.

—Tal vez porque entre nosotros... hay una corriente que se vuelve más y más fuerte—Ewan se lo dijo en un murmullo, esperando no equivocarse.

No quería arruinar la creciente comodidad que de su parte se volvía necesidad perdurable. Que le gustaba, que le inquietaba, que el mejor plan de uno de sus mejores días se parecía a este que sostenían justo ahora.

—Isabella… ¿Lo sientes tú?—insistió con suavidad—. A riesgo de que te rías de mí por entender mal… ¿Sientes que podríamos…? ¿Ser más que amigos?

Isabella respiró hondo, como si intentara encontrar respuestas en el aire mismo. Y le miró. Había vulnerabilidad en ella.

—Sí—susurró—. Lo siento. Y me asusta. Me asusta confiar. Sentirme expuesta no es fácil.

—Me enferma verte con Lachlan—soltó él, admitiendo en voz alta sus celos—. Sé que él es decente, que te aprecia como la mujer bella e increíble que eres. Pero no quiero que crea que tiene chance. Quiero que la posibilidad sea mía… De cortejarte.

Ahí estaba, dicho. Fuera barreras, desconfianza, y la pretensión de que no le gustaba, o que pasaba de su entusiasmo. Ella lo miró con los ojos húmedos, encendidos, y Ewan alzó una mano, le tocó la mejilla con cuidad. Su piel era suave, tibia. Ella cerró los ojos un instante ante ese roce, y al abrirlos, la decisión estaba allí.

Él se inclinó. Despacio. Sus labios rozaron los de ella, apenas. No apuraría lo que debía surgir negociado. Ella avanzó un poquito, y entreabrió su boca, cerrando sus labios.

Entonces, el beso se solidificó, ganando forma e intención. Fue tierno, pero a la vez explorador. Con hambre de más, pero con pausa. El sabor de sus labios era dulce, con un leve rastro a menta.

Su aliento cálido, su cuerpo, cercano, lo llamó a tocarla. Las yemas de sus dedos le acariciaron las mejillas, y luego su cuello, y él sintió cómo el mundo entero desaparecía, salvo ese instante, ese contacto, ese perfume sutil que se colaba embriagador de sus sentidos.

Cuando las bocas se separaron, sus frentes quedaron unidas. Ambos respiraban agitados, pero había alivio en sus gestos. La química entre ellos ya no podía negarse. Y ninguno de los dos quería hacerlo.

++++

Margaret se incorporó del lecho revuelto, la bata apenas cruzada sobre el pecho, mientras el vizconde reposaba con los brazos abiertos, satisfecho, como si hubiera ganado una partida de caza.

Ella se acercó al espejo, recogió su corsé del suelo y lo examinó con lentitud, como si alargar el momento la ayudara a evitar su repulsión. Estos eran los instantes donde sus decisiones pesaban, y su mente se disparaba.

Fue hasta la palangana, en la que vertió agua tibia, y se higienizó con calma. No tenía sentido lamentarse. Esta era su vida, y la mayor parte del día eran lujos y diversión.

—Ha sido una gran idea venir a Perth—dijo, con voz melosa, mientras se abrochaba una liga—. La negociación está teniendo éxito.

—Estos escoceses son una bendición. Se destrozan entre ellos y nos dejan el oro servido en bandeja. ¿Lo ves? Pura estrategia, querida. Mientras se insultan, nosotros hacemos cuentas.

El vizconde, con su panza relajada y las entradas marcadas, sonrió sin abrir los ojos. *Satisfecho como un cerdo en su lodazal, pensó.* Margaret le observó con desapasionado desinterés.

Despojado de su ropa de lujo y sin la cohorte de gente que corría a hacer su voluntad, no era más que un hombre insignificante. Nada que hacer al lado del magnífico ejemplar que era Ewan.

Lo miró de reojo a través del espejo, mientras peinaba su larga cabellera. El cuerpo era flácido, la piel ajada daba cuenta de su edad. Tenía unos cincuenta años, y el desgaste se notaba.

Excesos y nada de aire libre o actividad física se cobraban revancha. Él respiraba con cierta pesadez, se movía lento. Así y todo, era importante, rico, y su boleto a la buena vida.

Se acercó al lecho con una sonrisa estudiada y dejó que sus dedos trazaran la línea de la sábana.

—Supongo que no importa tolerar algunos gritos y escaramuzas siempre que el beneficio caiga en las manos adecuadas.

—Exactamente—dijo él, risueño—. Y tú, querida, eres una embajadora perfecta. Con esa lengua y ese cuerpo, me haces parecer un genio. Eres mi solaz, y la perfecta distracción para esos idiotas. Embelesados con tu belleza, cegados por sus enemistades, es más sencillo llevarlos hacia el lugar correcto. Los únicos escollos reales son esos MacLaren—rezongó—. Pero aquí, son uno más con el resto, y deberán ajustarse.

El discurso la satisfizo y molestó a partes iguales. Que él no dudara en usarla para conseguir sus fines no dejaba de preocuparla. ¿No había llegado al corazón del monstruo?

Podía sugerir pequeñas ideas o inventar situaciones, como había hecho para poner a Ewan en mala posición, pero no tenía el control, no de verdad. *No daría ni una libra por mí si no supiera caminar como una reina y fingir que me importa.*

—Iré a por un refrigerio. Necesito un té—dijo.

—Haz que me envíen uno completo, querida. Debo reponer energías. He quedado extenuado.

Ella rio, hizo un guiño pícaro y giró con gracia medida, pero al cerrar la puerta de la habitación, su rostro se quebró por un segundo. Solo un segundo.

Caminó por el pasillo de la planta baja, sede de las mejores habitaciones de la posada, y hacia la sala común. Al ingresar, la vio, antes de que la mujercita notara su presencia.

Isabella Carlisle estaba con una libreta y una pluma, hablando y riendo con Ewan. La luz dorada del atardecer la bañaba, y su vestido sencillo, sin joyas ni bordados, parecía casi etéreo. *Tonterías*, se dijo. *Es insulsa*.

Él se inclinó sobre la mesa y hacia ella con esa media sonrisa que Margaret conocía demasiado bien. No hacía falta escuchar las palabras.

Ese era el modo en que Ewan miraba a una mujer cuando estaba interesado.

Un pinchazo helado le cruzó el pecho. *Así me miraba a mí, antes de que aprendiera a odiarme.*

Hizo un paso atrás, decidida a retirarse, pero entonces ella se incorporó y guardó sus objetos con cuidado, y se despidió de Ewan. Este tomó su mano y la besó, para agravio de Margaret, que sintió la ira volverse látigo en su interior.

Ewan se fue en dirección al salón de reuniones, y la Carlisle hacia el exterior. La observó con atención, y luego decidió seguirla, atendiendo a un impulso. Los movimientos despreocupados, el andar confiado, todo la molestó.

¿De verdad crees que él es tuyo, mocosa? Estás tan, tan equivocada. Solo eres distracción mientras Ewan lucha contra el deseo de volver a mí.

La dejó avanzar y cuando giró para tomar otra calle, aceleró el paso hasta que estuvo a su lado, y pudo cortarle el camino. Miró alrededor, rápido, asegurándose de que nadie conocido la veía ni presenciaría lo que diría.

—Vaya, ¡qué casualidad encontrarte! Creí que no te despegabas del lado de los MacLaren. Deplorable, si me preguntas. Pareces un perro faldero con la lengua afuera, suplicando atención— le dijo Margaret, con una sonrisa fina como un cuchillo—. ¿Cómo es que te toleran? No me lo explico. Tu falta de clase es vergonzosa.

Movió su cabeza y lanzó una sonrisita despectiva y superior, y el impacto se notó enseguida. Isabella se sobresaltó, la miró seria, y se detuvo.

A medida que escuchaba a Margaret, agrandó sus ojos y enrojeció, para luego alzar la barbilla con gesto de dignidad.

¡Tonta, tonta jovencita sin mundo! Margaret estaba más allá de eso, y valoraba a un enemigo astuto y comprometido con sus intereses. No era este el caso.

Esta mujercita rural, poco habituada a los entramados de un salón de Londres era un pajarillo desvalido al que podía destrozar sin esforzarse.

—Estoy con quienes me recibieron y me aprecian. La atención que recibo es la que merezco, por cierto, y no la mendigo o exijo. No que usted sepa de eso. Ya sé que no teme invadir espacios ajenos, sin consideraciones de decencia u honor.

¡Esta perra pretendía aleccionarla! Y Ewan le había contado. ¡Traidor! Apretó los puños contra sus costados y sonrió, fingiendo que no la enfurecía esto.

—Una gatita con uñas largas contra una pantera, no es lo que recomendaría. Puedo destruirte sin problemas.

—No le tengo miedo. Tampoco Ewan. Él no la necesita, me tiene a mí a su lado, y a su familia.

Isabella era valiente, tenía que concederle eso, porque colocó sus brazos en jarra, y la miró fijo. Desafiante. Margaret tiró su cabeza atrás y lanzó una risa larga.

—¿No me necesita? Qué palabra tan ambiciosa. Supongo que quieres decir que le estás dando lo que él desea. ¿Te metes en su lecho, Isabella? ¿Le haces lo que yo?—rio otra vez al ver el escándalo en la faz de la tonta—. ¡Claro que no! No tienes idea. ¿Cómo podrías entender qué necesita un hombre como él? Tú eres amable, le provocas ternura. Ewan siempre tuvo debilidad por los débiles. Solía dar refugio a los gatos callejeros, o socorrer a los perros que encontraba en Calcuta. Yo… Yo le daba fuego, y nos quemábamos juntos.

Isabella enrojeció y tembló un poco, impactada por su crudeza, perdida la seguridad que había portado. *¿Ves, Margaret? Qué sencillo es desarmar la competencia. No, no puedes llamar así a esta bobita sin mundo ni sangre caliente.*

—Ewan no es un trofeo. ¡No tienes derecho a hablar así de él! ¡Y te equivocas!

Margaret ladeó la cabeza, estudiando su rostro como si examinara una joya falsa.

—No tengo que hablar por él. Lo conozco. Sé cómo respira cuando desea follar, cómo se tensa cuando se reprime. Y nada de eso aparece cuando está contigo. Está confundido. Y te usará hasta que claudique ante lo que siente por mí. Porque soy su verdadero deseo.

La joven no respondió. Solo apretó los labios, y Margaret lo usó a su favor.

—¿Te duele? Bien. Así empiezan las grietas. ¿Sabes qué más dolerá? Que las negociaciones fracasen. Porque el vizconde me escucha. Y me aseguraré de que los MacLaren no tenga donde caerse muertos si tú te interpones.

—Eso es... cruel. Además, no creo que tengas ese poder—dijo Isabella, seria, afectada, pero todavía sin bajar su cabeza.

—Es el mundo real. Y tú todavía vives en cuentos. ¿Crees que Ewan elegirá tus fantasías cuando ha probado esto?—se señaló el cuerpo con una sonrisa, pero esta estaba hecha de veneno puro.

Isabella dio un paso atrás, pero Margaret la tomó del brazo. El gesto no fue brusco, pero sí impositivo. En el silencio tenso, la joven se zafó con fuerza, y en un arrebato, Margaret levantó la mano y la abofeteó.

El sonido seco resonó más fuerte de lo que esperaba, y dio un paso atrás, mientras Isabella se tambaleaba, con una mano en la mejilla.

—¡Basta!—la voz firme de otra mujer puso en alerta a Margaret, que se recompuso y se acomodó sus guantes.

La que llegó a ellas era la mujer que había llegado con Malcolm MacLaren.

—Isabella, ¿estás bien?—dijo, y esta asintió. La mujer se volvió a Margaret, que no bajó su vista, desafiante—. ¡Cómo se atreve!

—Otra tonta para la colección MacLaren. Rositas inglesas desvaídas parece ser lo que esos hombres coleccionan—Les dio la espalda luego de soltar esto, y al marcharse, murmuró, como un conjuro venenoso—. Ewan no será feliz. No tienes lo que necesita.

Capítulo 23



Isabella se apoyó contra las rejas que rodeaban el edificio frente al cual Margaret la había detenido. Tenía una mano aún sobre la mejilla. El golpe había sido rápido, seco.

Pero era una sombra comparado con la violencia de las palabras que lo habían precedido.

—Isabella… ¿Te sientes…?

La voz de Eleanor despejó la bruma de su cabeza. La mujer la miraba con inquietud.

—Estoy bien.

—No, no lo estás—replicó Eleanor, con firmeza suave—. Me congratula haber venido detrás tuyo, aunque lamento no haberte alcanzado a tiempo de evitar que esa pájara te asediara.

—Me tomó por sorpresa—murmuró, y suspiró—. Iba a sentarme junto al río a escribir algunas líneas, pero me quitó las ganas.

—Volvamos, si lo deseas. ¿Quieres hablar de lo que pasó?

Eleanor era una mujer amable y servicial, y además intuitiva. Podía ver que Isabella se estaba cerrando. Las palabras de esa odiosa mujer habían tocado inseguridades.

Su mente trabajaba a destajo para contrarrestar el efecto en este instante, pero no parecía eficaz.

Retornaron en silencio, y al pasar por la biblioteca de la ciudad, decidió que este era el lugar que necesitaba. Sonrió a Eleanor.

—Voy a entrar aquí.

—Pero… ¿No deseas ir con Ewan? Él tiene que saber lo que pasó.

Negó, suave. ¿Qué sentido tenía? Estaba afectada, sensible, y se pondría a llorar como una tonta. A dar pena, convocando a la lástima.

Eso era lo que había implicado Margaret, y el veneno se colaba por su mente.

—Un rato de lectura me dará calma, te lo aseguro. Una biblioteca es el paraíso para mí.

Eleanor asintió, sin dejar de observarla, e Isabella se apresuró a ingresar al salón. Sonrió, temblorosa, al hombre que trabajaba en el mostrador, y le dijo que miraría un poco.

El silencio de la biblioteca la envolvió como una burbuja. Sus pasos resonaban en el suelo de madera mientras se internaba entre las estanterías, no buscando un libro, sino invisibilidad.

Quería disolverse. Desaparecer. Solo así podrían detenerse las palabras que Margaret había escupido con veneno.

Le provocas ternura… Ewan siempre tuvo debilidad por los débiles. Solía dar refugio a los gatos callejeros, o socorrer a los perros que encontraba en Calcuta.

Isabella cerró los ojos con fuerza. El corazón le latía a un ritmo salvaje. El bofetón le dejó ardor, pero lo que de verdad dolían eran las emociones.

Era como si una puerta se hubiese abierto en su interior y dejase libres dudas y temores. El miedo que creía controlado. Que había aprendido a callar.

Pero aquí estaba de nuevo, encarnado en una bofetada, en amenazas envueltas en perfume caro, en gestos desdeñosos e insultos a su condición de mujer.

Se acurrucó entre los estantes de historia natural. Sus dedos temblaban. No podía respirar bien. *¿Y si tiene razón? ¿Y si lo arruino todo?*

Ella tal vez no podría darle a Ewan lo que un hombre necesitaba. Tenía heridas que no sabía si renacerían al ser tocada, a pesar de que anhelaba ese toque. Era algo que no se había atrevido a pensar o plantearse.

Ahora que esa mujer lo había verbalizado… La acuciaba la incertidumbre. Recordó manos que no pidió, toques que no pudo frenar, el terror silencioso de una infancia sin defensa.

Pero él me besó… Me besó y tocó mi rostro, mis hombros, me envolvió en sus brazos, y nunca me sentí más segura. Lo que ella dice, que no puedo ser como ella… Es verdad. ¡No quiero, no debo ser como ella! Habla desde el rencor. No debo dudar de mí misma.

El sonido de pasos en su dirección la hicieron moverse, limpiándose lágrimas con velocidad, avergonzada de haberse quebrado en un lugar como este. Se acomodó el chal, reacomodó su vestido, y levantó su cabeza.

—¡Isabella!

Ewan apareció con los ojos encendidos y la mandíbula tensa. Eleanor le había dicho.

—¡Ey! ¿Cómo estás?

Fue a decir que bien, pero la verdad asomó y no podía ser evadida. Una lágrima se deslizó sin pedir permiso.

Ewan llegó hasta ella y se agachó para quedar a su altura. Le tomó una mano con cuidado, como si temiera hacerle daño incluso con la yema de los dedos.

—Tranquila. Anda, toma mi brazo. Vamos a caminar un poco, ¿sí?

Ella asintió.

—Tomaremos té. La posadera me dijo que hay un lugar muy bueno a pocos metros. Vamos a hablar.

La condujo afuera, pasando ante el bibliotecario, que les observó con curiosidad, sin emitir sonido. Isabella hizo un saludo con su mano, y se dejó llevar.

Cuando estuvieron sentados en un coqueto café con sendas tazas de té entre manos, Isabella suspiró. El calor de la porcelana le entibió los dedos y el líquido dulce la reconfortó.

—Gracias—susurró.

—Eleanor me contó que vio cómo Margaret te golpeó—dijo Ewan, y su voz casi vibraba—. Dime qué te dijo, qué más… Voy a hacer que pague por…

—No… Dejemos eso, no quiero que sea motivo para complicarlo todo—le dijo, tomando su mano y negando, casi frenética.

No podía dejar que esa mala mujer la afectara, y que esto, a su vez, quebrara un espacio importante para Ewan y los suyos. La amenaza de Margaret resonaba en su mente. No dudaba que haría lo que pudiese para dislocar los acuerdos.

—Me enfurece que te haya tocado. No te alejes más sin compañía, por favor.

—No… No lo haré…—contestó.

—Eleanor dijo que estabas muy afectada. ¿Qué te dijo esa arpía?

Había ira, y consternación por ella. Ewan había venido y estaba herido por ella. Era… un alivio. Despejaba algunas nubes de tormenta que Margaret puso en su cielo.

—Que no puedo competir con ella, que no puedo darte lo que ella—dijo, sin pensar, antes de enrojecer y coartarse.

Ewan la miró muy fijo, y su mano tomó su barbilla y la atrajo hacia él.

—Eres cien veces más mujer que ella.

Su boca avanzó lenta, dándole tiempo para retroceder, pero… Lo deseaba. Quería que esos labios hablaran sin palabras, rozando su boca en declaración muda de interés, de deseo, de pasión.

Un velo se había corrido días atrás, desde que emprendieron camino a Perth, e Isabella se sabía atraída de formas impensadas a Ewan MacLaren.

Los encuentros, las charlas, los días pasados en compañía, el conocerse más y mejor, habían transformado su relación tensa en una muy distinta.

Este beso, ni urgente ni posesivo, era, como el primero, esclarecedor. Se aferró a sus hombros y devolvió la caricia entreabriendo sus labios, estremeciéndose con sensaciones viscerales.

Su boca escocía, cosquilleaba y la sensación se extendía hacia su cuello. Calor y humedad eran lo que Ewan le traía al besarla, y si su respuesta no tuvo habilidad, sí se impregnó de intención.

Cuando sus labios se despegaron, ella suspiró, ya echando de menos el contacto, y él sonrió, acariciando su mejilla con el dorso de

su mano.

—Es el segundo, y ya me estoy volviendo adicto a estos besos.

—Sí—ella tragó saliva, y decidió que tenía que lograr aclarar lo que pasaba entre ellos. No quería lagunas o medias verdades—. Ewan… ¿Qué ves en mí?

—Una mujer hermosa que me ha hecho volver a creer. A la que me gusta besar y con la que me siento libre. Una mujer que creo será la más importante de mi vida, si nos da el tiempo para que lo que nos une, crezca.

Oh, esas palabras… Lo que implicaban… Lo que le hacían a su pecho. Inflamarse, gozar, anticiparse con la posibilidad de vivir lo que había leído o visto en otros. Romance.

—¿Qué me dices tú, Isabella? ¿Crees que puedes darme una chance?

¿Si podía, decía? ¡Quería, lo haría! Iba a gritarlo cuando vieron venir a Malcolm, caminando con agitación y con su sombrero en la mano.

—¡Ewan! Eleanor me dijo que tal vez estarían aquí. Ven, debemos irnos.

—Malcolm, ¿qué ocurre?

Este agitó sus brazos y sonrió.

—¿Qué crees? ¡El duque de Elywood está aquí!

Oh. ¡Oh! Eso lo cambiaría todo. Ewan e Isabella se miraron, y sonrieron. El alivio que Isabella sintió fue inconmensurable.

Esa arpía debería guardarse sus palabras. No podría hacer nada. *Nada*, reafirmó su mente.

Ewan acababa de hablar, y sus deseos habían sido expresados con claridad. Isabella no tenía que perderse en el análisis de las

frases inconclusas, no. La felicidad aleteó en su interior, como una llamita que nacía cauta, pero allí estaba.

++++

Ewan apretó su mano y asintió, sonriente, haciéndole un gesto amplio con su mano para allanarle la entrada. La siguió de cerca, colocando su mano en su espalda para guiarla hasta el duque de Elywood, que estaba de pie junto al vizconde.

Más lejos, el ingeniero Wainwright, Lachland, Grant y los otros escoceses observaban. Había dos hombres más que no conocía, y seguramente debían ser acompañantes del duque.

Los hombres detuvieron su conversación al verlos, y el duque les observó con interés, aunque nada en su expresión delató qué pensaba. Algo que debía venir muy bien en salones poblados de mujeres pendientes, o en el Parlamento, lidiando con la variada fauna política que buscaba ganar posiciones.

Era un hombre atractivo, y alto, muy alto. Gwen solía decir que era guapo de una manera presuntuosa, que llevaba su apostura con orgullo, pero Isabella no vio eso.

De hecho, había gentileza en su mirar, y que estuviera aquí hablaba volúmenes de su compromiso con el progreso de Escocia.

Esperaba que fuera así. ¿O habría cambiado su postura y su promesa a Callum? La posibilidad la abrumó por un momento breve.

—Su Excelencia—saludó, e hizo un gesto con su cabeza.

—Ah, señorita Carlisle, presumo—Ella asintió, y él hizo una reverencia gentil—. Y el MacLaren que faltaba—Extendió su mano, que Ewan apretó, sonriente, y lo mismo Malcolm—. Es un placer

volverles a ver, Ewan. Malcolm—sonrió con aplomo, mirando al vizconde para incluirlo en la charla—. El vizconde y yo nos estábamos poniendo al día. Parece que estamos varados, ¿eh?

—Podría decirse así—dijo Ewan, más serio—. Espero que su presencia implique que podremos avanzar con mayor… fluidez.

—Esa es mi intención, sí. Tal y como se habló meses atrás, es imperioso conectar el país, sin sacrificar a nadie. Todos ganamos si miramos al futuro y no nos empantanamos defendiendo pequeñeces.

—Defender la tierra de nuestros clanes no es una pequeñez, milord—soltó Grant, muy compuesto y sin molestarse en medias tintas—. Es lo que nos trajo aquí. No se puede confiar en que un clan defenderá a los otros, y que un mequetrefe con título…

Oh, por Dios, pero ¿qué hacía ese idiota? ¿Es que no tenía el más mínimo sentido del momento y el lugar? ¡Era un laird! ¿No se suponía que eran estrategas?

Isabella achicó sus ojos y los apuntó a Grant, lo que le permitió ver cuando Lachland le daba un codazo en el costado, que le hizo saltar. ¡Bien!

Hubo carraspeos entre los escoceses y Malcolm suspiró, mientras Ewan se removía y abría la boca para hablar. Pero fue el vizconde el que se adelantó, sus ojos dagas clavadas en Lester Grant.

—¡Increíble! Aprecie por usted mismo lo que he debido tolerar, Su Gracia. Y lo he hecho con dignidad y poniendo los intereses de la Compañía por encima de mis pensamientos.

—No lo dudo, milord—dijo el duque, con calma.

No pareció alterado por los dichos de Grant, irrespetuosos en extremo. Tampoco por el tono melindroso del vizconde, que estaba interpretando los dichos como un ataque personal.

Isabella lo leía en su postura tiesa, en los brazos estirados y sus puños apretados. Que el duque era hábil se expresó en cómo manejó la situación en los siguientes minutos, y Ewan la miró y le hizo un rápido guiño.

Disfrutaba esto. Decidió hacerlo ella también.

—Espero que su presencia no signifique que estoy siendo relevado—dijo el vizconde—. He cumplido mi rol con puntillosa transparencia.

Mmm… Eso no era así, quiso decir, pero se calló. Su mirada fue a Margaret, que estaba sentada retirada del grupo, pero mirándolo todo. Sus ojos se encontraron, y hubo hielo y desdén para Isabella, que no se arredró.

Luego, volvió a hacer foco en la situación importante.

—… porque propuse una y otra vez cuestiones que fueron desestimadas. Pretender ganar en cada detalle es iluso. Esto es un negocio, hay inversiones a las que responder…

—Milord, estoy aquí para facilitar la situación, no para desplazarle. Ni para cuestionar las buenas intenciones de nadie. Pero es claro que no podemos postergar los acuerdos, y que se deben hacer concesiones, de ambos lados. No obstante, no es el momento. Sugiero que nos reagrupemos, que cada grupo busque claridad y acuerdos internos. Mientras, mi personal y yo nos ubicaremos. Mañana a primera hora nos reuniremos. Y vamos a avanzar, señores. Vengan listos para ello.

Oh, por fin coherencia y solvencia. Este hombre irradiaba poder y resolución, y los demás lo aceptaron sin discusión, al menos en alta voz. En corrillos, la cosa sería distinta.

Mientras el duque presentaba a quienes vinieron con él, Malcolm se acercó a ellos.

—Fue un acierto escribirle. Al parecer el duque tenía entendido que todo iba sobre rieles—ironizó el abogado, y Ewan lanzó una risita—. Tu hermana debió ser muy contundente con su misiva.

—Mm—Ewan sacudió su cabeza—. Eso parece. El vizconde está muy enojado, aunque lo disimula bien.

—No tiene otra. Elywood representa intereses por encima de los suyos, y una decisión del duque y su camarilla en el Parlamento puede quitarle favor a la compañía.

—No creo que este duque proceda de esa forma. Parece recto —murmuró Isabella.

—Su palabra es valiosa, y la mantiene. Está convencido de lo que quiere y comprometido con traer mejoras a nuestras tierras. Es un Campbell por derecho, y su padre le educó en la convicción de que el progreso es ineludible, pero las condiciones en que llega a la gente, mejorables.

—Por fortuna—gruñó Ewan—. Sabe de escoceses tercos. Ese idiota de Grant…—masculló entre dientes.

—Debemos reunirnos—dijo Malcolm.

—Sí. Cueste lo que cueste, hay que mostrar un frente unido. No envidio tu rol hoy, primo. Porque yo no voy a tomar la voz cantante. No tengo tu paciencia.

—Hablaré con Fraser y McDonald antes que nada. Si somos mayoría, Grant tiene que acatar. Lo hará, solo le encanta

fanfarronear—la miró entonces—. Isabella, sé que hoy tuviste un día difícil. Lo lamento.

—Gracias. Pero creo que las cosas viraron. Temía que no se arribara a un acuerdo por la intromisión de esa mujer. El vizconde no podrá actuar con impunidad, y se cuidará bien.

—Eso espero—dijo Ewan, pensativo—. Aunque, conociendo a la señorita Ashford… No dudo que esté considerando caminos alternativos. Ella es… imprevisible. Y codiciosa.

Isabella parpadeó, y entonces lo que Ewan decía entre líneas la alcanzó. No… No creía que fuese tan descarada. Y el duque de Elywood no parecía de esos que caían por un batir de ojos e intimidad fácil.

Dios, eso esperaba.

—Creo que hay que poner al duque en antecedentes—murmuró Ewan, y suspiró largo—. Me apetece tanto como una piedra en mi pie, pero…

—Hagamos eso—coincidió Malcolm—. Cubrir las bases es lo más astuto.

Capítulo 24



—La cara del vizconde…—Ewan rio bajo, y meneó la cabeza—. Fue como si estuviese comiendo un limón de los más agrios. No podía con su malhumor, y no debe haber tragado la llegada del duque todavía. Que este se mostrase más de nuestro lado que del suyo, además. Ha de estar pensando modos de jodernos mañana, probablemente.

Isabella sonrió, y lo mismo hicieron los otros dos en la mesa. Miró a Malcolm, que estaba sentado junto a la mujer que había traído desde Edimburgo. La deferencia en su actitud era remarcable.

Su primo era un hombre gentil, de maneras impecables, pero con esta mujer… Eleanor. Se le notaba bastante involucrado. ¿Serían amantes? No lo creía. No era propio de Malcolm. Eleanor parecía muy digna, y además, era viuda hacía bastante poco. Había una historia allí.

Malcolm le miró entonces, y elevó una ceja, por supuesto adivinando lo que Ewan tenía en mente.

—Calla y come, Ewan. Disfruta de la cena, que ya habrá tiempo mañana para más preocupaciones.

La comida era abundante y sabrosa. Estofado de cordero con cebollas dulces y pan moreno. El sabor dulzón competía con el picante del vinagre de cebada que en las papas. Ah, y la promesa de un crumble de manzana le hacía la boca agua.

Observó a Isabella. Ella estaba disfrutando de los alimentos, cortándolos en pequeños trozos, mirando y oliendo. Así se aproximaba ella al mundo, con curiosidad e interés genuino, no importaba si era una historia, un lugar, un producto, o una persona.

Ese entusiasmo y vitalidad eran refrescantes. Sí, se había mostrado como un impaciente cateto, fingiendo que le molestaba, sin percatarse de lo que subyacía a su actitud en guardia con ella.

Lo que había pasado desde el inicio es que le atrajo, le hizo salir de su indiferencia, la zona de confort que había elegido para no arriesgarse otra vez. Isabella había sacudido la modorra en que estaba, despertando facetas dormidas. Día a día, encuentro a encuentro, trajo a la luz lo que Margaret había dejado hecho jirones.

No volvería a esconderse ante sí mismo o los demás, rehén de un pasado olvidado. Estaba irremediablemente atraído a esta mujercita inquieta, una rosa con espinas que no le había hecho fácil el acercarse, defendiéndose con denuedo de sus ironías y comentarios impiadosos.

La veía, y se veía en ella. Con ella. Suspiró y masticó la carne, pensando que estaba bien jodido. Volvió a mirarla, y se encontró con su mirada y su sonrisa. Sí, valía la pena, estaba seguro.

La voz exaltada de Grant desde otra mesa cortó su pensamiento, y llevó un gesto de impaciencia a su faz. Ese hombre era un terco que no podía ver lo que ocurría ante sus ojos.

No se resignaba a que los tiempos de antaño no volverían, y el tren era solo uno de los cambios que sobrevendrían.

Se reclinó, el vaso en mano. Sus músculos aún sentían la tensión de la reunión de esa tarde.

—Ese laird no entiende…—murmuró Malcolm—. Habla sobre la dignidad de los clanes como si llevar kilt nos hiciera invulnerables al progreso. O como si los demás traicionáramos las tierras ancestrales por negociar para traerlo.

—Bah, creo que le gusta llamar la atención—intervino Isabella —. Y su discurso se atemperó, aunque grite. Ahora se queja del futuro ruido que las locomotoras traerán, no de estas.

—No tiene otra alternativa. Fuimos muy claros, y estábamos en mayoría. Todos hablamos, pero fue Fraser el que le recordó que sin vías no hay comercio, y sin comercio no hay clanes, solo ruinas —añadió Ewan.

—Y tú lo remataste con eso de que aferrarse al pasado puede ser honorable, pero también estúpido —dijo Isabella, sin ocultar su sonrisa—. Lachland me lo dijo.

Ewan se encogió los hombros, pero sonrió, dejando que su lado político aflorase. El que Fraser rondase a Isabella no le gustaba, nada. El hombre estaba interesado, y buscaba instantes para charlar con ella.

No lo desestimulaba la gentil indiferencia de la mujer. Isabella no estaba interesada en él. No era en Fraser que sus ojos se detenían, o a quien sonreía con más brillo. Si Lachland persistía, vería de…

No. *Calma*. *Este no es el tiempo para cultivar enemistades*. Su rivalidad con Lachland era mera antipatía y tal vez el resultado de años de confrontar en juegos anuales y festividades. No la atizaría con una que podía ser evitada. Por ahora.

—Deja eso. No es el tiempo de las espadas. Los ingleses vienen con contratos, apenas dispuestos a negociar. Si no lo

hacemos, Londres nos impondrá el trazado sin preguntar—escuchó al hombre que tenía en silencio al serio Grant, y elevó su copa en saludo de acuerdo.

Las voces apresuradas en la puerta llamaron la atención el grupo. La posadera se deshacía en atenciones con el duque, obsequiosa, pero este simplemente sonrió, mirando en derredor. Entonces le habló con gentileza, indicando su mesa.

La posadera comandó a su esposo a que trajera la mejor silla, cosa que este hizo presto, mientras la mujer corría a la cocina.

—¡La cena de su Gracia, de inmediato!—se escuchó.

El duque vino a ellos con paso calmo, saludando a diestra y siniestra, y fue correspondido con respeto. Detrás vino el hombre de mediana edad, con gafas redondas y traje sobrio que había llegado con él.

—¿Podemos unirnos?—les preguntó, recibiendo afirmaciones de Malcolm y Ewan a la par. Se acomodó en el asiento y les presentó a su acompañante—. Este es Robert Herrick, mi administrador y contador.

—Encantado, señor Herrick—dijo Malcolm, cediendo su derecha.

—Gracias—Restregó sus manos y sonrió, relajando su postura —. Su Excelencia me ha prometido manjares. Y por lo que veo no me defraudará. Huele de maravilla.

—Robert adora la cocina de mi madre, aunque esta lo hace cada vez menos. Arrastré a este buen hombre con dificultad de Londres, pero su concurso nos será muy útil.

—Si puede convencer a Grant de que nos conviene la propuesta, su viaje habrá valido la pena. ¡Ese hombre es terco!

Aunque ha cedido a regañadientes ante la mayoría.

—Haré lo que pueda—dijo Robert.

—Soy Ewan MacLaren. Este aquí es mi primo Malcolm.

—He oído de usted.

—Bien, espero—dijo Malcolm.

—Sí. Su solvencia es reconocida en Edimburgo y Londres. Clientes satisfechos hablan por usted.

—Esta es…

—¿Lady Harthwore? —el hombre entrecerró sus ojos, reconociendo a Eleanor, y hubo confusión en su expresión.

Eleanor pareció incómoda, aunque hizo una reverencia con su cabeza.

—¿Cómo está, señor Herrick? Mucho tiempo sin verle—dijo ella con voz tranquila.

Hubo una pausa. El administrador cambió una rápida mirada con el duque, y hubo una corriente de comprensión entre ambos. Ewan lo notó, y supo que también Isabella, aunque ella optó por hacerse la desentendida.

—Excelencia, logramos un acuerdo entre los clanes presentes, y mañana presentaremos una postura única—Señaló a la mesa donde Grant ahora bebía solo, embebido en sus pensamientos—. Ese porfiado laird todavía discrepa, aunque acatará. Su palabra es honorable. No quita que nos gustaría convencerlo de verdad, porque es a su gente a la que tiene que rendir cuentas.

—No se puede culpar a un hombre pasional y apegado al pasado. Pero si le mostramos los beneficios, se avendrá. Será la realidad la que le convenza, finalmente.

Sonrió al ver la procesión que venía con su comida. La posadera con un recipiente en cerámica, que colocó con ceremonia, y la criada con sendos platos de la mejor cerámica y platería, que colocaron con cuidado, procediendo a servir.

—Espero que lo disfrute, milord.

—Así será—indicó, y comenzó a comer, haciendo un gesto de satisfacción, que Herrick replicó—. Mmm, ¡cómo echaba esto de menos! La última vez que comí esto fue en su castillo, Ewan. Su hermana lo hizo cocinar cuando supo que era mi favorito.

Isabella sonrió, aunque llevó su mano para cubrir su boca, y parpadeó cuando Ewan la miró. ¿Qué estaba pensando? No podía saberlo, pero le intrigó. Se hizo nota mental de inquirirla más tarde.

—Gwen administra el castillo con eficiencia—agregó Malcolm.

—No me cabe duda—sonrió—. Su carta…—dijo el duque, girando hacia Ewan con una sonrisa que no ocultaba la diversión—. Fue... directa. *¿Cumplirá su Excelencia con su palabra o es solo humo elegante en papeles caros?*

Malcolm boqueó, palideciendo, y Ewan se atragantó con el pan, y tosió. Isabella y Eleanor enrojecieron, aunque la primera bajó su cabeza rápido y Ewan adivinó que contenía la carcajada. *¡¡Qué cojones, Gwen!!,* pensó.

Callum debió haber filtrado esa misiva, pero… Heather, su embarazo, lo tenían en ascuas. Bueno, ¿qué más daba? El duque estaba aquí, la carta funcionó, y el noble no parecía molesto. Al contrario. Lo que no quitaba que se imponía una disculpa.

—Le pido perdón por su tono—dijo Ewan—. Gwen no tolera los rodeos.

—Y yo no hago promesas vacías, ni permito que las rompan en mi nombre. Di mi palabra a su hermano. A usted, Malcolm, que también estuvo en Londres—respondió el duque—. Así que entendí la urgencia del reclamo, y por eso estoy aquí.

El duque partió el pan con calma. Su voz era medida, el acento inglés con inflexiones escocesas que delataban su sangre mixta.

—Volví a hablar con los inversores en Londres. El ánimo es débil. Les alarma la presunta desunión escocesa… Algo que me parece ha sido alimentado por los comunicados del vizconde, y la actitud de Grant y otros. Pero si se demuestra voluntad, si los clanes muestran cohesión, el capital se arriesgará. Nadie quiere un tren que cruce ruinas o montañas sin comercio.

—Eso esperamos lograr —dijo Malcolm—. Hoy fue tumultuoso, pero necesario.

Ewan asintió.

—El enviado de Lennox, de McDonald y los Fraser acordaron los tramos principales. Los MacLaren y Grant definimos accesos. Los demás... se sumarán o quedarán atrás.

—Bien, eso es bueno—dijo, y masticó, asintiendo con la cabeza —. Herrick tiene potestades de pagar adelantos. Eso puede ayudar a que haya mejor ánimo. Y yo me encargaré de tener al vizconde a raya.

—Eso es… necesario—gruñó Ewan.

—Entiendo que la señorita Ashford es una distracción—dijo Herrick con tono neutro, mirando a Ewan y Malcolm con seriedad—. El ingeniero se acercó a mí más temprano.

—Es así—dijo Ewan, cauto, aunque Isabella asintió, alentándolo—. Fue presentada como asesora, pero…

Era menester que la verdad se revelara, aunque fuera en parte. El duque, el administrador, tenían que estar advertidos de lo que subyacía a la postura y actitud del vizconde.

—La señorita Ashford y yo nos conocimos… En India— Carraspeó y tomó un sorbo de su cerveza. El duque le observaba, y continuó—. Tenemos historia, y no de la que termina bien. Eso… Su interés por rememorar ese pasado, que no comparto, la ha llevado a presionarme… También a Isabella, a la que abofeteó ayer— endureció sus facciones

Recordar cómo la había destratado lo enardeció. Isabella colocó su mano en su antebrazo, y el mero gesto lo ancló y calmó.

—Es bueno saberlo—respondió el duque, bebiendo un sorbo de su cerveza—. Le agradezco que me lo hiciera saber. Señorita Carlisle, lamento que haya sido colocada en esa posición. Son este tipo de situaciones las que pueden hacer que algo muy bueno fracase. Las pequeñas miserias de hombres y mujeres que no están a la altura.

Estaba frustrado, se le notó, y hubo un breve silencio.

—¿Entonces qué hará?—preguntó Isabella, con voz suave pero firme.

—Presionar al vizconde —respondió el duque—. Para que haga lo que debe, cumplir el cometido que le fue concedido.

Malcolm levantó su copa.

—Brindemos. Por los tiempos que han de venir. Por Escocia.

—Y por los trenes que la cruzarán con orgullo—dijo el duque.

Las copas chocaron. Isabella miró a Ewan y él le devolvió la mirada. Con alivio y esperanza. Y no solo para su tierra y su clan.

Ewan comenzaba a avizorar que su vida estaba más llena y sería dichosa si lograba que esto que crecía entre ellos se

fortaleciera.

Capítulo 25



—No se engañen, caballeros. El tren no cruzará estas tierras si significa pérdida para la compañía.

La voz del vizconde retumbó en la sala, arrogante y cargada de desdén. Sus palabras cayeron como plomo sobre el grupo reunido en la gran estancia del ayuntamiento de Perth.

Malcolm cruzó los brazos con lentitud. Ewan, a su izquierda, mantenía el rostro sereno, pero sus dedos golpeaban suavemente la rodilla, rítmicos, tensos.

A su lado, Lachland Fraser intercambió una mirada con el laird Grant, quien olía a whiskey a pesar de que ni era el mediodía.

—Eso ya lo ha repetido tres veces, vizconde —dijo Ewan finalmente, sin alzar la voz, pero con una firmeza que cortó el murmullo creciente.

—¿Acaso desea usted que lo repita una cuarta, señor MacLaren? —retrucó el vizconde, con una sonrisa burlona.

¡Cómo lo fastidiaba ese acento nasal que denunciaba su esnobismo! No podía adjudicarlo a su crianza en Eton, porque personas como el duque de Elywood habían sido educados en aquel colegio y no tenían esta arrogancia.

—Solo si piensa que con ello logrará convencernos—intervino Lachland, en tono seco—. Pero me temo que repetir amenazas no convierte los argumentos en verdades.

Un leve murmullo de aprobación recorrió a los presentes. El vizconde frunció los labios y habría respondido con una de sus frases altivas, pero en ese momento se abrió la puerta lateral, y el mayordomo anunció:

—Su Excelencia, el duque de Elywood.

La entrada del duque cambió el aire de la sala. El vizconde, ajeno a la reunión que habían hecho los escoceses, así como a la interacción de estos con el duque en la cena, se comportaba como si nada hubiese cambiado.

Vas a ver que no es como piensas, pensó Ewan, ceñudo.

—Caballeros—saludó el duque con una inclinación de cabeza—. Gracias por esperarme. Siéntense, por favor.

Se dirigió hacia el lugar donde el vizconde estaba sentado, y este enrojeció, pero cedió el lugar en la cabecera. Los demás se ubicaron con celeridad alrededor de la gran mesa.

—Les estaba diciendo a los presentes que no es mucho el margen que la compañía puede ofrecer.

—Milord, si me permite, eso no es tan así. Negociar es ceder, y creo que es momento de que se los recuerde. No pueden ganarlo todo, hay que dividir y pensar con frialdad. El futuro, caballeros, nos mira ahora.

El vizconde se removió en su asiento, incómodo. No era secreto que el duque representaba a un bloque de inversores privados y tenía conexiones con poderosos miembros del Parlamento, incluido el primer ministro Palmerston.

—¿Acaso ha decidido su Excelencia bendecir a los escoceses con su presencia y exigir que les perdonemos pérdidas? —murmuró el vizconde, desdeñoso.

—No—respondió el duque con calma—. He venido a recordarles que este proyecto se discutió hace meses con hombres como Callum MacLaren, y que no estamos aquí para improvisar. Lo general ya está acordado. Aquí se trata de ajustar términos, no de arrancar de nuevo.

Algunos miembros de la comitiva escocesa asintieron. Ewan sostuvo la mirada del vizconde, que tenía el ceño muy fruncido.

—Usted y sus correligionarios liberales siempre tan confiados en los acuerdos —espetó el vizconde—. Pero yo represento una compañía privada. Si no hay ganancias, no habrá tren.

—Ganancias habrá —replicó el duque, alzando apenas la voz—, a menos que se reduzca a los escoceses a la miseria. Dígame, vizconde, ¿quién comprará los pasajes? ¿Quién enviará su ganado, su whisky, su lana, si los hombres y mujeres de estas tierras no pueden pagar por el servicio?

Un silencio se hizo en la sala.

—Un tren vacío no da beneficio alguno—añadió, con dureza—. Y la reina espera que sus empresas no solo representen eficiencia, sino también utilidad para toda la Corona.

El vizconde tragó saliva. Por primera vez, no respondió de inmediato.

Ewan se permitió una media sonrisa. No era adelantándose a la victoria, sino porque el golpe era justo, y dado en el momento preciso. Luego dirigió una mirada a Malcolm, quien asintió imperceptiblemente.

El duque les estaba dando el respaldo que tanto habían necesitado.

—Lo que esta línea necesita no es sentimentalismo patriótico, sino cálculo—espetó el vizconde, con la voz filosa.

Grant se removió en su asiento, visiblemente fastidiado, pero fue el duque quien intervino con una cortesía afilada:

—Y sin embargo, mi señor, es el corazón de Escocia el que permitirá que sus cálculos prosperen. No olvide que el ganado, la lana, la madera, o el whisky que sus inversores tanto elogian, no brotan en Londres.

Un murmullo de aprobación recorrió la mesa. Ewan cruzó mirada con Fraser, con Malcolm, incluso con Grant, y todos asentían.

—Sin embargo, de allí he recibido—cortó el vizconde, irritado—una misiva de los altos directivos del ferrocarril, lamentándose de ciertas... *intervenciones*. Una dama con conexiones, al parecer, intenta torcer el curso de nuestras decisiones.

El duque arqueó una ceja, sin abandonar la compostura.

—Ah, mi madre. Lady Isla tiene la inquebrantable costumbre de recordar a los hombres de poder que Escocia no es un pasaje, sino un país. Y que nuestros compromisos con los MacLaren, los Fraser y otros clanes no son papel mojado.

—¿Su madre? —replicó el vizconde, con gesto de sorna—. Supuse que era algo más... ideológico.

—Lo es —intervino Malcolm con tono grave—. Ideológico y justo. El trato fue acordado con su señoría Callum MacLaren, presente en las reuniones previas con los accionistas del sur. Las condiciones no pueden cambiarse sin abrir un frente innecesario.

El duque asintió, reafirmando las palabras de Malcolm.

—Mi madre es hija de Escocia, milord. No es una romántica de salón: es una mujer que conoce la tierra que pisamos y lo que cuesta labrarla. Y no estoy aquí para dejar que un título malhumorado dinamite lo que tomamos meses en construir.

—Esta compañía no está dispuesta a asumir pérdidas para contentar a las Highlands —gruñó el vizconde, enrojeciendo.

—Nadie habla de pérdidas—dijo el duque, con tono glacial—. Pero si pretende que esta línea sea rentable, necesitará clientes con ingresos, rutas que unan más que separen, y confianza. Y hasta ahora, usted no ha sembrado ninguna de las tres.

Lachland Fraser apoyó los codos sobre la mesa, entrelazando los dedos.

—Propongo entonces que revisemos el trazado y los porcentajes de subsidio que los clanes pueden asumir, sin tocar el acuerdo marco. Porque si lo resquebrajan ustedes, esta alianza se rompe. Y no se la haremos fácil. Estos no serán tiempos de espadas y caballería, pero existen modos de complicar la economía.

Bien por Lachland, pensó Ewan, asintiendo ante tan fino ataque, que el vizconde sintió. Era la primera vez que se le notó retrocediendo, pálido y rodeado.

El silencio fue denso un instante, como si cada uno evaluara el peso de esa advertencia. El duque finalmente sonrió.

—Una sugerencia sensata. Yo mismo la revisaré con mi equipo. Pero permítanme ser claro: esta línea no cruzará por la fuerza. Será un puente o no será.

Callum iba a estar satisfecho. No había forma de que Ravenshire, noble de pacotilla que había hecho difíciles las cosas por semanas, detuviera lo inevitable.

El alivio que sintió Ewan fue enorme. En su fuero interno, aunque no lo reconociera, había estado el temor de que los esfuerzos y esperanzas de muchos se diluyeran por el capricho de una mujer liviana y un noble prepotente y manipulable.

++++

La caligrafía de su tía era como su voz: firme, apretada, clara. Isabella acarició el papel como si pudiera oírla desde allí, en esa habitación de Perth, con las piernas cubiertas por una manta de viaje y una taza de té enfriándose a su lado.

La propiedad marcha bien. No se ha perdido ni una oveja, aunque Rory dice que Finn se distrae más últimamente. Al parecer hay una jovencita que lo lleva de cabeza.

Harriet preparó conservas de grosella. La probé sobre su pan caliente, y creo que vas a estar muy satisfecha cuando vuelvas.

Penny jura que desde que no estás hay menos ruido en la casa, y que por fin tus libros están en su sitio, pero creo que te echa de menos.

Isabella sonrió. Penny era una escocesa ciento por ciento, hablando en gaélico la mitad del tiempo, y gruñendo por todo. Vaya que los extrañaba también.

Heather está enorme. Un poquito gruñona, pero es comprensible. Callum la cuida como si fuera de porcelana. Ayer no la

dejó subir sola tres escalones y terminó cargándola como saco de harina. Exasperante y adorable.

Sintió un nudo cálido en el estómago. Imaginó el fuego en la chimenea, las ovejas pastando cerca de los bosques que ya empezaban a teñirse de invierno. Su tía tejiendo, Harriet cocinando y Penny gruñendo y limpiando. La propiedad Carlisle. Su hogar por adopción. Heather y Gwen en el castillo, su prima y amiga.

Yo estoy muy bien, niña. No te preocupes. Pero dime tú: ¿estás comiendo? ¿Duermes abrigada? Recuerda que siempre fuiste floja para el frío, y ya no tengo cómo perseguirte con sopa caliente.

Por fortuna, su tía se había recuperado bien luego del susto que les había dado el año anterior. La adoraba; la había sacado del miedo y el dolor, le dio un hogar junto a Heather. Era la madre que no había podido tener.

Una lágrima corrió por su cara, pero la limpió. Todo estaba bien, no tenía que ponerse dramática. La emoción la sorprendió. No lloraba fácil, pero la carta le removió algo muy antiguo.

Tomó la pluma. Escribir era, en este momento, una necesidad.

Mi querida tía,

Acabo de leer tu carta tres veces y aún sonrío. Gracias por contarme todo.

No puedo esperar a probar esa mermelada. La comida en la posada es muy rica, casera y abundante, y me estoy alimentando muy bien.

Perth es muy bonita. Tiene un puente hermoso sobre el río, y las puesta del sol son maravillosas. Hay una biblioteca muy nutrida que he aprovechado mucho.

Estoy tranquila. De verdad. Hace tres días que las cosas han mejorado por aquí. La llegada del duque de Elywood ha agilizado las negociaciones, y aunque el vizconde siga pareciendo un limón agrio al sol, estamos avanzando.

Dile a Gwen —por favor— que su carta fue determinante. El duque la mencionó con respeto, e incluso con una sonrisa. Ha dicho que pronto irá a las tierras MacLaren para revisar el trazado él mismo.

Y dile que les extraño, que estoy deseando volver. Aunque aún no sea tiempo. Ewan y yo…

Dejó de escribir, y meditó qué decir. No estaban las cosas aún tan claras entre ellos, pero… Había alguna certeza. Ewan la miraba distinto, le había dicho que su presencia lo calmaba y colmaba a la vez. Que le había traído una alegría que perdió.

Era exhilarante, pero todavía incipiente. ¡No podía esperar a que los acuerdos fuesen firmados y ambos retornasen! Creía con firmeza que lo que crecía lento podía cobrar vigor en el lugar que llamaban hogar.

Digamos que nuestra relación ha evolucionado. Para bien. Ya te contaré. No pongas esa cara mientras lees esto, te conozco.

Dale un abrazo a Penny (aunque diga que no le gustan) y a Harriet. Y otro para ti y Heather, del tamaño de las Highlands.

Con amor,

Isabella

Dobló la misiva con cuidado y la colocó en el sobre, lacrando el mismo. Se incorporó y salió, esperando encontrar a Eleanor. Les vendría bien tomar un poco de aire y salir de la posada.

Estos días en los que los hombres habían pasado de reuniones, ellas los habían pasado juntas, jugando cartas, compartiendo ratos junto al fuego, leyendo o, en el caso de la otra mujer, dibujando. Era una retratista extraordinaria, aunque no lo reconociera, con humildad.

Un día más —solo uno— y todo esto habrá terminado, le había dicho Ewan. Esperaba que fuese así, porque se sentía inútil. Claro que leer y escribir habían llenado su tiempo, y pasear por Perth le había brindado insumos para escribir en su diario de viaje.

Este crecía página a página, y aunque no imaginaba que algún día tuviese oportunidad de publicarlo, sería una maravillosa lectura para su futuro. Recordaría acudiendo a sus escritos.

Estos daban cuenta de lo que veía, describiendo en detalle los sitios, la gente, la cultura, pero también relataban sus impresiones y emociones al respecto.

Perth estaría en su corazón, porque aquí había visto como la mirada de Ewan se transformaba y sus palabras cobraban más y más calor al hablarle. Aquí la había besado por primera vez. ¿Cómo olvidar algo así?

Capítulo 26



Ewan apoyó ambas manos en la baranda de piedra, respirando el aire húmedo que subía desde el jardín cerrado. Los últimos acuerdos estaban a punto de ser firmados.

El duque había logrado lo imposible: torcerle el brazo al vizconde sin derramar una sola gota de tinta de más. Y él… él solo deseaba volver.

Subir a Isabella al carruaje y desandar el camino hacia sus tierras. Suspiró, y meneó su cabeza. Estaba hecho un sentimental.

La imagen de ella en su cabeza era una constante últimamente. Inmersa en un libro mientras tomaba sopa. Con la mirada perdida y una pluma en la mano, su cabello un desastre. Incluso dormida junto al fuego, custodiada por Eleanor.

Era bueno que Malcolm hubiese traído a esa amable mujer, porque había sido barrera frente a Margaret, que deambulaba ostentosa y fiera por la posada, el café de la ciudad y en los alrededores de la sede donde se reunían.

Malcolm había murmurado que había retrocedido en sus intenciones, un día atrás, y fue entonces que Herrick comentó que había solicitado audiencia con el duque.

Ambos habían quedado asombrados, y esto se convirtió en agravio cuando el administrador les dijo, azorado, que había sido ultrajante su avance sobre su Gracia.

El hombre era muy formal, estructurado y meticuloso, y muy protector del duque. Al parecer su padre había sido el hombre de confianza del anterior duque de Elywood, y Richard heredó el puesto. Además era amigo del noble, porque habían crecido juntos.

Esa mujer avanzó sobre su Gracia, prácticamente se le ofreció en bandeja. Un ultraje. Escandaloso. Ese vizconde no sabe la víbora que tiene a su lado.

Ewan se sintió tocado. Esa descripción le había cabido en el pasado. Era desagradable mirar atrás y comprobarse enredado y engañado, pero eso estaba asumido. Sufrido, penado y superado.

La satisfacción era comprobar que alguien mucho más digno y bella, por dentro y por fuera, era sujeto de su más profundo interés. Y también le reivindicaba saber que el duque había cortado en seco a Margaret, hablándole con dureza acerca de su situación. No era un noble que se anduviese con medias tintas este.

El sonido de pasos lentos le hizo girar. No pensó que quedara alguien más en la sala, en la que él se demoró organizando sus papeles, los que Malcolm no se llevaría para hacer los registros legales correspondientes.

Quería tener organizado lo que presentaría a Callum a la vuelta.

—Sabía que te encontraría solo.

La voz suave, casi un ronroneo, escondía una vibración aguda, como la cuerda tensa de un violín desafinado, y lo puso en alerta. ¡Joder! Había convocado al demonio con el pensamiento.

Se envaró, fastidiado y dispuesto a salir sin decir una palabra. Nada tenía que hablar con esta pájara.

Margaret se cruzó en su camino, sonriente. Llevaba un vestido celeste y blanco, entallado, con mangas abullonadas. Su sombrero, pequeño y ladeado, no ocultaba la intensidad de su mirada.

—No deberías estar aquí. Si buscas al vizconde, llegas tarde. Te ha de estar esperando en la posada.

—Oh, vamos—sonrió ella, dando un paso más—. Sé que es así, pero puede esperar. Lo hará. Pero yo necesito… Hemos de hablar— se contoneó, avanzando hacia él, y Ewan sintió su rabia crecer.

—No hay nada de qué hablar. Todo está dicho. Que insistas es… Patético.

—¿Patético? No pensabas eso cuando vibrabas conmigo. Sé que aún recuerdas lo que hubo entre nosotros. Tanto fuego, tanta pasión.

Se mordió el labio inferior, y sus manos fueron a su escote, provocativa. Barata, se le antojó. Le provocaba darse unas hostias por cateto infeliz del pasado que fue.

—Recuerdo muchas cosas —dijo él—. Y ninguna me hace desear repetirlas.

Margaret se detuvo frente a él. Tan cerca que su perfume empalagoso invadió el aire entre ambos.

—Podríamos empezar de nuevo—murmuró—. Recuperar lo que fuimos. Esa mujercita con aires de escritora es una niñita. No conoce lo que quieres, lo que necesitas.

Resopló, y rio fuerte.

—¿Y tú sí? ¡Ilusa! Y no ensucies el nombre de Isabella al pronunciarlo. Las mujeres como ella son más fuertes de lo que tú podrías imaginarte—replicó Ewan, sin elevar la voz—. Y yo ya no soy el soldado idiota que conociste en Calcuta.

Los ojos de Margaret parpadearon. No en confusión, sino en furia.

—¿Idiota? —dijo, en un susurro tenso—. ¿Te atreves a insultarme cuando fui yo quien te sostuvo, te di sentido, pasión? Lloraste por mí. Sufriste. ¡Me amaste! Aún lo haces.

—¿Amor? No sabes qué es eso, ¿cómo podrías reconocerlo? Y no me avergüenza…. Bueno, en parte sí… No es bonito reconocer que di valor de piedra preciosa a una piedra falsa—Ewan la miró de arriba abajo—. Lo que tú llamas amor fue obsesión.

Margaret se acercó aún más, y le apoyó la mano en el pecho. Él no se movió. Pero tampoco le devolvió el gesto.

—No me toques —dijo al fin, seco.

—Ewan…

—No. Escucha bien: no eres mi presente. No fuiste mi futuro. Y ahora ni siquiera eres parte de lo que respeto.

La bofetada le alcanzó veloz, antes de que alcanzara a moverse. Se hizo atrás, y ella volvió a golpearlo, haciendo que su sangre ardiera.

—¡Basta!

En ese momento, ella gritó.

—¡Socorro! ¡Alguien, ayúdeme! ¡No, no! ¡Déjame, Ewan, no quiero! ¡Ayuda!

¿Qué decía esta loca? ¿Qué pretendía?

—¡Pero qué mierda!

La voz era conocida, pero Ewan estaba demasiado sorprendido, y farfulló su asombro, retrocediendo.

Pasos retumbaron por el claustro y dos cuerpos entraron en la sala. Ewan, con la marca de la mano de Margaret aún en su mejilla,

supo que la farsa acababa de comenzar.

Los pasos que acudieron al llamado eran del ingeniero, Herrick, el mayordomo del lugar, luego Malcolm, seguido del duque de Elywood, y Lachland.

—Teatro, teatro—escuchó decir, y miró a Grant, que sacudía su cabeza y parecía borracho.

Un par de criados asomaron desde el ala norte, pero retrocedieron ante la tensión que se cortaba en el aire.

—¿Qué demonios está ocurriendo aquí?—preguntó Malcolm, escaneando la escena con ojos de halcón.

Ewan no se movió. A su lado, Margaret había adoptado una pose temblorosa, recogida sobre sí misma, una mano en el escote, los rizos agitados.

—Me... me atacó —balbuceó—. Se enfureció. No sé qué le pasó.

—¿Atacarte? —Ewan giró hacia el grupo—. ¡Esto es una farsa! ¡Miente!

—¡Mentiroso!—dijo ella, apretando los puños—. Se abalanzó sobre mí como un animal. Pregúntenle... ¡pregúntenle!

Malcolm no dijo nada. Sus ojos se clavaron en los de su primo, preocupados. Él más que nadie sabía que no era real, que no había manera… Pero luego miró al resto, y vio sombras, dudas.

La palabra de una mujer que gritaba y se presentaba quebrada no era fácil de sortear. Margaret era una artista excepcional, lo había demostrado con él, y seguía haciéndolo.

Nervios intensos le acuciaron y se hicieron nudo en su estómago, y enlentecieron su pensamiento cuando más activo debía estar.

—No, ella está mintiendo. Vino aquí, buscó seducirme.

—¡Eres un monstruo!—gritó ella, y pretendió que se caía, en un vahído teatral que surtió efecto, porque el ingeniero corrió a sostenerla, mirándolo con azorado gesto.

Pero fue Grant, tambaleándose, quien interrumpió el silencio con una carcajada ronca.

—¡Bah! Si eso fue un ataque, entonces yo soy la reina Victoria en enagua—. Todos lo miraron, perplejos—. ¡Yo vi lo que pasó! Estaba allí detrás del muro, bebiendo lo mío, porque esto de las negociaciones me da sed —hizo un ademán vago hacia su petaca—. La señora vino directa a él, como un halcón al cuello de un conejo. Él la rechazó. ¡Y vaya con qué palabras! ¡Brillante, muchacho!—rio otra vez—. Ella se le colgó encima y luego chilló. Una actriz mediocre, si me permiten decirlo.

Margaret se volvió hacia él, roja de rabia.

—¡Está borracho! ¡Sus palabras no valen nada!

—Oh, puede que lo esté, sí. Pero no estoy ciego, querida. Y usted es una pájara de cuidado.

El duque dio un paso al frente. Su voz, cortés, tenía la dureza de un acero bien templado.

—He escuchado suficiente. Esta escena es indigna, señora Ashford.

—¡¿Indigna?! ¡He sido atacada! ¿Permitirán que este hombre me denigre impunemente?

—Eso dependerá de los hechos, no del escándalo que intenta fabricar.

—¡Noooo! ¡Estoy siendo culpada sin merecerlo!

Su llanto se volvió gritos, y esto dio más peso a sus reclamos. Las dudas acechaban. Grant había sido muy claro, pero… Estaba borracho, era evidente.

Ahora mismo se tambaleó y se sostuvo en una columna, y Margaret… Era la viva imagen de la desesperación.

Ewan miró desesperado a Malcolm, que asintió y pretendió organizar el caos, pero entonces, apareció el vizconde en el vano de la puerta. Su cara y su horror fueron obvios al mirar la escena, y comió de la mano de Margaret, que dio un alarido y corrió a él.

—¡Él…! ¡Quiso…! Oh, por Dios… Me quiso violar…

Lloraba sin consuelo sobre el hombro, y el vizconde giró su rostro hacia Ewan, y se demudó.

Ewan no lo culpó. ¿Cómo podría? Sin embargo, esto no quitó que lo que siguió lo enredó todo.

—¡Usted! Oh, maldito escocés, rufián infeliz. ¿Cómo…? ¿Cómo se atreve?

El vizconde temblaba, pálido, y se adelantó con su dedo en el aire.

—Su *protegida* ha hecho una acusación seria—atajó Malcolm—. Pero hay un testigo de que el hecho no ocurrió como ella afirma.

—¡¿Testigo?! ¿Quién?

El vizconde dio vueltas, sus ojos desmesurados.

—Grant.

—Sí, yo… Esa damita que usted alimenta, mi amigo…—sacudió su cabeza mientras lo decía, y Ewan supo que sus palabras lo destruían más que ayudarlo—. Menuda zorra ha resultado.

—¿Este ebrio es su testigo? ¡No dejaré que mancillen a Margaret y se amparen en la palabra de un hombre sin honor.

—¡Honor! ¡Tengo más honor en una uña que usted…!

—Milord, no nos precipitemos—intervino el duque, su rostro muy grave.

—No, tuve suficiente de usted protegiendo a estos brutos—El vizconde apretó los dientes y miró a Ewan con desprecio—. Demando satisfacción.

El silencio de muerte solo fue quebrado por sollozos suaves de una Margaret que observaba la escena detrás de sus palmas. Ewan no dudó que contenía una sonrisa.

—¿Me está desafiando a duelo?—dijo, sin moverse un centímetro.

—Así es—El vizconde se irguió como si esperara aplausos—. A pistola. Mañana al amanecer.

El duque suspiró.

—¿Estamos en 1857 o en 1749, caballeros?

—En tiempos en los que aún se defiende el honor—espetó el vizconde.

—Acepto. Nada he hecho, pero no hay modo de convencerlo de eso. Está usted demasiado ciego.

El vizconde vino adelante, pero lo frenaron. Malcolm, sin esperar más, puso una mano en el hombro de Ewan, y suspiró largo.

—No podía terminar todo sencillo. ¡Maldita mujer!

Ewan asintió, devorado por sensaciones y emociones. Injusto, innecesario, una complicación a las negociaciones, una sombra a un futuro que ya había anticipado brillante. ¿Podía ser el destino tan cabrón? Eso parecía.

—Seré tu padrino.

El duque habló con frialdad.

—Yo me encargaré de garantizar que esto se realice según las reglas. Pero no sin antes advertirle, vizconde, que si usted pierde, no será solo una herida lo que cargará, sino el ridículo de haber respaldado a una mujer que ha sido acusada de mentirosa.

—Ya veremos quién queda ridiculizado—masculló el otro y se marchó, con Margaret a su lado.

Ewan, entonces, se volvió hacia Malcolm y el duque. Pero fue Isabella la que cruzó los muros en ese momento, con el rostro desencajado y el aliento cortado.

—¡Ewan!

Corrió hacia él, lo tocó en el pecho, el brazo, el rostro, como para comprobar que seguía allí.

—Uno de los criados llevó la noticia. Oh, Dios… Esa maldita mujer. Dicen que el vizconde es un buen tirador—susurró, y Ewan apretó sus labios.

Ella temblaba. Le tomó las manos y las apretó.

—Shh, tranquila.

—Su Excelencia, debe parar esto. No... no puede morir por culpa de esta locura. De esa mujer. ¡Miente, no tengo dudas!

Ewan la abrazó. Cerró los ojos. Sintió el calor de ella, su miedo, y también su fe.

—No moriré, Isabella.

—Señorita Carlisle, la mayoría sabe que Ewan es inocente, pero… Ha sido desafiado, y aceptó. No hay nada que pueda hacer.

Ella se aferró a su cuello, su rostro anegado de lágrimas, y a Ewan se le estrujó el corazón. Estas perlas en sus mejillas hablaban de lo que había entre ellos, y maldijo a Margaret con todas sus fuerzas.

Odiaba el dolor en la cara querida de Isabella Carlisle.

—Tengo miedo, Ewan.

Él sonrió, y le acarició el cabello y la mejilla.

—No planeo morir mañana, Isabella. Tenemos mucho de qué hablar y por lo que vivir.

—No tiene sentido seguir aquí—dijo el duque, con autoridad—. Hay mucho por preparar. Tengo sugerencias para ti, Ewan. Reúnete conmigo en mi habitación, en dos horas.

Asintió. Necesitaría consejos. Nunca había estado en un duelo. Había sido soldado, había matado, pero no de esta forma.

¡Maldita, maldita Margaret!

Capítulo 27



El viento le arremolinaba la falda mientras caminaban por el sendero estrecho y flanqueado por cipreses y acacias. Había angustia y malestar en el aire. Su miedo era una presencia energética negativa envolviéndola y aturdiéndola.

Miró al cielo, encapotado, gris como su ánimo. La tormenta estaba suspendida sobre Perth, una amenaza latente de furia elemental que Isabella rogaba llegara e impidiera la locura que se abatiría por la mañana.

Ewan carraspeó, llamando su atención. Lo miró y trató de sonreír, pero su gesto estaba viciado de terror, y él apretó sus labios.

—Isabella…

—Entonces —murmuró ella, intentando imponer seguridad en su voz. *Ya está bien de temor vacuo que no suma. Ewan tiene mucho en su cabeza, no le puedo sumar el tener que consolarme. ¡Espabila, Isabella!—. ¿Qué dijo el duque?* ¿Cuáles serán las condiciones?

Ewan caminaba con las manos en los bolsillos, los hombros rígidos bajo el abrigo. Tardó un momento en responder, pero lo hizo sereno.

—El enfrentamiento será al amanecer. Hay un claro en el bosquecillo aquel que paseamos, ¿recuerdas? A las afueras del pueblo. Malcolm será mi padrino. El vizconde eligió al señor Wainwright.

El ingeniero no debía estar contento. El hombre era recto y honorable, y se había mostrado proclive a una postura intermedia en cada reunión, sin la obcecación del vizconde.

—¿Y qué más?

Él suspiró y luego sonrió con una ironía tenue.

—Habrá pistolas provistas por el club de tiro de Perth, reglamentarias. Serán cargadas por los padrinos, bajo mutua supervisión. A la señal del duque, damos cinco pasos, nos giramos, y disparamos.

Esos eran a lo sumo diez metros de distancia.

—¿Cuántas veces?—susurró, deteniéndose y girando para mirarlo fijo.

—Una. Solo una, a menos que ambos fallemos.

Isabella tragó saliva. Eso era bueno, ¿no? Habría nervios, tensión, muchas emociones mezcladas en esos dos hombres. Las balas podrían pasar lejos, rozarles. No tenía por qué haber muerte.

—No te enloquezcas pensando en las posibilidades.

Él colocó sus manos en los hombros de Isabella y luego la acercó contra su pecho, abrazándola con cuidado. Isabella cerró los ojos y se dejó envolver por el calor que irradiaba, por su aroma masculino a jabón y cuero.

Mas necesitaba saber los detalles.

—¿Y si los dos aciertan?

—No hagamos esto, Isa. Solo te inquietas más y más.

El diminutivo, usado por primera vez, la sensibilizó más, si cabía. Su tono, su mirada calma, sus brazos sobre ella, la manera en que trataba de serenarla, todo era muestra de su preocupación, su interés.

—Estoy aterrada. Si algo te pasa…—susurró, y él negó, enfático.

Quiso creerle, sin margen de duda, pero…

—No va a ocurrir. Primero, soy un tirador de primera, y a esa distancia, más aún. Segundo, el duque me ha dicho algo interesante. Parece que el vizconde ha participado en otros duelos, y cada vez, lo hace por orgullo, para lavar su honor, y no para matar.

—Siempre hay una primera vez. Esa mujer ha puesto el peso de su odio sobre ti, y lo azuzará con saña. Debe estar llenando su cabeza con mentiras viles—dijo, con amargura.

—No hablemos de ella. Mira, dice Elywood que el vizconde tiene una tendencia… particular.

—¿Cuál?

—Cuando toma el arma, baja el hombro izquierdo sin darse cuenta. Es un gesto mínimo, pero cambia la trayectoria del disparo si el viento no lo acompaña. Me aconsejó que lo observe—Sacudió su cabeza—. Quiero que confíes en mí. No soy un neófito, un ajeno a las armas. Y tengo mucho por lo que vivir.

Se había separado de ella, tomándola de los antebrazos, y la miraba con mucha seriedad. Sus ojos brillaban, y la firmeza en su expresión hablaba de su determinación.

—Tu familia, tu clan…

—Tú, Isabella Carlisle. Entusiasta, preguntona mujercita que me sacó de la modorra en que vivía—Bajó su boca y le habló al oído —. Tú, que me hiciste bajar cada barrera que había levantado. ¿Crees que voy a dejar que un noble empecinado y cegado me quite de tu camino? Piénsalo otra vez.

Su boca no le dio tiempo a responder, pegándose a sus labios con urgencia, llevando niebla bendita a su mente, que dejó a su cuerpo en comando y este solo… Sintió.

Flojas sus piernas, sus brazos envolvieron el cuello de Ewan y respondió con fervor, apretándose contra él, dejando que la humedad del contacto despertara a su piel y pusiera a sus vellos en alerta. Liviana, volátil, entregada, así besó Isabella.

Cuando él se detuvo y se separó, la ternura de su mirada competía con la fiereza de su expresión.

—Nadie me va a arrebatar esto. Esa mujer no nos va a quebrar, te lo juro.

Retomaron la caminata.

—Es tan injusto—señaló ella—. Todos, salvo el vizconde, saben que miente. Grant estaba borracho, sí, pero no como para inventarse una escena entera. Lo gritó sin empachos, me lo contaron varios…

—Ese hombre no vio otra alternativa. Era el ridículo de aceptar que ella pretendía engañarlo, o fingir creer que la quise violentar. Y por una vez, bendigo la lengua floja de Grant, porque de no haber estado él… No sé cuántos hubieran creído mi verdad.

Isabella asintió. Ella sabía lo que era que desconfiaran. La gente prefería creer en lo menos doloroso o terrible, o lo que parecía tener más sentido. Le pasó, cuando era una niña.

Imaginación espantosa, desviada. ¿Cómo puede decir algo así? Arruinar la reputación de una vida con viles mentiras…

Las palabras vinieron del pasado lejano, y la irguieron. Ya no dolían, como entonces, cuando las creyó. Había creído que había estado equivocada, loca, que la sucia era ella.

Por eso entendía a Ewan. Las personas, sin el testimonio de Grant, habrían creído sin problemas que Margaret decía la verdad. La duda habría estado, y como una mancha imperecedera, afectaría a su honor.

Las personas no toleraban que les dijeran verdades sucias, en especial cuando tenía que ver con el oprobio de los cuerpos, con el uso y abuso de estos. Así, había monstruos que tomaban ventaja de los huecos. Eso eran Margaret Ashford y aquel administrador que la vejó cuando niña.

La ira se le enredó con la pena y la frustración. Estaba de manos atadas.

—Lo lamento tanto. Sentirte juzgado por algo así… Es un espanto—susurró.

La manera en que sus ojos llamearon y la atrajo hacia él por la cintura la sobresaltó.

—Que lo entiendas es el espanto, querida mía—besó su frente, su nariz, sus sienes—. No nos van a romper, te lo prometo. Solo tienes que esperarme, porque nadie, nada, impedirá que retorne a ti mañana. Y contigo volveré a nuestro hogar.

La emoción la dejó sin verbo, embargada de maravilla, porque esta era una declaración no solo de intenciones. *No nos van a romper*.

Tragó saliva. Una necesidad acuciante la hizo parpadear. La ráfaga de viento fuerte hizo crujir las ramas, y por un instante, el bosque entero pareció guardar silencio. Quería que Ewan la hiciera suya no solo con palabras.

Estaba lista.

No sabía cuándo pasó. Cuándo su miedo, su temor al contacto, su interrogarse sobre si alguna vez podría yacer con un hombre, se evaporaron. Él era la medicina que borraría el oprobio, y la terminaría de sanar.

—Ewan… .

—Lo sé —susurró él, y la atrajo hacia su pecho—. Tienes miedo. Pero pasará.

Isabella cerró los ojos. Se dejó envolver. Era un cuerpo grande, cálido, bienvenido. Con él no había imposición. Sí contención. Cuidado. Y cuando él le acarició la mejilla, sintió que podía desarmarse sin desmoronarse.

—No quiero perderte —dijo ella, alzando la mirada—. Justo cuando me atrevo a imaginar un futuro.

Ewan tomó su rostro con ambas manos. Su pulgar le rozó la comisura del labio, con ternura.

—Yo tampoco quiero perderte. Me has hecho sentir, Isabella.

Ella lo besó. No hubo prisa. No hubo duda. Solo un temblor leve en el alma y la certeza de que ese beso era un puente.

El cuerpo entero le ardía, pero no de miedo. De deseo contenido. De vida.

Al llegar a la posada, de la mano, ascendieron. Detenidos en la puerta de su cuarto, Isabella dudó un segundo. Luego lo miró.

—¿Te quedarías? —preguntó, con el corazón en la garganta—. Solo esta noche. Si mañana todo cambia… quiero recordar esto. Quiero tenerte.

Él abrió y cerró su boca, sorprendido, pero sus ojos se oscurecieron de pasión, y le tomó la mano.

—No podría soñar con otra forma de Paraíso como no seas tú.

Capítulo 28



Ewan cerró la puerta tras él, en silencio, aunque su cabeza estallaba de ruido. Estaba en la habitación de Isabella, y no por primera vez a solas. Pero este sería el momento en que su relación daría un paso irremediable hacia adelante.

¿Dudas? Oh, tenía varias, pero no tenían que ver con dar ese paso. Era el cómo lo que le carcomía.

¡Vaya si la quería! La deseaba con intensa pasión; desbordaba de ganas. Y entendía la valentía feroz de esta damita angustiada por su vida que lo miraba como si fuese a descolgar la luna para ella.

De algún modo, eso era lo que pasaría en minutos. En sus manos, en su boca, en su hombría, estaría la responsabilidad de liberarla de la marca que le habían impuesto al forzarse en ella.

En Ewan, su cuidado, su sensibilidad y su amor estaba el mostrarle lo bello que era entregarse. Era una responsabilidad tremenda, pero no le producía miedo.

Lo que pasaría entre ellos esta nochecita no sería intimidad vacía.

No. Eso había sido lo que lo conectó a Margaret allá en la India, lo entendía un poco tarde, pero sus hermanos siempre habían bromeado que era duro de entendederas.

Follar con obnubilada fijación era muy distinto que entregarse por completo.

Él e Isabella… No serían solo dos cuerpos en danza. Haría de esta noche la experiencia más hermosa para ambos. Porque él también la merecía y la quería. Necesitaba esto.

Avanzó hacia ella, de pie, temblorosa y decidida en medio de la habitación. *Si mañana todo cambia… Quiero tenerte*.

El deseo apuró su pulso, pero iba de la mano de algo más profundo, que le nacía del corazón y la mente. Un llamado atávico a sostenerla, a venerarla, a gozarla y hacerla vibrar.

Convertiría su miedo por él en pasión. Ella estaba dispuesta a entregarle su cuerpo, su querer, su pasado, y él le daría lo mismo. Más.

La observó y dejó que sus yemas acariciaran cada pedacito de su rostro, sin perder de vista el aleteo de sus párpados, la boca entreabierta, la garganta trémula que tragaba saliva.

El cabello estaba alborotado por el paseo, y sus mejillas ardían. Las rozó con sus nudillos, y ella cerró los ojos.

—Dime si algo no está bien—musitó, su respiración pesada—. Dímelo sin miedo, por favor.

Ella asintió apenas y apoyó la frente en su pecho.

—No quiero que mañana me duela no haberte tenido hoy—susurró ella, casi sin voz—. No te contengas. No soy tan frágil ni estoy tan quebrada como piensas. Me he fortalecido.

La besó en el cabello, cerrando los ojos.

—Sí, lo veo. Te veo. Nadie podría brillar tanto estando rota.

Como el brezo que se aferra a los suelos rocosos del norte, y resiste el viento y la escarcha, floreciendo bajo plomizos cielos y perfumando el aire, así era Isabella. Flor, espina, raíz. Ternura y tenacidad.

No dudó más. La besó, y ella abrió sus labios, dejándose allanar, la lengua de Ewan saboreando los dos pétalos rosados, sin apuro. Tenían la noche por delante.

Sus palmas envolvieron el rostro femenino y apretó el contacto, y luego deslizó una mano hasta la cintura breve, y la colocó a trabajar en lazos y botones.

Mientras, abandonó su boca y con su nariz dirigió el mentón de Isabella arriba para adorar la piel suavísima del cuello largo y elegante que olía a flores.

Un gemido suave le contó que complacía, y siguió más abajo, por las clavículas marcadas y hacia el escote. Su mano izquierda acarició su cabellera, y con torpeza la soltó de su amarre.

La mata en tonos de castaño cobrizo se derramó por sus hombros y espalda.

—Hermosísima—murmuró, apartándose para apreciarla, y aprovechó para buscar incomodidad o malestar en Isabella.

Solo vio ojos grandes oscurecidos y rubor, y un asentimiento brevísimo que lo instó a continuar.

Rozó sus dedos en la tela que envolvía el escote como una caricia.

—¿Estás bien?—murmuró, sin apartar la vista de sus ojos.

—Estoy temblando por dentro, pero sí—respondió ella en un susurro, y se quedó inmóvil.

Mientras trabajaba para despojarla de capas, Ewan se removió para quitarse la chaqueta y luego el chaleco. La falda principal y el polisón cayeron luego. Sin quitarle los ojos de encima, se desabotonó la camisa y la sacó por la cabeza, dejando al descubierto el torso marcado por años de trabajo, heridas, sol y vida.

Ella observaba su cuerpo, y si había rubor en sus mejillas, era claro que no solo era por pudor, sino por la intensidad del momento. Le devolvió el calor con sus ojos en ella. Así, ambos vulnerables al mismo tiempo, ese era el camino.

Isabella bajó la mirada y murmuró:

—Nadie me había mirado así antes.

—¿Cómo no hacerlo, si eres perfección?

Templó sus manos restregándolas, y le soltó el corsé y quitó la camisola fina. Sus manos se cruzaron cuando volaron a tocarse. Ella trazó la cicatriz en su costado, recuerdo de una batalla cruenta.

Él rozó la seda de sus pechos y se inclinó, soplando sobre ellos, que respondieron endureciéndose.

Era… Demasiado. Su miembro dolía, tenso, envarado en la víspera de la posesión. Ewan llevó su mano a su entrepierna, y se apretó allí, con decidida intención de esperar lo que fuese necesario.

Esto no se trataba de él, o de su erección.

Un pensamiento colisionó con su deseo. Años ha, la urgencia era ciega y voraz. Hundirse en el placer, cabalgar en él, hasta correrse. Mecánico, aunque pasional.

Este momento, aquí, con Isabella, era igual, pero distinto.

El deseo estaba, furioso, incontestable. Su hombría era testigo de esto. Pero iba acompañado de ternura, de necesidad de asegurarse que Isabella viviera, sintiera, gozara.

Esto era instinto y emoción pura, comunión de almas y cuerpos.

Se deshizo de las botas y los pantalones, quedando solo con la ropa interior. Cuando volvió a alzar la mirada, Isabella temblaba, decidida, de pie entre la penumbra y la promesa.

Desnudos por completo, respiraron en el mismo compás. No había prisa, solo un silencio cargado que no necesitaba palabras. Él la atrajo y sus pieles ardieron en conjunto.

Fue como si ambos dejasen atrás las cubiertas viejas —ropa, miedos, máscaras— para encontrarse por fin, de verdad.

La alzó con cuidado y la llevó a la cama. El cuarto estaba apenas iluminado por el exterior filtrándose entre las cortinas. No había quietud total, porque la vida enviaba señales escaleras abajo, pero para ellos… Era como si el mundo contuviera el aliento por ellos.

Se tumbó a su lado, pero no la tocó aún. La miró a los ojos.

—¿Estás segura?—preguntó por última vez, ya con la voz tomada por la emoción.

—No podría estarlo más—respondió ella, sin titubeos.

La besó, encendido, y sus manos se abocaron a descubrirla. No hubo quiebre y plano que no acariciase. Ella, tensa al comienzo, se fue rindiendo a su paso.

Sus manos pequeñas jugaron sobre sus omóplatos, bajaron a su espalda, lo atrajeron contra ella.

Pequeños sonidos de placer sorprendido se encadenaron y redoblaron su deseo, que fue necesidad creciente.

No podía postergar mucho más el momento, porque se sentía al borde de la explosión. Demasiadas emociones, demasiados sentimientos. Ella, en sus brazos.

—Isabella… Voy a…

—Hazlo—urgió, quedo en su oído, debajo de él, sus piernas enredadas como alitas en sus caderas.

Ewan cerró sus ojos y pujó, su miembro entrando en ella con la fuerza justa, abriéndose paso sin apuro por el conducto angosto, cálido, que le abrasó y le apretó. Respiró hondo, conteniéndose, dando pequeños empujes para hacerse sitio.

Cuando ella se arqueó y removió, precipitada temprano al clímax, él abrió la boca y lanzó un grito brevísimo, agudo, que anunció que se derramaba y se le iba la vida.

Por un instante, todo se detuvo. Como si el mundo se hubiera plegado sobre sí mismo. Ewan sintió que algo en su pecho se rompía y se rehacía al mismo tiempo —una rendición, una explosión muda, una fiebre dulce.

—Isabella—susurró—. Mi Isabella… Mi amor…

—Tuya—suspiró ella, y le abrazó, fuerte—. Solo tuya.

La sostuvo entre sus brazos, como si pudiera guardarla a salvo del amanecer y del duelo que se avecinaba.

—Duerme, Isa. Estás a salvo conmigo.

++++

Era la madrugada, y Ewan se había marchado hacía un buen rato, a regañadientes. Lo empujó ella, porque debía descansar. No podía pasar que una noche en vela afectara sus sentidos y fuera causa fatal de…

No, no podía pensar en eso. Él le prometió que estaría bien. Que no moriría. *Tonta, tonta. ¿Desde cuándo te aferras así al sinsentido? No hay seguridades en este mundo, salvo la muerte.*

¿Qué más daba? No necesitaba a su mente diciéndole que había peligro. Quería a su cuerpo, a sus instintos, gritando que Ewan no mentía y no fallaba.

Esta noche… Había sido perfecta. Cada toque, cada roce, cada frase fueron las adecuadas. La hizo gozar, vibrar, y la entrega había sido lo que soñó.

No podía dormir. La lámpara parpadeaba, e Isabella no tenía calma. Se levantó y se cubrió con el plaid de los MacLaren, avanzando hacia la mesa.

Abrió su libreta y mojó su pluma, sus dedos temblando. Y escribió, vertiendo en cada palabra su desasosiego.

Mi corazón late a la espera del desastre que mi corazón no acepta como posible. En unas horas, con la aurora, sobrevendrá el duelo.

El vizconde retó a Ewan frente a todos, después de que Margaret fingiera haber sido atacada por él. Esa mujer… Es una actriz improvisada que crea escenarios perversos y destruye a su paso.

He estado aterrorizada desde que ocurrió. Pretendí estar serena, y he fallado. Eleanor, bendita su presencia, una amiga ya a pesar de que apenas nos conocemos, ha sido de aliento, ofreciéndome consuelo. Malcolm, con esa calma que siempre tiene cuando más se la necesita, me aseguró que Ewan es un buen tirador.

Pero no es eso lo que me atormenta. No es la puntería. Es la posibilidad, aunque mínima, de perder a Ewan. Al hombre que amo. Que me ama, ahora lo sé, regocijo de regocijos.

Recuerdo una noticia que leí cuando aún era una muchachita y no sabía casi nada del mundo. Un joven conde, encendido de amor por una actriz de teatro, cayó con una bala en el pecho para

defender su honor. La descripción había sido tan triste. Me impactó. Y no puedo parar de recordarlo.

Ewan ha sido el descubrimiento más inesperado. Cuando llegué a las Tierras Altas, traía expectativas, entusiasmo, felicidad. Era por mi prima, por la tía, por nuestra nueva vida.

Luego, cuando Callum y Heather se enamoraron, mis esperanzas de que aquí estaba el hogar verdadero crecieron.

Ewan es eso para mí. El hombre de mi vida. Tomó meses que lo entendiéramos… Que nos diéramos cuenta de que nuestras confrontaciones no eran más que llamados mutuos de atención.

Lo amo. Ahí está. Lo he escrito. Lo amo, aunque me aterre. Aunque no sepa si el futuro que comienzo a imaginar podrá sostenerse.

¿Por qué, cuando empezaba a creer que era posible ser feliz, se abre este abismo? ¿Estoy condenada a perder lo bueno que llega a mí?

Esta noche desearía ser más fuerte. No por mí. Por él. Para que, si vuelve con vida, pueda abrazarlo sin miedo. Y si no vuelve...

No. No escribiré eso.

Vuelve, Ewan. Vuelve, por favor.

Capítulo 29



La escarcha cubría la hierba y era como cristal quebrándose bajo las botas de los presentes.

El cielo estaba gris, metálico, y la respiración de los hombres se alzaba en nubes efímeras.

—Queda acordado —dijo Malcolm, sin levantar la voz, pero claro y firme para que todos lo escucharan—. Es un duelo a primera sangre. Las armas serán cargadas y revisadas por los padrinos. Diez pasos entre caballeros, espalda contra espalda. Al dar la orden, girarán y tendrán derecho a un único disparo. El duelo termina en cuanto uno de los dos resulte herido. Hay un cirujano presente, como exige el protocolo.

El ingeniero, que actuaba como padrino del vizconde, asintió con seriedad. Fue él quien insistió en las últimas horas de la noche anterior para que el vizconde desestimara un duelo a muerte.

El hecho de que Ewan fuera un tirador experimentado y las horas que transcurrieron y aplacaron el ánimo del noble desafiante eran las probables causas para que este aceptara la sugerencia.

Toda esta situación era ridícula, innecesaria y producto de una denuncia tan falsa como un florín de oro. Lo sabían Malcolm, que confiaba en Ewan con ojos cerrados, y lo creían los demás presentes en este amanecer oscuro y frío.

Grant lo dijo, y el obcecado ebrio era un fastidio, pero no un mentiroso.

Pero el vizconde exigía reparación, y aquí estaban. Arriesgando mucho por una mujer sin moral. Cómo Ewan había tenido algo que ver con esa serpiente era algo que Malcolm no comprendía.

—Muy bien, acá están las armas—dijo el ingeniero, que las tomó de una caja que el señor Herrick trajo.

Ambos padrinos las revisaron. Eran pistolas de chispa, del mismo peso y calibre. El metal bruñido relució impactado por el pálido reflejo del sol naciente, que luchaba débil por predominio.

A unos cien metros, más allá de un grupo de arbustos, una figura femenina permanecía inmóvil. Margaret, con el rostro demacrado, el peinado deshecho por el viento, parecía una aparición más que una dama.

Malcolm la vio de reojo y sintió un nudo de inquietud. Estaba allí pese a que el decoro debería haberle impedido asistir. Y sin embargo… no se movía.

¿Sentiría culpa por lo que estaba a punto de ocurrir? ¿Habría algo de honor en esa figura bonita y vacía?

Se movió para acompañar a Ewan, que estaba muy serio y compuesto, al centro. La serenidad de su semblante se acompañaba de la firmeza en sus manos. Malcolm palmeó su hombro con afecto.

—¿Estás bien?

—Lo estaré—masculló Ewan—. En unos minutos, cuando esto termine.

—Apunta bien. Y haz lo posible por esquivar la bala en tu dirección.

Malcolm no era un hombre que se dejara impresionar o afectar por emociones extremas, pero su ánimo estaba sombrío. Temía, en

el fondo, porque la mínima posibilidad siempre era una, y si… No quería pensar en el infortunio para los suyos.

—Lo haré. No es mi primer rodeo, Malcolm. No te inquietes. Sobreviviré. Tengo todo por qué hacerlo.

Asintió, y se hizo atrás, quitándose de la línea de tiro. El vizconde estaba muy tieso, su espalda recta y sus facciones pétreas. Ambos espalda contra espada, comenzaron a caminar a la orden del duque.

Uno, dos, tres… Cinco pasos cada uno, marcados con exactitud, hasta quedar fijos. El aire se tensó como una cuerda.

—¡Fuego!

Ambos se dieron la vuelta con velocidad, más obvia en el ágil Ewan, que además, quebró su cuerpo a un lado sin mover las piernas mientras jalaba del gatillo. Dos detonaciones quebraron el silencio.

El eco se repitió entre los árboles y hubo un segundo de suspendida incógnita. Entonces, el vizconde gritó, el dolor obvio en su faz, cayendo de lado mientras se sujetaba el hombro izquierdo. La sangre comenzó a manar y empapar su ropa.

Malcolm miró a Ewan, frenético, y la imagen lo alivió. Estaba entero, bien. No se sujetaba nada, no sangraba. Tenía su arma contra su pierna, humeante, y Malcolm avanzó para tomarla, mientras el ingeniero hacía lo mismo con la del vizconde, que había caído más lejos.

—¡Ayúdenlo!

El grito del ingeniero rompió el silencio y el cirujano corrió hasta el vizconde.

—El disparo fue limpio —dijo el médico mientras examinaba la herida—. Atravesó músculo, sin dañar hueso.

El vizconde jadeaba, lívido, pero consciente. Mientras el médico trabajaba cortando la tela de su camisa, una camilla fue traída. Líquido antiséptico fue vertido sobre la herida, y le tendieron para poder trabajar.

Pasos apresurados y sollozos fueron lo siguiente que Malcolm escuchó, justo cuando estaba a punto de volver con Ewan, que había dejado el centro del claro y estaba en un costado y abrazado a Isabella.

Margaret apareció corriendo, el vestido recogido a los tobillos. El rostro crispado, las manos al aire. Una actuación en ciernes, pensó Malcolm, escéptico.

No creía que a ella le importase el herido, no de verdad. O sí, pero no por las razones correctas.

—¡No! ¡Por favor, no! ¡Yo no quería esto! ¡Mi querido!

Se lanzó hacia el vizconde, que ya estaba incorporado con ayuda del cirujano. Él la miró con el ceño fruncido, la mandíbula crispada.

—Vete, Margaret—espetó, sin elevar la voz, pero con autoridad férrea—. No hablaremos aquí. No…así.

La palidez de su rostro era preocupante. El dolor debía ser atroz. Necesitaba descansar, estar tendido, pero quería mostrarse digno. Ella no le dejó en paz.

—¡Hemos de hablar! ¡Tienes que perdonarme, no pensé que él dispararía! ¡No quise ponerte en esta situación!

Estaba fuera de sí, pensó Malcolm, y dio un paso adelante. El médico fue el que intervino para decir que el paciente debía ser

trasladado.

La situación se habría distendido de no ser porque ella miró a Ewan con Isabella, y su rostro se crispó.

—¡Ahí está él! Sin consecuencias a pesar de lo que me hizo.

Ewan giró y la miró con infinito desprecio, y le dio la espalda. Ashford, en su furia, no controló su boca, y en su odio, se delató.

—¿Crees que me superaste? ¿Qué esa tonta deslucida podrá darte lo que yo?—gritó, yendo hacia Ewan—. ¡Idiota, soy mucho más de lo que ella será nunca! Te lo dije, no te dejaré vivir en paz, buscaré…

—¡Margaret!

La voz del vizconde sonó seca, pero su expresión era de incredulidad, de inmediato iracunda y fiera.

—Desde este momento tienes prohibido acercarte a mí, o a cualquiera de mis empleados. Tu presencia no será bienvenida.

Un murmullo corrió entre los presentes. El duque de Elywood se irguió, su expresión glacial. El ingeniero cerró los labios con fuerza. Nadie dijo nada, pero la atmósfera cambió.

Margaret se dio cuenta, tarde, del error fatal al que su falta de contención la había expuesto, y corrió hacia el vizconde. Se aferró a los pliegues del abrigo del vizconde, como si pudiera borrarlo todo, y este hizo una mueca de dolor.

—Me he expuesto por ti... —se le escuchó decir, y Malcolm sintió vergüenza ajena—. Y así me pagas. No quiero volver a verte, jamás. Y lo digo en serio. Serás tratada como una paria si te atreves a acercarte.

—¡Por favor! ¡No quise…! ¡Él es el culpable, él!—gritó, señalando a Ewan, pero este tomó a Isabella por la cintura y se

alejó.

Malcolm volvió a mirar al hombre orgulloso, acostumbrado a hacer su voluntad que, herido y desengañado, había perdido compostura. Se notaba que la quería, o había estado obsesionado.

No tenía idea, pero parecía que esa mujer podía hacer que los hombres perdieran el rumbo por ella. Solo por un tiempo, consideró, hasta que su interés la llevaba a otro lado, como hizo con Ewan, o su máscara se caía, caso actual.

—Lo llevaremos en el carruaje. Puede viajar. Pero necesitará reposo.

Varios se movieron para ayudar al vizconde a caminar, traer el carruaje más cerca y guardar las armas.

Malcolm volvió a posar la vista sobre su primo e Isabella. Sus sospechas, crecientes en los anteriores días, estaban más que fundadas.

Estaban abrazados y sonreían al mirarse. Otro MacLaren embobado por una Carlisle, parecía. Sus primos tenían suerte.

++++

El alivio que sintió fue tan visceral que le dolió el pecho. No le había alcanzado. El disparo pasó a milímetros de su mejilla luego de que el grito del vizconde sonó, y Ewan supo que había sido más rápido y certero.

El noble cayó, tomándose del hombro, quejándose con dolor, mientras la sangre corría por su pecho y empapaba su mano. Hubo un instante de quietud, y entonces vinieron los gritos, las corridas del cirujano, el ingeniero, e incluso Margaret, hacia el herido.

Él, Ewan, estaba intacto: vivo, de pie, triunfante. Suspiró largo, y su mirada giró para buscar a la única que lo convocaba. Isabella venía hacia él, corriendo, con su cabello suelto flotando alrededor de la tez pálida, los labios distendidos en una sonrisa de trémulo alivio.

La abrazó cuando arribó a su lado, cerrando los ojos.

—Listo, listo, ya está. Te dije que iba a estar bien, te lo dije— repetía, alisando su cabello, y separándose para mirarla a los ojos.

—Lo sé, lo sé, pero tenía miedo. Yo…

Entonces, la escena a unos metros les atrajo, ruidosa, impactante.

El vizconde era atendido y a la vez, pálido, hablaba con Margaret. El hombre portaba una expresión tormentosa, y su renuencia a aceptar las palabras de Margaret fueron novedosas. Esta se notó más y más frenética y fuera de sí.

—¡Hemos de hablar! ¡Tienes que perdonarme, no pensé que él dispararía! ¡No quise ponerte en esta situación!

Ewan resopló, incrédulo, y atrajo más a Isabella, que quedó pegada a su costado. Margaret estaba demostrando una falta de lucidez importante.

¿No pensó que Ewan dispararía? ¿De verdad? ¿Creyó que cedería a su chantaje para evitar un duelo? ¿Qué se dejaría matar? ¡Qué poco le había conocido!

—¡Ahí está él! Sin consecuencias a pesar de lo que me hizo.

Suspiró, y negó cuando Isabella hizo amague de contestar en su nombre, llena de indignación. Su protectora personal, dispuesta a inmolarse por él. Jamás pasaría. Era él el encargado de la protección.

Miró a Margaret con desdén, buscando que sus ojos comunicaran lo que creía de ella, e hizo a Isabella su foco, como merecía.

Pero Margaret no se detuvo, demostrando una importante falta de tacto. Esto, tan raro en ella, finalmente la expuso ante los demás, de manera que el duelo ganado más la confesión impensada, lo liberaron:

—¿Crees que me superaste? ¿Qué esa tonta deslucida podrá darte lo que yo?—chilló, e intentó venir hacia ellos—. ¡Idiota, soy mucho más de lo que ella será nunca! Te lo dije, no te dejaré vivir en paz, buscaré…

Miró a Isabella.

—Jamás. Ella es una sombra donde tú eres luz.

Era importante que Isabella lo entendiera y no hubiese dudas. Le besó la nariz, ignorando a la otra.

Que intentase convencer de su versión a quien le pagaba los lujos. Por lo que se vio, iba a ser difícil. El vizconde estaba lívido, incrédulo, y muy, muy herido. El pobre bastardo, pensó, piadoso.

No importaba cuánto le fastidiase ese hombre, Ewan había sido él, alguna vez.

—Desde este momento tienes prohibido acercarte a mí, o a cualquiera de mis empleados. Tu presencia no será bienvenida.

El noble habló por encima de su dolor, y la resolución era incontestable.

—Eso sí que es nuevo—susurró Isabella—. El vizconde despertó del embrujo.

—Eso parece.

Capítulo 30



Lo que siguió fue patético, y nada grato de ver. La orgullosa Margarte Ashford, tomada de la chaqueta del herido, procurando corregir sus pasos en falso, sin lograrlo.

—… Serás tratada como una paria si te atreves a acercarte.

—¡Por favor! ¡No quise…! ¡Él es el culpable, él!—gritó, señalando a Ewan, pero este no quiso Nada más tenían que hacer aquí.

Pasaron al lado del duque, que le dio una palmada amistosa en el hombro y le dijo con voz tranquila:

—Bien hecho. Por fortuna esto terminó. Tu honor está a salvo. Me encargaré de que el vizconde reconozca los hechos. No será difícil, considerando lo que acabamos de ver.

Ewan asintió y continuó caminando, deseando estar en la calidez de la posada y con Isabella a su lado, para distenderse y comenzar a pensar en su futuro. Hizo una mueca cuando vio a Lachland en su camino.

El gigantón Fraser, se balanceaba sobre sus piernas abiertas, una sonrisa de dientes muy blancos distendiendo su faz. El cateto se consideraba irresistible, pensó, y miró a Isabella de reojo, que le sonrió.

Ella le miraba a él. Solo a él. Sonrió, satisfecho. No tenía sentido estar celoso, o desconfiar. Isabella era una mujer entera, íntegra, sin dobleces.

—Bien ganado, MacLaren—dijo Lachland, asintiendo, y luego posó su mirada en las manos entrelazadas entre él e Isabella—. Y disfrutando de las mieles de la victoria, por lo que veo.

—¿Algún problema?—retó, arrugando su entrecejo, e Isabella hizo un sonido de sorpresa.

—¡Ewan! Lachland es un amigo.

—Uhú. Eso intenta. Espero que comprenda…

—Tranquilo, ya me percaté, con pena, de que llegué tarde a cortejar a esta mujer especial. Sus ojos tienen dueño, y aunque creo que podría irle infinitamente mejor conmigo, lo respeto.

—¡Idiota!—gruñó Ewan, y Lachland se rio, mientras Isabella enrojecía.

—Eres afortunado. Si la hubiese conocido antes, otro sería el cantar.

—No es así—replicó ella, apretando la mano de Ewan entre las suyas—. Tengo claro lo que quiero.

—Y está muy bien. Bien hecho, Ewan. No te envidio la situación que viviste. Tremenda bruja resultó esa inglesa.

Caminaron hacia el carruaje donde Malcolm ya los esperaba. Sí que se movía rápido, pensó. Debía estar muriendo por volver a la posada. Había alivio en su mirada, a pesar de su compostura.

Ewan le hizo un gesto con su cabeza, mientras abría la portezuela para Isabella y luego subió él. Malcolm se acomodó enfrente.

—Malcolm, gracias.

—No hice nada, Ewan.

—Claro que sí. Ewan estaba tranquilo porque tú estabas a su lado—dijo Isabella, enfática.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Somos familia. Él ha estado y estará para mí cuando lo necesite.

—Sin dudarlo.

—Creo que esta situación hará que los trámites que restan se concluyan con rapidez. El vizconde no querrá estar en Perth mucho más. Si te parece, me quedaré y resolveré los detalles. La presencia del duque es apoyo suficiente, y ayudaré a su administrador en el control de pagos. Eso de brindar capital por adelantado fue un incentivo importante. .

Ewan suspiró y asintió. Eso sería fabuloso. Estaba harto del noble, de las negociaciones, de Perth. Del drama.

Quería estar en su hogar, con su familia, con Isabella. La misión que Callum le encomendó estaba cerrada, finalmente. Tendido establecido, contratos con cláusulas clarísimas y concesiones en una parte de las postas, precios aceptables…

Cuando su hermano supiera los sucesos en detalle, se sorprendería. Había habido acciones de todo tipo aquí en Perth.

Hamish y Gwen estarían encantados, por supuesto. A los menores les encantaba el drama, y si lo tenía como centro, más aún.

—Aceptaré tu ofrecimiento.

—¡Ewan, Malcolm!

Los gritos masculinos, grave y sin aliento, les sobresaltaron.

—¿Alec? Ese es mi hermano—Malcolm se asomó y luego gritó al cochero para parar—. ¿Qué haces aquí? ¿Y qué te pasó?—gruñó Malcolm, alarmado.

Bajaron. Ewan enarcó las cejas. Alec tenía un aspecto… Patético. Ropa arrugada, ojeras, expresión alarmada.

—Venía hacia Perth cuando me enteré del duelo—gritó, bajando del caballo—. Las noticias vuelan. Un viajero lo mencionó en la posada, y salí anoche. Viajé tan rápido como pude. No dormí, no he comido… ¿Qué cojones pasó? Me dijeron que…

El pobre Alec estaba sin aliento.

—Tranquilo, primo, tranquilo—Ewan fue a él, y le abrazó, con afecto. Alec era un hombre rudo, duro en ocasiones. La vida de soldado no lo trató bien, y había afectado su visión del mundo y su audición, pero no su sentido de familia—. Ya pasó, vamos de vuelta. No fui herido, y mi rival tiene un hombro herido del que recuperarse.

—Bien—gruñó, suspirando—. Eso es bueno. Pero, ¿qué cojones pasó? Callum me envió solo para chequear el estado de las negociaciones. Para apoyarlos de ser necesario—su mirada fue a Isabella, que estaba abrazada a su cintura. Enarcó las cejas de modo cómico—. Ohhh… ¿Qué tenemos aquí? Veo que no es la única novedad que tienes, Ewan.

Su rostro se ensanchó, y su sonrisa, visible pocas veces, contagió. Ewan y Malcolm rieron, e Isabella, parpadeó, sonrojada, pero luego sonrió. Había alivio en el aire.

—Vamos a la posada. Hemos de alimentarte y conseguirte una cama cómoda. El descanso suficiente como para que estés como nuevo para conducirnos de vuelta a casa.

—A sus órdenes, claro. Y esa cama… suena bien. Más que bien.

++++

Margaret se alejó del sitio del duelo con el pulso retumbando en las sienes. El aire se sentía pesado, como opaco, y ella no parecía poder pensar con claridad.

Había actuado como una tonta, y el precio que comenzaba a pagar era demasiado alto.

El vizconde no solo estaba herido, sino que había sido humillado y sería sometido al escarnio de las habladurías, merced a la locura que la agobió allí atrás.

En realidad, su debacle comenzó antes, razonó. Desde el instante en que volvió a ver a Ewan y se encaprichó con jugar con él, con tenerlo para sí otra vez, y disfrutar de su cuerpo, reviviendo el viejo fuego que los había hecho arder en la India.

Ella, su lujuria, la vida tediosa, su sed de aventuras y la convicción de que tenía más control del que en verdad poseía, la habían traído a esta situación. Era una mujer desesperada cuyo futuro era una sombra.

Tragó saliva, el pánico envolviéndola como un sudario. En su haber, solo un puñado de joyas, ropa cara y algunos ahorros, menos de lo que necesitaría para vivir como quería.

Apuró el paso para subir al tílburi que la había traído. Maldita la hora en que no resistió la curiosidad de presenciar el duelo. Se habría evitado el momento de descontrol que la hizo execrable a ojos de todos.

La posada la recibió con silencio. Hubo miradas frías y otras más calculadoras y depravadas. Era una cualquiera a ojos de algunos brutos. Miserables.

Subió las escaleras, la espalda erguida, y ya adentro de su habitación, se sentó frente al tocador. Con manos temblorosas,

recolectó su maquillaje, sus perfumes y cremas.

Luego, dobló sus vestidos con cuidado, sus sombreros, sus zapatos, hasta que tuvo sus maletas y el cajón de viaje listos. Necesitaría ayuda para bajarlos, pensó.

La ganó la agitación. ¿Qué haría? ¿Adónde iría? Habían pasado años desde que partía sola de un lugar.

Desde que había llegado a la India, siete años atrás, no hubo momento en que estuviese sin un hombre que dispusiese de sus petates. Que le pagase lujos, alojamiento, viajes…

Se puso de pie en el centro de la habitación, rodeada de sombras. Suspenso en un silencio pesado de presagios. Se fortaleció.

Necesito verlo. Me perdonará. Estaba herido, dolorido, pero no puede vivir sin mí. Ahora mismo debe estar todavía doblegado por la ira, tal vez con láudano para aliviarle.

Esperaría. Sí, eso haría. No podía dejar que su orgullo la gobernase. *Suplica, mendiga, haz lo necesario para que él te perdone.*

Se conminó a ser paciente, a esperar. Nada ganaba con apresurarse. Ignoró las risas que pasaron frente a su puerta, las voces conocidas.

Esperó a que el comedor se disipara de gente para ir a comer, y con altanera expresión y voz fría, ordenó que le llevaran el té y la cena a su habitación.

Los nervios aumentaron con el pasar de las horas, y al otro día, era un manojo ansioso, pero determinado. Con paso elegante y uno de sus vestidos más sentadores, fue hasta la habitación del vizconde.

El mayordomo acudió a sus golpes breves y secos. El hombre, formal, de mirada severa, e impecable en su traje, la recibió con cortesía. Lo abordó con voz suave y una sonrisa compuesta, ni restringida ni amplia. La gente veía lo que uno mostraba, eso lo sabía, y por ello se había vestido con intención.

—Quisiera ver al señor vizconde, Claude.

—Eso no será posible, me temo, señorita Margaret—Hubo una inflexión en la voz, como si controlara el tono, aunque no era titubeo —. Tengo órdenes de no molestarle. Milord está dolorido.

—De seguro puedo hacer algo por él. Leerle, asegurarme de que tome suficiente agua, su medicina…

—Señorita…—el mayordomo tragó saliva, audible—. Él… Milord prohibió… No tiene permitido entrar en sus aposentos. Su presencia… Se nos ha dicho expresamente que no puede acercarse.

Margaret se pasó la lengua por el labio inferior, pensando, mirando a los lados.

—Sé que si me escucha podré…

—Su señoría no desea verla—dijo otra voz, y su propietario, el administrador, se acercó.

Con un gesto de molestia claro en su faz. Margaret tragó hiel, pero sonrió. Este pequeño bastardo no la vería suplicar.

—Entiendo. ¿Podría al menos informar al vizconde que emprenderé el regreso esta misma tarde?

—Milord no tiene interés en usted, no más. Lo ha hecho saber con claridad.

—El dolor no le permite pensar bien.

—Créame, milord está lúcido. Y muy consciente de sus acciones, que le han avergonzado y puesto en la lengua de cada

escocés en la redonda, y en las de aquellos que no dudarán en usar eso en su contra.

—No es mi responsabilidad.

—Ambos sabemos que sí. Dese por satisfecha con el hecho de que milord es benevolente y no desea más que terminar sus asuntos aquí y volver a Londres. Sin su compañía. No es cruel, empero—Le tendió un sobre, y ella lo tomó, parpadeando—. Ese puñado de libras pagará su viaje de vuelta y unos meses de alojamiento. Por sus servicios—le espetó, con desdén, y ella palideció, y retrocedió.

Pero no devolvió el sobre. Dios sabe que necesitaría este dinero. La sangre le hirvió de indignación.

Bajó por el vestíbulo en silencio, y solicitó a la posadera que su equipaje fuese conducido afuera, y que le llamase un carruaje.

Desde la puerta del comedor, la visión de Isabella y Ewan riendo —tan naturales, tan resueltos— le clavó la daga definitiva. Se quedó inmóvil. Su pecho tembló. Matices de rabia, celos y dolor se mezclaron.

Su culpa, se dijo*, es su culpa.*

Ya en camino a la estación de carruajes, sus pensamientos no pararon de escalar, fervientes. L*es haré pagar*, se prometió. Retorció el collar de perlas contra el cuello, ajustándose la bufanda, y una idea comenzó a rondar, persistente.

Preguntar con insistencia la llevó a un local no muy lejos de la estación, y respiró hondo antes de entrar. Con el collar en la mano y su mejor rostro de mujer agobiada, confrontó al prestamista.

El hombre, de ojos pequeños y juntos y nariz que parecía haber sufrido golpes, la escuchó con atención, y le hizo una oferta

que sabía ridícula. Tiró y aflojó, para finalmente ceder, a cambio de un favor.

—Estoy en problemas, milord. Necesito ayuda. Ha de tener algunos amigos de esos que son buenos cobrando deudas. De los que cobran y no preguntan.

—En efecto, señora. Conozco gente así.

—¿Podría ponerme en contacto con alguno? Es un asunto de extrema urgencia, y requiere discreción.

—Acaba de definir mi negocio, señora mía.

El collar cambió de manos, y tuvo un fajo de billetes y una dirección en su mano, con una nota de referencia del prestamista. *La necesitará*, le dijo el hombre. *No confían así nomás*.

No pensó en nada que no fuese la revancha. Ewan era el culpable de cada mal paso que dio en estas malditas tierras, y le haría pagar. Nadie jodía con Margaret Ashford, nadie.

Esto sería lo último que hacía aquí. Londres la esperaba. Si se apresuraba, tal vez podría controlar la forma en que su escarnio se difundía.

Siempre había algún hombre de mediana edad presto a recoger los pedazos de la reputación de una dama bonita y con imaginación. Esa era ella. No la derrotarían.

Capítulo 31



Isabella apoyó la cabeza en el hombro de Ewan mientras el carruaje avanzaba por la ruta polvorienta que conducía a las tierras MacLaren. No veía la hora de estar con los suyos, de volver al sitio que era hogar.

Estaban en paz, por fin. Su viaje se acompasaba por el murmullo de las ruedas sobre la grava, los crujidos de la madera, el golpeteo de los cascos de los caballos y sus relinchos, y la voz de Alec en el pescante saludando de tanto en tanto algún viajero a caballo o a conductores de carruajes.

La respiración pausada de Ewan vibró contra su oído. Isabella suspiró, y cerró los ojos. Habían sido días de inquietud, de alarma, de novedades, de sufrir, pero también de exhilarantes comienzos.

De pasión. Tragó saliva, rememorando la noche vivida con él, la piel sobre piel, los besos y caricias que los habían envuelto. Habría más, quería más, pero Ewan le había prometido que tendría el cortejo que merecía.

No podía esperar. Y no solo por ello.

Sentía en el aire la promesa de regreso. Volvería a ver a Heather. Debía estar redonda y luminosa en su embarazo. Iba a estar asombrada pero feliz cuando supiera que Ewan y ella…

¿Qué pensaría Gwen? Lo consideró por un momento. De seguro haría algún comentario graciosos sobre las primas tomando a sus hermanos por asalto. La tía Margaret iba a llorar, eso lo sabía.

Aquella, secretamente, se preocupaba por su situación, Isabella lo intuía. Suponía que, para sus ojos, Isabella seguía siendo la niña desprotegida y abusada a la que había ido a buscar al campo.

Ewan se removió y ella se incorporó. Al hacerlo, se descubrió a sí misma sonriendo; sus dedos rozaron el antebrazo fuerte que la contenía.

La calidez de ese contacto le bailaba por la piel, y volvió a pensar en lo que le esperaba: risas, preguntas, un panal de miradas curiosas.

—¿Qué pone tan linda sonrisa en su carita, Isa?

—La vida—respondió—. Estaba pensando que…

Alec gritó entonces, llamando la atención de Ewan.

—Ey, Ewan, hay gente adelante. Y no me gusta, no me gusta nada.

Ewan se despabiló al instante, incorporándose a medias.

—Isa—murmuró—. Agáchate cuando salga, y no te asomes. Alec no es de los que se alarman sin motivo.

Isabella parpadeó, sin poderlo creer, tensa. ¿Qué podría estar pasando afuera? Elevó su vestido para poder deslizarse al piso, mientras Ewan buscaba algo abajo del asiento.

Cuando las armas aparecieron en sus manos, tragó saliva, pálida.

El retumbar del carruaje se hizo más fuerte cuando Alec aceleró. Su corazón se aceleró. Su mente se colmó de los escenarios más complicados.

Miró como él amartillaba las armas, y la miraba, serio.

—No te asomes, y sujétate.

—¡Por favor, ten cuidado!

—Así será—prometió, y entonces se incorporó y gritó a voz de cuello—. Alec, ¿siguen allí!

—Ahí están, los jodidos. Armados hasta los dientes. Al menos cinco. Voy a tomar el atajo antes de la curva. Los imbéciles no conocen la zona, no habrían buscado ese lugar para posicionarse si fuera así.

—Sujétate—repitió—. Esto va a ser movido. Alec va a azuzar a los caballos.

Apenas lo dijo, el carruaje comenzó a virar, estremeciéndose y saltando, y por un instante Isabella creyó que derraparían. El pánico la envolvió, y sus nudillos blanquearon en los agarres metálicos.

Los caballos iban a toda carrera ahora, y Ewan abrió la portezuela y se asomó. Con una pirueta ágil, se perdió de vista, y lo siguiente que escuchó Isabella fueron disparos. Cerró los ojos y rezó.

Golpes secos en la madera la hicieron aplastarse contra el piso, obnubilada de pánico, su mente absorbiendo las imprecaciones de Alec y los gritos de Ewan maldiciendo a los perseguidores y alentando a los caballos.

—¡Eso, jodios, vengan que les meto bala por donde sea!—gritó Alec.

—¡A tu derecha, primo!

—Ea, Ewan, tienes buena puntería.

Ese Alec… Era un salvaje, decidió Isabella, los ojos apretados, escuchando al cretino reír y lanzar pullas al aire, como si esta fuese una fiesta.

—¡Estamos entrando en las tierras de Fraser!—gritó Alec—. El laird tal vez nos invite con buen whiskey.

Ewan saltó al interior del carruaje, y casi le robó la vida del susto. Isabella le miró irritadísima, y él sonrió. ¡Sonrió!

—¡Casi todo bajo control! Solo quedan tres—indicó.

Isabella asintió, pálida y sin fuerzas. Había querido emoción y aventuras, pero esto… Ya estaba bien. No necesitaba más.

Golpes secos en la portezuela anunciaron más balas.

—¡No te quedes a dormir ahí dentro, Ewan!—aulló Alec—. Todavía nos siguen.

Hubo un crac, y el vehículo saltó.

—¡Maldición!—Ewan se tomó de la puerta y miró afuera—. La rueda trasera está en pedazos.

El balanceo salvaje del carruaje los sacudió. Otro disparo, una explosión de astillas hizo volar parte de la puerta. Isabella sintió un dolor lacerante en su brazo y gritó.

—¡Isa! Ay, no, Isa—vino a ella, y luego gritó—. ¡Alec, Isa está herida!

Ella comenzó a perder sentido, y solo vio la cara de Ewan sobre la suya.

—¡Aguanta! Alec los tiene a raya, y ya llegan los hombres de Fraser. Aguanta, querida mía, mi Isa.

El estruendo de los disparos no cesaba. Ewan empujó a Isabella al suelo del carruaje en el instante justo en que una de las ruedas reventaba con un crujido brutal. La portezuela se astilló.

Un proyectil había atravesado la madera y el golpe empujó a Isabella hacia atrás. Su grito le atravesó el alma.

—¡Isa!

Se lanzó hacia ella, enloquecido de pavor. Encogida, pálida, y con los ojos muy abiertos, testimonios de su dolor. Una de las astillas de la portezuela, gruesa, sobresalía de su antebrazo, y la sangre manaba en un hilo constante.

Su faz palideció de manera fantasmal y se desvaneció. Todas las alarmas sonaron en la cabeza de Ewan.

—¡Alec!—rugió, fuera de sí—. ¡No dejes que se acerquen!

Afuera, los caballos relinchaban. Alec les había desatado y montado en uno, y disparaba con precisión mientras respondía con un gesto seco. Los hombres avanzaban en semicírculo, pero con cuidado. Eran torpes, pero les superaban. Y él necesitaba atender a Isabella.

Ewan sacó su revólver y descargó dos balas. Una dio en el pecho de uno de los atacantes; la otra hizo saltar un sombrero.

El resto se detuvo por un instante. Justo entonces, desde el bosque, surgieron cinco jinetes: hombres del clan Fraser, armados y rápidos. Uno gritó:

—¡Condenados MacLaren! ¿Qué demonios pasa aquí?

—¡Emboscada! ¡Ayúdennos! Tenemos una mujer herida—bramó Alec.

Ewan no esperó más. Se agachó, envolvió el brazo de Isabella con su pañuelo empapado en sangre, la alzó con cuidado y salió del carruaje justo cuando el líder de los Fraser —el propio Laird, padre de Lachland— bajaba del caballo con gesto furibundo.

—¡Traes escoria a mis tierras, MacLaren! —espetó.

—¡Cierra la boca y mueve a tu gente! —le respondió—. ¡Mi mujer está herida!

El Laird masculló algo ininteligible, pero ordenó que despejaran el camino. Mientras algunos de sus hombres daban caza a los bandidos restantes, otros corrieron a ayudar. Uno desmontó y le ofreció el caballo a Ewan sin preguntar.

—Llévala al castillo. El médico está allí.

Ewan montó con Isabella en brazos, sosteniéndola como si el mínimo movimiento pudiera quebrarla, y galopó hasta que ingresó al patio, a los gritos, exigiendo ayuda.

La habitación a la que le condujeron olía a desinfectante, al calor agrio del esfuerzo y a la sangre. Ewan no soltó la mano de Isabella ni un segundo.

El médico, por suerte en el reducto por cosa del destino, extrajo la gran cuña de madera y las astillas, limpió la herida a la altura del antebrazo. Ella estaba en una duermevela infligida por el láudano.

—Tuvieron suerte —dijo el médico con voz firme—. No se comprometió el hueso. La velocidad del madero lo volvió tan letal como un proyectil. Perdió mucha sangre. Estará débil y necesitará reposo. Nada de esfuerzo. O podría haber complicaciones.

Ewan asintió, con la mandíbula tensa.

—Así será—susurró.

Cuando el médico se retiró, él se sentó a su lado. Le acarició el rostro, suave, contenido.

—Vas a salir de esta. Te lo prometo.

Dios, el terror que había pasado apenas si lo abandonaba. Ella estaba tan pálida, parecía tan pequeña y frágil.

Dibujó sus facciones con las yemas en el aire, acuciado por la necesidad de llorar de alivio al pensar que no la había perdido.

Suspiró largo. Estaba cansado. ¿Cómo era que no podían estar en paz?

—¿Ewan? ¿Ella estará bien?

Alec apareció en el vano, su rostro muy grave, preocupado. Asintió, y fue a él, cerrando la puerta para dejarla descansar. Achinó sus ojos al ver que el laird Fraser le esperaba.

—Tenemos a uno de los hombres abajo. Lo dejamos en … averiguación. Ya vino el sheriff por los demás.

—¿Qué dijeron?

—Pensé que querrías interrogarlo tú mismo.

Asintió, y siguió al hombrón, mientras le pedía a una de las criadas que cuidara de Isabella. Era su prioridad, pero tenían que saber qué había ocurrido.

Algo olía mal, y Alec lo había gritado durante el ataque, lo recordó.

Lo miró.

—Mencionaron a nuestro clan, eso dijiste.

—Uno lo gritó mientras disparaba, sí. Nos esperaban, no era una emboscada para robarnos, o a cualquier carruaje.

Desembocaron en las mazmorras de Fraser. El hombre estaba sujeto por cadenas, con el rostro ensangrentado, y las manos atadas a la espalda.

Ewan lo miró fijo, avanzando.

—¿Quién los contrató?

El hombre escupió al suelo y bajó la cabeza. Silencio.

No lo permitió. Le asestó un puñetazo brutal.

—¿Quién les pagó?

Nada. Volvió a golpear, ahora en la herida del costado. El hombre aulló, y se hizo un ovillo, como pudo.

—Una dama.

—Dime todo—ordenó.

—Ella… Es inglesa. Con ropa cara, voz fina. Ojos claros. Nos dijo que era un asunto privado, de traición.

Ewan sintió cómo le hervía la sangre. Alec lanzó una maldición baja.

—¿Nombre?

—Dijo Margaret. No sé más.

Ewan cerró los puños.

—Eso basta.

Se volvió hacia uno de los Fraser.

—Envía un mensaje urgente a Perth. Para el duque de Elywood. Hágale saber que fuimos emboscados, y se señaló a Margaret Ashford como la instigadora. Que actúe antes de que ella desaparezca.

—Muy bien, lo haré. Si no me equivoco, esa es la mujer que mi hijo me dijo que estaba en las reuniones, ¿es así?

—Esa misma es.

—No hay furia tan fiera como la de una mujer herida—murmuró el laird, meneando la cabeza—. Presumo que no hubo acuerdos favorables para ella.

—No, pero sí para nosotros.

—Es bueno saberlo.

Ewan miró a Alec y le dijo que consiguiese un caballo y fuese a las tierras MacLaren. Necesitarían otro carruaje, y guardias para el

retorno. Tantos como fuese posible. No arriesgaría a Isabella otra vez.

Luego, volvió a la habitación, y se acercó a la cama. Isabella no se había movido. Su respiración era lenta, constante.

—Estoy aquí—murmuró—. A tu lado.

Capítulo 32



El mundo regresó en oleadas de luz temblorosa y dolor sordo.

Primero fue el sonido: algo que crujía levemente, como leña en un hogar distante. Después, el olor: ungüentos, humo.

El aire era más fresco de lo que recordaba, y cada respiración le raspaba la garganta como si llevara siglos sin hablar.

Intentó mover el brazo izquierdo y soltó un gemido involuntario. La punzada fue tan aguda que le arrancó lágrimas antes de saber por qué dolía.

Entonces lo sintió: el vendaje apretado, la rigidez del cabestrillo, el peso adormecido de su cuerpo exhausto.

—Isabella…

La voz le llegó desde muy cerca, grave, quebrada por la tensión y el desvelo. Ewan estaba allí. Parpadeó hasta distinguir su rostro. Él estaba sentado junto a la cama, los codos sobre las rodillas, las manos enlazadas como si contuviera una plegaria.

Tenía la camisa manchada, las ojeras hondas y la mirada clavada en ella como si no se atreviera a pestañear.

—Hola. Bienvenida—murmuró.

Ella intentó sonreír, pero solo logró un gesto torcido, doloroso. Movió la cabeza levemente, buscando orientación.

—¿Dónde…?

—En el castillo de los Fraser —respondió él al instante—. Estamos a salvo. Nos emboscaron, pero… ya pasó.

Los recuerdos volvieron de golpe. Los gritos, el bamboleo, el ruido de las balas y las maderas. Ewan, Alec… El chirrido de la rueda rota. La sangre, su sangre. El frío invadiéndole la piel.

Su cuerpo tembló. Ewan lo notó al instante. Se incorporó, se acercó, le tomó la mano buena con ambas suyas, ásperas y calientes.

—La madera te hirió el antebrazo, pero el médico dice que no hubo daño óseo. Te desmayaste del dolor, del susto. Pero vivirás. Y si Dios quiere, sin secuelas.

Ella tragó con dificultad.

—¿Y tú?

—Entero—Sonrió apenas, una curva breve.

—¿Y Alec?

—Tiene más vidas que un gato.

Isabella lo miró en silencio, luchando contra el temblor interno. La habitación parecía girar, pero su presencia la anclaba.

—No puedo creer que alguien quisiera… ¿Bandidos? —dijo ella.

Ewan apretó los labios.

—Sabemos que fue Margaret.

Parpadeó. ¿Qué? Sacudió su cabeza, incrédula.

—Pero… pero…

—Ya tenemos una confesión, y es clarísima.

—No entiendo—movió su cabeza, confundida. No podía entender qué pasaba por la cabeza… Por el corazón de Margaret Ashford. ¿Cómo se podía odiar así? Sin motivos—. ¿Por qué? Ella fue la causante de su situación. La provocó con su descaro, con…

—No podemos saber qué pensó, que creyó. Pero, ¿no ocurre frecuentemente que muchos culpan al otro de lo que les ocurre?

Creo que es el caso.

Debía ser así. En lugar de soltar y avanzar, retrocedía, buscaba herir más.

—Como sea, tendrá el castigo que merece. El laird Fraser ya envió mensajes al duque de Elywood y a Callum. El primero verá que se haga justicia, que ella sea confrontada con lo que provocó. Si es que no huye antes—murmuró.

Isabella cerró los ojos un instante. Recordó la actitud, la mirada de Margaret siempre colérica sobre ella, el odio que irradiaba. Era… triste.

Y no pudo evitar sentir honda pena. Albergar ese veneno, esa insatisfacción, debía ser un peso brutal.

Esa mujer tenía un alma rota que elegía destruir y confrontar, en lugar de hacer lo necesario para sanar.

—Isa… ¿Cómo te sientes?—Claramente Ewan confundió su tristeza por esa pobre mujer con dolor, porque de inmediato se puso en movimiento—. Puedo pedir al médico que…

—Estoy… bien—sonrió—. Duele, sí, pero estaré bien. Estaremos bien.

Lo estarían. Enfatizó el mensaje con un cabeceo, porque era Ewan el que ahora se veía inseguro.

—Cuando te vi en el suelo, sangrando… Sentí tanto temor…

Apretó la boca y trajo su mano para acariciar el mentón y la mejilla de Isabella. Ella volcó su cabeza para que yaciera sobre esa mano callosa y fuerte cuyos dedos siguieron acariciando con delicadeza su piel.

—Igual yo, mientras ese carruaje daba tumbos y las balas parecían llover—Suspiró, y pareció desinflarse, sin fuerzas—. ¿No

lograremos cerrar este capítulo en paz?

—Claro que sí—dijo él, con fiereza, y acercó su rostro para quedar apenas a un suspiro—. Voy a protegerte, así tenga que atarme a ti, y te fastidies de verme hasta en tu sopa.

—No va a pasar—susurró.

—Alec se asegurará de que Callum envíe suficientes guardias para proteger nuestro retorno. Ya verás, iremos custodiados como reyes. Estamos bien aquí, y estaremos mejor en las tierras MacLaren.

Él deslizó los dedos por su mejilla y los dejó ahí, cálidos y firmes. Isabella asintió, y cerró los ojos, hasta que volvió a dormirse. Necesitaba ese reposo.

Capítulo 33



La excitación era palpable en el aire y envolvía las tierras MacLaren, sacudiendo planicies, lochs y colinas, que vibraban con el murmullo de voces, risas, sonidos de animales tironeando carruajes desde todos los rincones.

El gran evento no solo había atraído a muchos de los miembros del clan, sino también a delegaciones de los Fraser, de los Grant, McDonald, además de funcionarios, inversionistas y políticos ingleses.

Las pasadas semanas se había terminado el tendido ferroviario que conectaba las Lowlands con esta sección de las Tierras Altas, y la inauguración era motivo de festejo.

No podía ser de otro modo, luego de tantas idas y venidas, de tantos encuentros y desencuentros. El ferrocarril era una realidad, y en poco lo tendrían aquí.

La expectativa era enorme, y la cantidad de niños y adultos curiosos y hasta un pelín asustados era notoria.

Este era un día histórico que sería recordado por generaciones por venir: el primer viaje oficial del tren hacia la estación erigida sobre lo que había sido una antigua posta de diligencias.

El lugar estaba engalanado con guirnaldas, moños, cintas, y bullía de actividad e impaciencia. Grupitos de hombres y mujeres, familias, amigos, desconocidos, se arremolinaban y conversaban con ademanes, mirando al horizonte.

Heather e Isabella estaban sobre un extremo de la tarima baja instalada para los invitados de honor. Su prima se veía espléndida con su vestido ocre y su cabello peinado brillante y sus joyas sobrias, pensó Isabella, mientras acomodó a Scott, el precioso bebé de Heather, sobre su cadera.

El enérgico chiquillo , luz de los ojos de las Carlisle y los MacLaren, gorjeaba y agitaba sus bracitos al compás de la música que sonaba.

La banda entretenía a la multitud y sus instrumentos sonoros tenían embelesado al más pequeñito del clan.

—No lo vamos a poder dormir esta tarde—se lamentó Heather, suspirando—. Va a quedar muy excitado.

—Es un día especial, y mi pequeñín merece disfrutar—intercedió Isabella, que había hecho de mimar a Scott una meta diaria.

El amor que sentía por este niño no tenía igual. Sí, adoraba a su prima y tía, y Ewan era el hombre que amaba sin medida, pero Scott… No sabía cómo describirlo, pero no importaba. Se sentía.

—Todos lo merecemos—dijo Heather, sonriendo, e Isabella asintió.

Miró alrededor, y sonrió, codeando a Heather para que mirara a Penny. La gruñona escocesa estaba restregándose una mano en los ojos, y había una sospechosa humedad en sus mejillas.

Ambas la observaron un poco incrédulas, justo cuando ella las miró.

—¿Que pasa, Penny? ¿Emocionada? Pensé que detestabas la idea de que todo el valle huela a carbón.

—Una basura en el ojo. De seguro es algo en el aire producto de ese tren que ya viene—gruñó la mujer—. No pensarán que aceptaré estos adelantos. Vine por acompañar a la señora Margaret.

—Mmm. Pero imagino que el hecho de que la sobrina de Harriet esté trabajando en la estación es algo que apruebas.

—De algo hay que trabajar. Está bien que haya escoceses manejando esto. Es lo justo.

Uno de los resultados favorables de las largas negociaciones, pensó Isabella.

—Tía, ven—Heather hizo un gesto hacia Margaret, que se acercó, dejando atrás a Harriet, a la que Penny se unió.

—Oh, mi chiquito hermoso—dijo la tía, y arrebató a Scott de brazos de Isabella con habilidad, besando los cachetes y riendo cuando él se limpió con sus deditos regordetes y se quejó en su idioma de media lengua—. Aquí está la tía Margaret, sí, y va a cuidar y consentir a este pequeñito. ¿Esos escoceses grandotes molestan a mi Scottie? Sí, Hamish pesado, la tía sabe.

Este, que venía justo llegando, resopló y rio, e Isabella y Heather hicieron lo mismo. Era un poco cierto que el novel tío Hamish había sido descubierto tratando de enseñar palabras a Scott, y no de las bonitas que solía leer.

Isabella todavía estaba sorprendida de saber que al varón menor de los hermanos le gustaba leer poesía y se perdía en la biblioteca por horas.

No habría asociado su imagen de jinete algo salvaje presto para beber y pelear con esa faceta más tranquila.

—Jaa, no me señalen con el dedo, no soy el único. Alec le está tallando una pequeña espada de madera.

—Oh, por Dios—suspiró Heather—. A veces no sé qué piensan estos hombres. Scott es de a ratos una mascota o un pequeño soldado para entrenar.

Isabella meneó su cabeza y miró hacia donde Alec, no muy lejos, fruncía el ceño y adelantaba ligeramente el rostro, intentando seguir el discurso de Malcolm.

Su sordera de un lado se hacía evidente en momentos como este, donde había sonidos por doquier. *Pobre Alec*, pensó Isabella, pero luego sacudió su cabeza.

A este no le gustaría que pensase en él de esa forma. Era un hombrón fuerte, valiente, sazonado en batallas en distintas zonas del mundo, y no dejaba que un detalle como escuchar poco le contuviera de hacer lo que quería.

Callum vino hasta ellos, y abrazó a Heather, mirando a su hijo con brillo sospechoso. Mm. El laird estaba conmovido. Otro símbolo al que no le gustaba mostrarse emocionado que caía, pensó Isabella con diversión, y guiñó un ojo a Heather.

—El tren estará aquí en pocos minutos, eso dijo el ingeniero.

—No lo he visto. Me gustaría saludarle—dijo Isabella.

—Está adentro de la estación, con el vizconde. Chequeándolo todo.

Sí, el noble había vuelto, solo, para esta ocasión. La curiosidad la carcomía.

—¿Sigue envarado y con su nariz parada?

—No tanto—Malcolm fue el que contestó, llegando a ellos, seguido por el duque—. Los sucesos de este año le han aplacado, diría yo.

—Así es—confirmó el duque de Elywood—. Debió afrontar cotilleo incesante por un par de meses. Sus enemigos políticos y económicos tomaron ventaja. Los periódicos y panfletos se hicieron una fiesta con él. Aunque el apoyo de Rothschild, que lo mantuvo en la cabeza de la asociación de inversores, ayudó.

—Uff, no quiero recordar esos periódicos y su maledicencia—dijo Heather, estremeciéndose—. Pueden ser tan crueles.

Isabella asintió. Heather le había contado con detalles lo terrible que habían sido con ella durante el tiempo en que estuvieron en Londres el año anterior, y sin motivos reales.

En el caso del vizconde, que había sido engañado y usado por Margaret Ashford, debía haber sido una pesadilla.

—Sí. Arruinan reputaciones y vidas—murmuró Malcolm, que pareció retraerse, haciendo un gesto de contrariedad.

Isabella miró a Heather y ambas asintieron con su cabeza. Sí, el circunspecto abogado estaba distraído y alicaído desde que Eleanor Harthwore había desaparecido sin dejar más rastro que una nota.

No tenían idea de las razones para ello, qué decía esa misiva, o qué sentía Malcolm al respecto, pero… No le había sentado bien. Su familia se preocupaba por él.

—Pero no evitaron que esto sea una realidad—dijo el duque, trayendo la atención al momento—. Y es el comienzo. Desde aquí, extenderemos una rama hacia Inverness. ¿Y por qué no, hacia Fort William?

Callum, con Heather a su lado, asintió con una sonrisa tranquila.

—Deberán trabajar ustedes en ese sentido—dijo Ewan, que llegó a ellos y la tomó por la cintura—. Nosotros no estaremos por un tiempo.

Oh, sí, esos eran los planes, pensó, sonriendo amplio.

El ruido a lo lejos se empezó a hacer insistente, y la ebullición se elevó.

—¡Ahí viene! ¡Ahí viene!

Ohh y Ahhh lo llenaron todo. Ewan la besó, y con su mentón señaló al vizconde, que vino presuroso a la tarima.

—¿Crees que la echará de menos?—preguntó Isabella.

—¿Quién sabe? Lo puso en situaciones complicadísimas, y el desengaño es… Doloroso.

—Libre de ella, hasta parece… simpático.

Lo dijo porque el hombre sonreía y aplaudía, mirando a la negra locomotora que avanzaba comiendo vías. Al menos estaba libre de las garras de una mentirosa.

Margaret había desaparecido después del escándalo y la emboscada. No la pudieron atrapar y enjuiciar, y los rumores la situaban en América. Sin castigo, salvo el del silencio social. Y, quizás, el de su propia conciencia.

—No exageres—gruñó Ewan, y hubo risitas a su lado.

Gwen apareció corriendo desde donde había estado, hablando con algunas de las mujeres del clan. La menor de las MacLaren se tomaba muy en serio la tarea de apoyarlas en lo que podía, y eso era un beneficio para Heather que, como esposa del laird, a veces tenía dificultades para entender las dinámicas que existían.

—Señorita Gwen, ya me extrañaba no verla—escuchó Isabella que decía el duque, socarrón.

—Le dije que estaría. No me lo perdería por nada del mundo— respondió Gwen, muy derecha.

—Hace bien. Después de todo, jugó su papel para el éxito del proyecto.

El ruido siguiente dejó las conversaciones de lado, porque entonces, llegó el tren. El aire se hizo silbidos, agudo y estridente y nube de vapor.

El monstruo de hierro emergió entre los árboles, pintado de negro y rojo, reluciente, acompañado de vítores, pañuelos al aire, risas y gritos.

Capítulo 34



El puerto de Leith, en Edimburgo, hervía con la vida de un nuevo día. Gaviotas hambrientas graznaban desde los tejados de los almacenes.

Sal, alquitrán y café recién molido de los puestos de los estibadores eran los aromas que se elevaban en el aire.

Los mástiles de los barcos se alzaban como lanzas dormidas contra un cielo cambiante, y el *Artemisia*, con su casco oscuro y reluciente, aguardaba amarrado como un animal contenido.

En el muelle, Isabella se detuvo un instante antes de embarcar. Esto era, el inicio de la mayor aventura de todas, se dijo. Al lado del hombre que adoraba. Su esposo.

Sí, la boda había sido rápida, íntima, práctica. Pero no por ello menos encantadora, y emocionante. Además, era el anticipo del viaje que estaban a punto de emprender. Miró a Ewan con una sonrisa que no tenía parangón, tal era su excitación.

No estaban solos. Malcolm, con las manos enlazadas tras la espalda, les miraba con una sonrisa compuesta, de esas que él solía armar. Pero sus ojos, su actitud… Dejaban traslucir que estaba feliz por ellos. Isabella estaba aprendiendo a leer su lenguaje no verbal.

Callum miraba a todos lados, embelesado por la actividad frenética, pero sin dejar a Heather, a la que abrazaba por la cintura. Scott, ¡bello, adorado Scott!, agitaba las manitas hacia la aves.

Incluso la tía Margaret estaba allí, con su chal más formal y el mentón alto, pero los ojos brillosos. Cuando la abrazó, le murmuró al oído:

—Cada paso, incluso los horribles, te trajeron hasta aquí. No lo olvides. Estás donde mereces estar. Y es tu elección, esta sí.

Asintió, quebrada en llanto. No era dolor, ni tristeza, no. Eso había sido exorcizado por el amor. Elegía , como siempre, sanar. Pero separarse, aunque fuese voluntario, dolía. Estarían viajando por meses.

—¡Disfruta, querida mía!

—Tengan cuidado en esos lugares ajenos al cuidado de Dios.

—Escriban pronto.

—Hasta pronto…

Ewan le tomó la mano, y la trajo consigo, ambos subiendo la pasarela, saludando atrás, riendo y llorando ella. Era hora.

Entre pañuelos agitados y ojos anegados, comprendió que no partía sola. Iba bendecida por un amor que no se quedaba atrás, sino que empujaba hacia adelante.

La bruma del puerto comenzaba a disiparse cuando el Artemisa partió. El viaje que emprendían era en un navío moderno. Bajo la pátina salobre de la mañana, su casco de hierro relucía.

Sus entrañas eran de acero y el vapor empujaba motores, aunque las velas y la madera persistían. La Revolución Industrial ensamblando tradición con innovación.

Las chimeneas humeaban de forma constante, y el murmullo grave de la caldera acompañaba cada crujido de la cubierta como el latido de un corazón poderoso.

Ewan la abrazó, y ambos saludaron al puerto que se perdía. No llevaban escolta ni baúles ornamentados, sólo lo necesario: dos maletas, los papeles a su nombre como señora MacLaren, y la convicción serena de quien ha soltado el ancla del pasado.

—¿Lista para lo que se viene? —le preguntó.

—Tanto como se puede estar. Pero no temo. Contigo a mi lado, sé que estaré segura—dijo, sin soltarle la mano.

La ciudad se difuminaba en la niebla baja del amanecer, y la costa escocesa, recortada como un bordado áspero, se alejó más y más con cada minuto. Isabella cerró los ojos y respiró hondo: olía a vapor, a sal y a horizontes sin dueño.

—Cuando era niña, imaginaba estos viajes solo en libros—murmuró—. Ahora soy el personaje que parte.

Apoyaron los cuerpos en la barandilla de proa. El viento les sacudía el cabello; Isabella cerró los ojos para sentirlo de lleno. El mar, tan azul y vasto, no era amenaza sino promesa.

—Siempre he soñado con ver la Acrópolis. Las pirámides majestuosas. Los palacios y mezquitas—murmuró—. No puedo creer… Hacia allá vamos—dijo, mirándolo con incredulidad.

Ewan no respondió enseguida, pero la abrazó por la espalda, con el mentón apoyado en su hombro.

—Estoy decidido a mostrarte muchos lugares—susurró, al fin—. Mereces eso. Para mí, que he recorrido un poco, no hay duda, no obstante, de que tú eres mi mundo.

¿Cómo evitar que sus ojos se aguasen? Este escocés tosco e irónico, que había sido burlón, gruñón, y le aguó algunas reuniones, era romántico cuando quería. Y quería mucho, últimamente.

Las velas se tensaron. El barco se inclinó con suavidad. Atravesaron la costa de North Berwick, dejando atrás los riscos bajos, las casitas blancas y las rocas manchadas de gaviotas.

Isabella las vio alejarse como se ven alejar los viejos temores: sin pena. A media mañana, cruzaban el Canal de la Mancha, mientras el olor almizclado del mar se mezclaba con el aroma cálido del café que servían en una bandeja de latón.

Isabella se movía entre las sillas de la cubierta, llevando tazas humeantes y trenzando conversaciones ligeras con marineros, ansiosa por conocer sus experiencias.

Ewan, con los antebrazos apoyados en la barandilla, seguía el vaivén del mar, protegido del frío por su abrigo de marinero. Cada ola parecía desgajarles un pasado, dejándolos más libres.

La cubierta del *Artemisia* se transformó en un pequeño universo en sí misma. El lugar de la merienda, de la contemplación al atardecer, de las conversaciones.

Por las tardes, bajo los rayos suaves del sol, se enfrentaban en partidas de ajedrez junto al capitán.

El tablero era de madera tallada, piezas con incrustaciones, y entre jugada y jugada, se comentaban las mareas y las rutas del Mediterráneo.

Ella jugaba con dedos seguros, él sonreía cuando veía cómo, inquisitiva, la mirada de Isabella perspicazmente calculaba cada movimiento. Y entre líneas, se filtra un roce de rodilla, una risa baja que se confiesa cómplice.

Noches de calma y de rigor en el agua, cenas opíparas o sencillas, puertos variados, paseos… La vida se hizo lenta y ágil a la vez en las siguientes semanas.

El amor no faltaba, y la pasión desbordaba sus noches tumultuosas acunadas por el vaivén del mar. Ella se descubrió curiosa también en el lecho, y él no dejó de satisfacer sus preguntas y ejemplificar con su cuerpo.

Cuando llegaron a Marsella, el puerto bullía de olores: pescado seco, madera recién pintada en los barcos de vela, y el tacto del aire salado con ligero polvo de Provenza.

Pasearon por las callecitas, escuchando el argot increíble de los contrabandistas del norte de África. Tomaron café en una terraza trasera y observaron a niños correr y gritar al sol.

Y el Mediterráneo, mar más profundo, más hondo, fue amor a primera vista para Isabella. Subieron por popa hasta la proa en noches claras y oscuras, y sin despedir palabras, bailaron al ritmo de violines, tambores o pianos.

Sus cuerpos se rozaban, se encendían; sus bocas se buscaban a menudo, sus manos se trenzaban y acompañaban. La intimidad en su camarote les conectó más y más, y las noches fueron testigos de experiencias de ardiente pasión sazonada con ternura fiera y amor sin barreras.

Recalaron en El Cairo en un paquebote secundario. En los zocos, Isabella respiró el aroma de especias: cardamomo, comino, azafrán, y pasto de ceniza de tabaco de agua.

Vio mujeres cubiertas, hombres con túnica, y cabras paseando. Aprendió a pedir agua en árabe, y a decir gracias.

Visitaron las pirámides de Gizah al amanecer. El aire estaba quieto, roto solo por el sonido de sus pisadas en la arena y el canto hermoso de un hombre que recogía dátiles. La Esfinge los vio llegar, silenciosa, poderosa y extrañamente humana.

Ewan apretó la mano de Isabella mientras dejaban que la historia les mirase a la cara desde el rostro de Kefrén.

Era un momento mágico: ella, plena de asombro; él, orgulloso de compartirlo con ella. Besarse era lo obligado para que Isabella lo guardase en la memoria como un hito trascendental.

Regresaron al barco con los rostros cubiertos de polvo, la ropa perfumada de incienso. A bordo, entre libros que Isabella leía en voz alta (Planes de la Compañía del Canal de Suez, nuevas leyes de comercio entre Asiáticos y Británicos) y el murmullo inquieto de la maquinaria de vapor, soñar era una obligación, porque, ¿cómo no hacerlo, si estaban en el origen del mundo civilizado?

Y faltaban Roma, Grecia, Constantinopla. Isabella nunca había escrito tanto: su diario crecía y crecía, y las cartas se despachaban en los puertos, llenas de maravilla para viajar hacia los suyos y contarles que vivía su sueño.

Acompañada. Enamorada.

Capítulo 35



Gwen sofrenó a su yegua al llegar al lugar donde el camino giraba y se bifurcaba en dos direcciones. Sostuvo las riendas, su mirada afilada puesta en el valle.

Hamish, a su lado, se inclinó sobre la montura para ajustarse una de las botas con gesto impaciente.

—Iré al pueblo. Prometí pasar por la herrería, y quizás… quedarme un rato—dijo, con tono indiferente.

—Deja alguna chica para el resto de los hombres solteros, ¿quieres? —replicó Gwen, sin mirarlo, mientras acariciaba el cuello de su yegua.

Hamish resopló con sorna.

—No te dejes agarrar con la noche, Gwen. Amenaza tormenta, y el camino se pone peligroso.

—Haré una visita a la señora Margaret. Heather no ha podido acercarse estos días, y se preocupa.

—Oh, sí, el pequeño Scott sigue con fiebre, y Heather no se separa de él.

—Y con Isabella viajando, su tía queda en manos de Penny.

—Es una buena mujer.

—Sin duda alguna. Pero le gusta hablar para adentro, o rezongar en gaélico, y para Margaret, acostumbrada a la verborragia educada de Isabella o a asistir a Heather, ha de ser monótono.

—Ewan e Isabella deben estar por Egipto a estas alturas—dijo Hamish—. Nuestro hermanito ha de estar bien feliz arriba de ese barco.

Gwen asintió en silencio, y bajó la vista un momento, pensativa.

—Ewan volvió a ser quien era antes de su experiencia en la India —añadió—. Lo veo en su andar, en su forma de mirar a Isabella. Está feliz. Y eso no es poca cosa para un hombre como él.

—Mira que la vida tiene vueltas—gruñó Hamish—. Enterarnos de lo que causó su cambio en virtud de la llegada del tren.

Sí. La instalación de este puso a Ashford en el camino de Ewan, otra vez. Pero Isabella ya se había metido en su sangre, Gwen estaba segura de eso, y por eso él fue inmune a la seducción.

Se despidieron con una inclinación de cabeza, y Gwen tiró suavemente de las riendas, iniciando el descenso.

Mientras cabalgaba por el viejo camino bordeado de álamos, reconoció en el paisaje detalles familiares: los márgenes de piedra apilada, los portones herrumbrosos, el murmullo del agua que corría cerca.

Aquella tierra había pertenecido a su familia por generaciones, hasta que su padre, acorralado por las deudas y el fracaso de la última cosecha, la vendió. A veces, recordarlo le traía un nudo en la garganta.

Habría querido que su madre conociera a Scott. Habría querido que viera a sus hijos mayores —Callum, Ewan— felices, completos.

Pero el recuerdo de su progenitora no dolía, por el contrario. Ella había sido alegría y Gwen guardaba sus enseñanzas en el corazón.

La propiedad Carlisle emergió al fin entre los árboles. Era sobria y bien cuidada, con rosales tempranos asomando entre las piedras del sendero. Heather la había heredado de George Carlisle.

Aquel testamento, tan inesperado, había traído a Heather y a Isabella hasta allí. El destino tenía formas curiosas de escribir su historia.

Penny le abrió con un gruñido amistoso.

—¿Viene a visitar a las solteronas?

—Pensé que podrían tener un rico té con pastas.

—Demasiadas costumbres inglesas…—dijo, meneando su cabeza—. Pase, la señora Margaret está en el salón.

La tía, como todos la llamaban ya, la recibió con elegancia y calidez. Era tan dulce y querible. Esta Margaret reivindicaba al nombre que portaba. Se estremeció al pensar en la descarada que había puesto a su hermano en jaque.

Lo primero en la boca de la Carlisle fue la salud de Scott, y le alegró tranquilizarla. Su precioso sobrino estaba con nanas propias de su edad y de la época. Nada de preocupación.

La conversación fluyó con una naturalidad que siempre sorprendía a Gwen. Ella había sospechado que las Carlisle eran damas inglesas vanidosas y compuestas cuando llegaron, y no podría haber estado más equivocada.

Margaret preguntaba por todos, se interesaba, tenía memoria aguda y un humor discreto. Tomaron el té frente a una ventana que daba al jardín. Luego, Margaret le alcanzó una hoja con caligrafía firme: era un fragmento de la última carta de Isabella, escrita desde Egipto.

—Mi niña está tan feliz, se nota en cada línea. Me alegro tanto por ella.

Gwen sospechaba que había una parte de la infancia de Isabella que había sido mala, muy mala, pero no era algo que su amiga le hubiese confesado, aún.

Era alguna expresión velada de Ewan lo que le hacía sospechar. Él estaba empeñado en poner el planeta a sus pies, y Gwen apoyaba.

Aquellos a los que amamos lo merecían, en especial, cuando nos brindaban cariño y felicidad a raudales y sin esperar nada de vuelta.

No ha de haber un lugar tan callado como el desierto por las noches. Es como si la mente se abriera. Y las pirámides, ¡Dios bendito! Maravilla humana, me plantean incertidumbres inéditas. ¡Tanta majestuosidad, tanto poder invertido en apilar piedras!

Imagino que los antiguos gobernantes no diferían tanto de los actuales, porque mucho se construyó sobre las espaldas de los menos privilegiados. Disgrego, por supuesto.

Ewan dice que no recuerda sentirse más en paz que bajo este cielo tan inmenso. A veces creo que estoy soñando. ¡Si hubiese una forma de tenerlas a mi lado, de que vieran las joyas que estoy conociendo! Tanto color en la gente, tantas costumbres diversas, exóticas.

Gwen la leyó en silencio, con una sonrisa tibia.

—Me temo que este es el comienzo de periplos inéditos—le dijo Margaret—. Si Ewan, como creo, no quiere poner freno a la

curiosidad infinita de mi querida Isabella, se la pasarán en el mar.

—Ewan ama el oceáno. Está en su elemento allí.

Luego de un rato, decidió que debía volver, pero se le antojó alguno de los libros que Isabella le había ofrecido. Las tardes y noches eran largas en el castillo. A veces demasiado.

Pidió permiso para buscar un libro, y Margaret la autorizó con un gesto de la mano. Gwen caminó a la biblioteca, sector que era el imperio de Isabella, donde leía, escribía y llevaba los números de la propiedad.

Miró la biblioteca y rebuscó, seleccionado una novela pasatista. Fue cuando vio los cuadernos de cuero. Estos tenían que ser… Abrió uno y sí, comprobó que tenían el nombre del antiguo dueño de la propiedad, George Carlisle.

La curiosidad la ganó. Le había preguntado a Isabella, y esta no había sido clara, dando vueltas sobre ellos. Incluso le había dicho que eran de cálculos, pero al ojearlo, no vio notas de administración.

Las líneas llenaban las páginas, escritas con letra cuidadosa, inclinada hacia la derecha. Comenzó a leer en una página cualquiera, y frunció el ceño. No, esto no eran números. Eran historias. Memorias. Del lugar, de cuando vino aquí desde Inglaterra, de la servidumbre. Hablaba de Rory, de Penny…

Un párrafo más adelante, mientras pasaba rápido las hojas, un párrafo embebido en melancolía le llamó la atención:

Ella es el corazón de mi vida, aunque jamás podré decirlo. Su apellido es una muralla imposible, y mi posición un obstáculo insalvable. Aun así, cada noche sueño con sus ojos claros y su sonrisa dulce, aunque esté prometida a otro hombre. Ojalá tuviera el

coraje para revelarle al mundo que la amo. Y que ella me corresponde.

Gwen parpadeó. Una ráfaga de calor le subió por el pecho. ¿A quién se refería? Ella tenía entendido que George era soltero.

Cerró el diario con manos lentas, como si acabara de tocar algo privado, prohibido. Se quedó allí un minuto más, en silencio.

Luego, empujada por un impulso, se lo guardó bajo el brazo con discreción, bajó las escaleras y se despidió de Margaret con cortesía.

Al salir, el aire de la tarde le pareció más denso, cargado de preguntas. ¿A quién estaban dirigidas? ¿Qué historia quedaba aún por contarse en esta casa?

No lo sabía, pero vería de averiguarlo. Ella no tenía sino tiempo, e interés. Estas tierras, esta historia, la llamaban de maneras que no entendía.

FIN

No te vayas, tengo novedades. Por lo pronto, la siguiente novela es la de Malcolm : rxe.me/SY2FQV

Te cuento más de la serie:

Gracias por llegar hasta aquí. Por elegir mis historias. Por continuar transitando viajes literarios a mi lado.

Si esta historia te conmovió, te invito a seguir viajando conmigo por la serie *Escocia Victoriana*. Aún hay muchas emociones por descubrir.

La siguiente novela es la del abogado Malcolm: reservado, recto, apegado a las reglas y a la familia. Una mujer golpeada ha llegado a él, pero… Se esfuma de manera inesperada. Eleanor no se ha ido del todo… y su historia apenas comienza.

Enlace : rxe.me/SY2FQV



Después vendrá el turno de Hamish. Rebelde, soñador, encantador hasta el exceso, enfrentará por fin algo más fuerte que su deseo de libertad: una rosa inglesa con carácter, que pondrá a un MacLaren muy alerta.

Enlace: rxe.me/QHH531



Y luego… Alec. Ah, Alec. Su historia merece ser leída con el corazón abierto. Su sordera, su temple, su forma de amar. No diré más: te sorprenderá.

Enlace: rxe.me/TS428D



¿Y Gwen? Su historia será la última, porque hay líneas que deben trazarse antes de que podamos comprenderla del todo. Y te aseguro que vale la pena esperar.

Puedes reservarlas, con excepción de la de Gwen (aunque estará en preventa muy pronto). Te lo recomiendo, porque Amazon no siempre avisa como quisiéramos cuando hay nuevos lanzamientos.

Además, quiero contarte que he estado actualizando mi blog, donde puedes encontrar mucha info: ?? abadisabella.blogspot.com

Si disfrutaste esta historia, una reseña tuya sería un regalo enorme. Las palabras de quienes leen hacen volar estas novelas mucho más lejos de lo que yo sola podría.

Y si encontraste algún error ortográfico… ¡ay! Te lo aseguro, no fue por falta de trabajo. Revisamos con cariño, pero algunos erran el tiro como Hamish frente a una cita importante 😉

Gracias por leerme. Gracias por sentir con mis personajes. .

Isabella